Un amorío virtual
TRACIE PODGER

Un amorío virtual

Tracie Podger

Copyright © 2021
Tracie Podger
Todos los derechos reservados.

Este libro es un trabajo de ficción. Los personajes, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Al comprar este material, usted acepta no compartir contenido con nadie u organización sin el permiso previo del autor. Usted acepta no vender, intercambiar, copiar o hacer copias, piratear, escanear, replicar o contribuir a la replicación de cualquier parte de esta publicación. También acepta cumplir con la Ley de derechos de gestión digital.

Si no ha comprado *Un amorío virtual* de Tracie Podger, o no se lo regalaron, devuélvalo al vendedor y compre su propia copia.

Puede ponerse en contacto con Tracie por correo electrónico a tpodger@hotmail.com si tiene alguna pregunta o inquietud.

Tabla de contenido

Tabla de contenido
Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Una nota de Tracie
Agradecimientos
Sobre la autora

Poema de la serenidad

Concédeme serenidad
para aceptar las cosas que no puedo cambiar;
coraje para cambiar las cosas que puedo;
y sabiduría para reconocer la diferencia.

Viviendo un día a la vez;
disfrutando un momento a la vez;
para aceptar las dificultades como el camino hacia la paz;
tomando este mundo
como es, no como yo lo quisiera;
confiando en que todo se arreglará
sí me rindo;
para que pueda ser razonablemente feliz en esta vida;
y supremamente feliz
para siempre en la próxima.

Prólogo

¿Sabes a qué huele la esperanza? Déjame contarte a qué…

Primero, tengo que explicar dónde estoy. Al fondo de mi pequeño jardín hay una puerta. Una puerta de madera que necesita una bisagra. Más allá de la puerta hay una banca bajo los escalones cubiertos de hierba y esos mismos escalones conducen a la playa.

El océano Atlántico golpea los acantilados, los fragmentos escarpados de roca negra se abren paso hacia el mar, la arena amarilla y áspera roza mis pies. Respiro profundamente. El olor a algas y aire salado llena mis sentidos. Eso es lo que le gusta a la esperanza.

Durante mucho tiempo no pensé que quedara algo dentro de mí. Estaba en el fondo de un pozo, en el peor lugar del mundo. No podía ver la luz al final del túnel. No sentía nada más que pena y tristeza. Y dolor, tantísimo dolor. Ha sido un largo viaje, pero necesito llevarte un par de años atrás, no al principio, sino a un punto crucial de mi vida. Un momento en el que pensé que todo iba a estar bien, cuando pensé que mi vida estaba cambiando. Una época en la que creía en hacer planes y que el futuro esperaba por mí. Pero estaba equivocada. Ahora la alegría y la esperanza han vuelto a mi vida.

¿Y qué estoy esperando? La respuesta a un correo electrónico que acabo de enviar.

Capítulo Uno

Es en un día frío, tempestuoso y húmedo, de enero del dos mil diecinueve cuando mi mejor amiga, Carla, me hace una pregunta que va a cambiar mi vida.

—Por favor, Jayne, piénsalo. Mejor aún, no lo pienses. Vamos a hacer esto y ya. Lo necesito. ¿Puedo usar el chantaje emocional? Porque *somos* amigas de toda la vida y con eso me he ganado el derecho a hacer cosas como esta.

Me sonríe de una manera tonta y bate sus largas pestañas postizas.

Estamos en la cafetería local, The Blue Cow, mientras me suelta su gran plan. Este lugar también funciona como una galería de arte. Las paredes están adornadas con pinturas, varias de ellas horribles y algunas de mis fotografías.

—Jayne, si el chantaje emocional no funciona, piensa en esto. Vas a cumplir cuarenta y cinco este año; eso es la mitad de tu vida. Es mi regalo.

—No estaba escuchando, ¿qué preguntaste? Y sí, eso es más de la mitad de mi vida —le sonrío.

Se sienta con el ceño fruncido, cruza los brazos sobre el pecho, con cuidado de no arrugar la lana de su chaqueta Chanel. Creo que es la descripción exagerada de su última compra lo que me hizo desconectar.

—Estoy bromeando. Te oí. Quieres que corra el riesgo de sufrir su ira, ya sabes que no se va a quedar contento mientras me voy contigo.

Me reclino en mi silla y cruzo los brazos sobre mi viejo cárdigan azul, probablemente de una tienda benéfica. Le muevo mis pestañas pegajosas, resultado de no quitarme el rímel de ayer.

—Sí —responde.

—Okey —cedo.

—¿Okey?

—Sí, lo voy a hacer.

—Joder, cediste más fácilmente de lo que esperaba. También gasté una fortuna en este soborno —se ríe, luego me entrega una hermosa bolsa de papel decorada con asas de cinta roja.

—¿Un regalo? Debería haber aguantado un poco más

—Ábrelo. —Carla es como una niña que brinca y aplaude en su silla.

Deliberadamente deshago lentamente el lazo. Carla es del tipo de mujer que rompe y tira la envoltura al suelo, me gusta burlarme de

ella. La escucho suspirar, pero no voy a caer esta vez. Abro la bolsa y miro dentro. Cualquiera que sea el regalo, está envuelto en papel de seda rojo. Meto la mano y lo saco. Una pegatina de Victoria's Secret mantiene cerrado el papel.

—Si esto es ropa interior, no lo voy a abrir aquí —digo.

—Que no es. Ahora abre la maldita cosa.

Rasgo el papel de seda para ver algo de tela roja. Mis mejillas se colorean del mismo tono que cuando sostengo uno de los artículos. Un trozo de tela que tiene dos lazos trenzados en los bordes de las braguitas del bikini.

—Y quieres que vaya con el trasero al aire —la acuso.

Carla se ríe.

—Es de tu talla y no se supone que tape todo el culo, que no es tan grande como crees.

—Eso cubrirá cuando mucho una nalga.

Agarro la parte de arriba.

—Se me van a salir las tetas —digo con una sonrisa. El bikini es precioso, eso no se puede negar, pero la última vez que me puse una prenda así yo era preadolescente.

Dejo los artículos en la bolsa y suspiro.

—Gracias, pero tienes que dejar de comprarme cosas. Me estás haciendo sentir como si me tuvieras lástima.

—Jayne, te conozco de toda la vida, quiero hacer esto por ti. Quiero que te alejes de él, aunque sea por un par de semanas.

Él. El maravilloso y mejor amigo de todos menos de su esposa, el adúltero, el esposo de corazón frío que no se preocupa por humillarme y que se hace llamar Michael.

Miro a través de la ventana empañada y hacia el verde del pueblo. La gente corre de un lado a otro, realiza su día y visita las tiendas locales. He vivido en el pueblo durante casi veinte años y me encanta todo sobre él; las ancianas chismosas que se sientan en las mesas cercanas a nosotros hasta el amable anciano que dirige la farmacia. Aunque todos conocen los asuntos de todos, hay algo reconfortante en el pueblo.

—Le va a dar el tramafat —digo en voz baja.

—¿Realmente te importa?

Lo pienso por un momento. Nunca he hecho ninguna de las cosas que había planeado cuando era joven. Michael no lo permitiría. Aunque me importa; ese es el punto. Michael haría de mi vida un infierno desde el momento en que se lo dijera hasta el momento de irme, pero necesito las vacaciones. Carla necesita las vacaciones.

Han pasado dos meses desde que se concretó su divorcio, dos años de luchar contra su exmarido después de descubrir que le era infiel. Recuerdo el día en que Carla me llamó. Lloraba sin parar y era

difícil entenderla. Supe que era ella por el identificador de llamadas, de lo contrario no la habría reconocido. Me subí a mi carro de un brinco y manejé directamente a su casa. Afortunadamente tenía una llave; ella ni siquiera estaba en condiciones de llegar a la puerta principal. La encontré acurrucada y llorando en su cama.

Parece que Charles, quien por cierto trabaja con Michael, decidió darle vida a su ya perfecta vida con un poco de picante, acostándose con su secretaria, un cliché, pero cierto.

La secretaria había decidido que quería más y quedó embarazada deliberadamente. ¿El resultado? Una secretaria que no consiguió lo que esperaba, un bebé que no para de gritar y Charles con un hueco enorme en el bolsillo y cartera de propiedades gracias a una juez maravillosa.

Carla había renunciado a su carrera. Desde que tengo memoria, ella había querido ser arquitecta. Sin embargo, no había hecho más que algunos trabajillos por aquí y por allá, como trabajar en el supermercado llenando los aparadores en la noche, para ayudar a mantener a Charles mientras él estudiaba finanzas. Su aventura la había devastado, pero el hecho de que él hubiera tenido un hijo la había destruido. Carla no puede tener hijos y la idea de que Charles se convertiría en padre, lo único que deseaba con tanta desesperación, le destrozó el corazón.

—¿Entonces?

Me giro para ver de frente a mi mejor amiga.

—Vamos a hacerlo.

Salimos de la cafetería y caminamos unos pocos pasos hasta la agencia de viajes. Diez minutos más tarde estamos hojeando los folletos de las vacaciones que Carla tiene en mente.

—Esto es lo que necesitamos —dice, señalando una página.

—No puedo permitirme esto —respondo.

—Tú no vas a pagar, yo sí. O, mejor dicho, el idiota —ella dice con una sonrisa.

—No puedo dejar que pagues por todo. Nos vamos a las Maldivas, es muy caro.

—Lo sé y lo haré. —Ella se gira hacia la vendedora—. ¿Puedes reservar eso por favor?

—Carla, necesitamos… —Me interrumpe con una mano levantada.

Media hora más tarde, cuando nuestras vacaciones están reservadas y pagadas, vamos a irnos en dos semanas, me entra el pánico.

Envueltas en nuestros abrigos, gorros y bufandas, comenzamos la corta caminata de regreso a mi casa. Aunque Michael no estará allí, mi estómago siempre se hace un nudo cuanto más me acerco. Siento

un nudo triple este día.

Me encanta mi casita. Tuve que imponerme y, por única vez, había ganado la batalla para vivir en esa casa. Antes de eso, Michael y yo habíamos vivido en un apartamento en Londres, pero cuando nació nuestra hija nació no tuvimos más remedio que mudarnos. A Kent, cerca de una autopista y una estación de tren, encontramos un punto medio por el que había luchado mucho.

Cuando llegamos a la puerta principal, Carla me da un abrazo y me promete que me llamará esa noche antes de subir a su carro y regresar a casa ella misma. Camino hacia la puerta principal.

Antes de que logre cerrar la puerta, soy asaltada por treinta kilos de músculo que saltan hacia mí, con la lengua afuera y meneando la cola. Houdini es el único que siempre se alegra de verme. Me arrodillo para darle un abrazo a mi perro y agradezco a mi estrella de la suerte que me hubiera puesto el abrigo. Me llena de baba por todas partes.

—¿Extrañaste a mamá? —le pregunto, enterrando mi rostro en su pelaje negro.

Él me sigue a la cocina. Me quito el abrigo y pongo la tetera. El viento aúlla, haciendo vibrar las ventanas en sus marcos desvencijados.

Me siento a la mesa de la cocina con mi taza de té y abro mi computadora portátil. Busco en Google el Four Seasons en las Maldivas. Poseen dos islas, la nuestra, Landaa Giraavaru, es la más exclusiva. Una burbuja de emoción comienza a ahuyentar los nervios.

—¿Adivina qué? Me voy a las Maldivas —le digo al perro.

Tengo muchas conversaciones con Dini; es mi segundo mejor amigo y no le agrada tanto Michael como Carla. Dini y Carla se llevan muy bien siempre que él no se acerque a ella. Baba y Prada nunca parecen mezclarse bien. Me siento por un buen rato mirando la playa, el hermoso mar de color azul celeste y leo todo lo que puedo sobre la isla. Luego vuelvo a entrar en pánico.

No tengo nada que ponerme. Tengo el bikini rojo, por supuesto, pero ni una sola prenda de mi guardarropa es adecuada para una isla llena de lujos. Y no tengo ninguna forma de comprar ropa nueva para unas vacaciones que sé que Michael va a desaprobar.

Cada mes tengo que organizar un detallado informe de gastos, todas las compras que haga tienen que contabilizarse. Cuestiona todos los artículos, desde la cantidad de protectores de bragas (él no cree que sean necesarios) hasta la bolsa de comida para perros (no cree que la comida o el perro sean necesarios).

Cuando paso el teléfono en el pasillo para subir las escaleras, noto que la luz roja parpadea; tengo mensajes.

—Mamá, tu teléfono nunca está encendido, realmente no sé por

qué tienes uno. De todos modos, no estaré en casa este fin de semana; unos amigos me han invitado al sur de Francia. Llamaré a papá por algo de dinero y nos vemos en una semana. ¿Puedes recoger mi ropa para lavar?

Casey, mi hija y definitivamente un clon de su padre, ha dejado el mensaje. Suspiro. Ella está en la universidad, completamente mimada por su padre, quien cree que es su protegida y, por mucho que la amo, una señorita bastante engreída. No tengo ninguna intención de recoger su ropa. Culpo a mis suegros por su actitud. Si realmente son o no la clase alta en la que se describen a sí mismos, están contagiando a su nieta. La favorecen sobre mi hijo, Ben, y eso me irrita.

Me dirijo a mi dormitorio. Dini se sube a la cama mientras yo saco la ropa del fondo de los cajones y las cajas escondidas en el armario. Debo de tener algo adecuado para el viaje.

No me importan los pelos negros que quedarán en el edredón; es mi cama. Michael decidió cambiarse a la habitación de invitados hace un año, citando mi insomnio como su razón. Después de una hora de rebuscar en ropa vieja, me siento pesadamente en la cama. Dini apoya la cabeza en mi regazo, sus ojos castaños oscuros y tristes me miran.

—Lo sé —digo—. Nada de esto va a servir.

Michael no duda en gastar más de mil libras en un traje hecho a medida y, sin embargo, el piso de mi habitación está cubierto de ropa vieja, y en su mayoría hallazgos de tiendas de segunda mano. Me las arreglo para desenterrar dos vestidos de verano, un par de pantalones cortos y algunas camisetas sin mangas. Del cajón de mis bragas, saco un traje de baño tan raído que el blanco del elástico se puede ver a través de la tela negra. Quiero llorar.

Me acuesto en la cama y me acurruco contra Dini. ¿Cómo diablos he terminado con esta vida tan miserable?

***

Michael y yo nos habíamos casado porque yo salí embarazada. Había pasado un mes reprendiéndome, tratando de convencerme de que un aborto era la única opción. Era un asesor financiero con mucho futuro por delante, no tenía tiempo para un niño, me había dicho. Pero hizo lo que pensó que era lo decente y nos casamos, mintiéndoles a todos que Ben nació prematuro cuando llegó siete meses después.

Amé a mi hijo desde el momento en que descubrí que estaba embarazada y me dediqué a ser una madre que se quedaba en casa. Michael quería una niñera, quería la menor interrupción posible en su vida. Con el tiempo me convertí en todas las cosas que él quería: la cocinera, la señora de la limpieza y la niñera. En algún lugar del

camino, me perdí.

Me revuelco en mi miseria durante una hora más o menos antes de alcanzar mi mesita de noche y sacar mi diario. He llevado un diario durante años; siempre era lo único que esperaba en navidad. Mis padres, mis maravillosos, cariñosos padres de clase trabajadora, siempre me compraban un nuevo diario para navidad y era el primer regalo que abría. Sonrío cuando pienso en mis padres. Viven cerca en Crinkly Bottom, como lo llaman. Es un complejo para ancianos. Cada pareja tiene una cabañita y un salón comunitario donde juegan a las cartas una noche a la semana.

También son los mejores abuelos. Cuando me encontré embarazada por segunda vez, lloré en el hombro de mi madre. Por alguna extraña razón, me mantuve leal a Michael y nunca los cargué con mis problemas. Pero mi madre lo sabía. Sabía que mi esposo no me amaba, que nunca me había amado.

Ambos estábamos en una relación que no queríamos, pero ninguno tenía el coraje de hacer nada al respecto. Muchas veces, durante los veinticinco años que llevamos casados, quise irme, pero nunca me atreví a hacerlo y sé por qué. Tengo miedo de estar sola. Mi autoestima no está sólo en el suelo, está cavando su camino hacia Australia. Durante años, supuse que, desde el primer día, Michael lo había socavado. Nunca fui lo suficientemente buena, no cocino tan bien como su madre, no puedo socializar con sus compañeros de trabajo y sus esposas porque no soy tan inteligente. Recuerdo las palabras que mataron cualquier sentimiento que hubiera tenido por él.

—Puedes sacar a la chica de la cuneta, pero no sacar a la chica de la cuneta —me dijo.

Michael creía que al casarse conmigo me había hecho un favor. Me sacó de mis raíces de clase trabajadora y pasó años tratando de convertirme en la esposa trofeo que quería. Por un tiempo, obedecí. Salí a almorzar con las esposas de sus amigos, pero pronto me aburrí de escuchar conversaciones sobre zapatos y bolsos. Me gustan y tienen un propósito, para llevar las llaves, pero una hora discutiendo lo bonita que es la nueva colección de Prada y la de Louis Vuitton nunca me resultó interesante.

—Esto no nos lleva a ninguna parte, Dini. Es hora de dar un paseo —digo, deslizando las piernas por un lado de la cama y sentándome.

La palabra paseo pone a Dini como loco. Da vueltas y por poco me tira por las escaleras mientras pasa corriendo. Lo agarro por la correa, me pongo las botas para la lluvia, el abrigo y abro la puerta trasera.

La casa está detrás de una granja y un bosque. Tenemos una pequeña puerta que conduce directamente al campo y, aunque nunca

necesito poner a Dini en una correa, me la cuelgo al cuello de todos modos.

El viento ha amainado un poco, pero el frío me pica la cara cuando me subo la capucha. Camino y pienso, planeo e incluso hablo en voz alta la conversación que tendré con Michael cuando regrese a casa, si es que regresa a casa.

Muchas veces él se queda en Londres; dónde, no tengo ni idea. Bueno, sí que lo sé, pero me niego a reconocerlo. Él tiene reuniones tempranas, me dice. Las reuniones a primera hora parecen haberse convertido en un código para quedarse con la furcia a la que está follando. Me rio mientras digo las malas palabras en voz alta. La conozco, por supuesto. Su marido la había dejado y Michael era el hombro en el que solía llorar. Ella era su compañera de golf, una típica mujer de clase media, que se aferra a cualquier cosa que tenga dinero. Ella le dio la bienvenida. Por mucho que Michael no me amaba, yo tampoco lo amaba a él. Me entristeció cuando me di cuenta por primera vez.

Camino por mi ruta normal, llamando a Dini cuando sale corriendo de mi visión y se dirige a casa. Me quito las botas para la lluvia, cubiertas de barro, antes de entrar por la puerta trasera. Dini corre a la cocina y se dirige directamente a su cama frente a la chimenea, el lugar más cálido de la casa.

Reviso el celular que había dejado en la encimera de la cocina y noto algunas llamadas perdidas. Una de Casey que había dejado un mensaje diciéndome que me llamaría en otro momento, y uno de Ben. Después de preparar el té y sentarme en la mesa de la cocina, llamo a Ben.

—Oye, mamá, ¿dónde te has metido? —pregunta una vez que responde.

—He estado ocupada, lo siento, perdí tu llamada. ¿Qué estás haciendo?

Ben me habla de su último proyecto de paisajismo. Escucho, encantada de oír el entusiasmo en su voz mientras habla. Él decidió dejar la universidad. Como yo, él no era académico, pero le encanta estar al aire libre. Ha comenzado su propio negocio de paisajismo, inicialmente ayudando a los lugareños con sus jardines. Le había pedido un préstamo a Michael. Michael se negó, por supuesto. Casey podía tener lo que quisiera porque todavía está estudiando; Ben tuvo que suplicar. La tía Carla vino al rescate y lo ayudó a hacer despegar su negocio.

—Tengo noticias —le digo una vez que él termina de hablar sobre un jardín maravilloso que estaba planeando—. Me voy de vacaciones a las Maldivas con Carla.

—Vaya, eso suena increíble. ¿Cuándo?

—En dos semanas, y tengo un favor que pedirte. ¿Puedes cuidar a Dini?

—Por supuesto. ¿Y dos semanas? Caray, mamá, no te esperas mucho. ¿Cómo lo tomó el viejo?

Ben rara vez se refiere a Michael como papá. No importa cuánto traté de protegerlo, siempre había sentido la distancia de Michael.

—No le he dicho todavía —digo con una risita.

—¿Cómo crees que se tomará la noticia?

—Oh, estoy segura de que estará encantado por mí —digo con un bufido.

—Que se joda. Ve, mamá. Si necesitas algo de dinero, tengo algo ahorrado.

¿Está mal de mi parte no castigar nunca a mi hijo por maldecir? Solo lo hacía cuando hablaba de su padre. Ben tiene veinticinco años, es un hombre adulto y yo estoy extremadamente orgullosa. Él vive con Kerry, la joven más hermosa y amable que jamás había conocido. A Casey y Michael no les agrada, por supuesto; ella no es del set del condado.

—Gracias, cariño, pero no voy a aceptar tu dinero.

Charlamos un poco más. Le pregunto cómo está Kerry. Ben está un poco preocupado porque ella se ha portado mal últimamente, pero terminamos nuestra conversación con la promesa de hablar al día siguiente. Ben me llama todos los días. De Casey recibo noticias una vez al mes, si tengo suerte, a menos que ella quiera algo.

No he tenido noticias de Michael y estoy reacia a llamarlo. Siempre está enojado cuando lo llamo en el trabajo, pero la noche se acerca y quiero preparar la cena. Decido enviarle un mensaje de texto.

¿Puedes decirme a qué hora estarás en casa? Quiero preparar la cena.

Dudo antes de presionar enviar, sin saber realmente por qué. Cualquier forma de comunicación con Michael es difícil. Su respuesta es rápida y cortante, como de costumbre.

No voy a ir. Me quedaré en Londres.

Golpeo el teléfono sobre la mesa. Quiero preguntarle si se queda con ella. Quiero decirle que es un imbécil redomado, mostrarle cuán florido es mi vocabulario últimamente. Pero no hago nada de eso. Hago lo que siempre hago: lo ignoro.

Él debe saber que yo lo sé. Aunque nunca se ha dicho nada, he lavado sus camisas, apestando a su perfume nauseabundo y abrumador. Le quito la mancha de lápiz labial del cuello y me rio amargamente de lo cursi que es. Quiero enfrentarme a él; sería la

oportunidad ideal para que nos separemos. Pero no estoy segura de que saldría de nuestro matrimonio con lo suficiente para vivir.

Odio sentirme así. Odio quedarme por mi estabilidad económica. Me hace sentir débil. No he trabajado todo el tiempo que estuvimos casados y no estoy segura de lo que podría hacer. Había sido secretaria de un encantador anciano en su práctica de contabilidad antes de casarme. Mis habilidades de mecanografía aún están al día; tal vez debería empezar a buscar trabajo. Tal vez podría comenzar ese plan que he escrito hace años: el plan Jayne hace algo con su vida.

Tengo un plan, una lista muy detallada de cosas que hacer antes de morir, pero nunca lo he comenzado. Desde la niñez he tenido sueños y esperanzas de un futuro emocionante; No he cumplido con ninguno de ellos. En cambio, estoy atrapada en un matrimonio de conveniencia con un hombre al que no le agrado y estoy demasiado asustada para hacer algo al respecto.

Capítulo Dos

—Buenos días, ¿cómo se tomó la noticia? —Carla dice tan pronto como atiendo su llamada.

—No volvió a casa.

—¿Se quedó con la furcia?

—Eso creo —contesto.

—Oh, Jayne. Por favor, has algo al respecto. Échalo, lo que sea.

Tenemos la misma conversación de forma regular. Lo que Carla no entiende es que ella tiene un carácter mucho más fuerte que yo, y a pesar de todos los defectos de Charles, él no discutió tanto cuando recibió la división de la propiedad y el pago que tenía que hacer. Creo que Michael pelearía conmigo hasta el amargo final. Deliberadamente me desgastaría. Él se aseguraría de que me arrastraran a través de la corte, y tendría el respaldo de sus padres ricos, no es que Michael no gane bien.

—¿Por qué no voy? Podemos planificar —ella dice.

—¿Planificar para qué? Pero ven de todos modos. Pondré la tetera.

Amo a Carla; nos conocemos desde que nacimos. Nuestros padres son amigos y habían vivido uno al lado del otro en nuestras pequeñas casas con terraza en el sureste de Londres, pero a veces ella no me entiende. Ella no entiende mis miedos, no ve la sonrisa forzada que planto en mi rostro todos los días cuando todo lo que quiero hacer es acurrucarme en una bola y llorar por mi lamentable existencia.

***

Todo lo que quería era un esposo que me amara, hijos que me respetaran y tener una vida de la que pudiera estar orgullosa. Me siento culpable todo el tiempo. Vivo una mentira y cada vez es más difícil ocultar mi tristeza a todos.

Escucho que un carro se detiene frente a la casa. Dini corre hacia la puerta gruñendo. Él es un mastín napolitano, un perro que había encontrado hace un par de años atado a un árbol en medio del invierno y yo había rescatado, para disgusto de Michael.

Carla tiene una llave y mientras yo vierto agua caliente en la tetera, ella entra. Me rio entre dientes cuando la escucho intentar detener a Dini para saludarla.

—No. Abajo. Esto es Prada, no el puto Primark —ella dice.

—Dini —lo llamo—. Deja el Prada en paz.

—Recuérdame que te visite con sudaderas la próxima vez —

dice Carla mientras coloca su nuevo bolso en la mesa de la cocina.

—¿Te gusta? —me pregunta, pasando su mano sobre el cuero azul pálido.

—Es una bolsa.

—Es un precioso bolso de Michael Kors.

Carla no es materialista, pero disfruta gastando el acuerdo de divorcio en cosas bonitas. No la envidio en absoluto. Aprecia lo que tiene, no da nada por sentado y es demasiado generosa con sus amigos.

—¿Té?

—Sí, por favor. Entonces, necesitamos un plan, un plan de salida —ella dice.

Suspiro mientras me siento y coloco la tetera, las tazas y una jarra de leche sobre la mesa.

—¿Carla, podemos hacer esto en otro momento?

Ella me mira.

—Por supuesto. Te ves cansada.

No dormí bien anoche, siempre me pasa, no descanso. Me duele el cuerpo de cansancio. Las lágrimas se forman en mis ojos y ella toma mis manos entre las suyas.

—Está bien. Te ayudaremos a superar esto, lo prometo.

—Estoy cansada, Carla, no enfadada. Pero no puedo lidiar con Michael en este momento. No me importa si pasó la noche con ella, realmente no me importa. Y sé que tengo que enfrentarlo en algún momento, pero estoy demasiado cansada para hacerlo.

—Pero debe doler —ella dice con suavidad.

—Por supuesto que duele y tal vez me mienta a mí misma cuando digo que no me importa. Tal vez ese sea mi mecanismo de defensa para evitar que duela tanto como debería, pero no lo amo, él no me ama a mí. No entiendo por qué ninguno de los dos puede alejarse.

—No te va a dejar porque cree que le va a costar demasiado. Le dijo a Charles eso hace mucho tiempo. Quiere desgastarte lo suficiente como para que seas tú quien lo deje. ¿Y sabes qué? No hace ninguna diferencia en la corte. Ha estado teniendo amoríos desde el día en que lo conociste.

Por más directa que pueda ser, Carla no me está diciendo nada que yo no sepa. Aprecio su brutal honestidad, la mayoría de las veces.

—¿Pero tengo que demostrarlo, no?

—La conoces, sabes su nombre y su maldita dirección, Jayne. No es difícil y no creo que ella quiera armar un escándalo. Ella misma ha interpretado a la pobre esposa de un adúltero durante bastante tiempo. Quién sabe, tal vez por eso su esposo la dejó por otra persona, tal vez él lo sabía.

—Te amo, eres mi mejor amiga, pero hablemos de esto después de las vacaciones.

Me siento acosada. Ella tiene buenas intenciones, pero cuando Carla está en una misión es difícil detenerla.

—Está bien, pero por favor, prométeme esto. Lo pensarás. Puedo pagar al abogado. Te irás con algo, te puedo garantizar eso.

Todo se reduce a dinero. Me siento como un perro tras un hueso. No he trabajado. No he contribuido económicamente a nuestra casa, a las facturas, a nada. Todo lo que quería era poder sentirme segura. No quiero la mitad de lo que él tiene, solo lo suficiente para seguir adelante hasta que me ponga de pie, e incluso eso me hace sentir superficial. Quería ser una madre que se queda en casa. Nadie me había obligado a renunciar a una carrera, no es que realmente tuviera una. Quería hacer un buen hogar para mi familia.

—¿Ya empacaste? —me pregunta Carla, sacándome de mis pensamientos.

—Empecé a echar un vistazo. Fue deprimente.

—Vamos, veamos qué tienes.

Subimos las escaleras hasta mi habitación. Había hecho un pequeño montón de cosas que creía adecuadas. Están esperando para dar una vuelta por la lavadora.

—¿Esto es todo? —pregunta mientras sostiene el vestido rosa que había encontrado.

—Me gusta ese vestido. Y sí, ese es el montón que tengo, en este momento, por supuesto.

—Esto es una mierda.

—Huele horrible, lo sé, pero va a quedar como nuevo una vez que lo haya lavado. —Le arrebato el vestido de las manos. Hay un olor distintivo a plástico de la bolsa de almacenamiento en la que ha estado guardado durante años.

Carla abre mi armario y empieza a revisar.

—¿Tienes algo más de color? —insiste.

Me paro a su lado.

—No, no lo creo.

Mi guardarropa consiste en ropa negra, gris, azul y marrón. No me había dado cuenta de lo deprimente que se ve todo.

—Traeré algunas cosas mañana —dice mientras cierra la puerta y se dirige a la cómoda.

—Sí claro. ¿Eres qué, talla ocho? Yo soy catorce, si meto la barriga.

Ella me ignora.

—Esto es lindo —ella dice y se gira y levanta una camisola de seda blanca con amapolas rojas.

Le quito la camisola y miro la etiqueta.

—Eso no es mío —digo en voz baja.

—¿Qué quieres decir con que no es… seguramente no es de ella?

—No sé. Es demasiado grande para Kerry y demasiado pequeño para mí. —Me siento pesadamente en la cama.

—¿No recuerdas haberla lavado?

—No, quizás Kerry lo hizo. Ella usa la lavadora porque la de ellos está rota.

Carla se sienta en la cama a mi lado.

—La ha traído a mi casa —susurro.

Por una vez, ella se queda callada. Le quito la camisola y la doblo. No tengo ni idea de por qué lo doblo tan cuidadosamente, pero lo coloco encima de la cómoda.

—Revisemos los otros cajones —ella dice.

Quiero distraerme, quiero encontrar ropa bonita para llevarme unas vacaciones que estoy decidida a disfrutar. Aprieto la mandíbula y vacío el contenido del cajón de la cama.

***

Michael llega a casa sin previo aviso a última hora de la tarde. Me toma por sorpresa; no recuerdo el día en que ha llegado a casa antes de las siete. Yo acabo de volver de pasear al perro cuando escucho un ruido en el piso de arriba. Las tablas del suelo crujen sobre mi cabeza mientras me quito el abrigo en la cocina. Me quedo quieta y escucho. Cuando me arrastro hasta el final de las escaleras, puedo escuchar su voz ahogada. Recordando qué escalón evitar por temor a delatarme con los peldaños sueltos, subo las escaleras.

—Lo sé, lo haré. Lo discutiré con ella esta noche. Por ahora tengo que buscar ropa limpia. ¿Es tan difícil tenerme algunas camisas limpias? —dice.

¿Camisas limpias? Él tiene un armario lleno de ellas. Me detengo en el rellano.

—Tengo que hacer todo yo mismo, con trabajar todas esas malditas horas. Honestamente, irme de aquí será un alivio.

¿Hacer todo yo mismo? ¿Mudarse?

Me acerco a la puerta del dormitorio, agradeciéndome por insistir en una alfombra de pelo largo para el piso de arriba. Su puerta está entreabierta; Puedo verlo en su celular paseando por la habitación.

—Lo sé, nena —susurra.

Ya he escuchado suficiente. En ningún momento de todo el tiempo que estuvimos juntos me había llamado de otra manera que no fuera Jayne. O tonta, esa es una palabra que usa mucho. Finjo una tos y lo veo congelarse, apaga el teléfono y luego me sorprende

poniéndolo en el cajón de su ropa interior.

Camino en el lugar durante unos segundos antes de abrir la puerta de su dormitorio.

—Oh, eres tú. No sabía quién estaba aquí —digo.

—A diferencia de ti para ser lo suficientemente valiente como para enfrentarte a un intruso, Jayne. ¿Por qué no mandaste a ese perro inútil?

—Me pregunto qué habría pasado si hubiera puesto a mi perro inútil sobre ti. ¿Con quién hablabas?

—Con nadie. Puede que haya estado murmurando para mí mismo, ensayando un discurso bastante importante que tengo mañana, pero como nunca te ha interesado mi trabajo, no te aburriré con los detalles. Dudo que lo entiendas de todos modos.

Imbécil arrogante, pienso.

—Antes de que vuelvas a salir corriendo, tengo algunas noticias. Carla me invitó de vacaciones con ella.

Contengo la respiración.

—Espero que hayas rechazado su oferta —él dice.

—No, le dije que iría.

Se gira hacia mí.

—¿Y cómo crees que pagarás estas vacaciones?

—Es mi regalo de cumpleaños —digo. Mi voz se vuelve más tranquila.

Él se ríe.

—Dios, apuesto a que te sientes como el pariente pobre. No aceptamos la lástima de nadie, Jayne. Dile que no puedes ir.

Me mira con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Sabes qué? Sí, me siento como el pariente pobre, gracias a ti y a tus putos presupuestos. No he tenido vacaciones desde que los niños eran pequeños e incluso entonces fui yo quien los llevó de una actividad a otra mientras tú te sentabas y descansabas en la playa.

—Trabajo, Jayne, cincuenta horas a la semana o más. Si alguien necesita unas vacaciones, soy yo. Y si no puedes tener una conversación conmigo sin usar un lenguaje soez, continuaremos con esto cuando hayas crecido. Tengo una cena a la que asistir.

Me da la espalda y se dirige a su armario. Me quedo de pie con el estómago hecho un nudo y una bocanada de improperios atorada en mi garganta.

Vete a la mierda, idiota, idiota, idiota, pasa por mi mente.

—No está bien lo que ella está haciendo. Deberías ver al pobre Charles…

Antes de que termine su oración, me lanzo verbalmente.

—Lo que no *estaba bien* era que el *pobre* Charles se follara a su secretaria. Quiero decir, cuán cliché puedes llegar a ser.

Me alejo.

Estoy sentada en el jardín trasero envuelta en el viento cortante cuando Michael sale de la casa. No se despide de mí, sólo el portazo de la puerta principal y el rocío de grava contra la pared lateral de la casa mientras acelera en la calle, supongo.

Levanto la mano que contiene el único cigarrillo que fumo al día, agitándolo en desafío a sus reglas de no fumar. Y luego las lágrimas caen. ¿Por qué no puedo enfrentarme a él? ¿Por qué no puedo decirle cómo me hace sentir? Él me menosprecia de una manera tan sutil que nadie más que yo lo nota. Él me hace sentir inútil. Ser una madre que se queda en casa no es un *trabajo*; es una vocación para mí. No envidiaba a las mujeres que tenían que trabajar y criar a sus hijos. No envidiaba a las que optaban por trabajar. Hice lo que pensé que era mejor para nuestros hijos. Me ocupaba de la casa, era mamá, había una cena en la mesa cada noche, ropa limpia en el armario todos los días y una casa ordenada.

Un pensamiento me golpea. Apago el cigarrillo y subo las escaleras. El teléfono que le había visto tirar en su cajón ha desaparecido. Obviamente, le había estado hablando a ella. Me siento en su cama y pienso en lo que escuché.

***

Él dijo *esta mudanza*. ¿Qué había querido decir con eso? Aunque no tengo ninguna razón para hacerlo, abro su armario para confirmarme. Una hilera de camisas blancas cuidadosamente almidonadas y planchadas me recibe. ¿Entonces no tiene camisas limpias? Me pregunto qué tan tonta es ella para creerle.

Michael me ignora durante el resto de la semana. Apenas llega a casa y cuando lo hace, se va a la sala para leer su periódico y tomar un vaso de whisky cada noche, sólo obligándose a estar en mi compañía a la hora de cenar. No estoy segura de por qué me molesta en prepararle una comida. Nos sentamos a la mesa en silencio y él extiende papeles junto a su plato, sin duda para evitar tener que hablar conmigo.

Paso la semana preparando comidas para el congelador, lavando y planchando mi ropa de vacaciones y escribiendo listas de cómo funcionan las cosas, qué botón presionar en la lavadora, dónde está la plancha, la aspiradora. No es que piense por un momento que él usaría algo de eso.

Carla viene casi a diario y pasamos años mirando el sitio web de Four Seasons, planificando qué hacer, cuántos libros llevar, si ir a navegar al atardecer o sentarnos a tomar una copa. Me emociona y aterroriza a medida que avanza la semana. No le he mencionado lo que había visto o la conversación que había tenido con Michael. Me

doy cuenta de que no confío tanto en ella por temor a que actúe; acción que necesita tomarse pero que no quiero enfrentar.

***

No duermo bien la noche anterior al viaje. Doy vueltas y vueltas y me despierto en las primeras horas. Bajo las escaleras para hacer una taza de té y fumar un cigarrillo. Mi hábito de uno al día está aumentando lentamente hasta llegar a cinco. Michael odia que fume, odia que beba vino y, a juzgar por las botellas en la papelera de reciclaje, ese hábito también está aumentando.

Dini se une a mí en el jardín mientras yo tiemblo justo afuera de la puerta trasera. Puedo escuchar el crujido de sus pasos en el césped helado, pero al ser negro, no puedo ver a dónde ha ido. Dini nunca ladra, pero emite un gruñido bajo. Un gruñido que retumba en su pecho y por la noche, en la oscuridad, levanta los pelos de mis brazos. Me estremezco y lo llamo.

Ben lo recogerá a la hora del almuerzo y yo me he asegurado de tener su cama y comida empacadas y colocadas en el pasillo junto a mi maleta. Michael tiene diez camisas lavadas y planchadas en su guardarropa junto con cinco trajes y diez comidas en el congelador. No hay nada en lo que no haya pensado. Le he dejado un mensaje a Casey, pero ella nunca me devuelve la llamada.

Me llevo el té a la cama y agarro mi diario. Escribo sobre lo emocionada que estoy y lo molesta que he estado por la falta de entusiasmo de Michael y Casey. Ben está emocionado por mí, y Kerry me llama o me envía un mensaje con fragmentos de información que ha encontrado sobre las Maldivas a diario. Todavía está enferma y la he instado a que se ponga en contacto con su médico. Aunque es delgada, ella ha perdido un poco más de peso durante la última semana y yo estoy preocupada por ella.

Es el golpe cuando alguien cae sobre mi maleta de plástico lo que me despierta un poco más tarde; Debo haberme quedado dormida. Escucho una maldición y el deslizamiento de la maleta cuando es empujada por el piso de madera y luego el golpe de la puerta principal se cierra de golpe. Me levanto y miro por la ventana del dormitorio para ver a Michael caminar por el sendero del jardín. No ha dicho una palabra, ni un adiós o que te diviertas.

Me ducho y me visto, luego camino por la casa con mi taza de té para asegurarme de que la he dejado impecable. Camino hasta el aparador de la sala y tomo una fotografía familiar. Tiene años. Casey está en una carriola, pero estamos sonriendo, y creo que podría haber sido la última vez que lo hicimos.

Por mucho que a Michael le fuera indiferente a Ben, creo que él le echa la culpa del embarazo de él a la razón de *tener* que casarse

conmigo, en el momento en que nació Casey, él la adoró. Nunca cambió un pañal ni se levantó para alimentarla a medianoche, pero esa niña siempre ha sido su ojito derecho. Una punzada de algo que trato desesperadamente de tragarme me golpea. Estoy celosa de ella. La quiero muchísimo, me encanta su espíritu e independencia, pero también estoy celosa de que él pueda amarla a ella y no a mí. La culpa que sigue es a menudo abrumadora.

Trato a mis hijos por igual. Por egoísta que pueda ser Casey, nunca dejaré que sienta que favorezco a Ben sobre ella. A diferencia de Michael. El timbre del teléfono interrumpe mis pensamientos.

—Oye, niña, solo te llamo para desearte unas felices vacaciones —dice mi padre una vez que levanto el teléfono.

—Hola papá. Gracias. Estoy ansiosa por esto.

—Tu mamá dice que tengas cuidado. No bebas el agua del grifo.

Me rio.

—No lo haré. ¿Cómo están los dos?

Mi padre ha estado sufriendo de tos durante un tiempo y lo he regañado para que visite al médico. Había sido estibador en su juventud; un hombre fuerte, corpulento, con manos callosas que son tan gentiles cuando me acaricia el cabello todas las noches después de acostarme.

—Tu mamá hizo un pastel ayer. Me lo comí, por supuesto, pero fue horrible. Casi lo escupo, lo hice.

—¿En serio?

—No, pero estaba horrible.

Tengo la relación más maravillosa con mi papá. Él es un narrador de historias. Cuando era niña, me sentaba en su regazo durante horas y horas mientras me hablaba de tierras extranjeras con piratas y unicornios. Había viajado por el mundo, en su mente. Fue solo en mi adolescencia que descubrí que nunca había salido de Inglaterra. Demasiados malditos extranjeros él decía entre risas.

Nuestra llamada es breve, pero me deja con una sonrisa.

Mientras espero a que llegue Carla, reviso y vuelvo a revisar mi bolso. Tengo mi pasaporte, mis llaves y un poco de dinero. No es que me permitan sacar dinero de la cuenta conjunta, pero sin que Michael lo sepa, tengo una pequeña cuenta de ahorros con unos pocos cientos de libras, una cuenta para días difíciles. Saqué doscientas libras, con la esperanza de que fueran suficientes.

No tengo idea de lo que gana mi esposo. Él tiene una posición más arriba que Charles y sé que a Carla le otorgaron un poco más de medio millón de libras, un apartamento en Londres y la casa en Kent. Charles había invertido las enormes bonificaciones monetarias que los comerciantes otorgaban en los años ochenta y noventa en

propiedades. Teniendo en cuenta lo astuto que es Michael, creo que él ha hecho lo mismo. Esta en mi lista de cosas por hacer cuando regresé; investigar lo que mi esposo gana y posee. Estoy harta de tener que justificar cada compra.

Dini corre hacia la puerta principal mucho antes de que escuche un carro estacionar fuera y el ruido de tacones en el camino. Echo un último vistazo a la cocina, le dejo la nota a Michael sobre la mesa y agarro mi bolso.

—Oh, estoy tan emocionada —dice Carla mientras abre la puerta principal.

—Yo también. Toma mi bolso mientras tomo mi maleta —le digo, entregándole mi bolso de gran tamaño.

Me agacho para abrazar a Dini, susurrando que lo extrañaré antes de tomar la manija de mi maleta y cerrar la puerta principal detrás de mí.

***

Charlamos todo el camino. Afortunadamente, la autopista está despejada y el viaje dura la hora que esperamos. Le envío un mensaje de texto a Ben y Kerry, le dejo otro mensaje de voz a Casey y luego pongo mi teléfono en modo avión.

No hay filas; Carla se dirige directamente al mostrador de atención para la Clase Ejecutiva y nos entregan nuestros pases para la sala VIP de Emirates. Antes de dirigirnos a la sala, hacemos un recorrido rápido por las tiendas. Carla quiere tener un par de lentes de sol. Mientras se prueba un par negro después de un par negro idéntico, miro. No gastaría mi dinero en perfumes o accesorios, aunque me gusta un bonito pareo; es algo para usar en la playa en lugar de tener que ponerse un vestido. Con las compras realizadas, nos dirigimos a la sala.

Me siento un fraude total sentada en los lujosos asientos de cuero, donde me entregan champán y café y me dicen que me servirán bocadillos. Carla la lame. A pesar de tener el mismo origen, siempre le he dicho que ella había nacido en la clase equivocada. Se adapta a la sala VIP de la Clase Ejecutiva, se adapta a la de Primera clase. Soy consciente de mi rebelde cabello castaño y rizado que se mantiene en una cola de caballo permanente, de la ropa barata y el bolso falso.

—¿Tenemos que ir a la puerta ya? —pregunto mientras Carla hojea una revista.

—No, nos llamarán cuando sea el momento.

—Pero dice un número de puerta —respondo, señalando la pantalla en la pared.

—Nos llamarán, deja de entrar en pánico —dice riendo.

Me recuesto y espero. Reviso mi teléfono con regularidad. Me

pregunto si recibiré un mensaje de Michael. Aunque sabe que me voy a las Maldivas, no tiene idea de qué isla. Apoyo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y comienzo a pensar.

La ruptura de mi matrimonio ha sido un proceso gradual. Si tengo que ser honesta, nunca deberíamos habernos casado en primer lugar; somos tan incompatibles. Nos conocimos en la fiesta de compromiso de Carla y Charles, algo que ella me dice que lamenta. Supongo que yo quede encantada por él. Recuerdo que lo había visto al otro lado del lugar es como si estuviera celebrando la corte. Yo no era tan desaliñada en ese entonces, pero tampoco era una belleza… era simplemente Jayne.

Él me culpó por quedar embarazada. Yo había estado tomando la píldora, pero no me encontraba bien y no sabía que afectaría su funcionamiento. La conmoción cuando me di cuenta había sido abrumadora. Estuve guardando la información durante casi un mes, ocultando las náuseas matutinas, vespertinas y nocturnas que había sufrido hasta que Michael me encontró vomitando sobre el inodoro. Pataleó, gritó y chilló. No por mí, no por nuestro hijo, sino por él mismo. Un par de días después anunció que íbamos a reservar nuestra boda en la oficina de registro local para la próxima fecha disponible. Yo llevaba un vestido sencillo, el más barato que pude encontrar, Carla y Charles fueron nuestros testigos y nuestros invitados no se extendieron más allá de la familia inmediata. No fue la boda de mis sueños y recordé a mi papá diciéndome que no tenía que seguir adelante con ella; podríamos irnos.

Supongo que me sentí avergonzada, incluso apenada. Michael ni siquiera me sonrió mientras caminaba por el pasillo; mantuvo su mirada fija firmemente en la pared sobre la cabeza del encargado del registro civil. Y eso fue todo. Una vez finalizada la formalidad, nuestros invitados se marcharon y volvimos al apartamento que él tenía.

—Deja de pensar —escucho. Abro los ojos para ver a Carla mirándome.

—No estoy pensando.

—Te conozco, claro que sí. Cuando piensas en ese pinchazo, tu mandíbula se mueve de lado a lado.

—Él no me ha hablado durante casi dos semanas, no se despidió en la mañana, nada.

Ella no responde, pero es difícil no notar la lástima que nubla sus ojos. No quiero que ella sienta pena por mí; estoy en un lío en parte por mi propia voluntad.

—Vamos, vamos a subir al avión —ella dice mientras se levanta y le tiendo la mano.

Nos agarramos de los brazos y nos dirigimos hacia la puerta.

Nos llevan a nuestro asiento y nos ofrecen otra copa de champán. Chocamos nuestras copas y brindamos por nosotras mismas.

—Por unas vacaciones fabulosas —dice Carla.

Sonrío. No más pensamientos, no más desear algo que nunca voy a tener, no más Michael, al menos por un par de semanas.

***

Después de una breve escala en Dubai, llegamos. Se abren las puertas y se nos permite desembarcar. El calor mientras bajo los escalones hacia la pista hace que mi camiseta se me pegue a la espalda de inmediato. Debido a que hemos volado en clase ejecutiva, nuestro equipaje es el primero en dar la vuelta al carrusel. Atravesamos el aeropuerto hasta un área de concreto afuera y miramos a nuestro alrededor. Carla ve a un hombre sosteniendo una placa con el logo de Four Seasons; nos abrimos paso.

—Bienvenidas. ¿Puedo tener sus nombres por favor? —dice, revisando su portapapeles—. Su bote está listo. Déjenme llevarles estas maletas.

Nos llevan a un pequeño minibús blanco y nos entregan toallitas húmedas y frías mientras abordamos. Agradezco que el aire acondicionado esté a tope. Es menos de un minuto en automóvil antes de que nos detengamos junto a un embarcadero de concreto y nos lleven a una lancha rápida que espera.

Sin embargo, nos entregan otro paño frío junto con una botella de agua. Un miembro de la tripulación me tiende la mano para ayudarme a subir y, mientras lo hace, tropiezo un poco. Inmediatamente uno de los dos ocupantes del barco se levanta para ayudarme. Agarro su camisa, sintiendo músculos sólidos debajo. Murmuro mi agradecimiento antes de mirar hacia los ojos azules más hermosos que haya visto en toda mi vida. Hago un esfuerzo consciente por cerrar la boca. Él me está sonriendo y es hermoso. Tiene el pelo rubio, pero son esos ojos los que me cautivan.

—Ejem —escucho desde atrás.

Mi cara se colorea de inmediato.

—Lo siento, y gracias —murmuro de nuevo antes de deslizarme en un asiento.

—De nada —él responde con un acento que no conoce.

Carla se sienta a mi lado; me mira y arquea las cejas antes de acercarse.

—Vaya, ¿viste sus ojos?

—Lo sé, son del mismo color que el mar.

El capitán, si así se llama el conductor de una pequeña lancha rápida, está dando un informe de seguridad; no estoy escuchando. Estoy hipnotizada por el hombre. Se sienta con otro al otro lado del

pasillo y una fila más arriba. Todo lo que puedo ver es su perfil mientras inclino la cabeza para escuchar al capitán. Siento un empujón en mi costado.

—Deja de mirar fijamente y escucha. Si nos hundimos, no te voy a salvar porque no sabes dónde está el chaleco salvavidas.

Me rio. Me siento como un adolescente que acaba de ser sorprendida. Me enderezo en mi asiento y me concentro. Unos minutos más tarde estamos en camino. El barco cruza un mar tan quieto como un estanque. Los peces voladores nos siguen; es estimulante. Miro hacia el mar claro, de un hermoso azul, para ver pequeñas islas de arena blanca con palmeras prestadas y bancos de arena.

—Esto es increíble —digo.

—Lo sé, mira esos pescaditos.

Es un viaje corto, demasiado corto, antes de que el bote desacelere y amarramos junto a un embarcadero de madera oscura flanqueado por personal impecablemente vestido. Los dos chicos se ponen de pie y él sonríe; labios ligeramente regordetes enmarcan unos perfectos dientes blancos. Parpadeo rápidamente. Nos hace un gesto con el brazo para que salgamos del bote primero. Las manos se extienden desde el embarcadero y, sin tropezar esa vez, me encuentro en tierra firme.

—Wow —es la única palabra que puedo usar para describir la escena frente a mí.

El largo embarcadero conduce a un edificio de madera con techo de paja. La arena es tan blanca que el sol se refleja en ella y tengo que entrecerrar los ojos. Las palmeras se alinean en la isla, algunas dobladas tan bajo que sus hojas parecen fantasmas del agua.

—Ciertamente es mejor que el folleto —dice Carla. Ella ha tomado dos tragos de una joven vestida con lo que supongo es ropa tradicional.

Nos piden que sigamos al chico que nos ha recogido en el aeropuerto hasta la zona de recepción. Me quito los zapatos y lo sigo, saltando de un pie al otro mientras las plantas de mis pies se encuentran con el calor de la madera.

Nos llevan a una recepción abierta; mis pies se hunden en el suelo de arena fresca y nos sentamos en sofás mientras esperamos que se complete nuestro papeleo. Los dos chicos se sientan frente a nosotros.

—¿Has estado aquí antes? —Él me pregunta. Tiene una voz suave y tranquila.

Miro hacia arriba, insegura al principio de si se está dirigiendo a mí.

—Esto… no. Primera vez. ¿Y tú?

—Sí, aunque no a esta isla. Por cierto, soy Stefan. Mi amigo es Morton.

Extiendo la mano para un apretón formal.

—Jayne, y ella es Carla.

La recepcionista interrumpe las presentaciones cuando nos entregan las llaves y nos indica que un carrito de golf nos llevará a nuestra villa.

—Tal vez nos veamos de nuevo —dice Stefan mientras Carla y yo nos ponemos de pie.

Sonrío y asiento con la cabeza, un poco sin hablar. Por un momento, sus penetrantes ojos azules me mantienen cautiva; Siento que mi cara se sonroja.

Un codazo en mis costillas me saca de mi semi-trance.

—Creo que tienes un cosquilleo en el trasero —susurra Carla mientras nos dirigimos al carrito que nos espera. Me detengo en seco, mirándola con la boca abierta.

—¿Un qué?

—Un cosquilleo en el trasero. Él es hermoso, así que no te culpo.

Voy a hablar, luego niego con la cabeza antes de reír.

—Solo está siendo educado

—Educado o no, podría sumergirme en esos ojos azules y nunca necesitar salir a la superficie para respirar.

***

El carrito se detiene junto a una puerta azul en un muro de piedra blanca. Conducimos por un camino de arena que centra la isla, pasando el personal que se detiene para darnos la bienvenida. La puerta se abre y entramos en un jardín privado adjunto al costado de nuestra villa. Es bellísimo. Las palmeras se alinean en un camino hacia la playa; hay una piscina a un lado y una plataforma de madera al otro. Hamacas con cojines color crema frente a la piscina junto con una pequeña mesa y sillas.

Nos llevan a través de la puerta de la villa y, al principio, me detengo en seco. Es una construcción de madera simple pero bellamente diseñada. Dejo mi maleta en una de las camas grandes con sábanas blancas y doy un paseo. Las puertas francesas se abren hacia el jardín, a solo unos pasos de la piscina. Detrás de las camas hay una pared que abarca las tres cuartas partes de la longitud de la habitación. Detrás de eso está el baño. Dos lavabos están moldeados en una encimera de piedra, un baño blanco descansa sobre patas de garra plateadas y a través de un espacio en la pared hay una ducha al aire libre. Afortunadamente, esa pared blanca se curva a su alrededor para brindar privacidad.

Para cuando termino mi recorrido, nuestro guía nos ha dejado y Carla ya está desempacando su maleta.

—¿Viste afuera? Es asombroso —digo.

—Lo sé. Y mira, una botella de champán de bienvenida —ella responde.

Encima de una unidad de cajones hay un cubo de hielo plateado con una botella de champán Billecart-Salmon Rosé. El nombre no significa nada para mí, pero Carla parece estar impresionada.

—Creo que necesitamos una o dos horas en la playa, recuperarnos del viaje —digo.

—Absolutamente.

Mientras ella se pone el bikini más diminuto que he visto en mi vida, desempaco. En nuestro paseo desde la lancha rápida, por el embarcadero, no he visto a nadie en la playa, así que decido ser valiente y optar por el bikini rojo que Carla me ha comprado.

Carla pone su largo cabello rubio en un moño; el estilo desenfadado parece como si un peluquero hubiera pasado horas creándolo. Ella se rocía con su bloqueador solar de factor diez y agarra su libro.

—Ve por unas tumbonas, estaré allí en un minuto —le digo mientras me quito la camiseta, habiendo finalmente desempacado y guardado todo.

Me desnudo y me pongo la parte inferior del bikini, teniendo que aflojar un poco los lazos laterales. No tengo sobrepeso como tal. Estoy en proporción, pero tengo esas caderas fértiles que mi madre siempre me dice son un extra y las estrías en un estómago ligeramente flácido donde los niños se habían acurrucado durante nueve meses cada uno.

La única parte de mi cuerpo que no me importa son mis tetas. Aún firmes, los cubro con la parte superior del bikini y me miro en el espejo. El rojo definitivamente no es mi color. Tengo la piel demasiado pálida y aún más pálida cuando me unto el factor cincuenta. Mis rizos castaños rebeldes ya han comenzado a encresparse con la humedad mientras los arreglo en una cola de caballo.

Agarrando mis gafas de sol, una ganga de la tienda benéfica local y mi libro, atravieso las puertas cristaleras y sigo el camino hacia la playa. El jardín lleno de flores se abre a una playa de arena prístina y casi blanca. Carla ya está tendida en una de las dos tumbonas de madera.

—Vaya —digo.

—De hecho. —Literalmente, de dejo caer de culo mientras aparece un mesero con un menú y toma nuestra orden.

—Mira el color de ese mar.

Cerca de la orilla es como si Dios hubiera tomado un vaso de agua glacial y le hubiera goteado con tinta azul. Al acercarme a la orilla del agua, puedo ver a través del agua cada rizo de arena fina. El agua está tibia, pequeños peces pasan rápidamente por mis piernas cuanto más profundo voy. En la distancia puedo ver el borde del arrecife y el color cambia a un azul profundo, el mismo azul que los ojos de Stefan.

Regreso a la tumbona.

—El agua está tan caliente —digo.

—Tal vez consigamos algunas cosas para bucear —responde Carla.

Carla está leyendo el folleto de la isla; detalla los tratamientos de spa que se ofrecen y una lista de actividades.

—Seguro que supera a Cornwall —digo con una carcajada.

Cada año de nuestra infancia, toda la calle empacaba sus carros y manejaba las siete horas más o menos que tomaba en ese entonces hasta Cornwall. Pasamos días en la playa quemándonos por el sol y tardes en la casa club del lugar. Nuestros padres alquilan pequeños chalés de madera, los mismos, año tras año.

—¿Te acuerdas de las tablas de bodyboard? —Dice Carla.

—Dios, sí. También recuerdo las astillas y las raspaduras.

Teníamos tablas en las que intentábamos surfear y, al final de la semana, todos los niños tenían astillas en los pies y rasguños en las rodillas.

Mi recuerdo favorito de esas vacaciones son que mi padre me llevara a la cama todas las noches, el cabello salado estaba enredado y la piel se estaba pelando. Fueron las mejores vacaciones que jamás había tenido.

—Nos divertimos mucho en ese entonces —dice.

—¿Recuerdas nuestro plan de vida? —le pregunto.

Una noche, creo que en ese momento éramos adolescentes, nos sentamos en la playa con nuestros amigos y escribimos nuestro plan de vida. Yo quería viajar por el mundo, ayudar a reconstruir comunidades en regiones afectadas por la pobreza, fotografiar la vida silvestre en África y rescatar a los niños de Etiopía. Quería dejar un legado. Yo no había hecho nada de eso. La tristeza se apodera de mí. En cambio, dejé la escuela, fui a la universidad, trabajé durante unos años antes de conocer a Michael, y cualquier pensamiento sobre un plan de vida fue aplastado.

—Todavía hay tiempo —dice Carla en voz baja. La miro—. Todavía hay tiempo para hacer algunas de esas cosas. Puedo ver lo que estás pensando.

Sonrío.

—Un día —digo.

Nos acomodamos cuando el mesero aparece con bebidas frías y leemos nuestros libros. Podemos sentarnos o podemos estar en silencio; estar con mi mejor amiga en el lugar donde se inventó la palabra *paraíso* es una alegría.

Capítulo Tres

Antes de vestirnos para la cena, froto crema hidratante en mi piel ya bronceada. Las pecas cubren mis brazos y mi nariz. Odiaba mis pecas cuando era niña, deseando que se fueran. Mi papá me había dicho que mi alma las dejaba allí todas las noches. Abandonaba mi cuerpo cuando dormía para la fiesta, pellizcándome antes de hacerlo para poder reconocerme a su regreso. Lo había creído durante años. A medida que crecía, comencé a amar mis pecas. Fue solo cuando se unieron que mi piel se coloreó, me dan la ilusión de un bronceado.

—Creo que es la hora del cóctel, así que apúrate —dice Carla.

La isla está una hora por delante del resto de las Maldivas; La hora del cóctel es cuando se pone el sol. Optamos por caminar hasta el final de la isla a lo largo de la orilla y hasta el bar que se adentra en el mar. Es otro edificio de lados abiertos con suaves sofás colocados alrededor de pequeñas mesas de madera. Decidimos sentarnos una frente a la otra en sofás colocados en la terraza.

Cuando un mesero viene a tomar nuestro pedido, noto que Stefan y Morton entran, me llama la atención y ambos se acercan.

—¿Les importa si nos sentamos con ustedes? —preguntan.

—Por supuesto que no. ¿Se han acomodado? —Carla responde.

Stefan toma asiento a mi lado. Estira su brazo a lo largo del respaldo del sofá y, aunque no está cerca de mí, siento un cosquilleo en la parte posterior de mi cuello. Se me hace un nudo en el estómago y siento que el rubor sube por mis mejillas ante su proximidad.

—Dijiste que habías estado antes en las Maldivas. ¿Cuándo viniste? —le pregunto.

Él arrastra los pies para quedar frente a mí.

—Venimos aquí para bucear. La última vez fue hace un par de años.

—Buceo, ¡vaya! Puede que vayamos a nadar con esnórquel, pero no creo que pueda bucear como tal.

Estoy divagando, murmurando en mi bebida; no estoy acostumbrada a tener una conversación con un hombre. De hecho, aparte de los niños, Carla y el perro, no recuerdo la última vez que dije algo más que un buenos días de paso o para pedir algo en una de las tiendas locales.

—¿De dónde eres? —le pregunto. He luchado por ubicar su acento.

—Dinamarca. Aalborg. Es un lugar hermoso, una ciudad justo en la costa.

La conversación fluye. Hablamos de su buceo, de mi perro, de

nuestros hijos, pero ninguno de los dos menciona a sus parejas. Es fácil hablar con él y me siento cómoda en su presencia. Se ordena una segunda ronda de bebidas y, aunque es algo tan pequeño, me complace escucharlo pedir la misma bebida que yo he tomado antes. El solo hecho de que lo hubiera recordado me hace sonreír. De vez en cuando, Carla me llama la atención. Sus cejas se arquean levemente y sonríe.

—¿Les gustaría cenar con nosotras? —pregunta Carla. Podría haberla besado y pateado al mismo tiempo.

—Eso sería genial —responde Morton.

Nos paramos y caminamos la corta distancia a lo largo de la playa hasta uno de los tres restaurantes del resort. Tener el menú frente a mí me da el escudo que necesito. Por mucho que he disfrutado la conversación con Stefan en el bar, me siento confundida. Él se sienta en la silla de enfrente y gira la cabeza para hablar con su amigo. Estudio su perfil. Su cabello cae sobre su frente y mis dedos se mueven con el deseo de apartarlo de sus ojos. La línea de su mandíbula está cincelada a la perfección, y veo la forma en que su boca se mueve mientras habla, la forma en que su lengua recorre su labio inferior de vez en cuando, y un pensamiento pasa por mi mente: quiero morderlo. Parpadeo rápidamente para deshacerme de esa loca idea.

Mis manos tiemblan levemente mientras sostiene el menú para cubrir mi rostro. Veo que sus dedos agarran la parte superior de mi menú y suavemente lo aparta, lo gira hacia arriba y se lo devuelvo con una sonrisa.

—Esto funciona mejor —él dice. Me hundo en mi silla para esconderme.

Con los pedidos realizados y el menú eliminado, no tengo nada en lo que esconderme. Por mucho que la conversación hubiera sido fácil en el bar, a medida que avanza la noche, me siento cada vez más conflictiva. Disfruto pasar tiempo con él; quiero pasar más tiempo hablando. Él hizo algo a lo que no estoy acostumbrada; Él me escuchó. Encuentra interesante lo que le digo, pero se siente mal. Los pensamientos que recorren mi mente se sienten mal, los sentimientos que recorren mi cuerpo se sienten mal. Todo se siente mal.

Stefan, Morton y Carla conversan durante la cena. Picoteo mi comida, empujando la mayor parte alrededor del plato. Está delicioso, aunque la hindú no es una de mis favoritas, pero he perdido el apetito. Cuando la comida está lista y los platos se retiran, levanto la vista de mi regazo y veo a Stefan sonriéndome.

—¿La diferencia de hora te alcanzó? —él pregunta.

—Creo que sí. Lo siento, si estoy un poco callada. Supongo que estoy cansada.

—No hay necesidad de disculparse. ¿Qué tal un café?

—¿Por qué no volvemos todos al bar? —Agrega Carla.

Asiento con la cabeza, aunque ir a la cama es más una tentación. Una vez que se firman las cuentas, nos levantamos de la mesa y me tenso cuando Stefan pone su mano en mi espalda baja para guiarme a través de las mesas vecinas. Su toque ha provocado que un pulso eléctrico se dispare a través de mí, terminando entre mis muslos.

Carla y yo nos dirigimos a los mismos sofás en los que nos habíamos sentado antes mientras los chicos van al bar por nuestros pedidos.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—No. ¿Hablamos de eso más tarde?

Ella asiente con la cabeza, pero veo la preocupación destellar en sus ojos.

—Creo que tengo jet lag, no hay nada de qué preocuparse —agrego.

Mi café con leche es colocado en la pequeña mesa frente a mí y Stefan se sienta enfrente. Yo me había propuesto sentarme junto a Carla. Él se reclina hacia atrás, un pie descansa sobre la rodilla opuesta y tomo un sorbo de su café.

—¿Cuáles son tus planes para mañana? —me pregunta.

—Tomar el sol y explorar la isla, creo. Carla quiere pasar algún tiempo en el spa. ¿Tú?

—Vamos a bucear por la mañana. Estoy deseando que llegue.

—¿Cuéntame sobre eso?

Él se inclina ligeramente hacia delante; su rostro se anima mientras habla. Me habla de los muchos países que ha visitado, los mares en los que se ha sumergido y las fotografías submarinas que ha tomado. La fotografía es un pasatiempo mío y me siento más cómoda a medida que avanza la noche. Tenemos algo en común. Parece que hay dos conversaciones, Stefan y yo, Morton y Carla. Detecto una pequeña chispa entre esos dos. Ambos hombres son guapos, altos, de complexión atlética y en forma. Siendo la más bajita, con el cabello más oscuro y la piel más clara, me siento como una mosca en un vaso con leche aquí sentada entre ellos.

Stefan bosteza; estira los brazos por encima de la cabeza y su camisa blanca se levanta, mostrando unos abdominales definidos y un rastro de vello rubio sobre un estómago ya bronceado que se pierde bajo la tela de sus jeans. Una vez más, mi cara se sonroja mientras miro.

—Creo que es hora de que nos vayamos a la cama. ¿Nos veremos mañana, tal vez? —él dice.

Asiento con la cabeza mientras él se levanta.

—Buenas noches, señoritas —dice Morton, dándole un guiño a

Carla. Los chicos se van.

—¡Uf! —Escucho.

—Uf, de hecho. Parece que te llevas bien con Morton.

—No hables de mí. ¿Qué le pasa, señorita Adams? Nunca te había escuchado hablar tanto.

Carla nunca se refiere a mí por mi nombre de casada; es su forma de no reconocer a Michael.

—Supongo que es fácil hablar con él. —Me sonrojo una vez más.

Ella me sonríe.

—¿Sientes maripositas?

—Deja eso de las maripositas, no seas infantil. Él es un buen tipo siendo educado, me imagino. No está interesado en mí.

—Siento disentir. ¿Te gusta?

—Si yo fuera adolescente, sí. Tengo cuarenta y cinco años y estoy casada. No me gustan otros hombres.

—Estamos en una hermosa isla con dos hombres guapisimos. Está bien divertirse un poco.

—Estoy casada, Carla.

—Sí, con un gilipollas que probablemente se esté follando a la furcia mientras hablamos.

Hago una mueca de dolor, porque es como un pinchazo que me atraviesa y las lágrimas brotan de mis ojos. Carla se tapa la boca.

—Oh Dios. lo siento mucho, no quise decir eso. Jayne, lo siento mucho. Le echaría la culpa al vino, si fuera cierto, pero a veces tengo una gran boca y no tengo filtro.

—Está bien. Probablemente sea cierto, pero no significa que esté a punto de hacer lo mismo.

—No estoy sugiriendo que te metas en la cama con él. Solo permítete divertirte. Deja que le gustes a alguien, que alguien quiera pasar tiempo contigo, que te demuestre que vale la pena el esfuerzo. Porque tú lo vales.

Tomo su mano en la mía y le doy una sonrisa.

—¿Ahora, Morton? Aunque es un nombre extraño.

Nos reímos.

—Creo que es bastante agradable.

—¿Harías…?

—¿Haría qué?

—Ya sabes —balbuceo.

Carla se ríe.

—Por supuesto que no, pero algo de coqueteo es genial para la confianza. Deberías intentarlo.

A menudo me olvido de lo devastada que ella se había sentido por el amorío de Charles. Por mucho que mi confianza esté en el

suelo, supongo que la de ella también. Levanto mi taza de café.

—Por coquetear —digo.

***

Nos despertamos tarde a la mañana siguiente; es el golpe en la puerta por parte de la mucama lo que finalmente nos hace luchar para levantarnos de la cama.

—¿Qué quieres hacer hoy? —le pregunto.

—Tomemos algo para comer y luego echemos un vistazo al spa. Podemos reservar algunos tratamientos. Y realmente quiero hacer ese crucero al atardecer, nos llevan a una isla desierta a tomar una copa de champán.

—Suena bien.

Nos vestimos y salimos de la villa para lo que resulta ser un *brunch*.

El spa es un remanso de tranquilidad. Lo encontramos al otro lado de la isla, es tan pequeña que sólo nos toma veinte minutos darle la vuelta. Se accede a ella a través de un embarcadero de madera. Nos sentamos en la recepción examinando la selección de tratamientos y decidimos que mañana será día de spa. Después de reservar nos dirigimos de regreso a nuestra villa y nuestras tumbonas en la playa.

Ya se ha colocado un gran paraguas entre las dos tumbonas y hay toallas frías escondidas debajo de un contenedor de metal. Me quito el vestido que me he puesto sobre el bikini rojo y me acomodo a la sombra. Carla saca su tumbona y la pone al sol.

Lo mejor de las gafas de sol es que el destinatario de mi mirada lujuriosa no se da cuenta. Estoy apoyada sobre mis codos mirando a Stefan caminar por el embarcadero después de haber regresado de su inmersión. Lleva pantalones cortos que le cuelgan de las caderas, e incluso desde donde me siento puedo ver los músculos definidos en su estómago. Entrecierro los ojos, segura de que puedo ver un tatuaje justo encima de la cintura de los pantalones cortos.

—Deja de mirar —escucho, luego una risa.

—No estoy mirando, y posiblemente no puedas saber lo que estoy mirando —respondo.

Carla se inclina.

—¿Qué tal dos hermosos daneses?

—¿Dónde? —Finjo inocencia.

Ella se ríe un poco más y se relaja de nuevo en su tumbona. Yo hago lo mismo.

—¿Te gusta bastante, no? —dice.

—Es un buen tipo, lo he dicho antes, pero no estoy segura de lo que quieres decir.

—Tengo que confesar que no creo que me haya encontrado con

tanta cortesía en los hombres. Quizás sea su cultura. Sea lo que sea, estamos a punto de experimentar más, vienen para acá.

¡Oh, no! Me estiro en la cama para aplanar un poco mi estómago mientras trato de meter la mano debajo para encontrar mi pareo.

—Hola, ¿qué tal les fue? —pregunta Carla.

—Genial, tomé algunas fotografías fantásticas —responde Morton.

—Déjame ver —le dice.

Morton se sienta a los pies de su tumbona e inclina la cámara para que ella pueda ver. Stefan se queda de pie incómodo. Voy a tener que moverme y ofrecerle un asiento. Me siento, todavía sosteniendo mi estómago. Él sonríe y una vez que me quito los pies arenosos, me siento en el borde de la tumbona.

Dejo casualmente el vestido en mi regazo.

—¿Qué viste? —le pregunto.

—Tiburones, mantarrayas, estuvo muy bien. ¿Quieres ver?

Asiento con la cabeza y él se arrastra hasta la tumbona para sentarse a mi lado. Extiende su cámara frente a él y no tengo más remedio que acercarme. Su cuerpo bronceado huele a sal, pero son sus manos las que más he mirado. Manos fuertes con dedos que quiero sentir sobre mi cuerpo. Mi estómago da un vuelco cuando se inclina un poco más hacia mí. Nuestros brazos se tocan cuando me muestra la pantalla de su cámara.

Pasa sus fotos, detallando cada toma. Su suave voz se siente como brisas lamiendo mi piel mientras mira por encima de mi hombro. Lamento cuando llega al final de sus fotos y se mueve.

Uno de los muchos empleados que patrullan la playa pregunta si queremos alguna bebida. Morton hace un pedido de dos tumbonas. Parece que los chicos se van a unir a nosotras. Pronto las colocan y una mesa pequeña, nos entregan las toallas mojadas y las bebidas frías y nos acomodamos para tomar el sol. Me niego a cerrar los ojos, aterrorizada de dejar escapar un ronquido si me quedo dormida.

—¿Qué tal si vamos a nadar? —Dice Stefan. Hemos estado leyendo o dormitando en silencio durante una hora más o menos.

Estoy sudando. Llevo mucho tiempo deseando darme un chapuzón en el mar, pero tengo demasiado miedo para moverme. Demasiado asustada para que Stefan vea mis partes temblorosas mientras camino hacia la orilla del agua.

Él se para junto a Morton y Carla, y todos me miran. ¡Oh, carajo!

—Claro —digo. Me paro, agarrando el vestido para taparme y espero que se vayan antes de que lo deje caer.

No tengo tanta suerte. Dejo el vestido en la tumbona con mis

lentes de sol y los desafío. Afortunadamente, cuando llegamos a la orilla, Stefan continúa entrando y se zambulle bajo una suave ola. Sale a la superficie un poco más lejos y nada hasta el borde del arrecife. Carla y yo hacemos nuestras suaves brazadas hasta que estamos en aguas más profundas.

Stefan pisa el agua un poco y me hace una seña. Niego con la cabeza. No me siento cómoda donde no puedo ver el fondo. Se ríe antes de hundirse. Justo cuando me he dado la vuelta para regresar a la playa, siento una mano serpenteando alrededor de mi cintura; Stefan ha aparecido detrás de mí. Me aprieta contra su pecho.

—Confía en mí, yo te cuido —dice mientras me arrastra suavemente de regreso a donde lo había visto por última vez.

Aunque no puedo llegar al fondo, puedo verlo hasta que me lleva al borde del arrecife. Me aferro a su brazo.

—¿Ves allá? Él señala.

Miro hacia abajo; un tiburón bebé nada junto al arrecife.

—Oh, mierda, llévame de vuelta —digo. Él se ríe.

—No te va a hacer daño.

—No me gusta cuando no puedo ver el fondo.

—Está bien, yo te cuido —repite.

Él es lo suficientemente fuerte como para mantenerse a flote y mantenernos a los dos a flote. Su brazo todavía está alrededor de mi cintura, su mano extendida sobre mi estómago y me relajo un poco. Puedo sentir su pecho contra mi espalda y su aliento acariciar mi cuello, no es que piense que esa es su intención.

—¿Lista para nadar de regreso? —me pregunta y asiento en respuesta.

No lo estoy. Quiero quedarme en su abrazo, pero esos sentimientos de culpa, de maldad, inundan mi mente. De mala gana, suelto su brazo y el me deja ir, comenzamos a nadar hacia la orilla.

—Haremos el crucero al atardecer más tarde —digo mientras caminamos de regreso a las tumbonas. Agarro mi toalla y me seco la cara.

—Suena bien, ¿podemos ir con ustedes? —Morton dice. Él y Carla habían regresado a la orilla antes que nosotros.

—Seguro, por qué no.

Los chicos se van a reservar el crucero y Carla y yo nos dirigimos de regreso a la villa. Un chapuzón en la piscina de agua dulce está en el plan. Mi piel rosada necesita un respiro del calor y el agua salada.

—Morton quiere mantenerse en contacto cuando nos vayamos —dice Carla.

Tenemos los codos apoyados en el borde de la piscina y nuestros cuerpos flotando en el agua fría.

—Vaya, amiga, ¿vas a hacerlo?
—Yo podría hacerlo. Sería bueno tener un amigo.
—¿Crees que podrías tener una relación con él?
—Lo dudo, pero es un tío divertido.
Nos quedamos en silencio hasta que llega la hora de la ducha.

***

Llegamos a recepción y encontramos a los chicos esperando. Un miembro del personal del centro de deportes acuáticos nos recibe y nos acompaña al embarcadero hasta un catamarán. Como nunca había estado en un catamarán, no estoy segura de cómo subir a bordo. Dos cascos están conectados con lo que básicamente es una red de cuerda. No hay una manera elegante de hacerlo, así que Carla y yo gateamos, para diversión de todos los demás.

Es lo más emocionante que he hecho. El barco se desliza a través del océano Índico, elevándose sobre las olas mientras el viento se levanta. Me aferro, riendo a carcajadas. Mi corazón late con entusiasmo y mi sonrisa se extiende cuanto más rápido vamos. No puedo recordar la última vez que me reí tanto.

Finalmente llegamos a un banco de arena. El piloto, me ha regañado por llamarlo capitán, me ayuda a bajar del bote y, atándome el vestido a los muslos, vadeo hasta la orilla. Nos sentamos mientras nos entregan una copa de champán y miramos la puesta de sol. Probablemente es uno de los paisajes más hermosos que he visto. Cuando el sol desciende, su resplandor anaranjado se extiende por las tranquilas aguas.

Stefan había decidido sentarse a mi lado. Mientras coloca su mano sobre la arena para inclinarse hacia atrás, sus dedos rozan los míos. Los miro y su pulgar pasa por encima de mi anillo de matrimonio.

—¿Estás felizmente casada? —me pregunta en voz baja.

No puedo hablar. Lo miro. Sus ojos azul oscuro me miran intensamente y siento que las lágrimas se acumulan en los míos. Suavemente niego con la cabeza.

—Supongo que ninguno de los dos estaría sentado aquí si lo estuviéramos.

Es la única conversación que tenemos sobre nuestras vidas fuera de la fantasía en la que la isla nos ha rodeado. La tristeza se apodera de mí. Pienso en sus palabras. ¿Somos los dos tan miserables? Más importante aún, ¿nos atraemos sólo el uno al otro debido a nuestras miserables vidas? Creo que hubiera sido peor.

Cuando el sol se hunde en el horizonte, regresamos al barco. Es una navegación más tranquila de regreso a la isla y, una vez de regreso en tierra, caminamos hasta el restaurante italiano.

Algo ha cambiado. Aunque todavía me resulta fácil hablar con Stefan, charlamos y reímos durante la cena, hay un trasfondo de tensión. Quizás está en mi mente. Carla, que normalmente está tan en sintonía conmigo, no ha indicado que sienta nada diferente.

La velada termina, como de costumbre, en el bar para tomar una copa antes de que los chicos se vayan. Sus sesiones de buceo cada mañana comienzan temprano.

Y así sigue. Carla y yo pasamos todos los días en la playa o en el spa; los chicos se unen a nosotros por la tarde y para la cena. A medida que avanzan las vacaciones, me siento más cómoda con Stefan, pero esa corriente de tensión se hace mayor. Por la noche, lo añoro, por sus caricias. La culpa se intensifica.

Capítulo Cuatro

Nuestra última noche la pasamos con los chicos bailando con una banda local en el bar. Stefan me abraza mientras la banda toca su última canción; él canta en voz baja junto con la letra.

Su partida es más tarde que la nuestra a la mañana siguiente, pero vienen a la recepción para despedirnos. Es incómodo; Stefan y yo estamos más callados de lo normal. Carla y Morton intercambian detalles y yo miro, envidiosa de su incipiente amistad. Un botones viene a recoger nuestro equipaje y lo seguimos por el embarcadero de madera hasta la lancha rápida que nos espera.

—Jayne —dice Stefan.

Giro para mirarlo.

—Si quieres, me gustaría seguir en contacto —agrega.

Él alarga la mano sosteniendo una tarjeta. Se la quito, mis dedos recorren suavemente su nombre impreso en el centro.

—A mí también me gustaría.

Él da un paso hacia mí y pone sus manos sobre mis hombros, sus pulgares acarician el costado de mi cuello. Lo miro cuando inclina su cabeza más cerca de la mía y sus labios rozan mi mejilla.

Se pone de pie, sonríe y asiento con la cabeza, luego él se aleja.

Veo su espalda alejarse hasta que Carla suavemente toma mi brazo. Subimos a bordo del barco y nos sentamos.

—¿Estás bien?

Suspiro.

—No quiero ir a casa. Muchas gracias por estas vacaciones.

Ella pone su brazo alrededor de mi hombro y regresamos en silencio.

El vuelo a casa es una tortura. Siento un hormigueo en la mejilla donde Stefan había puesto sus labios hace sólo unas horas. Se me hace un nudo en el estómago cuando hacemos la parada en Dubai, sabiendo que la siguiente parada será Heathrow. El terror se instala y se mezcla con la culpa que siento por los sentimientos que he desarrollado hacia Stefan.

—No tienes nada de qué sentirte culpable. Lo sabes, ¿no? No hiciste nada malo —dice Carla mientras salimos del aeropuerto y nos dirigimos hacia nuestro taxi.

—No sé nada de eso —respondo.

—No pasó nada, acabas de hacer un amigo.

No le he contado a Carla sobre los sentimientos que recorren mi cuerpo. No le he contado sobre el dolor en mi estómago cada noche y el calor del deseo que se extiende entre mis muslos cada vez que

Stefan me tocaba. Ni sobre la chispa de electricidad que había sentido dondequiera que él pusiera su mano.

***

La casa está fría cuando abro la puerta principal. Se siente desolada. Carla se despide desde el taxi mientras da marcha atrás para llevarla a casa. Camino de una habitación a otra, notando que está exactamente como la había dejado dos semanas antes. La nota para Michael todavía está en la mesa de la cocina. Abro el congelador, la comida que dejé sigue ahí. Camino por la casa y hasta su dormitorio. Abro el armario, faltan diez camisas, tampoco están en la lavandería, y sé que ni siquiera ha estado en casa.

Nada ha cambiado en la casa excepto yo. No soy la misma Jayne sencilla que lo había dejado. Si había estado conociendo a Stefan, si había estado enfrentando a Michael y tomando esas vacaciones, había cambiado. Estoy decidida a mantenerme en contacto con Stefan; quiero una amistad. En mi cabeza, no estoy haciendo nada malo.

Desempaco mi maleta y cargo la lavadora; tomo una comida del congelador y me dispongo a escuchar el contestador automático. Recibo una llamada de mi suegra preguntando si Michael y yo asistiremos al almuerzo ese fin de semana. Hay una llamada de Casey, contándome emocionada sobre un viaje de esquí al que la invitaron y uno de Ben para darme la bienvenida a casa. Obviamente le había sostenido el teléfono a Dini y lo había animado a ladrar, no lo hace, por supuesto, pero sonrío ante el gesto.

La casa está en silencio excepto por el zumbido del refrigerador. Saco mis cigarrillos de la lata de galletas vacía, su escondite habitual, y abro la puerta trasera. Me estremezco. Febrero en Kent está a un millón de millas de distancia de febrero en las Maldivas. Me siento a la mesa del jardín e inhalo la malvada nicotina por primera vez en dos semanas.

Mientras me inclino hacia atrás y exhalo lentamente, pienso en él. Puedo ver sus ojos azules, la sonrisa ligeramente torcida que guarda para mí, y el cabello rubio que cae sobre su frente y siempre está desordenado. Me imagino su cuerpo y el aroma a sal, pero todo eso palidece hasta volverse insignificante cuando pienso en lo más grande que me había dado: su tiempo y su atención total.

Regreso al interior y enciendo la calefacción. Ésta programado a temperatura baja y me pregunto si a Michael se le había olvidado que yo regresaba a casa hoy. Es como si la casa estuviera cerrada, vacía. Agarro mi computadora portátil del estudio y me siento en la mesa de la cocina junto al Aga, agradecida de que no la hubiera apagado.

Sacando la tarjeta de Stefan de mi bolso, la estudio. Es dueño de su propio negocio en Dinamarca, una agencia de marketing al parecer. No me había dado sus datos de contacto personales, sino los de su empresa. Abro mi cuenta de correo electrónico.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 17 de febrero de 201
Asunto: Helándome en el Reino Unido
Hola, estoy en casa, hace un frío que pela. Ya extraño el sol y la sensación de arena bajo mis pies. Espero que hayas llegado bien a casa y te deseo lo mejor a tu regreso al trabajo. Descargué algunas de las fotos de mi cámara; tengo algunas buenas y también muchos buenos recuerdos.
Jayne x

Elimino la X del besito y luego la vuelvo a escribir. No quiero que piense que le estoy enviando besos, pero dejar mi nombre parece tan formal.

Reviso mis correos electrónicos, borrando todos. Nadie más que extranjeros me envían un correo electrónico para decirme que he ganado un millón de libras en una lotería, o que un pariente del que no tenía conocimiento había muerto y que, si entregaba los datos de mi cuenta bancaria, me transferirían una herencia o Viagra. A menudo me pregunto quién envía esos correos electrónicos a alguien con el nombre Jayne.

Cierro el portátil y sonrío. He hecho un nuevo amigo, el primero desde que me casé con Michael.

***

Una ráfaga de aire frío recorre el pasillo cuando la puerta principal se abre y Michael entra con dificultad con una bolsa de viaje. Lo tira a la cocina.

—Los trenes son una maldita pesadilla. Uno pensaría que South Eastern haría las cosas bien. Tenemos esto todos los inviernos.

No me saluda, ni me pregunta cómo me fue de vacaciones. Sin mencionar que acabo de regresar de dos semanas de ausencia.

—Oh, necesito una camisa para mañana por la noche. Tengo un evento muy aburrido en la ciudad. No me lo puedo perder por nada en el mundo.

Me siento en atónito silencio mientras él se quita la chaqueta del traje, la deja colgando sobre una silla de la cocina y se va a la sala con su periódico. Escucho el tintineo del vaso mientras se sirve su trago habitual de whisky.

Agarro las llaves de mi carro, mi bolso y camino hacia el pasillo. Agarro mi abrigo del gancho, y cuando abro la puerta principal, lo escucho llamarme.

—¿Me escuchaste? Necesito una camisa. La de los botones negros.

Cierro la puerta detrás de mí.

Mis manos tiemblan cuando inserto la llave en el encendido. Las lágrimas empañan mis ojos mientras retrocedo y salgo a la calle; Las aparto con rabia.

Ni una maldita palabra de bondad. Ni una maldita palabra sobre mis vacaciones. Ni un puto indicio de que él me hubiera extrañado.

—¡Idiota! ¡Maldito idiota, idiota! —grito, inventando tantas palabrotas como puedo.

Golpeo mi mano en el volante mientras conduzco, llamando la atención del conductor de otro carro.

—Oh, vete a la mierda —digo con los dientes apretados.

Debo haber lucido bastante enojada. La única vez que digo lo que pienso, dejo escapar los gritos en mi cabeza, es cuando estoy sola en el carro. Conduzco hasta donde vive Ben.

—Oye, mamá, ¿estás bien? No te esperaba hasta mañana. Podría haber ido a llevar a Dini, ya sabes —él dice una vez que abre la puerta principal.

—Estoy genial, seguro que tengo jet lag. Extraño a mi bebé, quise venir por él y verlos.

—Eso es bueno. ¿Me extrañaste a mí o al perro? —él bromea.

—Al perro, por supuesto —le contesto.

Dini viene corriendo hacia mí y me da la bienvenida a casa que deseaba de mi esposo. Salta, pone sus patas sobre mis hombros y lame mi cara. De acuerdo, no quiero que Michael me lama la cara, pero un abrazo o incluso una sonrisa hubiera sido agradable.

—¿Jayne, la pasaste bien? Ven y cuéntanoslo todo —dice Kerry.

La esbelta y alta rubia con una sonrisa permanente, camina hacia mí. Tiene las mejillas sonrosadas y se ve mucho más saludable que dos semanas antes.

—Obviamente te estás sintiendo mejor, me alegro —le digo.

Ella mira de mí a Ben; su sonrisa se ensancha. Se muerde el labio inferior y se palmea el vientre mientras levanta las cejas.

—¿Tú estás embarazada? Dios mío, ¿cómo?

—Bueno, hay pájaros y algunas abejas… —dice Ben. Le doy un manotazo en la nuca.

Aparto al perro de encima de mí y la abrazo.

—Estoy tan contenta por ustedes. ¿Cuándo te enteraste?

—Esta mañana, no le hemos dicho a nadie todavía. Sólo tengo un mes, así que quiero mantenerlo en secreto por un tiempo, pero estoy tan emocionada —me dice.

—¡Voy a ser abuela!

Grito un poco, Kerry llora y Ben nos abraza a las dos.

—Ahora, cuéntanos sobre estas vacaciones. Pondré la tetera a hervir —dice ella.

Ben y Kerry alquilan una pequeña casa en una de las nuevas propiedades que están surgiendo en las afueras del pueblo. Lo odian, pero es todo lo que pueden pagar. El de una habitación no les durará mucho con un bebé en camino. Apenas caben ellos dos, no hay espacio para una cuna.

Nos sentamos y bebemos nuestro té. Nuestra conversación alterna entre mis vacaciones y el embarazo. Antes de darme cuenta, ha pasado una hora.

—Necesito regresar. Tu padre está esperando su cena, sin duda — digo mientras me levanto.

Abrazo a Kerry, agarro la cama, la comida y correa de Dini, y me dirijo al carro. Ben me acompaña.

—¿Le has dicho a papá o a Casey? —le pregunto.

—No, puedes si quieres, pero aparte de eso, nos gustaría mantenerlo entre nosotros un poco más.

Asiento con la cabeza, lo abrazo y lo beso, cargo al perro en el asiento trasero y luego conduzco a casa.

Me tenso a medida que me acerco a casa y se me hace un nudo en el estómago. Me detengo enfrente de la cochera y me siento en mi carro por unos minutos antes de tomar una respiración profunda y abrir la puerta. Dini salta sobre el asiento del conductor y me sigue. Olfatea antes de inclinar la pierna contra el paraguas que Michael ha dejado junto a la puerta principal. Me tapo la boca con la mano para acallar la risa.

El olor a comida tailandesa flota desde la cocina. Mientras camino, noto contenedores de papel de aluminio vacíos en el mostrador. Obviamente, Michael ga pedido comida, pero no me dejo nada. Él puede meterse su camisa por su apretado trasero.

Descorcho una botella de vino blanco, sirvo un poco de queso y galletas y me siento en la cocina con mi computadora portátil y una tarjeta de memoria. Descargo el resto de mis fotos de las vacaciones mientras como y bebo.

Una vez que se completa la descarga, las miro, deteniéndome en la única que había tomado de Stefan. Está parado al borde del agua, al lado de la cámara y mirando al mar. Mi dedo recorre la pantalla y recorre su cuerpo. Rápidamente hago clic en la siguiente imagen cuando escucho a Michael caminar desde la sala.

—Voy a salir —dice con voz brusca.

—Oh, antes de que te vayas, ¿puedes tomar esto? —Subo corriendo las escaleras y agarro la camisola de tirantes que había encontrado en mi tocador.

Estoy en la puerta principal cuando se la aprieto contra el pecho.

—Yo no lavo la ropa de esa furcia —digo, luego me voy.

Escucho su suspiro de exasperación y me enfurezco. Cuando la puerta se cierra de golpe detrás de él, me siento y las lágrimas de ira caen. Qué gran bienvenida a casa. Apago la computadora portátil y subo las escaleras. Estoy cansada; necesito una ducha y acurrucarme en el calor de mi cama.

No duermo. Doy vueltas y vueltas y estoy despierta cuando escucho a Michael regresar. El reloj de mi mesita de noche marca las dos de la mañana. No trata de arrastrarse, sino que sube las escaleras hasta su dormitorio. Me giro de costado y vuelvo a llorar.

Mi matrimonio ha estado hecho jirones durante años. Se había ido cuesta abajo justo después de nuestra boda. No soy la esposa que él quiere. Al principio, me las había arreglado. Fui a las fiestas de la oficina y conocí a sus clientes. Aunque nunca había sido yo, era Scarlet.

Scarlet es mi persona interior, la mujer que quiero ser. Es hermosa y segura de sí misma, puede mantener una conversación y todos quieren ser su amiga. La realidad está tan alejada que solo una o dos copas, o tres, sacarían a Scarlet a la superficie. Pero después de un tiempo, incluso ella me había abandonado.

***

Debo haberme quedado dormida, ya que el portazo en la puerta principal me despierta a las siete en punto. Me quedo un rato tumbada, desorientada y perturbada. Había soñado que me estaba hundiendo. Todavía puedo sentir la sensación en mi cuerpo. Me estaba hundiendo en un abismo donde la oscuridad me absorbía lentamente y no podía salir. Gritaba pidiendo ayuda, tenía la boca abierta pero no surgía ningún sonido. Los gritos estaban todos en mi cabeza. Si había gritado de verdad o no, no tengo ni idea, pero me duele la garganta y tengo las mejillas húmedas.

Mis extremidades se sienten pesadas mientras me levanto de la cama. El cansancio se apodera de mí a pesar de que he dormido intermitentemente durante más de diez horas. Me paro en la ducha esperando que el agua me reviva.

Una vez vestida con mis jeans habituales y un suéter, bajo las escaleras. La cocina se mantiene en el mismo estado que tenía la noche anterior. Agarro los contenedores de comida para llevar y lavo

el plato sucio que quedaba junto al fregadero. Mientras espero a que hierva la tetera, dejo que Dini salga al jardín.

Con una taza de té para calentarme las manos, me siento y abro mi computadora portátil. Quiero ver las fotos de mis vacaciones otra vez. Mi corazón se acelera en mi pecho cuando veo una notificación de que he recibido un correo electrónico. Abro mi cuenta y sonrío.

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 17 de febrero de 2019
Asunto: También me congelo.
Hola, gracias por tu correo electrónico; fue una agradable sorpresa esta mañana. Llegué temprano al trabajo para ponerme al día. También hace frío aquí en Dinamarca y tendrás que perdonar mi mala ortografía. Tengo que cambiar mi teclado de danés a inglés para hablar contigo. ¿Recuerdas la canción que bailamos? Estaba sonando en la radio cuando entré; también me trajo buenos recuerdos.
Envía cualquier foto bonita.
Stefan x

Mi sonrisa se hace más amplia mientras leo y luego vuelvo a leer. También había agregado un beso después de su nombre, y esa pequeñez significa más que el hecho de que me respondió. Su inglés hablado es mejor que el escrito y, una vez que cierro el correo electrónico, busco en Google una aplicación de traducción al danés. Pienso que será bueno conversar en su propio idioma. Lo había escuchado a él y a Morton hablarlo y no había forma de que, a pesar de sus enseñanzas, yo pudiera hablar su idioma. Terminaré escupiéndole.

—Dini, mi bebé. Necesitamos un paseo —le digo al perro dormido.

Inmediatamente, sus orejas se mueven. Salta y corre hacia la puerta trasera, las garras arañando el piso.

Me tiene casi corriendo, mientras me arrastra por el campo hacia el bosque más allá. Sonrío al recordar el correo electrónico de Stefan, todos los rastros de mi anterior cansancio y ansiedad se han ido. Incluso canto, desafinada, por supuesto. Dini se adelanta, olisqueando su camino de árbol en árbol, persiguiendo ardillas imaginarias y con frecuencia corre hacia atrás, jadeando, para ver cómo estoy. El trino de mi teléfono en mi bolsillo es el único sonido que se escucha.

—Hola, ¿dormiste? Yo no, ni un segundo, estoy muerta —dice Carla después de que la saludo.

—Lo mismo para mí. Se siente extraño tener zapatos puestos.

Estoy paseando al perro en este momento. A lo mejor me quedo sin señal.

—No puedo creer el frío que hace. ¿Cómo estaba Michael cuando llegaste a casa?

—No dijo una palabra más para quejarse de los trenes y exigir una camisa para esta noche. Salí y fui a buscar a Dini. ¿Y adivina qué? Voy a ser abuela.

Aunque Ben y Kerry habían querido que su embarazo se mantenga en secreto, no tengo ninguna duda de que no les importará que Carla lo sepa; ella es como de la familia para ellos. Escucho un grito en el teléfono. Me rio.

—¡Qué maravilla! Cuéntamelo todo.

Charlamos unos minutos más antes de que el teléfono pierda la señal y me dirijo de regreso por donde hemos venido. La cocina se ha calentado durante la noche, o quizás es la amargura del exterior lo que hace que la casa se sienta acogedora. Me quito el abrigo después de haber depositado mis botas de lluvia en el área de lavado y enciendo la tetera para que hierva. Con otra taza de té en mis manos, llamo a Carla.

Charlamos durante una hora sobre el embarazo, la indiferencia de Michael y las vacaciones. No se menciona a los chicos y no le he contado el correo electrónico que le había enviado ni el que yo había recibido. No estoy del todo segura de por qué, pero no quiero compartirlo. Quiero languidecer en la fantasía un poco más antes de que un comentario o una advertencia haga explotar mi burbuja.

Michael no vuelve a casa esa noche; no esperaba que lo haga. Si él tiene un evento, se queda en la ciudad. Nunca pregunto dónde. Supuse que no lo he necesitado, lo sé. Descubro, por primera vez, que disfruto de su ausencia. Siempre me he sentido cómoda con mi propia compañía y me da tiempo para enviar correos electrónicos.

Después de cenar algo de pasta, escaneo mis fotografías, seleccionando las mejores de mí, la isla, los chicos y Carla, antes de copiarlas en un archivo. Abro mis correos electrónicos y, sin necesidad de pensar en qué decir, escribo.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 16 de febrero de 2019
Asunto: Fotos de las vacaciones

Hola, espero que hayas tenido un gran primer día de regreso al trabajo. He seleccionado algunas fotos. Espero que te gusten. Ayer descubrí que voy a ser abuela. ¡Imagínate! Estoy muy emocionada. Mi hijo, Ben, y su pareja, Kerry, están esperando. Estoy tan emocionada por ellos. Ya he decidido que el bebé no

me va a decir abuela; me hace parecer tan vieja. Tendré que pensar en un nombre adecuado. Entonces, ¿cómo van las cosas? ¿El trabajo te mantiene ocupado? Espero que mi correo electrónico no te moleste. Déjame saber lo que piensas de las fotos, aunque no son de tu estándar, ja, ja.

Tu amiga, Jayne x

Menos de una hora después, recibo *una respuesta. No me lo espero, ya que es temprano en la noche.*

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 16 de febrero de 2019
Asunto: Re: Fotos de vacaciones
Hola a ti también. Buenas fotos y eres una buena fotógrafa. ¡Recuérdame que te enseñe sobre la exposición! Una abuela, vaya. No pareces tener la edad suficiente, pero me alegro por ti. Trabajo hasta tarde antes de reunirme con mis hijos después de la práctica de fútbol. Morton dijo que te dijera hola. Pronto le enviará un correo electrónico a Carla. El trabajo me mantiene muy ocupado. Tengo un nuevo contrato, uno grande, y estoy emocionado por él. Y nunca me molestarás. Espero escuchar de ti. Tengo algunas fotos bonitas, te las enviaré.

Cuídate, mi amiga,
S x

Leo y, como antes, releo el correo electrónico muchas veces. Me encanta que firme sólo con su inicial. Es como si se hubiera infiltrado algo de intimidad.

Me voy a la cama esa noche con una gran sonrisa en mi rostro y duermo hasta la mañana siguiente. Es el timbre del teléfono lo que me ha despertado. Me acerco para contestar.

—Buenos días, Jayne. Confío en no haberte despertado— dice Francis.

Contengo el gemido cuando reconozco la voz de mi suegra y miro el reloj. Me he quedado dormida más tarde de lo normal; son cerca de las nueve.

—Quiero alcanzar a Michael antes de que se vaya a trabajar para felicitarlo.

—Se marcha sobre las siete, Francis, pero me temo que anoche se quedó en Londres después de un evento. Estoy segura de que puedes verlo en el trabajo.

Sé que él no estará a esa hora de la mañana.

—No me gusta molestarlo. Sé lo duro que trabaja para mantenerte.

Sus comentarios con púas hace tiempo que no han dado en el blanco.

—¿Por qué quieres felicitarlo? —le pregunto. Sé que me está provocando y, por una vez, siento curiosidad.

—Su nuevo contrato, por supuesto. Es muy emocionante. Ayer se lo conté a las señoras del instituto de la Mujer. El coronel está extremadamente orgulloso.

El coronel, su esposo Albert, (y no tengo ni idea de por qué diablos no usa su nombre), nunca se ha sentido orgulloso de su hijo. Albert, obviamente, había estado en el ejército y está amargamente decepcionado de que su único hijo no hubiera seguido sus pasos. Me pregunto cuál será el juego de Francis.

—Me aseguraré de avisarle a Michael cuando finalmente regrese a casa —espeto.

—Por favor, hazlo. ¿Debo suponer que asistirás al almuerzo el domingo?

—Michael puede que vaya. Me temo que yo tengo planes.

Nunca antes me había perdido su almuerzo formal. Cada dos domingos, Michael me arrastra consigo, todos se sientan con la espalda rígida y con el temor de dañar su mejor vajilla. Es un ritual que tengo la intención de romper finalmente.

Francis y Albert son una pareja con mucho dinero. Viajan por todo el mundo mientras mandaron a su hijo a un internado. Pero tengo que agradecerles una cosa: han creado fondos fiduciarios para mis dos hijos. Ben había accedido al suyo para pagar el depósito de alquiler de la casa de él y de Kerry. A Casey se le ha prohibido el acceso hasta que termine la universidad. A Francis le encanta el control sobre mis hijos que le da el fondo, me imagino. Ben había comentado a menudo que celebraría con un recordatorio suyo cuando mueran.

Dejo el teléfono en su soporte y me dirijo a la ducha. Ni siquiera Francis arruinará mi buen humor.

Con solo una toalla envuelta a mi alrededor, me paro frente al espejo. Mi cabello necesita un corte y tal vez un color para cubrir las raíces grises. Dejo caer la toalla. Nunca me había mirado, quiero decir, *realmente* me miro a mí misma. Nunca he cuidado mi cuerpo, y tal vez eso fue lo que apagó a Michael. La furcia es delgada y tonificada, bronceada por los días en el campo de golf con uñas cuidadas y cabello brillante. No había criado a dos niños sola; no limpia ni cocina todos los días, ni plancha cantidades interminables de camisas y hace jardinería. Ella tiene una persona del aseo, me imagino.

Agarro el puñado de grasa alrededor de mi abdomen, inspecciono las líneas plateadas que cruzan mi estómago y caderas y suspiro. Con un movimiento de cabeza, me visto. Hasta esas vacaciones, no había pensado en cómo me veo, no tengo ganas de cortarme el cabello con regularidad o pintarme las uñas. No tengo a nadie por quien quiera hacer eso.

Revuelvo mi cajón de cosméticos y encuentro una vieja botella de esmalte rojo. Sentada en el borde de la cama, me pinto las uñas. No puedo recordar la última vez que lo hice.

***

Con el perro paseado y la casa limpia, decido dar un paseo por el pueblo. Al pasar por la oficina de correos me detengo a mirar el tablón de anuncios; de vez en cuando se menciona un concierto o una obra de teatro que se realiza localmente. Mi mirada se posa en un anuncio de trabajo. Se requiere una secretaria a tiempo parcial en una escuela local. Palmeo mi bolsillo en busca de un bolígrafo y un trozo de papel, sabiendo muy bien que no encontraré ninguno.

La señora Oliver, la florista, sale por la puerta de la oficina de correos. Ella sonríe y me da los buenos días mientras sostiene la puerta esperando que yo entre. Yo lo hago. El viejo jefe de correos, cuyo nombre nunca sé, me saluda desde su mostrador.

—Hay un anuncio en la ventana, ¿puedo obtener los detalles? —le pregunto.

Él se acerca.

—¿Ese? Debería haberlo quitado hace mucho tiempo. Ese trabajo ha sido tomado. Se lo dieron a la señora Preston—dice.

—Está bien, no se preocupe.

—Si está buscando trabajo, tal vez deba probar en el pub. Sé que esa joven salió recientemente.

—Gracias, haré eso.

Salgo de la oficina de correos sin intención de visitar el Caballo Blanco. Michael no sólo haría una rabieta si acepto un trabajo como mesera, sino que tampoco es algo que quiera para mí. Pero después de ver ese aviso, tomo una decisión. Quiero volver a trabajar. Quiero ganarme mi propio dinero y no tener que dar cuenta de lo que hago con él.

Me pican las mejillas por el frío, pero me siento renovada. Estoy resoplando un poco cuando llego a casa, olvidando que mi casa está engañosamente cuesta arriba todo el camino de regreso.

Dini me saluda con su entusiasmo habitual cuando entro en la casa. Me toma una eternidad quitarme el abrigo y quitarme los zapatos. Decido hacer un recorrido por Internet y ver si hay agencias de empleo a nivel local.

Mis notificaciones indican que tengo un correo electrónico. Me complace ver que Stefan había enviado un archivo con algunas fotografías.

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 17 de febrero de 2019
Asunto: Más fotos de las vacaciones
Hola, J, te mando algunas. Y sí, esa es mi favorita.
Hoy no hay tiempo, pero hablaré pronto.

S xx

¡Dos besos! Sonrío y abro rápidamente el archivo adjunto. Stefan ha enviado algunas tomas subacuáticas con algunas otras de la playa. En una de ellas una palmera cuelga sobre el borde del agua con las hojas rozando la superficie. El sol se está poniendo de fondo y ha capturado perfectamente los tonos anaranjados sobre la superficie del agua. La marco como una para imprimir. Se verá preciosa.

Contengo el aliento en la siguiente imagen. Es de mí. Una toma a la cabeza de cerca mientras miro al mar. Me veo tan triste; fuera lo que fuera en lo que había estado pensando había hecho que se me llenaran los ojos de lágrimas. No recuerdo que me tomara la foto. La brisa de la tarde había atrapado mi cabello, que se abre ligeramente detrás de mí. Debo haber estado usando mi vestido negro, ya que todo lo que se puede ver son mis hombros desnudos.

Mis ojos brillan con mis lágrimas, el verde casi esmeralda. Me levanto y miro en el espejo del pasillo. ¿Son mis ojos realmente de ese color? ¿Por qué nunca me había dado cuenta de lo vibrantes que son?

Minimizo el archivo y saco las últimas fotografías que había tomado, una antes de mis vacaciones. Siempre estoy tomando fotos y, a menudo, Ben toma mi cámara y nos toma selfies a los dos juntos. Encuentro una foto de nosotros. Nos reímos, pero mis ojos, aunque verdes, están apagados.

Tal vez es el contraste contra mi rostro ligeramente bronceado lo que hace que mis ojos brillen tanto. Un pensamiento pasa por mi mente, uno inesperado.

Mis ojos están brillantes porque por primera vez en años, a pesar de lo que hubiera causado esas lágrimas, me sentí libre.

Me concentro en ese pensamiento. Estar lejos de Michael fue liberador. No me había dado cuenta de lo sofocada que era mi vida, de lo controlada y de dónde se contaba cada momento hasta que estudio esa fotografía. La veo de nuevo. A pesar de que me estoy mirando a mí misma, me encanta la imagen. Hay una claridad y un enfoque perfectos.

Es la única foto mía y espero que sea a la que se refiere Stefan cuando dice—: Esa es mi favorita.

Capítulo Cinco

Durante el primer mes, Stefan y yo enviamos correos electrónicos todos los días. A menudo hablamos de cualquier cosa, lo que hemos hecho durante el día, lo que el perro o nuestros hijos han estado haciendo. Ninguno menciona a nuestras parejas. A medida que el invierno se convierte en primavera, nuestros correos electrónicos disminuyen. En lugar de todos los días, hablamos una o dos veces por semana. Stefan suele enviar correos electrónicos después de las horas de trabajo y me pregunto si se queda hasta tarde especialmente para hacer eso. Otra cosa que ha cambiado es el tono de los correos electrónicos.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 20 de marzo de 2019
Asunto: Ángeles y sueños
Hola, S, espero que estés bien.
Hace sol aquí para variar. Podría sentarme en el jardín.
Vi un programa sobre Dinamarca la otra noche; hay un artista, en algún lugar del norte, que hace pequeños ángeles de plata. Se ven maravillosos. He intentado buscar en Google al artista, pero no encuentro nada sobre él, ¿puedes intentarlo? De todos modos, anoche tuve un lindo sueño contigo.
J xxx

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 20 de marzo de 2019
Asunto: Ángeles y sueños, ¡qué mezcla!
J, no sé nada sobre el artista, pero miraré y me contarás sobre el sueño.
S xx

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 20 de marzo de 2019
Asunto: Ángeles y sueños, ¡lo es!
No lo creas, ¡ese fue todo para mí! Sin embargo, ¡fue bastante bueno!
Abrazos y esas cosas
J xx

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha 20 de marzo de 2019
Asunto: Ángeles y sueños - enfurruñamientos
J, eso no es justo. Háblame de cosas también.
S xx

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 20 de marzo de 2019
Asunto: Los enfurruñamientos son para niños
¡Te encantaría saber qué son cosas pero ese es mi secreto!
J xx

Tengo una teoría. Siempre que me pinto las uñas de rojo, y sospecho que no es más que simbólico, Scarlet aparece. Le doy la bienvenida. La había echado de menos. Por alguna razón, tengo toda la confianza del mundo cuando envío esos correos electrónicos. Puedo ser quien quiero ser. Puedo ser coqueta y decir el tipo de cosas que no me atrevería a decir de frente. A menudo, no son mis palabras las que se forman en mi cabeza, sino las de ella mientras viajan hasta la punta de mis dedos. Me pregunto si tengo una personalidad dividida, no sé si expresar esa preocupación a alguien.

El sueño que le había contado a medias se queda conmigo durante días. Me había despertado en medio de la noche avivada y desesperada por algún alivio. Habíamos estado solos en ese banco de arena en las Maldivas. Fue mi momento perfecto *De aquí a la Eternidad*. Me acosté debajo de Stefan en la costa mientras las olas lamían alrededor de nuestros cuerpos. Su beso fue profundo y feroz; había sostenido mi cabeza entre sus manos y aplastado su pelvis contra la mía. Recordé cómo había envuelto mis piernas alrededor de las suyas y raspado con mis uñas su espalda desnuda.

Me he despertado con un latido entre mis muslos, una humedad que me toma por sorpresa. Bajo mi mano y toco suavemente el algodón de mis bragas antes de retirar mi mano en estado de shock por la humedad que he encontrado. Nunca me he complacido a mí misma, no sabría cómo. Me deja frustrada y llena de nostalgia. Me deja triste.

***

—¿Vas al gimnasio hoy? —le pregunto a Carla después de que conteste su teléfono.

—Sí, ¿por qué?

—¿Podría ir contigo? —No recibo respuesta, solo silencio.

Carla quería que me uniera al gimnasio y la acompañara en sus visitas semanales. Nunca había sido una persona para el ejercicio que no fuera pasear al perro.

—¿Está segura? Quiero decir, me encantaría que vinieras conmigo. Te recogeré en un ratito.

—Genial, nos vemos luego.

Corro escaleras arriba para encontrar algo que ponerme. Luego entro en pánico porque ni siquiera estoy segura de tener un par de tenis. Después de hurgar en mi guardarropa, encuentro unas mallas viejas, una camiseta lo suficientemente larga como para cubrirme la espalda y un par de deportivas. Los meto en una bolsa y espero.

—Bueno, esa es una sonrisa que no había visto en mucho tiempo —dice Carla mientras camino hacia su carro.

La había visto detenerse fuera de la casa y me subo al asiento del pasajero.

—Estoy feliz hoy.

Ella frunce el ceño, pero no dice más. Había estado en el gimnasio un mes antes para una inducción. De hecho, si pienso lo suficiente, probablemente fue hace un año, pero nunca regresé. Me había despertado esa mañana con un plan, un deseo secreto de ponerme en forma, de lucir lo mejor que pueda, de poner finalmente en acción mi plan de hacer algo con mi vida.

—Creo que Michael tiene algo bajo la manga —digo mientras nos cambiamos a nuestra ropa de entrenamiento.

—¿Eh?

—Su mamá llamó queriendo felicitarlo por su nuevo contrato, nunca dijo de qué se trata y yo nunca pregunté. Luego recibió una carta de un banco en Japón.

—¿Le has preguntado?

—No, realmente ya no hablamos. Nos sentamos en diferentes partes de la casa en las raras ocasiones en que él está en casa.

—Necesitas preguntarle. Le hubieras abierto la carta.

—No estoy interesada, para ser honesta. No he ido a *almorzar* con Francis desde hace mucho tiempo. Tal vez debería ir el domingo y ver qué está pasando.

—Me sorprende que no te lo haya dicho, la vieja bruja desagradable.

—Creo que estaba esperando a que yo le preguntara, lo que no iba a hacer.

Mientras entramos al gimnasio, charlamos sobre los chicos. Casey debe regresar a casa este fin de semana y estoy deseando verla. Ella no ha estado en casa desde navidad. Pero su regreso plantea un problema. Michael y yo tendremos que comunicarnos, fingir que realmente pasamos tiempo juntos. Decido dirigirme a la caminadora;

pero no corro. Carla toma la que está a mi lado, se pone los auriculares y trota. Me desconcierta que la gente use una máquina en para trotar. Vivimos en una hermosa parte de Kent, los atardeceres están en la puerta de nuestra casa, pero los chicos corren en una máquina de metal gris viendo MTV en el televisor pegado a la pared. Podrían estar corriendo por los campos, por los senderos, esquivando mierda de oveja, charcos y baches. Me rio entre dientes mientras acelero a paso rápido.

Pasamos una hora moviéndonos de máquina en máquina antes de tomar una ducha y luego tomamos un café. Estoy vestida con el cabello mojado recogido en un moño antes de que Carla termine de volver a maquillarse.

—Traeré los cafés —digo, dirigiéndome hacia la puerta del vestuario.

Mientras espero, saco mi teléfono y me conecto a mi cuenta de correo electrónico. No he tenido noticias de Stefan después de nuestra divertida conversación sobre *cosas* pero reviso y releo todos sus mensajes. Hago eso a menudo. Siempre que me siento deprimida, los leo. Traen una sonrisa a mis labios y me siento bien. En ningún momento pienso que algo anda mal, él es mi amigo, mi amigo secreto, y me hace sentir feliz.

Tras terminarnos los cafés, nos dirigimos a casa. Carla me deja en el pueblo; tengo una cita y me van a cortar el cabello. Hice la cita el día anterior. Mientras estoy allí, decido invertir en una manicura.

Se siente extraño caminar a casa con el cabello suelto; mechones de suaves y sedosos azotan mi cara con la brisa. Cuando llego a casa y sostengo la llave de la cerradura, me miro las uñas, pintadas de un rojo intenso. Decido que ese será mi color característico.

Me acomodo en la mesa de la cocina con mi computadora portátil.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 10 de abril de 2019
Asunto: ¡Gimnasio!

Hola, S. Fui al gimnasio hoy. ¡Lo sé, el gimnasio! He decidido ponerme en forma, perder algunos kilos. También me corté el cabello.

Qué aburrida soy, contándote esto, ja, ja.

Entonces, ¿qué hay de nuevo en el mundo del marketing?

J xx

Mientras espero su respuesta, me preparo un poco de almuerzo; atún en pan tostado, aburrido pero adelgazante. Yo estoy

determinada. Quiero un trabajo, quiero perder peso y quiero lucir bien. En algún lugar del fondo de mi cabeza, a un lugar donde empujo pensamientos que no quiero confrontar, espero volver a ver a Stefan. Estoy haciendo esto, así que me veré bien cuando suceda.

Me siento tamborileando con los dedos en la mesa de la cocina esperando una respuesta; no quiero irme por si me pierdo su respuesta. No pienso en la justificación de eso. Su correo electrónico estará allí cuando regrese, pero espero su respuesta. Miro el reloj de la pared tratando de averiguar qué estará él haciendo en ese momento. Quizás ha salido a almorzar.

Una llave en la puerta principal me sobresalta. Cierro apresuradamente la tapa del portátil. Michael entra en la cocina.

—Llegas temprano a casa —le digo, molesta porque él llego.

—Sí. —Lentamente se quita la chaqueta y la cuelga sobre el respaldo de la silla.

Él parece reacio a salir de la habitación y me pregunto por qué.

—¿Quieres té, café? —pregunto, más aún para romper la densa atmósfera que de repente ha llenado la habitación.

—El café estaría bien. —Él toma asiento a la mesa.

—Te ves diferente —él agrega. Su comentario me toma por sorpresa.

—Nada diferente en mí, tal vez no has mirado últimamente.

Él suspira ante mi respuesta.

—Te veo la mayoría de los días —responde.

Dejo su taza de café en la mesa frente a él.

—No, Michael. No me has visto en años.

Agarro mis cigarrillos y me dirijo al jardín. Cuando llego a la casa, Michael está en el estudio con su computadora. Tomo mi computadora portátil y me dirijo al piso de arriba. Quiero la privacidad de mi habitación para ver si Stefan ha respondido. No lo ha hecho. Hago la siguiente mejor opción: abro el sitio web de su empresa. Lo he mirado muchas veces, sin entender nada porque está escrito en danés, pero hay fotos de Aalborg. Me pregunto cómo será la ciudad.

Durante el resto del día, me dedico a las tareas del hogar. Lavar y planchar, limpiar la casa llena la tarde. Michael no ha salido del estudio. Lo escucho por teléfono y me sorprende escucharlo hablar en un idioma extranjero. Tropieza con sus palabras y se ríe, pero parece algo extraño de hacer. Sé que hace tratos con bancos extranjeros y otros comerciantes, pero nunca antes había trabajado desde casa. Tengo ganas de preguntar por qué.

Esa noche cenamos en silencio antes de que él se retire y yo me quedo en la cocina. Es la habitación más cálida de la casa. Michael no invertirá en un nuevo sistema de calefacción. Su respuesta a

cualquiera que se queje del frío en las habitaciones es ponerse un suéter. Muchas veces he revisado los cajones del escritorio del estudio en busca de información financiera. Quizás no estamos tan bien como supongo. Tal vez necesitamos hacer un presupuesto o tal vez se está ajustado.

—Me dirijo al pub a tomar una copa —dice Michael, sorprendiéndome. Él nunca visita el pub.

—Está bien —le respondo, medio esperando que me pida que me una a él. No lo hace.

Definitivamente algo está mal. Me devano la cabeza tratando de recordar la última vez que él ha llegado temprano a casa del trabajo. Una vez que se va, me siento frente a su computadora. Está protegida con contraseña y, después de probar todas nuestras fechas de nacimiento, me doy por vencida. Hojeo el papeleo del escritorio. No tiene mucho sentido para mí, son principalmente cifras, proyecciones, inversiones, pero ¿de quién?

Siento que mis niveles de ansiedad comienzan a aumentar. No tengo ninguna duda de que él está tramando algo. Quizás se está preparando para mudarse finalmente con la zorrita. Tal vez está allanando el camino para dejarme sin un centavo. Regreso al único lugar de la casa en el que me siento más cómoda y hago lo que siempre hago cuando la ansiedad amenaza con abrumarme: me sirvo una copa de vino y le envío un correo electrónico a Stefan. He bebido la primera copa mientras leo los mensajes anteriores. Me sirvo otra.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 10 de abril de 2019
Asunto: ¿Fantasías?
Hola, S. Si te dijera mi fantasía, ¿me dirías la tuya?
J xx

Me rio mientras presiono enviar y espero. Aunque no ha respondido a mi correo electrónico anterior, sí lo hace a ese.

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 10 de abril de 2019
Asunto: Intrigado
Creo que tal vez me quede en el trabajo una hora más. Dime…
S xx

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 10 de abril de 2019
Asunto: ¿Estás listo?

Estoy de pie en mi habitación frente a un espejo de cuerpo entero. Estoy desnuda después de la ducha y mi cuerpo está mojado. Tú estás detrás de mí. Miras mi reflejo en el cristal y envuelves un brazo alrededor de mis hombros. Tu otra mano se extiende sobre mi estómago. Suavemente, lo deslizas hacia abajo. Descanso mi cabeza en tu hombro y me susurras palabras que no entiendo en mi oído. Me tomas el cabello con los dedos, haciéndome correrme. Mi cuerpo se siente vivo, en llamas. Tus labios cosquillean sobre la piel de mi cuello, hasta mi oído y continúas susurrando. Puedo sentir tu erección, dura contra mi espalda mientras me empujas contra ti. Y quiero sentirte dentro de mí…

J xx

He presionado el botón de enviar antes de leer lo que había escrito. Cuando vuelvo al correo electrónico, mi boca se abre. ¡Mierda! Me tapo la boca con la mano y entro en pánico. ¿De dónde diablos salieron esas palabras? Esa no soy yo. Scarlet había hecho acto de presencia sin que yo lo sepa. Suelto una risita mientras apuro la segunda copa de vino y me sirvo otra. Levanto mi copa hacia ella y veo mis uñas pintadas de rojo. La buena de Scarlet.

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 10 de abril de 2019
Asunto: Continua
No sería un buen amante si lo dejara allí. Dime más…
S xx

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 10 de abril de 2019
Asunto: ¿Amante?
¿Qué tan buen amante eres? Cuéntame tu fantasía…
J xx

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 10 de abril de 2019
Asunto: El mejor
Mi inglés no es tan bueno, así que prefiero mostrártelo.
S xx

Dejo caer la copa que sostengo, agradecida de que sea un cristal de corte pesado y no se rompa. ¿Cuándo? ¿Cuándo me lo mostraría? Mi corazón martillea en el pecho. Lucho con Scarlet para hacer la pregunta. Ella habría respondido con una fecha y hora, una ubicación

y exactamente lo que quiere que él le muestre. Necesito un poco de aire fresco. Llamo a Dini y agarro mi abrigo. Al salir al jardín, tomo una bocanada de aire frío. Me quema el pecho, pero necesito el frío para amortiguar el calor que recorre mi cuerpo. La emoción burbujea en la boca de mi estómago. ¿Stefan quiso decir que quiere venir a verme? Cierro los ojos ante el pensamiento justo cuando la realidad se estrella contra mí. Me dejo caer en la silla de jardín y sostengo mi cabeza entre mis manos.

¿Qué diablos estoy haciendo? Estoy casada; Él está casado. Está mal. Lo que había hecho, lo que había escrito, está tan mal. Pero no pude detenerme. Me niego a considerar la idea de que estoy viviendo una fantasía porque la vida real es insoportable; Empujo ese pensamiento al fondo de mi mente. Solo me estoy divirtiendo, me estoy haciendo feliz y nadie saldrá herido.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 10 de abril de 2019
Asunto: ¿De verdad?
Supongo que mostrar es mejor que contar.
Tal vez sueñe con esa fantasía y te haga saber lo que sucede a continuación.
J xx

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 10 de abril de 2019
Asunto: Te voy a mostrar…
¡Oh, lo es! Y soy un experto en mostrar…
S xx

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha 10 de abril de 2019
Asunto: Por favor, hazlo
Espero poder experimentar tu experiencia.
J xx

Espero su respuesta; no viene. Reviso mi reloj y noto lo tarde que es. El pub cerrará pronto, la vida real volverá. Me dirijo a la cama antes de que eso suceda.

Es temprano; el sol no ha salido cuando me despierto con el sonido de los gruñidos de Dini. A menudo gruñe ante el susurro de la vida silvestre en el jardín, tal vez ha visto un zorro. Me levanto de la cama y me envuelvo en una bata para evitar el frío. Hago una mueca

de dolor ante los ronquidos que resuenan en el pasillo de arriba; Michael ha dejado abierta la puerta de su dormitorio. Me alegré cuando usó la excusa de mi insomnio para ir a la habitación de invitados. Fueron sus ronquidos los que me mantenían despierta noche tras noche.

Hago una taza de té y dejo que Dini salga al jardín, él podrá ahuyentar lo que esté al acecho. Agarro mi celular y abro los correos electrónicos. En la fría luz del día, o en las primeras horas de la mañana, como es el caso, deseo haber podido recuperar esos correos electrónicos. Parezco convertirme en una persona diferente cuando escribo, todos mis pensamientos, sentimientos y, en ese caso, fantasías, brotan de las yemas de mis dedos. Siempre he tenido a Scarlet. Me acordé de la infancia, esos primeros. El primer día en la escuela, yo fingía ser ella, confiada y atrevida. En mi primera cita con Michael, me eché el cabello, hice girar un mechón entre mi dedo y probablemente también hice un puchero. La primera vez que conocí a su jefe, Scarlet había estado en plena forma esa noche, contando chistes obscenos y riendo. Michael se había puesto furioso; me arrastró hasta el carro una vez que terminó la noche por mi brazo y me lastimó la piel. Traté de explicarlo, pero ¿cómo podría hacerlo?

Scarlet es mi alter ego, la chica que soñaba ser. El que aparece como por arte de magia cuando necesito coraje, cuando necesito una voz para decir palabras sencillas que Jayne nunca ha tenido la confianza para hacerlo. Con su cabello rubio y figura perfecta, todos la aman. Quizás me estoy volviendo loca, quizás siempre lo he estado.

***

Es sábado por la tarde y espero a Casey. Michael ha tomado mi carro para recogerla en la estación de tren. Aunque está a poca distancia, hace mal tiempo. Ella corre a través de la puerta principal, dejándola abierta para que los elementos puedan enfriar aún más la casa, tira sus maletas al suelo y corre a darme un abrazo.

—Mamá, es tan bueno verte. Me muero de hambre y tengo una pila de ropa para lavar —ella dice.

—Es bueno verte también, cariño. ¿Cómo estuvo el viaje de esquí? —Ignoro el comentario de *pila de ropa*.

Se quita el abrigo y lo deja caer al suelo en el pasillo antes de dirigirse a la cocina. Agarro el abrigo y lo cuelgo de un gancho.

Casey habla cien palabras por segundo mientras se tambalea en sus aventuras. Escucho, me interesa, pero también quiero saber cómo financia todos sus viajes. Ella había estado en el sur de Francia, esquiando en Austria, y está a punto de hacer un viaje a Estados Unidos. Sonrío mientras escucho, amando su entusiasmo por la vida. Michael se acerca y se sienta a su lado.

—¿No es asombroso, mamá, sobre el nuevo trabajo de papá? Me conseguirás una pasantía, ¿no? Quiero decir, Japón, caramba, qué increíble es eso. ¿Cuándo te vas? Puedo ir en agosto, creo. Me encanta el apartamento; tiene tres habitaciones, ¿no? Quiero poder invitar amigos. —Casey habla una y otra vez, hablando efusivamente del nuevo trabajo de su padre en Japón. Lo miro fijamente; él me devuelve la mirada, pero luego tiene la gentileza de bajar los ojos después de un minuto.

—¿Entonces, mamá, qué vas a hacer con el perro?

La miro parpadeando.

—Nada, el perro se quedará conmigo, claro.

—Pero no puedes llevar al perro a Japón. Bueno, supongo que podrías, pero…

—No voy a ir a Japón. De hecho, esta es la primera vez que escucho de eso.

Su boca se abre de par en par; ella mira entre Michael y yo.

—No me voy a ninguna parte, porque quiero quedarme aquí por el bebé.

—¿Bebé? —dice Michael.

—Sí, ¿no te lo dije? Vas a ser abuelo. Qué tonto de mi parte haber olvidado algo tan importante como eso. —Me paro, agarro mis cigarrillos y me dirijo al jardín.

Me maldigo a mí misma. He estropeado la sorpresa de Ben y Kerry. Se había hecho un plan de que visitarían esa noche, yo prepararía una comida y harían su gran anuncio durante la cena.

—¿Mamá? —Casey cierra la puerta de la cocina detrás de ella, me entrega una chaqueta mientras se sienta a mi lado.

—Lo siento, no lo sabía —dice.

Tomo su mano en la mía.

—No es tu culpa, cariño.

—¿Por qué no te lo dijo? Lo supe hace un par de semanas.

Ese comentario me hace sentir muchísimo mejor.

—No sé.

Apago mi cigarrillo y regresamos a la cocina. Michael no está a la vista. Le envío un mensaje de texto a Ben para disculparme por haberme robado su momento y me pongo a preparar la cena.

***

A pesar del ambiente tenso, tenemos una velada agradable y, afortunadamente, Ben y Kerry no están molestos porque les había contado a todos sobre el bebé. Por dentro estoy en confusión. Paso por los movimientos. Sonrío, respondo cuando es necesario, pero también me mantengo ocupada limpiando platos, sirviendo postres y ordenando una vez que todos se han retirado a la sala.

—¿Estás bien? —escucho. Estoy inclinada sobre el fregadero tratando de calmar mi corazón acelerado cuando Kerry entra en la cocina.

—Estoy bien. Creo que tengo un poco de acidez estomacal —digo.

La sensación de que estoy a punto de tener un ataque de pánico parece golpearme con frecuencia últimamente. Es algo que nunca había experimentado. Siento que mi cara se calienta, los latidos de mi corazón aumentan y mis manos comienzan a temblar. Me siento mal, mi visión se nubla y el ruido se convierte en un zumbido a mi alrededor. Me las he arreglado para tragarme el pánico y sigo lavándome.

—Déjame ayudarte —dice. Agarra un paño de cocina y seca las ollas que no caben en el lavavajillas.

—¿Cómo te estás sintiendo? —le pregunto.

—Estoy bien, las náuseas se han ido, gracias a Dios. Tengo una cita el lunes. Ben está muy emocionado.

—Es bueno escuchar eso. Ustedes dos serán unos padres maravillosos.

Kerry proviene de una familia numerosa y estridente. Gritan y pelean pero hay mucho amor. Su padre se había marchado cuando ella era niña y su madre había criado sola a cuatro hijos. Ella me agrada; es una mujer honesta y trabajadora. Me recuerda a mi madre, aunque no es muy diferente en edad a mí.

—Vuelve adentro. Traeré un poco de té —digo.

Ella sonríe y me da un abrazo. Quiero un poco más de tiempo a solas para recomponerme. Tomo nota mental de contactar al médico; tal vez me encamino hacia una menopausia precoz.

Ben y Kerry se van poco después de que yo traiga un poco de té a la sala. Ben comienza temprano en un proyecto que necesita terminar. Casey se estira y bosteza, anunciando que se irá a dormir temprano. No tengo ninguna duda de que no está cansada, nada más no quiere estar aquí cuando estalle la guerra. Recojo las tazas y las llevo a la cocina.

—Quizás debamos hablar de esto —escucho a Michael hablar detrás de mí.

—Creo que es un poco tarde para eso.

—¿Podrías al menos sentarte? —él espeta.

Lo sintonizo y levanto las cejas. Mientras lo miro, me pregunto cómo pudo haber pasado todos esos años intimidándome. Es un matón, un matón infantil que solo quiere vivir a su manera.

—Has cambiado —él dice mientras toma asiento.

—¿Te has dado cuenta? Vaya.

—No me gusta el rojo, un poco demasiado furcio —él dice

mientras mira mis manos.

—Sabes sobre furcias, obviamente —respondo con una sonrisa.

—No hagamos esto personal, ¿de acuerdo?

—No te gusta mi esmalte de uñas, no es que me importe una mierda, y no vamos a hacerlo personal.

—Se me ha dado una oportunidad fantástica, una que no puedo rechazar. Esperaba que me apoyaras.

—Tal vez si lo hubiera sabido, tal vez si no lo hubiera sabido por mi hija, lo hubiera hecho. ¿Cuándo te vas?

—En un mes. Pensé que pondría la casa a la venta; Necesitaré un apartamento en Londres. Puedo usar uno de los que la empresa tiene en Japón, pero estaré de regreso en el Reino Unido durante un mes dos veces al año.

—Bueno, pensaste mal. No me mudaré de esta casa, mientras estés de regreso en el Reino Unido, puedes comprarte un piso o quedarte con ella.

—¿Por qué siempre la traes a nuestros problemas?

Me pongo de pie y golpeo la mesa con las manos.

—Tienes que estar bromeando, ¿verdad? Ella es el puto problema.

—Ella me entiende… —lo interrumpo con una risa amarga.

—Por favor, dime que no vas a usar ese viejo cliché. Michael, no me importa. No te amo, no lo he hecho en mucho tiempo, ¿y sabes por qué? Porque nunca me amaste. Ni una vez te has preocupado por mi vida, ni una vez has apreciado lo que hago por ti. Ni una vez me has puesto en primer lugar, me has felicitado, ni siquiera me has llevado a cenar. Anda vete. Te deseo lo mejor, Michael, de verdad. Deberíamos haber terminado con esta farsa hace muchos años.

Lucho por recuperar el aliento, atónita por las palabras que han salido de mi boca. Asombrada de que por primera vez he dicho lo que pienso, me he enfrentado a él y, a juzgar por su mandíbula floja y sus ojos muy abiertos, finalmente me ha escuchado.

No quiero que me vea llorar, así que me doy la vuelta y me alejo. Tomo mi computadora portátil, mi copa de vino y me dirijo a mi habitación. Abro mis correos electrónicos y la tristeza se apodera de mí cuando noto que Stefan no ha respondido. Ya sea para animarme o para regodearme más en la autocompasión, no estoy segura, pero leo nuestros intercambios desde el principio. En el fondo, sé lo que estoy haciendo; me estoy escapando a mi mundo de fantasía en busca de paz mental y felicidad.

Casey se va a la mañana siguiente; ella había planeado quedarse todo el fin de semana, pero *un amigo ha llamado*, dijo. Sospecho que quería irse de la casa.

Capítulo Seis

La semana siguiente pasa lentamente. No he tenido noticias de Stefan y comienzo a preocuparme. Reviso mi correo electrónico a diario. No es raro en ese momento no tener noticias suyas durante tres o cuatro días, pero ha pasado más de una semana. Le envío otro y no recibo respuesta.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 1 de mayo de 2019
Asunto: Preocupada
Hola, S, ¿cómo estás? Me está preocupando un poco el no tener noticias tuyas.
No necesitas una respuesta larga, solo avísame que no estás enfermo.
J xx

Un pensamiento me ha estado molestando. Hasta donde yo sé, nadie sabe que yo existo. Si él estuviera enfermo, nunca me lo dirían. Su silencio me preocupa. Vuelvo a mirar el último intercambio y me pregunto si me había pasado de la raya. ¿Lo había asustado al revelar mi fantasía?

Michael y yo parecemos habernos establecido en una rutina. Se queda fuera todo el día, aunque de permiso como él lo llama, del trabajo y cortésmente nos esquivamos el uno al otro por las noches. Le había contado a Carla sobre su trabajo, pero a nadie más. Mis padres saben que algo anda mal. Siempre que visitan, Michael no está presente. Yo dejé de ir a ver a sus padres como represalia. Mi madre me cuestiona constantemente, pero por alguna razón no me abro. Nunca les dije cómo era la vida porque eso significaría admitir que me había equivocado desde el día en que me casé con él. Mi papá me había ofrecido una salida. Me preguntó el día de mi boda si estaba segura de que estaba haciendo lo correcto. Fue mi propia pena y vergüenza lo que me obligó a caminar por el pasillo hacia un hombre que ya sabía que no me amaba.

Me escondo. Evito las llamadas y sólo hablo con Carla cuando llama a la puerta de mi casa después de días sin hablar.

—Bien, ¿qué está pasando? —me pregunta.

—Nada, soy miserable, no quiero infectar a nadie —digo, forzando una risita.

—Tienes lo mejor que te puede estar pasando, él se va,

finalmente.

¿Cómo podría decirle que no es la marcha de Michael lo que me pone de mal humor, sino el silencio de Stefan?

—Sé que esto no te va a gustar, pero he concertado una cita para que veas a mi abogado —ella dice.

—Sea lo que sea, me quedo en la casa, es una separación, Carla.

—¿Te quedarás en la casa por cuánto tiempo? Dijo que quería comprar un apartamento y te garantizo que puede pagarlo sin vender la casa, pero necesitas conocer tus derechos. Esta casa está a su nombre, ¿no?

—Creo que sí, no sé para ser honesta. Pero la verdad es que no me importa.

—Significa que puede venderla sin decirte, puede echarte cuando quiera, Jayne. Necesitas abrir los ojos ahora.

—Él no haría eso, ¿verdad?

—Tal vez no, no lo sé, pero no estará de más saber cuál es tu posición legal.

Estamos sentadas en el jardín mientras yo termino mi cigarrillo, mi uno al día se había convertido en cinco y luego aumentó a diez por día.

—¿Qué te parece si vamos a comer? —Dice Carla.

—No tengo hambre, nunca parece que tengo hambre en este momento. ¿Sabes que he bajado una talla de vestido?

—¿Llamaste al doctor?

—No, lo haré mañana.

Siempre es mañana todo lo que planeo parezco posponerlo y, por supuesto, el mañana nunca llega. Tengo excusas de por qué me siento cansada todo el tiempo, no duermo lo suficiente y tengo demasiadas cosas en la cabeza. Hay días en los que no quiero levantarme de la cama. Es Dini el que me hace luchar para ponerme la ropa y arrastrarme con el cabello sin cepillar escaleras abajo para dejarlo salir.

—Estoy preocupada por ti. Parecías mejorar hace un mes, pero ahora…

—Carla, por favor. Estoy bien. Mi marido me va a dejar, tengo derecho a sentirme un poco mal.

—Está bien, pero aun así me preocupo.

Terminamos nuestro café y ella se levanta para irse, dándome un abrazo antes de partir. Mientras camina por el camino hacia su carro, ella pasa al cartero.

—Buenos días —grita, y su mirada la sigue. Ella se ríe entre dientes.

Sin decir una palabra, él me entrega la correspondencia. Cierro la puerta principal y miro las cartas. Contengo la respiración cuando

veo un sobre color crema, ligeramente aterciopelado, con una etiqueta de correo aéreo y un timbre postal de Dinamarca.

Stefan nunca me había escrito antes. Me tiemblan las manos mientras sostengo el sobre sin atreverme a abrirlo. Dejo la correspondencia en la mesa del pasillo y llevo el sobre a la cocina. Me siento y lo miro durante años. Finalmente, deslizo mi dedo por debajo de la solapa y saco una hoja de papel blanco. Había sido doblado en cuartos. Lo abro y leo.

Querida Jayne,
Me voy a divorciar y necesito algo de tiempo para aclarar mi cabeza. Vivo con mi hermano hasta que encuentre un apartamento, pero necesito un poco de distancia de todos.
Por favor, entiéndeme.
Tuyo, Stefan

Es una carta fría y mecanografiada. No firma con solo su inicial, sin besos, y la referencia de mí como alguien sin importancia en su vida, me duele.

Leo la carta hasta que las palabras se borran con mis lágrimas. Me siento desolada y aislada; siento como si mi mundo se derrumbara a mi alrededor. Mi corazón comienza a acelerarse, mis palmas sudan y mi estómago se revuelve. Corro al fregadero de la cocina. No había comido, de hecho, tampoco recuerdo haber comido el día anterior. Me siento en seco hasta que un ácido asqueroso me quema la garganta. Con manos temblorosas, agarro un vaso del escurridor y abro el grifo hasta que el agua está helada. Tomo largos tragos tratando de quitarme el sabor de la boca.

Subo las escaleras tambaleándome y me tiro sobre la cama deshecha. Arrugo la carta y luego paso años tratando de enderezar la página. Mis lágrimas cayeron sobre el papel manchando las palabras, la tinta se corre más después de que trato de secarla con el dobladillo de mi suéter.

Miro el trozo de papel blanco, palabras negras que se cruzan entre sí y me lamento. Lamento la pérdida de un amigo; Lamento el dolor que él debe estar sintiendo; Lloro por el vacío que siento. Cierro los ojos, el cansancio se apodera de mí y me quedo dormida.

Está oscuro cuando me despierto. Escucho arrastrar los pies desde la planta baja, el ruido de las cacerolas mientras Michael intenta cocinar. Debería levantarme; Debería ducharme y cepillarme el cabello. Me pican los ojos, al igual que las mejillas por las lágrimas saladas que se han secado.

Me arrastro de la cama y me dirijo a la ducha. Mientras estoy bajo los cálidos chorros de agua, lloro de nuevo. Necesito controlarme y dejar de sentir lástima por mí misma. Stefan debe haber estado

pasando por un dolor inconmensurable y yo soy la que llora por la pérdida de una amistad.

—Dios, Jayne —dice Michael mientras camino hacia la cocina. Había evitado mirarme al espejo.

—Tengo un malestar estomacal —digo.

Por un momento pienso que va a dar un paso hacia mí, ofrecerme algo de consuelo, pero no lo hace. Asiente con la cabeza y se lleva el café al estudio mientras me preparo una taza de té.

***

He necesitado dos semanas para que el llanto cese, dos semanas enteras de esconderme del mundo. Leo la carta una y otra vez. Escribo muchos correos electrónicos en respuesta y luego los elimino. Quiero ofrecerle unas palabras de consuelo y hacerle saber que estoy pensando en él. Pero, al decirme que necesita distancia, de hecho, me había dicho que no lo contactara.

Carla había llamado, enviado mensajes de texto y ha intentado visitarme durante las dos semanas anteriores. La había engañado, como hice con Ben y Kerry, diciéndoles a todos que tenía un virus. Michael había podido comprobar que yo estaba mal, o eso pensé.

—Creo que me iré un poco antes. Tengo algunos clientes potenciales en Londres que me gustaría traspasar a la nueva empresa. Me quedaré en la ciudad —dice Michael una noche.

—Cuándo.

—Mañana. Empacaré mis cosas esta noche.

Asiento y tomo otro sorbo de mi vino. Parezco sobrevivir con vino y cigarrillos. Michael sube las escaleras y yo no estoy segura de qué hacer. ¿Cuál es el protocolo cuando el marido se prepara para irse? ¿Le ayudo a empacar? ¿Exactamente qué quiere llevarse con él?

Me traslado a la sala y tomo una fotografía de la repisa de la chimenea. Es una de él y los niños, dudo que quiera una familiar, y luego subo las escaleras.

—Déjame ayudarte —le digo cuando entro a su habitación y veo el montón de ropa arruinada.

Él da un paso atrás. Por primera vez pienso que veo algo en sus ojos, un momento de tristeza, o quizás es lástima.

Doblo sus camisas y trajes, envuelvo sus zapatos en papel de seda y empaco dos maletas. Antes de cerrar la última, pongo la fotografía en la parte superior. Él la mira fijamente.

—Gracias —susurra.

Me siento en el borde de su cama y le doy una pequeña sonrisa.

—Me alegro por ti, Michael. Es el trabajo de tus sueños y sé que lo harás muy bien. Pero te pido una, no, que sean dos cosas. Mantente en contacto con tus dos hijos, no solo con Casey. Y no me saques de

mi hogar hasta que yo esté lista. —Mi voz se ha reducido a un susurro.

—Pagaré la hipoteca, pondré una asignación de dinero cada mes en la cuenta conjunta para las facturas y demás —me dice.

Simplemente asiento y luego me levanto. Pongo mi mano en su brazo y lo aprieto un poco antes de alejarme. Él me sigue, llevando las dos maletas. Observo mientras da un paseo por la sala y el estudio. No me había dado cuenta de lo limpio que esta ese lugar. Obviamente, él ha estado empacando durante algún tiempo.

Caminamos hacia la puerta principal; se pone el abrigo y lleva las maletas a su carro. Veo como las mete en la cajuela. Duda antes de abrir la puerta del conductor, sin mirarme a mí, sino a la casa misma. Veo que sus hombros se levantan como si hubiera tomado una respiración profunda y luego se sube y se aleja.

Lentamente cierro la puerta, retrocedo hasta la pared y me deslizo hacia abajo, sollozando. Abrazo mis rodillas contra mi pecho y Dini se acerca y gime. Se sienta a mi lado con la cabeza en mis pies. Sus ojos marrones y tristes me miran. Lloro y lloro. Lloro hasta que me duele la garganta, hasta que me duele la cara y los ojos medio cerrados. Luego me acurruco donde estoy en el piso y me duermo.

En algún momento me despierta una sacudida en el brazo. Me siento como si hubiera estado durmiendo durante horas. Abro los ojos tanto como ellos quieren para ver a Carla.

—Vamos, vamos a levantarse —dice.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto.

—Michael llamó a Charles para decirle que estaba en Londres, él me llamó a mí. Supuse que ya se había ido.

Me paro con las piernas temblorosas y dejo que Carla me lleve a la cocina. Pone la tetera a fuego mientras yo me siento a la mesa.

—Creo que se ha ido con ella. No debería irse hasta dentro de una semana. Supongo que no quería estar cerca de mí por mucho más tiempo.

—Él es un idiota y sé que no lo sientes en este momento, pero en un par de semanas te garantizo que te sentirás feliz por eso.

Acepto el té que Carla me da antes de que ordene la cocina. Hago una mueca ante el tintineo del vidrio mientras alinea las botellas de vino vacías. Incluso yo sé que he bebido demasiado durante las últimas dos semanas.

—Necesitas una ducha, ¿cuándo fue la última vez que te lavaste el cabello? —Ella dice suavemente mientras se sienta.

Pienso mucho.

—Tuve un virus —digo a la defensiva.

—¿Llamaste al doctor?

—Sí, no hay mucho que nadie pueda hacer.

Me doy cuenta de que no me ha creído. Bajo la mirada y

estudio la taza de té en mi mano.

—¿Por qué no vas y te das un buen baño? Terminaré de limpiar.

Asiento y me pongo de pie. Echo un vistazo a la cocina. El bote de basura se está desbordando, es necesario cambiar el cuenco de agua del perro y todavía hay platos sucios en el fregadero. Siempre había estado tan orgullosa de la casa, pero últimamente, no me ha importado.

Mientras estoy en el baño, me quito la ropa, mis jeans están sucios y me pregunto cuántos días los he estado usando. Tiro de la cinta para el cabello que sostiene mi cola de caballo y siento la grasa del cabello sin lavar. Mientras espero a que se llene la bañera, me estudio. Mis mejillas se han hundido y se han formado círculos oscuros debajo de mis ojos. Lo único que me hace formar la sombra de una sonrisa es que, por primera vez en mucho tiempo, tengo clavículas; Tengo costillas visibles y huesos de la cadera que sobresalen.

Me rio entre dientes amargamente. Nada como que el marido lo deje a uno para ayudar con la pérdida de peso, supongo. Me hundo en la bañera y continúo hundiéndome hasta que mi cabeza está bajo el agua. Mantengo los ojos abiertos mirando a través del agua. Puedo escuchar el latido de mi pulso; cada vez más rápido cuanto más aguanto la respiración. Cuando no puedo contener más la respiración, cuando mi cuerpo grita por aire, me siento y jadeo.

Un pensamiento pasa por mi mente. ¿Cómo se ahogan deliberadamente las personas? Ese instinto de supervivencia debe aparecer en algún momento. Niego con la cabeza, me lavo el cabello y el cuerpo antes de salir. No quiero mirar el baño mugriento mientras el agua se va. Lo ignoro y me dirijo al dormitorio para buscar un pijama.

Escucho la aspiradora prendida escaleras abajo, escucho a Carla llamando a Dini después de haberlo dejado salir al jardín. Me siento culpable, siempre me siento culpable. Tal vez Michael no me había amado porque no limpiaba la casa lo suficientemente bien; tal vez Dini no me amaría porque no lo había sacado a caminar durante una semana. Necesito ponerme en acción.

—¿Mejor? —Carla dice mientras camino hacia la cocina.

—Mucho, lo siento. Me derrumbé un poco allí. Y tienes razón, me alegro de que él se haya ido.

Le doy una sonrisa. Es falsa, por supuesto, pero ella nunca notará la diferencia.

—Pensé que podría quedarme esta noche.

—Realmente no hay necesidad. Gracias, pero en serio, Carla, tienes que volver a casa. Estoy bien. He terminado con el llanto y voy

a estar ansiosa por finalmente encaminar mi vida. Me gustaría volver al gimnasio, no puedo creer cuánto peso he perdido. —Sonrío de nuevo.

Ella no está del todo convencida, pero acepta lo que digo de todos modos. Después de una última taza de té, ella se va. Echo el cerrojo a la puerta principal detrás de ella.

Despojo la cama de su ropa sucia y la rehago con sábanas blancas limpias y fundas de almohada. Bajo la ropa al área de lavado y pongo la lavadora. Antes de apagar la luz, noto una camisa blanca en el cesto de la ropa. Es de Michael. La saco y me la acerco a la cara. Huele a él, a su loción para después del afeitado y a ella. También huele a su perfume.

Llevo la camisa al jardín y levanto la tapa del asador. Echo un chorro de combustible para encenderlo por encima y, con mi encendedor, lo veo arder en llamas. Me rio, fumando un cigarrillo mientras lo hago. Corro adentro, todavía con el cigarrillo en la mano y me voy a mi habitación. Agarro la carta de Stefan de la parte superior de mi mesita de noche y bajo corriendo. También la tiro al asador.

—Que se jodan los dos —digo mientras los veo arder.

Cuando no queda nada más que ceniza, cierro la tapa. Dini se ha sentado a mi lado, él suele estar explorando el jardín, pero en su lugar se había sentado mirándome.

Me arrodillo y acuno su cabeza.

—¿Sabes qué? La locura es bastante divertida.

¿Me estoy volviendo loca? Algunos días se siente así. Algunos días mi cabeza está llena de ruido, pero nada distinguible. Algunos días siento como si estuviera vadeando en arenas movedizas, tal es el esfuerzo para moverme. Pero luego hay otros días en los que me siento en la cima del mundo. Cuando brilla el sol y camino con Dini por el bosque, me siento genial.

Corro en piloto automático la mayor parte del tiempo. Llevo a mis padres de compras todos los viernes, me rio y charlo con Ben y Kerry. Me emociono con sus noticias sobre el bebé. Charlo con Casey cuando logro localizarla y me reúno con Carla para tomar un café o ir de compras. Tomo cada día como viene.

Capítulo Siete

Carla y yo estamos en Bluewater comprando ropa. Han pasado tres semanas desde que Michael se había ido y, como prometió, había depositado algo de dinero en nuestra cuenta bancaria conjunta, no antes de liquidar el saldo, por supuesto. Fue suficiente para cubrir la hipoteca y las facturas y deja un poco para mis gastos.

—¿Qué opinas? ¿Este o este? —Carla levanta dos vestidos negros idénticos.

—El de la izquierda —digo, sin ver la diferencia.

—Me lo probaré. ¿Hay algo que hayas visto que te guste?

—¿Estás bromeando? Muchas, pero no tengo el dinero.

—Esa oferta del abogado todavía está disponible.

—¿Para qué? No puedo hacer que Michael me dé dinero sólo porque nos hemos separado.

—No, pero puede iniciar el proceso de divorcio.

—Lo haré pronto. Prometo.

Tenemos la misma conversación cada vez que nos reunimos. En este momento me estoy quedando con la casa, no quiero enemistarme con él. Sé que necesito un trabajo, el automóvil necesitará un servicio pronto y no tengo dinero en efectivo para pagarlo.

Michael y yo no hemos hablado desde el día en que se fue, no tengo ganas de hablar con él. Escuché, a través de Casey, que él está en Japón. Ella está ansiosa por reunirse con él para pasar unas vacaciones. Sospecho que está ansiosa por ver si consigue una pasantía con él. La envidio, envidio el hecho de que puede visitar los países que quiera, que viaja y se divierte. Esas son todas las cosas que yo siempre había querido hacer.

—¿Qué tal unas vacaciones? ¿Quizás un fin de semana en algún lugar del Reino Unido?

—Como dije, Michael no me proporciona exactamente una gran cantidad de dinero, lo pensaré. Y antes de decirlo no, no está pagando por ello. Ahora ve a probarte el vestido.

Resopla mientras se dirige al vestidor. Un fin de semana fuera suena ideal, me hubiera encantado y tal vez, si tuviera dinero guardado, podría pagarlo. Elaboraré un presupuesto cuando regrese a casa.

Con el vestido comprado nos dirigimos al estacionamiento. Odio ir de compras, cualquier tipo de compra y he comenzado a usar una tienda en línea para el mercado. No hay nada peor que estar rodeada de ropa maravillosa, de artículos de primera necesidad, y saber que no puedes pagarlos.

Me despido con la mano cuando Carla me deja en casa y me apresuro a entrar. Dini me saluda con su habitual brinco sobre mis hombros y una lamida en mi cara. Agarro su correa y salimos a caminar. Mientras caminamos, suena mi teléfono, he recibido un mensaje. Saco el teléfono de mi bolsillo y miro. Me ha llegado un correo electrónico. Abro la aplicación y me congelo. Mi mano tiembla cuando miro el nombre del remitente. Llamo al perro y corro todo el camino a casa. Tropiezo mientras trato de quitarme las botas de caminar sin desatar los cordones, dejo que mi abrigo caiga al suelo mientras corro a la cocina y abro mi computadora portátil. Cierro los ojos con fuerza mientras espero que se cargue el correo electrónico.

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 4 de junio de 2019
Asunto: hola
Hola, lo siento. En realidad, no estoy seguro de qué decir. Ahora tengo un apartamento, tiene vistas al mar. También compré una moto. Siempre había querido una. He pensado mucho, y viajado las últimas semanas.
Si podemos ser amigos, me gustaría.
S xx

Leo, vuelvo a leer y sonrío. Salto de mi silla todos los pensamientos previos de la mierda que se han ido en un instante. Quiere que seamos amigos; Tomaré eso. Me apresuro a responder.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 4 de junio de 2019
Asunto: hola
Hola, es genial saber de ti. El apartamento suena maravilloso, siempre quise vivir cerca del agua. ¡Y una moto! Espero que sepas como manejarla.
J xx

Me siento y espero, él no responde de inmediato y, a medida que pasa el tiempo, mi decepción aumenta. Necesito calmarme; necesito entender que probablemente él está ocupado, no puede responder de inmediato. Cierro la tapa del portátil y decido prepararme la cena. No he cocinado una comida adecuada desde que Michael se había ido. Abro el refrigerador y veo puros estantes vacíos.

Agarro mi bolso y conduzco hasta el pueblo. Podría haber caminado, pero no quiero andar batallando con las bolsas de compras. Paso de la carnicería a la frutería, a la farmacia y al mercadito. Me

sorprende recibir tantos saludos. Al principio, he golpeado con el pie con impaciencia mientras espero en el mostrador a que me atiendan en la carnicería. Estoy charlando con un cliente mayor, explicándole la mejor forma de cocinar la carne que acaba de comprar. Pero mientras escucha, mientras me involucra en su conversación, me relajo. Eso es vivir en el campo en su máxima expresión.

Llego a casa y me dispongo a asar el bistec y servir la ensalada que he comprado. No me había dado cuenta de lo hambrienta que estoy hasta que tomo el último bocado de comida y empujo un plato vacío. Abro un poco la puerta trasera y no siento una pizca de culpa mientras me siento a la mesa de la cocina y fumo un cigarrillo.

A la mañana siguiente recibo su respuesta.

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 5 de junio de 2019
Asunto: Por supuesto que puedo manejarla
¡He adjuntado una fotografía de la máquina mala! Nunca pregunté, ¿cómo van las cosas contigo? Extraño nuestras conversaciones.
Enterré mi cabeza en la arena por un tiempo.
S xx

Por supuesto que respondo de inmediato.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 5 de junio de 2019
Asunto: También te extrañé
¿Dónde empezar? Como tú, estoy soltera. Estuve triste por un tiempo, aunque tenía que pasar. Michael consiguió un trabajo en Japón, estoy contenta por él, pero no estoy segura de cuánto tiempo me quedaré con la casa. A veces, enterrar la cabeza es todo lo que se puede hacer. Mi corazón se rompió por ti y no te pediré detalles. Me alegro de recuperar tu amistad. Me encanta la moto, ¡pero ten cuidado!
J xx

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 5 de junio de 2019
Asunto: Lo siento :(
Lamento oír eso, amiga. Espero que te quedes con tu casa, pero ¿sabes qué?

A veces, un descanso completo es lo mejor. Fui un idiota; eres la única persona con la que puedo ser yo mismo.
Y sí, tendré cuidado. Usaré mi mono en todo momento.
S xx

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 5 de junio de 2019
Asunto: ¡Mono!
¡¡¡Foto, por favor !!! Abrazos y esas cosas.
J xx

Me sorprende lo rápido que volvemos a caer en esa amistad, lo fácil que es coquetear con él. Mi corazón se hincha un poco ante estas palabras, yo soy la única persona con la que él puede ser él mismo. Tengo curiosidad, por supuesto, por su ruptura. Sé que tiene dos hijos, pero ninguno de los dos habla de nuestras parejas. De hecho, creo que es la primera vez que menciono el nombre de Michael.

Por alguna razón, me siento capaz de cerrar la computadora portátil, de no sentarme y esperar ansiosamente su respuesta. En el fondo sé que volveremos a caer en nuestra rutina; un par de correos electrónicos a la semana es la solución que necesito. Todo estará bien en el mundo si tengo a Stefan. O eso es lo que pienso.

***

Tengo que estar en casa de mis padres para el habitual viaje de viernes por la tarde al supermercado. Mis padres viven a media hora en carro y es un shock ver a mi padre cuando abre la puerta principal. Me había perdido nuestro viaje de compras la semana anterior; mamá había llamado y dicho que papá había estado mal. Ella no dio muchos detalles y no me lo había tomado en serio, sin embargo, mirándolo con una mueca de dolor mientras tose y sostiene su costado, estoy preocupada.

—¿Has llamado al médico? —pregunto mientras me quito el abrigo.

Siempre tomamos una taza de té y un sándwich antes de salir de compras.

—No, es solo una tos.

—¿Cuánto tiempo la has tenido?

—Una semana, creo —responde.

—Más bien un par de meses. Por favor, dile, Jayne, que necesita ver al médico —dice mamá trayendo té a la sala.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Ha tenido tos durante un par de meses y no ha visto a nadie? —le reclamo.

Mi padre agita la mano en el aire y se lleva un pañuelo a la boca mientras otro ataque de tos sacude su cuerpo. Observo y sé que ha visto rosa en ese pañuelo cuando se lo quita de la boca y se lo guarda en el bolsillo.

—Papá, enséñame ese pañuelo —le digo, la preocupación entrelaza mi voz.

—¿Quieres dejar de preocuparte? Estoy bien. Ahora háblame de mi bisnieto.

Mis padres están tan emocionados como yo por su primer bisnieto.

—No cambies de tema. Muéstramelo o llamaré a una ambulancia. Eso es sangre, papá, eso es serio.

—Le he estado diciendo eso durante días —dice mamá.

Mi padre resopla y saca el pañuelo. Aunque es pequeña, hay una mancha roja en el tejido.

—Voy a llamar al médico ahora —digo.

Mi madre hojea una vieja libreta de direcciones, sus páginas unidas con cinta adhesiva hasta que encuentra el número del médico. Marco, presioné uno para citas y espero. Diez minutos más tarde, la llamada finalmente es respondida. Le expliqué que quiero una cita de emergencia, que mi padre ha tenido tos durante meses y sobre la sangre en el tejido. Su consejo es que lo lleve a la sala de Urgencias, e inmediatamente. Cuelgo el teléfono lentamente cuando me doy cuenta de su insistencia. He visto un anuncio en la televisión sobre tos prolongada y lo que, de hecho, podría significar.

—Papá, el médico dijo que debemos ir a urgencias.

—¿Qué? Es solo una tos, es esa época del año y a todo el mundo le pasa.

—Tal vez están tan ocupados que es lo que recomiendan, recibirás un tratamiento con antibióticos y luego podemos volver a casa. —Espero que mis palabras suenen convincentes, ciertamente no lo son para mis oídos.

Mi padre se ha quejado, murmurado, pero finalmente se levanta de la silla y se pone los zapatos. Mamá agarra sus abrigos y nos dirigimos al hospital local. Afortunadamente, el viernes por la tarde resulta ser uno de los mejores momentos para visitarlo. La espera no es más de dos horas. Papá es revisado por una enfermera y luego se va arrastrando los pies para una radiografía. Mamá y yo esperamos afuera del departamento de radiología, sentadas en sillas de plástico duro. Ella arruga un pañuelo de papel en su mano hasta que su falda está cubierta de pelusa blanca.

Tomo su mano en la mía.

—No te preocupes, estoy segura de que no es más que una tos.

No lo creo, pero quiero ofrecerle algo para calmarla un poco.

Cuando papá termina, nos piden que esperemos hasta que un médico pueda vernos. No ha tardado mucho, tal vez eso debería haberme alarmado.

—Creo, señor Adams, me gustaría que lo viera un especialista —dice el médico.

—¿Cuándo será eso? Tenemos que llegar al supermercado antes de que cierre —responde papá.

—He pedido una cita para la semana que viene.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho. El médico conversa un poco más con mi papá, me desconecto cuando una palabra, y solo una palabra que no diré en voz alta pasa por mi mente. Después de lo que pueden haber sido minutos o media hora, he perdido la noción del tiempo; somos libres de irnos.

Mi padre insiste en que vayamos directamente al supermercado a pesar de mis protestas de que siempre podemos hacer el viaje al día siguiente. Él odia ir de compras los fines de semana, se queja de que el supermercado está más concurrido y está convencido de que la comida caducada se coloca en los estantes para venderla a las masas.

Creo que camino aturdida; mi carrito de la compra está lleno a la mitad cuando llego a la caja. Mi padre habla o se queja como de costumbre. Por mucho que siempre insista en acompañarnos, él odia ir de compras.

Los dejo en casa, ayudo a descargar las compras antes de que me vaya. Quiero quedarme un poco más, pero papá insiste en que me vaya antes de que oscurezca; le preocupa que yo conduzca de noche.

Tan pronto como llego a casa, llamo a Carla. Su teléfono va al buzón de voz. No quiero dejar mis noticias en un mensaje de voz, así que le digo que la llamaré al día siguiente.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 10 de junio de 2019
Asunto: Mal día
Hola S. Hoy llevé a mi papá al hospital; Estoy realmente preocupada por él.
Ha tenido tos por un tiempo y creo que esto podría ser serio ☹
Lo siento, tenía que decírselo a alguien.
J xx

Me siento en el jardín con un cigarrillo y una copa de vino. Dini, tal vez sintiendo mi malestar, se sienta a mi lado. El sol se está poniendo sobre el bosque y me estremezco un poco. No hace mucho frío esta noche, pero me echo el cárdigan por los hombros. Mi teléfono se enciende indicando un mensaje. Abro mis correos electrónicos.

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 10 de junio de 2019
Asunto: Joder
Nena, lo siento mucho. Llámame.
No tengo tu número, puedo guardarlo.
S xx

Todos sus correos electrónicos contienen una firma automática para su empresa y en la lista figura un número de teléfono móvil. Me tiemblan las manos. No he hablado con él desde que nos conocimos seis meses antes; necesito escuchar su voz. Marco.

—Hola, gracias por llamar —me saluda al responder.

Su voz es fluida, suave y trae lágrimas a mis ojos.

—¿Entonces dime qué pasó? —me invita.

Puedo escuchar voces de fondo. Suena como si tuviera compañía.

—Estás ocupado, siempre puedo llamar en otro momento. No quiero molestarte —le digo.

—Son solo amigos y hablar contigo es más importante. Dime lo que sucedió.

¿Está mal de mi parte sonreír ante sus palabras? Yo soy importante para alguien.

Le hablo de la cita en el hospital y de mis miedos.

—Puede que no sea nada, la sangre podría deberse a que se rompieron algunos vasos sanguíneos con toda la tos. Pero hiciste lo correcto. ¿Cuándo tiene la cita con el especialista?

—Supongo que llamarán el lunes, eso espero de todos modos.

—¿Entonces cómo estás? Es tan bueno escuchar tu voz.

—Tengo miedo, si soy honesta. Tengo que lidiar con esto por mi cuenta y tampoco sé lo que me depara el futuro.

—No estás sola. Estoy aquí para ti, Jayne. Sé que fui una mierda; Entré en pánico y hui de todos. Mi esposa, mi exesposa, encontró nuestros correos electrónicos. No sé cómo, pero las cosas no habían ido bien durante mucho tiempo.

—Oh, Dios, oh no. Lo siento mucho, Stefan. Me siento terrible, ella debe haber estado devastada y eso es en parte culpa mía.

—Oh, no te sientas tan mal. Ella tuvo dos aventuras; la perdoné en ambas ocasiones. Pero no hablemos de ella. Quiero que sepas que estoy aquí cada vez que necesites hablar.

Me atraganto un poco con sus palabras.

—Gracias —digo.

—¿Te acuerdas del banco de arena, pensemos pensamientos felices?

Sonrío al recordar nuestro tiempo en las Maldivas. Escucho mientras Stefan repasa nuestros recuerdos compartidos. Su voz es hipnótica, tranquilizadora, puedo visualizarme quedándome dormida mientras lo escucho.

Después de una media hora más o menos, puedo escuchar las voces de sus amigos al fondo.

—Debería dejarte volver con tus amigos. Fue maravilloso hablar contigo —le digo.

—Y a ti. Ahora tengo tu número, te llamaré. Por favor, déjame saber qué pasa con tu papá.

—Lo haré, buenas noches, Stefan, y gracias.

—Que duermas bien y tengas *dulces* sueños. —Él se ríe entre dientes mientras desconecta la llamada.

Me siento durante siglos; mucho después de que el sol se ha puesto sintiéndome en conflicto. Estoy emocionada de haber hablado con Stefan, mi sonrisa había sido amplia pero no debería estar feliz, debería estar preocupada por mi papá. ¿Estoy siendo egoísta? Ciertamente se siente así y se agrega otra capa de culpa.

****

Decido no contarles a los chicos sobre su abuelo, primero quiero ver cuáles serán las noticias, pero llamo a Carla. Ella viene de inmediato.

—¿Dime de nuevo qué pasó? —ella dice mientras entra por la puerta principal.

Repito lo que ya le había dicho por teléfono mientras nos sentamos y ella abre una botella de vino.

—¿Dijeron que llamarían con una cita? —me pregunta.

—Creo que sí, para ser honesta, me desconecté un poco y estoy demasiado sorprendida para ser honesta. El hecho de que estén apresurando esto no es bueno, ¿verdad?

—Es bueno y malo al mismo tiempo. Si hay algo mal al menos pueden actuar rápido. ¿Le has dicho a alguien más?

—No, quiero esperar antes de decírselo a los chicos. Para ser honesta, ni siquiera sé en qué país se encuentra Casey en este momento y no quiero preocupar a Kerry.

—¿Has tenido noticias de Michael?

—Ni una palabra. Tengo correspondencia para él, no estoy segura de qué hacer con ella.

—¿Envíaselo a su madre?

—Podría hacerlo, supongo. Tampoco he tenido noticias de ella.

—Bueno, eso es una bendición. —Carla se ríe.

—Estaba pensando, sé que dijiste sobre un fin de semana fuera, pero si esto es una mala noticia, quiero llevar a mamá y papá a

Cornwall para un fin de semana, ya sabes cuánto les encantó ese lugar.

—Eso sería increíble, yo iré con ustedes, si quieres, por supuesto.

—Por supuesto que sí. Será como en los viejos tiempos.

Recordamos por un tiempo nuestras vacaciones en Cornwall y nos reímos del hecho de que habíamos odiado la idea de ir con nuestros padres cuando llegamos a la adolescencia.

—¿Qué saben sobre Michael y tú?

—Creen que él solo está trabajando, no quiero preocuparlos con todo. Aunque les diré.

Charlamos de un lado a otro mientras vaciamos la botella y tomamos otra. He disfrutado de nuestra velada.

—No puedes conducir a casa, ¿por qué no te quedas aquí? —le digo.

—Esperaba que dijeras eso.

Después de una taza de té para, con suerte, morir de hambre por un dolor de cabeza por la mañana, nos dirigimos al piso de arriba. Carla toma uno de los dormitorios libres y yo me dirijo al mío. Duermo bien esa noche; no me desperté ni una vez.

***

—Buenos días —digo mientras camino hacia la cocina desde el jardín. He ido a dar un paseo temprano con Dini.

—Tengo tocino en la estufa —responde Carla con una sonrisa.

—Puedo olerlo desde fuera.

—¿Adivina qué? Tengo una cita esta noche.

—¿Tú la tienes? Cómo, cuándo, con quién y por qué no me dijiste esto anoche.

—Me acabo de enterar, me envió un mensaje de texto esta mañana.

—¿Quién? ¿Quién te envió un mensaje de texto?

—Su nombre es David, y puedes creer que es el dueño del gimnasio.

—¿Cómo lo conociste?

—Estuve charlando con él recientemente, él hace ejercicio al mismo tiempo que nosotras. ¿Debes haberlo visto, alto, cabello oscuro, músculos sobre músculos?

Niego con la cabeza. Cuando hago ejercicio, casi siempre mantengo la cara hacia abajo y los ojos en los pies para asegurarme de que permanezcan en la máquina en funcionamiento.

—De todos modos, he conversado con él de forma intermitente durante un tiempo. Me pidió mi número y esta mañana me envió un mensaje de texto. Quiere llevarme a cenar.

—Oh, suena divertido. ¿A dónde van a ir?

—Ni idea.

Mientras hablamos, unto un poco de pan con mantequilla y coloco el tocino sobre las rebanadas para hacer un sándwich. Carla hace el té y nos sentamos. Dini babea a mi lado.

—¿Qué te pondrás? —le pregunto.

—No tengo ni idea y hablando de ropa, por favor no creas que esto es una limosna, pero tengo algunas cosas que iba a tirar. ¿Las quieres? Debemos ser casi de la misma talla ahora.

Sabiendo lo elegante que ella es y cómo cuida su ropa, asiento con la cabeza.

—Por supuesto que las quiero. —Estoy desesperada por ropa nueva y he agotado la tienda de caridad local.

—Bien, las pasaré a dejar en la semana. Ahora me tengo que ir. Tengo una cita para el cabello, uñas, depilación, oh, los trabajos planeados.

Me rio mientras la acompaño a la puerta. Me alegro por ella, no es alguien que necesite un hombre, pero sé que extraña las citas para cenar. Pizza Hut conmigo no es lo mismo.

Limpio los platos, hago las camas y luego llamo a mis padres. Hablo un rato con papá, quien insiste en ignorar todas las referencias a nuestra visita al hospital antes de pasarme a mamá. Resopla un poco mientras habla y supongo que está caminando hacia un lugar más privado.

—No dormí ni un poco, Jayne. Estoy tan preocupada.

—Lo sé, sería fácil para mí decir que no, pero tratar de mantener una actitud positiva. Sabremos más cuando veamos al especialista. Si no tienes noticias de los médicos el lunes, llámalos o puedo hacerlo si quieres.

—No sé qué haría sin tu padre —dice, con la voz atascada en la garganta.

—No puedes pensar de esa manera, todavía no. Veamos qué pasa.

Mis padres llevan cincuenta años casados; fueron novios de la infancia y apenas habían pasado un día separados. Por lo que recuerdo, mamá había tenido muchos abortos espontáneos y una vez que se había resignado a que nunca sería madre, quedó embarazada de mí. Tuve una infancia maravillosa, a pesar de que ellos eran un poco mayores que los padres de mis amigos.

—Estaba pensando, ¿les gustaría pasar un fin de semana en Cornwall? —les pregunto.

—Eso suena maravilloso, pero creo que primero tenemos que ver qué dicen los médicos.

—Lo haremos, pero empezaré a echar un vistazo.

—A tu padre le encantaba Cornwall —susurra.

Estoy decidida a que, sean cuales sean las noticias, vamos a tomar un breve descanso en su lugar favorito, en un lugar de recuerdos maravillosos y momentos felices. Casi todas las fotografías mías cuando era niña fueron tomadas en una playa o alrededor de una barbacoa en Cornwall. Tiene un lugar especial en mi corazón, pero nunca he llevado a mis hijos allí.

Michael siempre había insistido en el Caribe, el mismo resort donde podía descansar junto a la piscina o en la playa durante dos semanas sin hacer nada. Yo llegaba casa más exhausta que cuando nos íbamos después de pasar el tiempo entreteniendo a los niños. No es que me importara, pero hubiera sido bueno para él haber pasado un buen rato con ellos, apenas lo vieron mientras crecían.

Decido enviarle un correo electrónico a su cuenta personal, no estoy segura de que lo reciba, pero le haré saber que tiene correspondencia y que se lo reenviaré a su madre. Aunque viven a cinco minutos en carro, lo enviaré por correo. No tengo ninguna intención de visitarla.

Para: Michael
De: Jayne
Fecha: 12 de junio de 2019
Asunto: correo
Te ha llegado algo de correspondencia; Pensé en hacerte saber que se lo enviaría por correo a tu madre. Supongo que tendrá una dirección y podrá reenviarla.
Jayne

Mientras tengo mi cuenta de correo electrónico abierta, le envío uno a Stefan, sabiendo que no la recibirá hasta el lunes.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 12 de junio de 2019
Asunto: gracias
Solo quería agradecerte por la llamada.
Fue encantador hablar contigo y escuchar tu voz.
Ten cuidado si estás en esa moto.
J xx

Cierro mi cuenta de correo electrónico y busco en Google cabañas en alquiler en Bude. Quiero llevar a mis padres de regreso a las playas en las que pasamos la mayor parte de mi infancia. Leo a través de agencias buscando algo, pero sin saber muy bien qué. Paso página tras página hasta que lo encuentro. Una pequeña agencia de

alquiler tiene una cabaña en la playa. No puedo ubicarla de mi tiempo allá, pero siendo tan joven como yo era, supuse que no lo habría notado. No está en una de las dos playas principales, sino en un par de calas más arriba. Leo los detalles, suena perfecto y, lo mejor de todo, se permiten perros. Marco la página sin confiar en mí misma para reservarla hasta que sepamos lo que está pasando con mi papá. Sin embargo, imprimo la página para poder mostrárselas.

Recibo una llamada de mi mamá; se ha concertado una cita para que papá se haga más pruebas, un escáner de algún tipo. El médico la había llamado esa mañana. Me he ofrecido a visitarlo, pero papá quiere ir a su club de bolos, quiere normalidad y sin problemas. Esa es una petición imposible para mamá y para mí.

***

Paso una semana llevando y trayendo a mis padres de una cita a otra, se hacen escáneres y análisis de sangre hasta que finalmente nos dan una fecha para reunirnos con el especialista. Durante esa semana no he hablado ni enviado un correo electrónico a Stefan, cada día parece haber pasado volando como un borrón.

Mi padre, de espaldas erguido y con su desconfianza habitual de cualquier profesional médico, se sienta frente al médico, mi mamá y yo estamos a su lado.

Puedo ver la boca del hombre moverse, veo a mi papá inclinarse hacia adelante y escuchar con atención, veo lágrimas rodar por las mejillas de mi mamá, pero todo en lo que puedo concentrarme es, en una palabra: Cáncer. Mi papá tiene cáncer. Es una maldita palabra tan fea y sucia para una maldita enfermedad fea y sucia. Cáncer de pulmón en etapa 3b. No tengo ni idea de para qué es la b pero no es buena.

—Tendré que pensar en eso —dice papá.

—¿Pensar en qué? —le pregunto. No había escuchado la mitad de la conversación.

—Estaba explicando que podemos ofrecer quimioterapia, cuidados paliativos… —interrumpo al especialista a mitad de la frase.

—En qué hay que pensar, por supuesto que lo tendrás —le digo, volviéndome en mi asiento hacia mi padre.

—Lo pensaré, Jayne. Necesitamos algo de tiempo —responde mi papá.

—Haré una cita para una semana. Mi secretaria te llamará. Tómese su tiempo para pensar las cosas —dice el especialista.

Mamá no ha hablado en todo el tiempo. Ella acababa de sentarse retorciendo ese maldito pañuelo en sus manos. Mi padre se pone de pie, yo me siento con la boca abierta. Todavía no estoy lista para irme, tengo un millón de preguntas, necesito que el especialista

repita toda la conversación porque no la había escuchado y no se había quedado grabada en mi cerebro. Soy la última en dejar mi silla.

—Oh, creo que tenemos que pagar el estacionamiento del automóvil, estoy seguro de que vi una máquina en alguna parte —dice papá.

—¿Eh? ¿Estacionamiento del automóvil?

—Sí, Jayne, estacionamiento. No crees que el hospital nos dejó estacionarnos gratis, ¿verdad?

Niego con la cabeza. ¿Por qué estamos teniendo una conversación sobre el estacionamiento? Debemos hablar de quimioterapia y encontrar una cura. Abro la boca para responder.

—Vamos a casa —dice mi mamá.

Manejamos a casa en silencio, un silencio surrealista. De hecho, recuerdo salir del hospital y lo siguiente que me doy cuenta es que estamos estacionando junto a la acera fuera del bungalow en el que viven mamá y papá. Veo cómo un vecino saluda con la mano mientras corta el césped y papá le devuelve el saludo.

—Creo que todos necesitamos una taza de té —dice mi papá mientras abre la puerta principal.

Mi mamá y yo caminamos hacia la sala y nos dejamos caer en el sofá. Tomo su mano en la mía. Ella había llorado en silencio durante todo el viaje a casa.

—Estará bien, si papá tiene la quimioterapia, podría tener años y podrían hacer algo mientras tanto —digo.

—¿No escuchaste lo que dijo?

—Ofreció quimioterapia.

Mi mamá solo me mira.

—Está en la linfa.

—Quizás puedan cortarlos, quizás puedan remover el pulmón. La gente vive con un pulmón —digo.

—No voy a recibir quimioterapia —dice papá mientras entra al lugar. Él lleva una bandeja con tres tazas de té.

—¿Qué? Por supuesto que lo harás, ¿por qué no lo harías? —le pregunto.

—Como no me va a curar, tampoco quiero pasar los próximos meses enfermo como un cerdo.

—Papá, la quimioterapia podría funcionar.

Papá se sienta en el borde del sofá y envuelve su brazo alrededor de mis hombros.

—¿Escuchaste al doctor? No hay cura, niña. Voy a morir.

—No —susurra. Mi madre hace eco de mis palabras.

—¿Cuándo? —Me había sentado en la sala del especialista, pero las palabras de mi padre se sienten como nuevas noticias.

—Tres, cuatro meses tal vez.

—Nada más tienes tos, no estás enfermo, no te ves enfermo.

—Tengo cáncer avanzado, no solo en los pulmones y no, no me veo enfermo. No me siento mal y así es como quiero que se quede.

—No entiendo…

—Bebe tu té, tú también, Grace.

Él se mueve para sentarse en su sillón habitual y tomamos té.

Después de una hora de silencio, además de las conversaciones, palabras, fragmentos de lo que había entendido dando vueltas en mi cerebro, mamá deja escapar un sollozo. Lo había estado reteniendo desde el momento en que dejamos el hospital. La acerco a mi lado mientras ella llora, grita en voz alta y maldice.

Papá salta de su sillón y se arrodilla frente a ella. Toma sus manos entre las suyas.

—Gracie, vamos. Siempre supimos que yo me iría primero.

Ver a mi madre sollozar, ver a mi padre de rodillas consolándola me rompe. Me duele el estómago, se me contrae el pecho, se me hace añicos el corazón.

No sé cuánto tiempo estamos sentados, llorando juntos. Sé que los puños de mi blusa están empapados con mis lágrimas y negros con rímel. Las había usado para secarme los ojos continuamente.

—Creo que tu madre necesita acostarse, ha sido un shock para ella.

Aunque es él el que tiene cáncer, piensa solo en su familia. Lleva a mi madre a su dormitorio. Puedo escucharlo hablando con ella, ayudándola a quitarse la ropa y a meterse en la cama antes de regresar a la sala.

—Necesito que seas fuerte por ella, Jayne. Hay mucho que hacer.

Asiento.

—Tengo que decírselo a los muchachos.

—Quiero que el tiempo que me queda sea normal. Por favor, haz eso por mí.

Cierro los ojos cuando escucho a mi papá ahogarse con sus palabras.

—Lo que quieras, papá, lo haré.

—Tienes que ir a casa, ese perro destrozará tu casa. ¿Puedes conducir? ¿Llamo a un taxi?

—Yo puedo manejar. Estaré bien. —Me paro—. Regresaré por la mañana, ¿de acuerdo?

***

El viaje a casa es una auténtica tortura. Cada maldita melodía de la radio es una canción de angustia, sufrimiento. Le grito a la radio y la golpeo con el puño para silenciar el ruido. No sé cómo llego a casa,

pero lo hago.

La casa está a oscuras cuando llego, me había olvidado de dejar la luz del pasillo encendida y por primera vez me doy cuenta de que estoy sola. Independientemente de mi relación con Michael, al menos no estaba sola en la casa. Dejo la luz del pasillo apagada y me dirijo a la cocina, Dini está rascando la puerta trasera, desesperado por salir. Me siento a la mesa después de dejarlo salir a patrullar y lloro. Rezo, no lo había hecho desde que era niña. No soy particularmente religiosa, pero le ruego a Dios que salve a mi papá.

Mi teléfono ilumina la cocina y lo contesto. Me había olvidado de volver a activar el tono de llamada. A través de mis lágrimas, sonrío al ver el nombre en mi pantalla de llamadas.

—Hola, ¿cómo te fue hoy? —pregunta Stefan.

Me atraganto, sin poder soltar las palabras.

—Nena, toma un respiro. Es malo, ¿eh?

—Sí —digo, mi voz es ronca.

—Oh, mierda. Desearía estar ahí contigo. Puedo conseguir un vuelo.

—Gracias, pero está bien, no te preocupes. Creo que tendré mucho que hacer en las próximas semanas.

A pesar de la situación, mi corazón da un vuelco ante sus palabras.

—¿Hay alguien contigo?

—Estoy sola con el perro. Necesito llamar a los muchachos y decirles. Ni siquiera sé dónde está Casey, eso es tan malo, ¿no?

—Para nada. Llama a Ben, estoy seguro de que él lo sabrá.

De niños, Casey y Ben habían sido mejores amigos, de adultos probablemente no se ven más de un par de veces al año y eso me entristece. No importa que la ame, mi hija es mimada por su abuelo; complacida por su padre, y no siempre una persona agradable con quien estar.

—Lo llamaré ahora. Mi padre no quiere ningún tratamiento; tendrá unos tres meses sin ella. ¿Por qué? ¿Por qué no querría tratamiento? —Empiezo a llorar de nuevo.

—Oye, por favor, no llores. Estoy demasiado lejos para escucharte llorar. Supongo que, si estuviera en la situación de tu padre, también me negaría. Tal vez él quiera vivir los próximos tres meses y no estar atado a las citas en el hospital y los malestares por los que podría pasar. La quimioterapia es una mierda.

Suena como si estuviera hablando por experiencia. En algún lugar de mi mente recuerdo un viejo correo electrónico, me había dicho que sus padres habían muerto hace algunos años.

—Quizás él también esté asustado —agrega.

Asiento antes de recordar que no está sentado frente a mí. —

Puede que tengas razón. Me siento tan impotente.

—Está allí para él, todos los días, simplemente está allí.

—Necesito llamar a los muchachos. Gracias por llamar, no puedo decirte cuánto significa eso en este momento.

—De nada, estuve pensando en ti todo el día. Cuídate mucho, ¿me llamas más tarde?

Nos despedimos y dejo el teléfono sobre la mesa. Dini está ladrando, queriendo que lo deje entrar. Me levanto y abro la puerta trasera y me doy cuenta de que no ha saltado hacia mí; tal vez siente mi tristeza.

Llamo a Ben. Antes de que tenga la oportunidad de explicar lo malo que está su abuelo, me dice que está en camino. Mientras espero, llamo a Casey. Como de costumbre, va al buzón de voz. No quiero dejar esa noticia como un mensaje, así que le pido que me devuelva la llamada.

Ben y Kerry llegan, se sientan a ambos lados de mí y después de contarles todos los detalles que tengo, sollozo en su hombro. Kerry hace té y me hace reír. El té es la cura para todos en nuestra familia.

—Debería consolarte —le digo, sonándome la nariz con un trozo de papel de cocina.

—Él es tu papá, está bien tener una crisis nerviosa —responde Ben.

Mi hijo, mi primogénito y el que parece haber heredado todos mis genes se sienta y me abraza. Él se ha convertido en un hombre maravilloso, compasivo, amable y cariñoso.

Nos sentamos durante una hora hablando, recordando los tiempos que había pasado con su abuelo. El impacto de lo que había aprendido ese día había comenzado a desaparecer. Necesito ser fuerte por mi madre, necesito hacer lo que mi padre me pidió y aprovechar su tiempo con nosotros lo mejor que se pueda.

***

Ha pasado una semana antes de que finalmente le dé la noticia a Casey. Ella está en Japón visitando a Michael y me molesta que ninguno de los dos tenga la decencia de hacérmelo saber. Ella quiere volar a casa de inmediato, pero mi papá le dice que no lo haga. Ella hace la promesa de volver directamente a casa cuando terminen sus vacaciones.

Por mucho que a mi papá le guste el flujo constante de visitantes, puedo ver que ya le está pasando factura. Para la segunda semana, las cosas se han calmado un poco. Sin embargo, la fachada que pongo me está desgastando. Mi gracia salvadora es Stefan, siempre Stefan.

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 8 de julio de 2019
Asunto: Pasando a saludar

Hola, J. ¿Cómo estás? ¿Cómo están tus padres? ¡Sé que siempre comienzo con la misma pregunta! Habla si quieres. Me voy a tomar una semana de vacaciones con Morton, tenemos un plan para visitar Egipto y bucear. Me aseguré de que el hotel tuviera wifi, así que estoy aquí si me necesitas. Alec termina la universidad pronto, creo que vendrá a trabajar conmigo. ¡Su madre no está contenta!
Abrazos S xx

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 8 de julio de 2019
Asunto: Las vacaciones suenan bien

Hola, estoy bien, manteniéndome ocupada. Mi padre quiere que todos sus asuntos estén en orden, así que hemos ido a un abogado para que lo organice todo. Quiere hacer sus propios arreglos para el funeral, no puedo involucrarme en eso y me siento tan mal por eso. ¿Alec termina la uni? Vaya, el tiempo vuela. Apuesto a que te encantará trabajar con él. Debe ser maravilloso tener a tu hijo en el negocio que creaste. Quiero ver si mi papá va a Cornwall conmigo, es el lugar al que siempre íbamos de vacaciones cuando era niña.
Adjuntaré los detalles.
También te mando abrazos,
J xx

Evito deliberadamente cualquier comentario con respecto a su exesposa.

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 11 de julio de 2019
Asunto: Cornwall

Cornwall es precioso, me encantaría visitar esa cabaña, se ve maravillosa, tal vez, algún día. Estuve en el Reino Unido hace un par de años, en Londres para reuniones, pero no pude ver nada más del Reino Unido que no fuera el interior de una oficina. Espero que tu papá esté de acuerdo con tus vacaciones, pero no seas demasiado dura con él si no lo hace.
S xx

Ojalá hubiera conocido a Stefan cuando visitó Londres. En verdad, no creo que nos volvamos a ver en persona. Hablamos por teléfono, enviamos correos electrónicos, pero me he resignado a que eso es todo lo que va a ser. A lo largo de los meses que hemos sido amigos, han pasado muchas cosas y ha sido a él a quien recurro. Solía ser Carla y aunque ella es y siempre será mi mejor amiga, Stefan me da algo que ella no puede. Me hace sentir hermosa y especial cuando me llama nena. Fantaseo con él todo el tiempo, algunas noches la frustración y el deseo por él duelen. Pero no pondré en peligro nuestra amistad confesando la única cosa que continuamente he olvidado en el fondo de mi mente: estoy enamorada de él.

Stefan me ha devuelto mi confianza; me hace querer caminar erguida. Me da motivos para sonreír cuando estaba en mi peor momento. Tengo mucho que agradecerle. Pero a veces, a altas horas de la noche, cuando el sueño se me escapa, deseo más.

Anhelo sentir sus brazos a mi alrededor, sus labios sobre los míos. Anhelo sentir su aliento en mi piel y ver esos ojos azul oscuro mirar tan intensamente que se siente como si viera directamente a mi alma.

Estoy enamorada de alguien a quien nunca podré tener y eso duele.

Capítulo Ocho

Pasa el verano y nunca llegamos a Cornwall. Papá va cuesta abajo rápidamente. No puede levantarse de la cama; el esfuerzo de incluso sentarse le causa demasiado dolor. El cáncer se ha extendido rápidamente a su columna vertebral y no importa cuánto trate de ocultarnos lo insoportable que es el dolor, las gotas de sudor en su frente, en su labio superior, lo delatan. Mi mamá y yo nos sentamos, día tras día, frotando su espalda, masajeando sus músculos debilitados para ayudar a aliviar los constantes dolores. Una enfermera viene a diario para administrarle medicamentos; finalmente se instala un aparatito para que pudiera hacerlo él mismo.

Estoy cansada, tan desesperadamente cansada. Vuelvo a no dormir y es solo porque estoy constantemente en alerta, esperando que suene el teléfono. Me despierto en medio de la noche y reviso mi teléfono, por si hubiera perdido una llamada. Lo he colocado en la almohada junto a mí para que esté cerca. Y luego, una noche, llega esa llamada.

—Creo que deberías venir —dice mi madre. Miro el reloj de la mesilla de noche y veo que son las dos de la mañana.

—Estoy en camino —respondo.

Durante las últimas dos semanas he tenido una bolsa de viaje empacada con algo de ropa y artículos de tocador, preparándome para ese terrible momento. Una vez que me he puesto unos jeans y una blusa, agarro la bolsa y corro escaleras abajo. Compruebo que Dini tiene un plato de comida seca y agua, agarro mis llaves y mi bolso y me dirijo al carro.

Mientras conduzco, oro. No por la salvación de mi padre, sino porque el final llegue rápido e indoloro. Mis oraciones nunca son respondidas.

Había visto escenas de muerte en películas, en programas de televisión, pero la realidad está tan lejos. Mamá y yo nos sentamos a ambos lados de papá, la enfermera se mantiene a distancia en otra habitación. Su respiración es ronca; está luchando por conseguir suficiente aire en sus pulmones. Aunque tiene los ojos cerrados, aprieta mi mano de vez en cuando para hacerme saber que está consciente. Hay momentos en que su rostro se arruga cuando una ola de dolor lo invade y me derrumbo a su lado. Habría tomado ese dolor por él si hubiera podido.

A medida que pasan las horas, su respiración empeora hasta que su cuerpo se tensa mientras lucha por respirar. Sus ojos se abren de par en par por el pánico. Abre y cierra la boca y mamá llama a

gritos a la enfermera. Él sacude la cabeza de un lado a otro, y su mano se cierra con tanta fuerza alrededor de la mía que sé que me lastimaría. Sus piernas patean contra el colchón. Básicamente se está ahogando. Nos habían advertido, pero cuando llega el final es el mayor impacto de todos. Y luego se va. Sus ojos aún están muy abiertos, su boca aún está abierta pero no hay ruido. No hay jadeo por aire, no hay tensión en su cuerpo mientras se relaja suavemente en la cama.

Ver morir a mi papá, presenciar el proceso de la muerte, vivirá conmigo para siempre. Al igual que el olor. No hay palabras para describir realmente el olor a muerte, pero impregna el aire, mi ropa y mi cabello. Es acre con toques de acetona.

Tomo su mano, apoyo mi cabeza en sus nudillos y lloro más fuerte de lo que había llorado antes.

***

Supongo que hay egoísmo entre los afligidos. Durante lo que parece años mi madre y yo nos sentamos a ambos lados de la cama negándonos a dejarlo ir y absortas en nuestro propio dolor sin reconocer el del otro.

La enfermera le habla en voz baja a mi madre, la veo mientras me mira y, a través de sus lágrimas, hablaba con dulzura.

—Tenemos que dejarlo ir ahora —ella susurra.

La gente ha llegado a la puerta del dormitorio. Un médico quiere declararlo muerto y eso me enfurece. Sé que él está muerto; no quiero que nos lo confirmen.

—Necesito llamar a los muchachos —le digo a mamá. Ella asiente.

—Ben, lamento despertarte. El abuelo falleció —susurro.

—Está bien, ¿estás ahí?

—No, no te preocupes ahora. Si pudieras arreglar Dini para mí, entonces si quieres visitar a tu abuela más tarde, estoy segura de que a ella le encantará.

—Lo llevaré a casa conmigo. ¿Quieres que llame a Casey?

—Si puedes. No traje un cargador conmigo, no tengo mucha batería.

—Voy a agarrar eso para ti también. Llamaré cuando esté en camino en caso de que necesites algo.

—Gracias, te veré más tarde.

Le envío un mensaje de texto a Carla y luego mamá y yo nos sentamos en el sofá sin saber muy bien qué hacer.

Se llevan a papá ese mismo día. Es desgarrador verlo. Los funerarios irradian respeto, están tranquilos y sombríos, pero verlo ser llevado a la parte trasera de una camioneta y conducido hace que su

muerte se sienta mucho más real. Los vecinos llegan a la casa para dar el pésame, algunos traen comida, otros preparan infinidad de tazas de té.

—¿Por qué no te acuestas, descansas un poco? —Le digo. He visto a mamá bostezar.

—No quiero cerrar los ojos. No quiero verlo —ella susurra.

Entiendo lo que quiere decir. Esos últimos momentos con papá no son los recuerdos que ninguna de las dos queremos como los más duraderos. Me pongo de pie y camino hacia el antiguo tocador de madera de roble que se había alzado con orgullo en todas las casas en las que mis padres han vivido. En el armario hay pilas de álbumes de fotos. Agarro un par.

Mi madre y yo nos sentamos y los miramos, incluso logramos reírnos mientras revivimos el pasado. Nos hace bien a las dos recordar a papá en tiempos más felices. No pasa mucho tiempo después de que hojeamos el último álbum que había recuperado antes de que me dé cuenta de que los párpados de mamá comienzan a cerrarse. Se acurruca en el sofá y se queda dormida.

Ben llega con un cargador de teléfono y comida para llevar de una cadena de hamburguesas. No tengo hambre, pero me siento a la pequeña mesa de la cocina y como con él. Hablamos en voz baja para no despertar a mamá.

—¿Qué pasa después? —pregunta Ben.

—Mi padre arregló todo con la funeraria hace un tiempo, él planeó su propio funeral. Supongo que tenemos que iniciar ese proceso. Hizo un testamento; un abogado local tiene eso. Me pondré en contacto con ellos mañana.

—Necesitas tramitar el certificado de defunción y ponerte en contacto con su banco, la gente de pensiones y el ayuntamiento. Puedo hacer eso por ti —dice.

—¿Es tan malo que quiera un cigarrillo? —digo.

—Bueno, yo esperaba que quisieras dejar de fumar, pero tal vez hoy no sea el día para eso.

Él sonríe y aprieta mi mano mientras me abro camino a través de la puerta del patio hacia el pequeño jardín trasero. Es solo un cuadrado de césped y algunas losas colocadas a modo de patio. Ni mamá ni papá eran grandes en jardinería. Me siento en una silla de plástico blanca que se resquebrajó con la edad y enciendo mi cigarrillo.

Mi teléfono suena para avisarme que tengo un mensaje de texto.

—Mamá, estoy en un tren, pero no creo que pueda ir a casa de mi abuela, me iré a casa y esperaré allí.

Respondo—: Está bien; has lo que tengas que hacer. No sé

cuándo estaré en casa, pero te llamaré más tarde.

Sé que ha enviado un mensaje de texto en lugar de llamar por una sola razón. A Casey le resulta difícil lidiar con las emociones, más aún en público. Tiene un exterior duro y lo necesitará para el mundo en el que quiere trabajar, pero por dentro es tan suave como la mantequilla. Todo lo que espero es que la dureza que ha comenzado a desarrollar no penetre demasiado, como su padre.

—La tía Margie está en camino —me avisa mi mamá, me ha sorprendido cuando cruza las puertas del patio.

—Eso es adorable. No la he visto en años. ¿Va a venir en tren?

La tía Margie es la hermana de mi madre y vive en Escocia. No puedo recordar la última vez que la vi. Sé que ella me visitó cuando mis hijos eran pequeños y, por supuesto, mamá mantiene un contacto regular.

—No, ha reservado un vuelo y luego un taxi desde el aeropuerto.

—Podría haberla recogido, abuela —dice Ben.

Ella le da unas palmaditas en el brazo.

—No quieres estar atrapado en un carro con ese viejo murciélago loco por una hora, cariño. Gracias de cualquier forma.

La tía Margie ha sido, y supongo que todavía lo es, un cable de alta tensión. Mayor que mi madre, había sido hippy, rockera y todo lo demás. Había viajado y nunca se había casado. Vive en un ala de una casa señorial, como ella la llama. Sospecho que es un hogar de ancianos, pero a juzgar por las fotografías que he visto, es muy lujoso y exclusivo.

Carla llama un par de veces, quiere visitarnos, pero creo que la cantidad de visitantes ha agotado a mi madre.

***

Llega Margie y mi mamá me envía a casa a descansar. Quiero quedarme, podría haber dormido en el sofá, pero ella insiste. Como papá, piensa en todos los demás antes que en ella misma.

Kerry vino a dejar a Dini y se sienta a tomar una taza de té. Ella ha comenzado a desarrollar un pequeño bulto, solo perceptible porque es muy delgada.

—¿Ya les has dicho en el trabajo? —digo mientras coloco mi mano en su barriga.

—Sí, tomaré la licencia por maternidad, pero no estoy segura de qué haré después de que nazca el bebé. Ben no quiere que trabaje, pero necesitamos el dinero.

Kerry trabaja en el salón de belleza local, es terapeuta y yo he recibido sus masajes muchas veces.

—Tal vez empieza tu propio negocio, yo cuidaré al bebé —

digo.

—Ya veremos y sabes que puedes estar tan involucrada con el bebé como quieras —ella dice con una sonrisa.

Algunas madres pierden a sus hijos cuando encuentran pareja, yo no. He ganado una nuera maravillosa. A pesar de que no están casados, no tengo ninguna duda de que lo estarán en algún momento.

—¿Michael ha llamado a Ben?

Un destello de ira cruza su rostro.

—Ni por accidente. Sé que eso le duele, pero no lo admitirá.

Niego con la cabeza. Michael es un capullo, el peor, de los que piensan sólo en uno de sus hijos. Casey siempre ha sido la favorita en lo que a él se refiere. Ben lo sabe, pero decide ignorarlo. Es un testimonio de la clase de padre que va a ser.

Una vez que Kerry se va, abro mi computadora portátil.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 10 de agosto de 2019
Asunto: Triste noticia

Papá murió ayer, mamá y yo estuvimos con él hasta el final. Fue horrible, Stefan. Me siento totalmente perdida en este momento. La hermana de mi mamá voló desde Escocia, así que me envió a casa a descansar. Volveré por la mañana. No quiero llamarte, me echaré a llorar si escucho tu voz. Ahora mismo necesito dormir un poco, creo que llevo despierta veinticuatro horas. Casey está de camino a casa, así que creo que dormiré una siesta antes de que ella llegue.

Hablamos pronto, abrazos.
J xx

Cierro el portátil sin esperar respuesta. Es temprano en la tarde, y con la diferencia horaria, no espero que conteste el mensaje hasta la mañana.

Podría haber llamado. Durante la semana anterior más o menos, él había insistido. Siempre que quisiera hablar, puedo llamarlo, pero en este momento, como le dije, lloraré si lo hago. Estoy cansada, agotada y vacía. Me acurruco en el sofá, me tapo con una manta y cierro los ojos.

El gruñido de Dini me despierta. La habitación está a oscuras y me toma un momento para que mis ojos se acostumbren. Escucho un golpe en la puerta principal.

Miro por la ventana antes de responder y veo a Casey de pie en el umbral.

—¿Dónde está tu llave? —pregunto mientras abre la puerta.

—Creo que la dejé en casa de papá.

Deja caer su bolso y se quita el abrigo, dejándolos en el suelo del pasillo antes de caer en mis brazos, sollozando.

La llevo a la cocina y la ayudo a sentarse. Pongo la tetera y preparo dos tazas de té. Mientras me siento a su lado, me rio entre dientes.

—Él abuelo solucionaba todo con té dulce caliente —digo mientras levanto mi taza.

—¿Cómo está la abuela o es una pregunta tan tonta?

—La tía Margie está con ella en este momento, me imagino que ya se está arrancando el cabello. Si me hubieras llamado, podría haber ido por ti a la estación.

—Está bien, papá me trajo.

—¿Tu papá?

—Esto… sí. Se queda en casa de la abuela. Ha vuelto por un mes.

—Oh. —Me muerdo la lengua para no pronunciar en voz alta las palabras que tengo en la cabeza.

—Envía sus condolencias. Me reuní con él para cenar temprano, por eso llegué un poco tarde.

Parpadeo un par de veces y aprieto los dientes, forzando una sonrisa.

—Supongo que no volverá a casa, ¿verdad?

—No. Es lo mejor, Casey.

—¿No pudiste haberlo intentado?

Mi cuerpo se tensa en estado de shock por sus palabras. *¿Intentar?*

—Lo intenté durante años. No fue mi decisión irme, fue la de tu padre.

Nos sentamos en silencio por un rato. Estoy enojada, con ella y con lo que Michael había dicho para que ella llegara a esa conclusión. No está a más de cinco millas de distancia, pero no se ha molestado en ofrecer sus *condolencias* en persona. La había llevado a comer, pero ignoró a su hijo. Me froto las sienes, sintiendo que se acerca un dolor de cabeza.

—Creo que tenemos que dormir un poco. Mañana tengo un día ajetreado —digo.

Casey asiente con la cabeza, ajena a lo herida que he estado por sus palabras. Una vez que se ha ido a la cama, dejo que Dini salga al jardín antes de cerrar y subir yo misma.

***

Los siguientes días pasan volando. Nos reunimos con la funeraria, el banco, enviamos cartas y contactamos a tantos viejos amigos de mi papá cómo es posible. Ben es un regalo del cielo, nos ayuda en todo.

Casey la visita una vez. Pasa sus días con Michael en casa de sus padres, y sólo vuelve a dormir. Está en la punta de mi lengua preguntar por qué regresa a casa por las noches, por qué no se queda allá a dormir.

Stefan envía un correo electrónico, envía un mensaje de texto y la noche antes del funeral, llama. Me siento en el jardín con una copa de vino y un cigarrillo para charlar con él.

—¿Hola, qué tal? —dice una vez que respondo a su llamada.

—Adaptándome, mejor de lo que pensaba para ser honesta. Hay mucho que hacer.

—¿Cómo está tu mamá?

—Ella tiene buenos momentos, y luego la sorprendo sentada en el lado de la cama llorando. Su hermana está aquí y ha sido maravillosa. No es como la recuerdo. Le preguntó a mamá si quería ir con ella durante una semana.

—¿Lo hará?

—Creo que sí. Creo que sería bueno para ella alejarse un poco. Es tan claustrofóbico en el bungalow. La gente está ayudando, pero nunca hay un momento de paz. Quiero que venga aquí, pero no lo hará.

—Ella necesita estar conectada con él, me imagino.

—Quizás —suspiro.

—Odio que estés tan triste —dice en voz baja.

—Lo extraño, quiero a mi papá de vuelta —mi voz se quiebra con cada palabra.

—Lo sé nena. Lo sé.

—Voy a reservar esa cabaña en Cornwall para más adelante en el año. No sé si mi mamá vendrá, puede ser demasiado doloroso. Pero creo que me ayudará a sentirme más cerca de él. Cierro los ojos y todo lo que veo es a él acostado en esa cama momentos antes de morir. Ya no quiero esos pensamientos.

—Creo que es una gran idea. Vuelve al lugar que te dio los mejores recuerdos.

—Necesito colgar, necesito dormir un poco. Creo que mañana será el peor día de mi vida.

—Estaré pensando en ti, en cada momento —agrega.

Nos despedimos y cuelgo. Por mucho que me encanta escuchar su voz, nuestras llamadas siempre me dejan desanimada. Más aun sabiendo lo espantoso que va a ser el día siguiente. Stefan siempre es amigable, cariñoso, pero nunca hay un indicio de que sienta algo más por mí. Lo he construido en mi mente para ser algo que él no es. Él ha sido mi soporte sin él saberlo. Me ayuda a superar tiempos difíciles sin saberlo. He confiado en él para mi felicidad, viviendo una vida de fantasía, y no tengo ni idea.

***

La casa es un centro de ruido y gente a la mañana siguiente. Carla, Casey, Ben y Kerry han decidido usar mi casa para preparar el funeral. Aprecio que estén conmigo. No quiero despertarme y tener que vestirme sola para el funeral de mi padre. Necesito su compañía.

—Mamá, hay un paquete para ti —dice Casey. El cartero acaba de depositar el correo.

Me entrega una pila de cartas. Las reviso y le devuelvo las de Michael; ella puede dárselas.

Al final de la pila hay un pequeño sobre acolchado. Me tiemblan las manos cuando veo la letra y el timbre postal. Dejo los sobres restantes en la mesa de la cocina y salgo al jardín. Noto que Carla me mira mientras lo hago.

Abro el sobre y sollozo mientras saco su contenido. Sostengo en mi mano un pequeño ángel plateado. Él lo había recordado. Stefan había recordado una conversación en la que le pedí que encontrara al artista que hacia los ángeles y me envió una el día que lo necesito.

No hay ninguna nota, solo el hermoso ángel más delicado e intrincadamente tallado. Lo sostengo en mi palma y lloro.

—¿Qué es eso? —escucho.

Carla se sienta a mi lado. Abro mi palma para mostrárselo.

—Es hermoso, ¿quién lo envió?

Levanto la mirada hacia ella. Pasa un tiempo antes de que pueda hablar.

—El hombre más amable que conozco. Un hombre del que estoy enamorada, pero él no lo sabe.

Ella me mira fijamente, sin comprender. Ben, diciendo que es hora de irnos, nos interrumpe. Me pongo de pie, Carla se pone de pie y en silencio regresamos a la casa. Dejo el sobre a un lado, pero pongo el ángel en mi bolso. Quiero llevarlo conmigo.

La casa de mamá es un hervidero de actividad. Los padres de Carla han llegado en carro desde su casa de retiro en Francia y Margie está ocupada preparando té y organizando a la gente. Mi madre quiso que hiciéramos sándwiches y reunirnos en la casa, pero después de mucha persuasión de Margie y de mí, el pub local está reservado. A mi padre le encantaba disfrutar de una pinta o dos en ese pub con regularidad, así que parece apropiado.

Carla no ha dicho una palabra durante el viaje y una vez en la casa estoy demasiado ocupada. Escucho risas de algunos de los amigos más antiguos de mis padres mientras lo recuerdan. A pesar del dolor que siento, me agrada. No quiero que el día sea sombrío; Quiero celebrar la vida de mi padre.

Sin embargo, el estado de ánimo cambia rápidamente cuando

un carro fúnebre y dos limusinas negras se detienen afuera. La casa se queda en silencio cuando la gente sale. Los enterradores se llevan las flores que han sido entregadas y las dejan en el jardín delantero para el carro fúnebre. Mi padre odiaba las flores; habría hecho una mueca a expensas de lo que ahora adorna su ataúd de roble.

Mi madre, Margie y yo tomamos el primer carro; los muchachos y Carla toman el segundo. Mientras nos alejamos de la casa, pienso ver un automóvil familiar entrar en la caravana que sigue.

El crematorio está lleno; algunos de los que trabajaron con mi padre en el puerto han venido para despedirlo. Mientras escudriño a la multitud, veo rostros que no había visto desde la infancia. Es una pena que estos tipos sólo se reúnan para un funeral. Ben se pone de pie y lee el discurso, sus palabras sobre su vida con su abuelo traen nuevas lágrimas a mis ojos. Me esfuerzo tanto por no llorar, por contener mi dolor para poder ser fuerte por mi madre y mis hijos. Pero escuchar la voz de mi hijo quebrarse y ver las lágrimas correr por sus mejillas me disuelve.

Demasiado pronto, las primeras cuerdas de la canción favorita de mis padres resuenan en el pasillo. Escucho a mamá sollozar mientras Jim Reeves canta *I won´t forget you*. Cuando pasamos junto a su ataúd, dejo la rosa blanca que he estado cargando, beso las yemas de mis dedos y le doy ese beso a mi padre. Luego tomo el brazo de mi madre y salimos al sol.

A través de mis lágrimas, escondido detrás de unas gafas oscuras, veo a Michael. Se para ligeramente a un lado con la furcia a su lado y Casey al otro. Me doy la vuelta y abrazo a mi hijo llorando. En ese momento sé que lo odio. También me duele profundamente lo que veo como una traición de mi hija.

—¿Ha traído a esa puta al funeral de tu padre? —lo escucho decir.

—¡Abuela! —Ben la reprende.

Al darme la vuelta veo a mi madre, con los ojos muy abiertos por la ira. Abro la boca para hablar.

—Oh cariño. Sabía que las cosas iban mal, pero nunca creí que él pudiera rebajarse tanto.

—¿Como supiste? —Nunca recuerdo haber hablado de ella con mis padres.

—Tu papá los vio una vez. Nunca lo mencionamos porque tú nunca lo hiciste, pero sabíamos que lo sabías.

—¿Cuánto tiempo ha estado sucediendo? —pregunta Ben. Siento su cuerpo tensarse mientras lo sostengo.

—Años. Pero hoy no es el día para lidiar con eso —le digo.

Caminamos hacia los carros que nos esperan. Cuando paso

junto a él, hace ademán de hablar. Mantengo mi cabeza en alto y lo ignoro. Mi madre, sin embargo, no lo hace. Ella se detiene y se gira hacia él. Me paro a su lado.

—¿Cómo te atreves a traer a esa mujer al funeral de mi esposo, al funeral del padre de tu esposa? No eres bienvenido aquí, Michael. Casey, sube al carro con tu familia.

Trato de reprimir la sonrisa que se mueve a un lado de mi boca.

—Así se hace, Gracie —dice Carla mientras nos alcanza.

—¿Tenemos una puta en el local? Dónde, no he visto una de esas en años —dice Margie mientras se quita las gafas de los ojos y mira a la mujer que se aferra al brazo de Michael.

En ese momento, nos reímos. Cuatro *damas*, en lo que debería haber sido el momento y el lugar más inapropiado, se ríen. A mi papá le hubiera encantado eso. La furcia tiene la gracia de mantener la boca cerrada y Michael parece avergonzado.

—*¡Demonios si! En el mejor de los casos, así es como se hace* —yo pienso.

***

El pub está lleno hasta el tope de gente que quiere darnos el pésame. El propietario nos ha hecho sentir orgullosos. Ha puesto una mesa llena de la comida tradicional que a mi padre le encantaba. Hay cuencos de anguilas en gelatina, berberechos, gambas y buccinos. Mi estómago se encoge ante las anguilas y los buccinos, pero recuerdo con cariño estar sentada fuera de un pub un domingo por la tarde con una bolsa de papas fritas, una botella de Coca-Cola y una tarrina de berberechos.

Mi mano está adolorida por la cantidad de veces que la sacudí, mis hombros magullados por todos los abrazos y mi mejilla pegajosa por los besos. Mucha gente ha venido a presentar sus respetos y estoy contenta por mi madre. He perdido a Carla y a sus padres entre la multitud de personas, todos provienen del mismo círculo de amigos. Tengo en la mano una copa de vino blanco caliente y barato de manos de un hombre que probablemente no es mayor que yo. Me cuenta la historia de ser el aprendiz de mi padre hace mucho tiempo. Cuando se cerraron los muelles, la ingeniería fue el siguiente paso en la carrera de papá. De hecho, él se había quedado trabajando en ese campo hasta su jubilación.

Me muevo por el lugar, aceptando abrazos y escuchando historias, muchas de las cuales me sé de memoria. En las ocasiones en que papá y sus amigos robaron plomo del techo de la iglesia y los atraparon, corrieron, pero tenían más miedo de ser atrapados por el sacerdote local que por la policía. El momento en que, al descargar un bote de plátanos, encontraron tarántulas y empacaron una para

dejarla en la cabaña del jefe. El momento en que encontraron un camión refrigerado de carne que luego se había distribuido a todos los ocupantes de nuestra calle, los ancianos y los que tenían niños primero. Mi papá tenía un pasado, un pasado colorido, y me encanta escuchar esas historias.

Siento una mano frotar mi espalda.

—¿Cómo lo estas llevando? —pregunta Carla.

Suspiro—: Creo que hoy me golpeará mañana. Estoy agotada para ser honesta. Creo que mamá también. Puede que sea hora de llevarla a casa.

—Tengo el carro, listo y esperando. Voy contigo a tu casa.

—Me gustaría eso.

—Vamos a despedirnos, ¿de acuerdo?

Pasa media hora antes de que finalmente podamos salir del pub. Mamá se hunde en la parte trasera del carro con Margie, que ha tomado dos botellas de vino de la barra.

—¿Cómo van a llegar los chicos a casa? —pregunta mamá.

—Ben dejará a Casey con los padres de Michaels, uno de sus amigos dejó su carro.

Escucho un bufido desde el asiento trasero.

—Es una pena que no pueda pasar la noche contigo —dice Margie.

Me enfurezco hasta que capto una mirada de Carla. Margie tiene razón, por supuesto, pero no me gusta que nadie critique a mis hijos. Dejamos a mamá y a Margie en casa antes de regresar a la casa.

—Necesito quitarme esta ropa —digo mientras subo las escaleras de inmediato.

—Igual, llevaremos a Dini a caminar, tomaremos un poco de aire fresco —dice Carla mientras me sigue.

Me siento en mi cama un rato, pensando. Saco al ángel de mi bolso y lo cuelgo en el poste de la cama, dejando que mis dedos se arrastren sobre la filigrana y la cinta de seda que le permite colgar junto a mi almohada.

—Es tan hermoso —escucho. Carla está parada en mi puerta.

—Lo es.

—¿Quieres contármelo? —Ella se sienta en mi cama.

—Lo siento. Lo he mantenido en secreto. Sé por qué, supuse al principio que estaba haciendo algo mal y pensé que eso podría molestarte.

—¿Que estabas haciendo?

—Creo que estaba teniendo un amorío. Un amorío virtual.

Ella me mira con el ceño fruncido.

—¿Un amorío virtual?

—Correos electrónicos principalmente, aunque ahora hablamos

por teléfono. No sabe lo que siento por él; No creo que se lo diré nunca. No estoy segura de que me vea como algo más que una amiga y eso duele.

—Oh, Jayne. —Ella pone su brazo alrededor de mi hombro.

—Vamos a dar un paseo y puedes empezar por el principio.

Me paro y desabrocho el vestido, dejándolo caer al suelo. No me importa recogerlo. Me pongo unos jeans y un jersey ligero, agarro mis tenis de caminar y bajamos las escaleras.

A Dini lo habían encerrado en la cocina; la parte de atrás de la puerta está rayada donde ha mostrado su disgusto.

—Hola, cariño. ¿Qué tal un paseo? —digo. Corre hacia la puerta trasera moviendo la cola.

Mientras caminamos, hablo. Le cuento todo a Carla. Lo que siento por Stefan incluso en nuestras vacaciones, la carta que él había enviado sin querer más contacto, a la llamada telefónica de la noche anterior. Ella permanece en silencio todo el tiempo, escuchando. Después de una hora hemos recorrido nuestro circuito y hemos regresado a mi jardín. Levanto una maceta volcada de la parte superior de la mesa del jardín y saco mis cigarrillos.

—Creo que necesitamos vino —dice ella.

Mientras fumo, ella saca una botella del refrigerador y dos copas.

—No sé qué decir. No creo que estuvieras teniendo un amorío como tal. Necesitabas algo, alguien, y Stefan es tu escape. Me duele, por supuesto, que no hayas confiado en mí.

—Lo siento. Pensé que lo desaprobarías. Sé que me excedí al principio y fue como si alguien más se hiciera cargo de mí, alguien más escribiera los correos electrónicos coquetos. Pero me hizo sentir bien conmigo misma, especialmente cuando él respondió.

—Por favor dime que Scarlet no apareció —me dice mientras sirve el vino y se ríe.

—Ella lo hizo. Fue divertido por un tiempo.

—Oh Dios. Ella debe haber aterrorizado al pobre hombre.

Cuando éramos adolescentes, yo quería cambiar mi nombre a Scarlet. Durante un tiempo fue el único nombre al que respondí. Mis padres pensaron que era una fase y me complacieron. A Carla le pareció gracioso. Sin embargo, nadie entendió realmente lo que significaba. Yo era tímida; era una empollona con una amiga mucho más bonita, una amiga más popular. Ser Scarlet significaba que podía fingir, podía actuar y ser alguien totalmente diferente.

—Me di cuenta de todas las botellas de vino —agrega Carla en voz baja.

En algún momento de mi adolescencia, Scarlet desapareció para ser reemplazada por vino. No me había dado cuenta al principio. La

confianza, los comentarios sarcásticos, provenían de demasiadas copas de vino. No tenía el hábito de beber; solo lo usé para aumentar la confianza. En los últimos años, cuando estaba borracha, Carla bromeaba diciendo que Scarlet había aparecido.

—¿Y ahora qué? —me pregunta.

—No sé. Necesito agradecerle por el ángel. Supongo que seguimos siendo amigos. Me encantaría que fuera más, pero eso no es posible.

La veo cerrar los ojos y recostarse en la silla, captando los últimos rayos del día.

—Estoy preocupada por ti. Tienes que seguir adelante con tu vida, divorciarte y nada me encantaría más que encontraras un hombre bueno, pero uno real, no uno virtual.

Nos sentamos y bebemos; charlamos sobre los viejos tiempos hasta que se pone el sol.

—Cuándo le agradezcas a Stefan, dile que le mando decir hola y mientras yo asaré algunos filetes, tenemos que comer —dice Carla mientras nos dirigimos al interior.

Abro mi computadora portátil y abro mi cuenta de correo electrónico.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 25 de agosto de 2019
Asunto: gracias

Stefan, muchas gracias por el ángel, no puedo decirte cuánto lo necesitaba hoy. Ella está colgada en mi cama, junto a mi almohada y la atesoraré, siempre. Carla está aquí conmigo, está preparando la cena y me dijo que te manda saludos. En medio de todo, el día ha ido bien. Pero me alegro de no estar sola esta noche. No quiero dormir, no quiero cerrar los ojos porque tengo miedo de ver ese ataúd y las flores. No quiero pensar en él en ese ataúd.

Ben dio un discurso; fue hermoso. Habló de todas las cosas que amaba de su abuelo. Todas las historias que mi padre me había contado cuando era niña, él luego se las contó a mis hijos. Él lloró y me rompió el corazón ver a mi hijo allí parado con lágrimas corriendo por su rostro.

Michael apareció, con su novia, la que tiene desde hace años. Casey estaba con ellos. Eso me rompió el corazón otra vez. No estoy segura de que quieras escuchar toda esta mierda, supongo que estoy divagando. Lo siento.

Sólo quería darte las gracias, ha significado mucho para mí.

J xx

Presiono enviar y cierro la tapa del portátil. Me entregan un pañuelo y no me he dado cuenta de que he estado llorando.

—Dile —susurra Carla.

—No puedo.

—¿Qué puedes perder?

—Su amistad. Si no puedo tenerlo, entonces al menos todavía tengo su amistad.

Ella toma la computadora portátil de la mesa y la reemplaza con un plato. Ella asó bistecs y preparó una ensalada. Levantamos una copa de vino cada una.

—Por tu papá, por vidas jodidas y por maridos idiotas.

Carla siempre puede, sin importar la situación, hacerme sonreír. Chocamos las copas; comemos y bebemos y luego nos metemos en la cama, un poco borrachas.

***

Me levanto a la mañana siguiente y sorprendentemente sin dolor de cabeza. Dejo salir al perro, hago té y luego llamo a mi mamá. Hablamos durante una hora con Margie interrumpiendo continuamente antes de que Carla haga su aparición.

—¿Ay, paracetamol? —ella dice. Señalo un armario.

Le preparo un té y nos sentamos a la mesa.

—¿Era tu mamá, cómo está?

Le cuento la conversación. Mi madre tiene muchas ganas de ir a Escocia con Margie, pero le preocupa dejarme. Le he dicho muchas veces que pienso que es una buena idea. Un cambio de escenario le dará un impulso. Y sé que papá lo habría aprobado. Incluso me había ofrecido a pasarme y ayudarla a empacar.

—Las llevaré al aeropuerto, dudo que tu carro llegue tan lejos —dice Carla.

—Necesita un servicio y su inspección técnica vencerá pronto. No creo que pase.

—Deshazte de él, compra uno nuevo.

—No tengo dinero para un carro nuevo. Necesito encontrar un trabajo. Michael deposita suficiente dinero en la cuenta para la hipoteca y las facturas, con un poco más para comida.

—Mientras él está viviendo la gran vida, ganando millones con la furcia.

—Dudo que gane tanto —digo.

—¿Quieres apostar? Gana más que Charles y con una bonificación no está muy lejos de esa cifra.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No. ¿No tienes idea de lo que gana Michael?

—No. Tenemos una cuenta conjunta, pero eso es para gastos

domésticos. Tiene una cuenta separada para su salario.

—Hijo de puta inteligente.

—Esta casa está a su nombre. Quizás necesito hablar con su abogado.

—De inmediato, haré una cita.

Carla se va una hora más tarde. Ella no había querido, pero yo quiero pasar un tiempo a solas. Quiero reflexionar y revolcarme en mi tristeza sin tener que fingir, charlar o sonreír.

Mi teléfono indica que he recibido un correo electrónico. Mi corazón da un vuelco cuando abro la computadora portátil y veo que Stefan ha respondido.

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 26 de agosto de 2019
Asunto: de nada

Me alegro de que llegara a tiempo, me preocupaba que no lo hiciera. Me tomó meses localizar a ese artista. Me alegra que te haya gustado tanto.

No tengas miedo de dormir, ahora hay un pedacito de Dinamarca junto a tu almohada y si alguna vez no puedes, llámame.

Tu ex es un imbécil, me alegro de no haber estado allí, le habría dado un puñetazo al hijo de puta, lo siento.

Y Ben suena como su madre, amable y considerado. Me gustaría conocerlo algún día.

S xx

Leo y luego vuelvo a leer. Él está en lo correcto; hay un pedacito de Dinamarca junto a mi almohada y ese pensamiento me tranquiliza.

Me rio del comentario muy americano de imbécil pero es el conocerlo algún día lo que me pone nerviosa. ¿Él quiso decir eso?

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 26 de agosto de 2019
Asunto: ¿Imbécil?

Tu comentario me hizo reír, pero es bueno saber que tengo un caballero de brillante armadura listo para defenderme, gracias.

Y también me gustaría que conocieras a Ben.

Espero quedarme dormida con un pedacito de Dinamarca a mi lado.

J xx

Paso el día acurrucada en el sofá leyendo un libro y atendiendo llamadas. Intento llamar a Casey, quiero ver cómo está, pero como de costumbre, su teléfono va al buzón de voz. Ben ha querido visitarme, pero yo quiero algo de tiempo a solas. Mi mamá ha llamado para avisarme que ha organizado el transporte al aeropuerto con Carla y que se irá por la mañana. Hago arreglos para pasar a despedirla antes de que se vayan.

Capítulo Nueve

Dos días después, dos días después de no tener noticias de Casey, finalmente envía un mensaje. Me molesta que no se tome el tiempo de llamar y su mensaje es sólo para decirme que se dirige a Londres con Michael, que me alcanzara en algún momento durante el próximo mes. No puedo responder. Algo ha cambiado entre nosotras y sospecho que Michael es la causa de eso.

Decido mirar la cabaña en Cornwall, inicialmente sólo para animarme un poco. Carla necesita visitar a sus padres durante unos días, no había querido, quiere estar cerca de mí, pero se están llevando bien y la muerte de mi padre la tiene preocupada porque no ve lo suficiente a los suyos.

Abro los detalles que había guardado y miro las fotos. Parece un poco deteriorada, pero en una ubicación maravillosa. Es pequeña, pero con personalidad. Antes de darme cuenta, me encuentro en la página de disponibilidad. La cabaña está reservada durante la mayor parte del año, hay dos semanas disponibles. La primera es en unos días y la segunda en diciembre. Llamo al agente para que me diga que los propietarios usarán la cabaña durante el verano para hacer algo de modernización. Si estoy interesada en la primera semana lo hará con descuento. Sin pensarlo lo reservo. Sudo mientras le entrego los datos de la tarjeta de crédito de Michael y me pregunto si me interrumpirá.

—Eso es maravilloso, señorita Adams. Todo reservado y pagado. Recibirá un correo electrónico con instrucciones y dónde encontrar la llave —me dice.

Desconecto la llamada, un poco sorprendida de haber reservado, por primera vez, unas vacaciones solo para mí. Michael probablemente tendrá un ataque, pero espero que, cuando se dé cuenta, yo ya hubiera ido y este de regreso en casa.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 29 de agosto de 2019
Asunto: ¡Cornwall!
Acabo de reservar una semana en esa cabaña de la que te hablé. Tienen dos semanas disponibles, una para la próxima y otra en diciembre, ¡elegí la próxima semana!
No puedo creer que haya hecho eso; nunca había hecho esto sola. Entro en pánico porque no sé si mi carro llegará tan lejos, pero también estoy emocionada.
J xx

Llamo a Ben; él sabe dónde puedo conseguir un servicio para el carro barato. Estoy emocionada por mí y, aunque se siente extraño reírme tan pronto después del funeral de mi padre, sé que él estaría complacido por mí. Ben se ofrece a prestarme su carro, es mucho más confiable que el mío. También se ofrece a imprimirme un mapa.

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 29 de agosto de 2019
Asunto: ¡Preocupado!
Suena emocionante. Por favor, haz algo con el carro, puedo enviar algo de dinero por el servicio. No me gusta la idea de que conduzcas un vehículo peligroso.
S xx

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 29 de agosto de 2019
Asunto: ¡Oh no!
Gracias por el ofrecimiento, pero no. Lo tengo arreglado. Ben me va a prestar su carro. ¡Y en cuanto a conducir algo peligroso!
Tú eres el de la moto.
J xx

Su oferta de ayuda me abruma un poco; y trae lágrimas a mis ojos. No hay forma de que lo acepte.

***

La semana se prolonga, he despedido a mamá. Ella está triste porque siente que me deja tirada, pero feliz de que yo reservara unas vacaciones. Necesitamos hacer algo después del funeral. Ha habido muchas promesas de ayuda y compañía, pero ninguna se ha materializado. Tan pronto como terminó el velorio, aparte de unos pocos amigos cercanos, mamá no ha tenido noticias de nadie y eso incluye a Casey.

La noche antes de mi viaje decido enviarle un correo electrónico a Casey. No tiene sentido dejar otro mensaje en su buzón de voz y estoy segura de que la última vez que hablé con ella, su excusa de una mala señal para interrumpir nuestra conversación fue una mentira.

Para: Casey
De: Mamá

Fecha: 4 de septiembre de 2019
Asunto:

Hola Casey, te estoy enviando un correo electrónico porque parece que no puedo comunicarme contigo por teléfono. La abuela tiene un celular, Ben tiene el número, sería bueno si pudieras tomarte un momento para llamarla y preguntarle cómo está. No la has visto ni ha hablado con ella desde el funeral del abuelo. Sé que puede ser difícil para ti, pero un día, será su funeral en el que estarás. Duro, lo sé y lo siento. No es agradable tener que poner excusas de por qué desapareciste sin decir una palabra :(

Me voy a tomar un descanso a Cornwall mañana, tendré mi teléfono y me llevo la computadora portátil, hay Wi-Fi en la cabaña, así que, si quieres llamarme, estaré feliz de saber de ti.

Por favor, llama a la abuela. Solo una breve conversación, le encantará saber de ti.

Te amo.

Mamá xx

No tengo idea de cuándo recibirá Casey ese correo electrónico. Sé que ella está ocupada, pero ha terminado el último año en la universidad, ha estado de fiesta todo el verano y supongo que Michael está organizando una pasantía para ella en alguna parte. Rezo para que no sea en Japón. Inicialmente, el plan era que se uniera a su empresa en Londres, pero como él se ha ido y posiblemente se ha llevado clientes con él, dudo que ella sea bien recibida.

He dejado de preguntarme por qué mi hija está tan distante. Es una mujer hecha y derecha, y aunque odie reconocerlo, se ha convertido en una joven egoísta. Me he pasado horas preguntándome dónde me he equivocado como madre.

***

Ben trae el carro temprano. Pasa años enseñándome cómo encender las luces, los limpiaparabrisas y todas las cosas que sé perfectamente cómo operar. Tengo en la punta de la lengua decirle que he estado conduciendo desde antes de que él naciera. Me ayuda a cargar al perro y mis maletas en el carro, me da el mapa y un abrazo y luego me voy.

Tomo la autopista parando en una estación de servicio para que Dini estire las piernas y tomo un café. Es la primera vez que conduzco tan lejos, pero estoy disfrutando la experiencia. Después de tres horas me encuentro en autopista con el mar a un lado y los campos al otro. Bajo la ventana y respiro la brisa. Dini asoma la cabeza y se une a mí. El sol está bajo en el cielo y me detengo para ver los rayos rebotar en

el agua. Puedo distinguir las siluetas de los surfistas tomando las últimas olas de ese día. Siento que me invade una sensación de alegría.

—Gracias, papá, por traerme aquí —susurro.

Encuentro la cabaña después de algunas vueltas por un camino rural. Está anocheciendo cuando llego. Me detengo en un camino de grava y me siento maravillada mirando la cabaña. Tiene paredes encaladas y rosas que crecen alrededor de la puerta. Es la cabaña de mis sueños de la infancia y ya me encanta. Abro la puerta del carro, chillando cuando Dini salta sobre los asientos y sale antes que yo. Agarro mis maletas del maletero y cierro el carro.

Me han informado en un correo electrónico que encontraré la llave debajo de una maceta junto a la puerta principal. Busco a tientas hasta que mis dedos la encuentran y abro.

Entro en un pequeño pasillo con una escalera a un lado y una puerta al otro. Al final del pasillo hay otra puerta abierta. Puedo ver directamente a través de la cocina y hacia el mar. Dejo mi bolso y exploro.

La cabaña tiene una sala con chimenea, los troncos ya están apilados esperando a ser encendidos. Hay dos sofás de cuero marrón dispuestos en ángulo en la habitación bastante pequeña frente al fuego. Sonrío cuando veo estanterías llenas de libros de bolsillo. Una pequeña mesa de café de madera se encuentra en el medio del lugar y en la parte superior encuentro una carpeta con cosas que hacer localmente e información sobre la cabaña. La sala tiene dos puertas de madera que se abren a un pequeño comedor que conecta con la cocina. Me paro en la puerta del patio y miro hacia un jardín y luego hacia la playa. Es el cielo para mí.

Camino de regreso a través del salón y al pasillo; la puerta al final es un baño. Agarro mi bolso y subo las escaleras. Hay dos dormitorios y un baño. Me sorprende el baño; es moderno con bañera y ducha separada. Me pregunto qué quiso decir la agente cuando dijo que los propietarios quieren modernizarla; la cabaña es perfecta.

Dejo mi bolso en la cama, sus ventanas dan directamente a la playa y bajo las escaleras. Traje algunas compras; sin saber si encontraría un lugar para comer localmente y guardo mis compras mientras Dini explora el jardín.

Tomo mi teléfono, notando que no tiene señal hasta que estoy en el fondo del jardín donde encuentro una puerta de madera que conduce directamente a la arena. Envío un mensaje de texto rápido a mamá, Ben y Carla para hacerles saber que he llegado sana y salva.

Con una copa de vino, me siento a la mesa de la cocina y abro mi computadora portátil. Una vez que me conecto a la red Wi-Fi, envío un correo electrónico.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 5 de septiembre de 2019
Asunto: ¡Llegué!

Estoy aquí; la cabaña es perfecta, pequeña pero absolutamente hermosa. Hay rosas, no en flor ahora, sobre la puerta principal y está justo en la playa. Tomaré algunas fotos y te las enviaré. No puedo creer, incluso después de manejar por tantas horas, lo relajada que me siento. Me gusta aquí. Dini inmediatamente tomó posesión del jardín; no puedo esperar para llevarlo a dar un paseo por la playa por la mañana. He visto gente paseando con perros, así que supongo que está permitido.

¿Sabes qué es realmente extraño? Me siento como en casa. Sólo he estado aquí media hora y ya se siente bien. No creo haber visto esta cabaña antes, pero me resulta familiar, la playa y el paisaje me resultan familiares. Creo que mi papá estaría contento.

Abrazos y esas cosas,
J xx

Dejo la computadora portátil y el correo electrónico abiertos mientras me decido por algo para comer. Coloco un poco de queso y galletas saladas, una ensalada pequeña y algunos encurtidos de la cesta de bienvenida que han dejado.

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 5 de septiembre de 2019
Asunto: suena genial

Me alegro de que hayas llegado sana y salva. Apuesto a que a Dini le encantará ese paseo por la playa y sí, envíame fotos. Apuesto a que te sientes como en casa porque esa parte del Reino Unido era el lugar favorito de tu padre. Imagino que te hace sentir más cerca de él.

¿Y esas cosas?
S xx

Me rio; nuestros correos electrónicos inicialmente habían sido amigables, luego francamente sucios, volvieron a ser amigables, pero con un poco de coqueteo inofensivo. Disfruto de las bromas con Stefan.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 5 de septiembre de 2019

Asunto: Cosas
Usa tu imaginación
J xx

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 5 de septiembre de 2019
Asunto: Claro que sí
Y no sólo mi imaginación
S xx

Realmente me rio en voz alta ante esa respuesta. Antes de que pueda responder, el cielo se oscurece. He corrido las nubes de tormenta en el camino, con la esperanza de que cambien de dirección. Un rayo de luz ilumina el mar y un trueno retumba por encima.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 5 de septiembre de 2019
Asunto: ¡Espero que estés solo en la oficina!
¡Tengo una imagen en mi mente que sin duda me ayudará a tener buenos sueños ahora! Se avecina una tormenta, así que podría perder la electricidad.
Diviértete con tu… imaginación y tu oficina vacía.
J xx

Me rio entre dientes y bebo un sorbo de vino. Me pregunto adónde se ha ido Jayne cuando leo nuestro intercambio. Cara a cara, nunca sería capaz de decir esas cosas sin tener las mejillas encendidas y tartamudear.

Como predije, una vez que se viene la tormenta, se va la luz. Con la lámpara del celular, busco velas en los cajones de la cocina. Me acomodo en un sofá, envuelta en una manta que ha sido colocada sobre uno y leo a la luz de las velas. Hace frío en la cabaña; el viento se ha levantado y hace vibrar las ventanas. Dini está un poco inquieto y acurrucado alrededor de mis pies en el extremo del sofá. Debería haberlo hecho volver a tumbarse en el suelo, nunca se sube a los muebles en casa, pero le doy la bienvenida a su calidez. Me siento segura: el traqueteo de las ventanas es un sonido normal durante todo el invierno en casa, así que no estoy preocupada.

Cuando forzo demasiado mis ojos y empiezan a doler, tomo la vela y me dirijo a la cocina. La lluvia azota el costado de la casa. Veo cómo las furiosas olas chocan con los fragmentos de roca negra que serpentean hacia el mar y forman espuma en la arena. Abro la puerta levemente llamando a Dini. Llega a la puerta, se para a mi lado y me

mira. Me lo imagino diciéndome no es probable y me rio.

Le dejo un cuenco de agua y comida y, con la vela, subo las escaleras.

Me desnudo y me pongo el pijama antes de meterme en la cama. Dejo las cortinas abiertas y, una vez que apago la vela, miro el relámpago y escucho la lluvia. La cama es cómoda, tan cómoda que me duermo enseguida.

Capítulo Diez

Es una mañana luminosa; me despierta el sol que entra por la ventana. Todo rastro de la tormenta de la noche anterior ha desaparecido. Me levanto de la cama y agarro mi teléfono para comprobar la hora. Es temprano, poco después de las siete, pero estoy despierta. Bajo las escaleras para ser recibida por Dini dando brincos. Parece que también pasado una buena noche. He traído su cama, que de alguna manera se las había arreglado para encontrarse al otro lado de la habitación. A Dini le gusta arrastrarla hasta que se acomoda. Abriendo la puerta trasera, lo dejo salir.

Tomo una taza de té y me siento a la pequeña mesa de jardín de metal mirando al mar. Una pareja de ancianos camina por la playa tomados de la mano y riendo. Miran mientras se acercan y saludan. Me toma un poco por sorpresa al principio. Tentativamente le devuelvo el saludo.

—Buenos días, Jayne —pregunta la anciana mientras sube los escalones hacia la puerta.

—Sí, buenos días. Es una hermosa mañana. —Quiero preguntarle cómo saben mi nombre, pero no quiero parecer grosera.

—Soy Nora, y este es Jim. Hola— ella dice mientras se inclina sobre la puerta para acariciar a Dini.

Siempre he creído que mi perro es un gran juez de carácter. Menea la cola y se levanta de un salto, apoyando las patas delanteras en la puerta. Me paro y me acerco.

—Es adorable, ¿cómo se llama?

—Houdini, aunque solo lo llamamos Dini.

—¿Cómo estás disfrutando de la cabaña? Yo la cuido por los dueños —ella dice, respondiendo a mi pregunta sobre cómo sabe mi nombre.

—Me encanta, ¿vendrían a tomar una taza de té? —le pregunto.

Abro la puerta para Nora y Jim y me dirijo a la cocina.

—Hay que arreglar esa puerta —dice Jim mientras inspecciona una bisagra suelta.

—Es una pena que la cabaña no se use tanto. La familia vive en el extranjero, creo. Vinieron de vacaciones y se enamoraron del lugar —dice Nora.

—Sin embargo, no lo suficiente como para querer usarla — agrega Jim.

—El agente dijo que está reservada todo el verano, solo queda una semana en diciembre —digo.

—Tienen planes de reformar el lugar, aunque nada cambia. Creo que pueden vender, es una pena —agrega Nora.

Hago el té y nos sentamos afuera al sol de la mañana.

—¿Has estado en Cornwall antes? —pregunta Nora. Jim está inspeccionando el borde de las flores y arrancando algunas malas hierbas.

—Sí, solíamos venir aquí todos los veranos, me encanta estar aquí. Acabo de perder a mi papá y pensé que este podría ser un buen lugar para venir y recordarlo. ¿Es eso extraño?

—Creo que es una idea preciosa. Nos mudamos aquí desde Londres hace años. Digo Londres, el sureste de verdad. Somos dueños de la pequeña tienda de conveniencia en el carril.

—La pasé de camino aquí, me perdí un par de veces. Nací en el sureste de Londres, Woolwich para ser exactos. Vivo en Kent por el momento.

—¿Por el momento?

Quizás ve la nube de tristeza que desciende sobre mí. Ella cubre mi mano con la suya.

—Soy una vieja curiosa, ignórame. Ahora, ¿cuáles son tus planes?

Me rio de la tristeza.

—Estoy recién separada, Nora. No sé cuánto tiempo podré quedarme en la casa. ¿Y en cuanto a planes? Sólo quiero caminar por esta playa todos los días, relajarme, leer un poco y pensar.

—Lamento escuchar eso y ¿en cuanto a esos planes? Asegúrate de incluir una taza de té en la tienda.

Nora apura su taza a pesar de que el té todavía está caliente y se pone de pie.

—Míralo, le encantan los jardines, mi Jim.

Me rio; me cae bien de inmediato. Ella parece genuina y amigable.

—¿Esa tormenta no te asustó, verdad? —pregunta Jim mientras coloca su taza vacía sobre la mesa.

—No, me alegro de haber encontrado algunas velas.

—La luz se va todo el tiempo, algo que tiene que ver con cables aéreos viejos —él dice.

—Estaré preparada para eso.

Los acompaño a la puerta y los veo continuar su paseo por la playa antes de que se despidan con la mano, mientras doblan la esquina y se pierden de vista.

Después de enjuagar las tazas, agarro mi jersey y mi cámara. Llamo a Dini y bajamos las escaleras hacia la playa. Me subo los jeans y camino justo donde el agua se encuentra con la arena. Me encanta la sensación de la arena mojada entre los dedos de mis pies. Dini entra y

sale corriendo del mar, saltando donde rompen las olas. Tomo un sinfín de fotografías. A mitad de camino llego a unas cabañas; un grupo de chicos están parados afuera. Uno silba y le da unas palmaditas en la pierna, atrayendo la atención de Dini. Sigo al perro mientras miro a los jóvenes.

—Hola, gran perro —dice uno. Tiene acento australiano.

—Gracias, su nombre es Dini.

—¿Estás aquí de vacaciones? —él pregunta—. Oh, soy Greg por cierto y estos son Tom y Scott.

—Lo estoy, llegué anoche, soy Jayne.

Con las presentaciones que hacen los chicos me cuentan sobre el surf. Pasan todo el verano en Cornwall, surfeando, disfrutando la vida en la playa y por las noches, trabajando en bares y restaurantes.

—Tienes que venir a Un pedacito de cielo —dice Greg. Él señala un edificio con paredes de vidrio justo arriba de la playa.

—Es un café durante el día, pero un gran restaurante por la noche.

—Suena maravilloso, aunque no sé si lo visitaría por mi cuenta.

—Seguro que lo harás, nos sentaremos contigo —dice Tom.

Los chicos me recuerdan a Ben, tiene aproximadamente la misma edad y tienen esa maravillosa actitud despreocupada.

—Vamos, Jayne. Mañana por la noche, a las ocho. Mañana no hay mucha gente. Soy el subgerente, cuidaré de ti —dice Scott riendo.

No estoy del todo segura de sí es el subgerente o no, pero me hacen reír.

—Lo pensaré —digo.

—La oferta está ahí.

—Y si te apetece surfear, avísame —dice Greg.

—¿Sabes qué? Siempre quise hacer eso, pero creo que ahora soy un poco mayor.

—No, ¿tienes un traje de neopreno? —Niego con la cabeza—. No te preocupes, tenemos algunos aquí, estoy seguro de que puedo encontrar uno que te quede.

—Sólo estaré aquí una semana.

—Bueno, no puedes pasar una semana caminando arriba y abajo de la playa, tan hermosa como es. Mañana por la mañana te daré una lección gratis.

Greg es probablemente el mejor vendedor del mundo. Me encuentro asintiendo con entusiasmo. ¿Por qué no? Está en mi lista de cosas por hacer.

—Sí definitivamente. Siempre quise hacerlo, así que ¿por qué no? ¿Qué necesito traer?

—Ponte traje de baño y trae una toalla.

Paso casi una hora charlando con los chicos, disfruto de su

compañía y me siento bien reír con ellos. Tengo punzadas de culpa por no estar llorando, solo ha pasado un corto tiempo desde que mi papá había muerto, pero estar en esa playa, en Cornwall, no se siente bien. Por dentro estaré llorando durante años, sin duda, pero en esta playa, con el sol brillando, me siento más viva de lo que me ha sentido en años.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 6 de septiembre de 2019
Asunto: ¡Surfear!
¿Adivina qué? Me voy a surfear mañana. Conocí a tres chicos australianos; surfean, trabajan en bares y restaurantes aquí todo el verano (su invierno) y luego se van a casa cuando termina la temporada. Siempre he querido intentarlo, no tengo idea de si me las arreglaré para ponerme de pie en la tabla, pero te lo haré saber. Conocí a una pareja de ancianos; cuidan la cabaña y son tan encantadores. Adjunto algunas fotos ﷺ Voy a cenar con los australianos mañana por la noche, si sobrevivo al surf, por supuesto.
J xx

Me siento en el jardín con mi computadora portátil y llamo a mi mamá; le detallo la cabaña, la playa y cuáles son mis planes. Recuerdo que ella y papá se han sentado en la misma playa antes de que yo naciera. Tal vez por eso me siento tan cómoda, tal vez hay una conexión.

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 6 de septiembre de 2019
Asunto: ¡Ten cuidado!
¡Surf! Solía hacer eso cuando era más joven. Estoy celoso, aunque los daneses son mucho mejores que los australianos. Me han encantado las fotos; Me veo sentado en esa playa, es mejor que estar en la oficina.
S xx

Celoso de qué, me pregunto, celoso de estar surfeando. ¿O está celoso de que voy a cenar con los australianos? ¿Y en qué son mejores los daneses? No respondo por miedo a malinterpretar lo que quiere decir.

***

Estoy en la playa temprano a la mañana siguiente. Me he llevado a Dini conmigo, ya que habría saltado la puerta del jardín si lo hubiera dejado.

—Hola, Jayne, me alegro de verte, entra —grita Greg mientras me acerco a la cabaña.

En el interior está equipado con tablas de surf, trajes de neopreno y un área con cortinas para cambiarse. Me pongo mi traje de baño debajo de mis pantalones cortos y camiseta.

—Vamos a ponerte lista —me dice mientras sostiene uno de los trajes de neopreno.

—Está bien, cámbiate a eso y Dini y yo nos veremos en la playa —él añade.

Me escondo detrás de la cortina asegurándome de no enredar mis pies en el neopreno y caer primero a través del improvisado vestuario. Una vez que logro deslizarme en el material apretado, me aventuro a salir. Me alegro de que no hay ningún espejo disponible; me aterrorizaría ver los bultos y protuberancias encerrados en el traje de neopreno negro.

Greg y Dini están en la playa. Me decepciona ver a otros tres estudiantes, todos de al menos la mitad de mi edad. Sin embargo, me saludan con una sonrisa. Aprendemos lo básico, y para mí, eso es aprender la cuerda que me conecta a la tabla unida a mi tobillo y no a la muñeca que la tiene envuelta. La correa está allí, así que no pierdo la tabla, me dicen. No estoy segura de si Greg está bromeando o no. En el tercer intento de arrodillarme y luego ponerme de pie de un salto, sé que mis rodillas ceden y probablemente el surf no es para mí. Pero me divierto, saco la tabla, vadeo entre las olas y, aunque en realidad nunca llego a pararme más de unos segundos antes de caerme, es estimulante y puedo entender totalmente la atracción.

Mientras mis compañeros de clase se dirigen a la orilla y regresan a la cabaña, me siento a horcajadas sobre el contenido de mi tabla de surf con solo balancearme en el agua y mirar a los chicos. Se sientan y esperan; se ponen de pie con facilidad y navegan todo el camino hacia los bajíos. Parece tan fácil, supongo que lo habría sido si hubiera tenido veinte años menos.

—No estoy segura de que sea algo que vaya a dominar —digo con una sonrisa mientras camino hacia la cabaña.

Dini ha estado esperando pacientemente junto a la puerta. Me imagino que las copiosas cantidades de hamburguesas y salchichas probablemente lo incitan a quedarse quieto. Él menea la cola mientras yo me inclino para acariciarle la cabeza.

—Vas a engordar —le digo.

Me quito el traje de neopreno y me envuelvo en una toalla.

—No olvides esta noche, nos vemos allá —grita Greg mientras

camino de regreso a la cabaña.

—Estaré allí —digo.

Ha sido una mañana cálida; un día que me recuerda a mi infancia, cuando pruebo la sal marina seca en mis labios y siento la aspereza en mi piel. Mi cabello está enredado y no puedo evitar sonreír.

Me doy una ducha caliente, me pongo unos jeans y una camiseta y me siento en el jardín con mi computadora portátil, un cigarrillo y una taza de té.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 7 de septiembre de 2019
Asunto: ¡Lo hice!

Lo hice, surfeé. Bueno, me senté en la tabla, me caí un par de veces y luego me senté un poco más y solo miré, pero estoy segura de que eso cuenta, ¿no? He disfrutado mucho. Estoy tan contenta de haber tomado la decisión de venir aquí.

Es un lugar al que me encantaría volver. Estoy divagando, lo siento.

¿Cómo ha estado tu día?

J xx

No recibo una respuesta ese día y, aunque sigo teniendo ganas de seguir revisando mi computadora portátil, me propongo dar un paseo para ver a Nora y Jim. Con Dini a la cabeza, para su disgusto, nos ponemos en camino.

—Buenos días, Jayne, tráelo —escucho a Nora gritar.

La puerta principal de la tienda está abierta para permitir que entre la brisa del verano; ella me había visto buscando un lugar adecuado para atar su correa.

—¿Está segura?

—Por supuesto, entra. Pondré la tetera.

La tienda tiene de todo, desde comida hasta mechas, una tienda general completa. Algunos turistas están revisando los estantes y un par de lugareños se apoyan en el mostrador charlando. Me los presentan.

Con una taza de té en la mano, me uno a la conversación.

—¿Estás aquí de vacaciones? —me preguntan.

—Lo estoy, solía venir aquí todo el tiempo cuando era niña. Me encanta estar aquí.

—¿Te estás quedando en la casa de Turner, cierto? Es una pena que haya cerrado tanto —dice otro.

Tengo la impresión de que a los lugareños no les gusta demasiado que las casas se compren para vacaciones, pero supongo

que, si se usan las cabañas, serían más felices.

Me quedo y charlo durante media hora, incluso ayudo a una anciana a empacar su bolso antes de regresar a la cabaña y luego doy otro paseo por la playa. Dini se adelanta saltando dentro y fuera de las olas que rompen en la arena.

***

Con temor entro al restaurante. Nunca he comido afuera sola y tomo un libro para ocuparme en caso de que esté sentada sola. Sin embargo, no tengo por qué preocuparme. Se ha colocado una mesa en la parte de atrás y me saludan con la mano. En cuestión de minutos me enamoro del lugar. El personal viste jeans y camisetas, y hay informalidad entre el ajetreo. El restaurante está lleno de comensales y puedo apreciar la popularidad. Dos paredes son de vidrio y dan a la playa, mientras me siento y se pone el sol, se pueden ver siluetas de surfistas.

—Hola, mi dama favorita está aquí —escucho.

Scott se detiene a mi lado y me entrega un menú. El restaurante sirve una maravillosa selección de carnes y pescados frescos de la zona.

—¿Qué te apetece? —Scott pregunta, tomando nuestras órdenes él mismo.

Elijo el famoso bisque de cangrejo para comenzar y luego su igualmente famoso besugo al horno. Cuán famosos son los platos, no estoy segura, pero eso es lo que dice en el menú. Al principio escucho a los chicos, sus bromas y risas me recuerdan los momentos en que Ben traía amigos a casa. Me golpea con una sacudida que en los últimos años eso se ha detenido. Ni Ben ni Casey llevaron a nadie de visita y me pregunto si la tensión en la casa había sido tan notable.

—Greg me dijo que lo hiciste bien hoy —dice Scott cuando regresa con nuestras bebidas.

—Entonces creo que él está siendo muy amable —digo con una sonrisa.

—No, en serio, la mayoría de la gente ni siquiera puede sentarse en la tabla. Al menos lo lograste durante una hora —dice Greg con un guiño.

Me encanta que se sientan lo suficientemente cómodos como para bromear y me resulta muy fácil tener una conversación con ellos. Parece extraño, yo tengo el doble de su edad y solo los he conocido por un breve tiempo, pero siento que los conozco desde hace mucho tiempo.

Hablamos de todo; sus vidas en Australia, mi razón de estar en Cornwall, mis hijos, mi separación, el perro, sus novias (de las cuales hay muchas) y la vida en general. Nos reímos; bebemos cerveza y

comemos la comida maravillosa. Me he divertido muchísimo.

Con la velada terminada, tengo planeado hacer el paseo de regreso por la playa. Greg tiene otras ideas.

—De ninguna manera, está demasiado oscuro —él dice—. Tengo la camioneta.

Salimos en tropel y nos subimos a la parte trasera de la camioneta roja de los salvavidas, sentados en el suelo de metal y agarrándonos mientras él ruge de regreso a lo largo de la playa. Estoy segura de que no debe ser permitido y me pregunto si el mal uso de la camioneta le causaría problemas. Pero con el viento azotando mi cabello en mi cara, el aire cálido de la noche corriendo a nuestro alrededor, me siento maravillosa. Me siento joven, quiero estar de pie en la cabina y tener mi momento —Titanic —pero mi cerebro de cuarenta y cinco años me insta a sujetarme con más fuerza a los costados de la camioneta.

Me dejan en el fondo del jardín de la cabaña y con un saludo subo los escalones hacia la puerta trasera.

—Mañana, a las ocho —grita Greg mientras se alejan.

Niego con la cabeza y me rio. Abro la puerta trasera y dejo que Dini se una a mí mientras me siento en el jardín. Le envío un mensaje de texto a Ben para contarle sobre los chicos y cuánto le encantaría estar aquí.

Una ola de cansancio me invade, supongo que el surf, el aire del mar, la cerveza y un estómago lleno de comida me han atrapado. Hago una taza de té, me llevo el libro y la computadora portátil a la cama para dormir temprano.

Mientras estoy debajo de las mantas, apoyo la computadora portátil en mis muslos y abro un documento en blanco. Quiero escribir mis pensamientos y experiencias para poder recordar cuando llegue a casa. Agrego algunas de las fotografías que he tomado creando un diario pictórico y cuando termino, lo apago y apago la lámpara de la mesilla de noche.

***

Los ladridos de Dini y los golpes en la puerta trasera me despiertan a la mañana siguiente. Me pongo mis pantalones cortos y una camiseta antes de correr escaleras abajo. Greg está de pie en la puerta trasera. Sonríe cuando me ve a través del cristal.

—¿Estás bien? —Pregunto mientras abro la puerta trasera.

—No, necesito tu ayuda. ¿Puedes dedicarme un par de horas? Trish ha subido y ha dejado la tienda, necesito a alguien a quien cubra mientras estoy enseñando. ¿Por favor? ¿Te invito a comer? —él junta las manos en oración, inclina la cabeza hacia un lado y me da una sonrisa tonta.

—Ni siquiera estoy vestida —digo, riendo, pero en pánico.

—Tú lo harás. Vamos, tengo café y pastel.

—No sé nada sobre surf.

—Tampoco nadie que entra, ¿recuerdas?

Me rio.

—Está bien, déjame agarrar mi bolso al menos.

Agarro mi bolso, teléfono y llaves, un cuenco y algo de comida para Dini y luego partimos.

—¿Que tengo que hacer? —Pregunto mientras caminamos por la playa.

—Sólo contestar el teléfono, inscribir a la gente que venga a tomar lecciones, ese tipo de cosas.

—¿Qué pasa si alguien hace una pregunta?

—Diles que les devolveré la llamada o lo inventaré —agrega con una sonrisa.

Cuando nos acercamos a la escuela de surf, que es una cabaña de playa de gran tamaño, Tom está esperando con los brazos abiertos.

—Hombre, llegas tarde —él dice.

—Lo sé, Jayne va a ayudarnos. Trish se ha ido.

—Genial, ahora ayúdame a abrir esto.

Los chicos abren los candados a ambos lados de una gran persiana de madera, que luego levantan y abren. Dejo el cuenco de Dini para que al menos desayune. La puerta está abierta con alfileres y entramos. En un extremo hay un mostrador, lo rodeo y coloco mi bolso en un estante debajo. Echo un vistazo a mi alrededor para familiarizarme. Es un lío de papeleo, equipos y comida de fecha dudosa.

Inmediatamente tenemos tres personas que llegan para la primera lección del día. Me paro con Greg y escucho, observo, mientras hace sus reservaciones. Es bastante simple, tomar sus datos y el pago, medirlos para un traje de neopreno si no tienen el suyo y luego enviarlos afuera a esperar. Greg les entrega las tablas de una selección que ha alineado afuera contra la pared de la cabaña.

Con el primer grupo desaparecido, Tom ya está navegando, me dispongo a ordenar y crear algo de orden. Encuentro un par de archivos de caja viejos y separo el papeleo en recibos y facturas, archivándolos por orden de fecha. Limpio el mostrador, las estanterías y luego busco un trapeador y un balde para lavar el suelo arenoso.

—Vaya, parece un lugar nuevo —escucho.

No me había dado cuenta del tiempo que ha pasado, Greg da un paso atrás para ignorar el ceño fruncido que le doy cuando sus pies mojados y arenosos dejan un rastro a través del piso recién lavado.

—No hay llamadas telefónicas, pero, como puedes ver, he ordenado.

—Scott trae desayuno y café. Tenemos una especie de cocina, me olvidé de mostrarte.

—La encontré, tengo todas las tazas en remojo en este momento. No creo que hayan sido lavadas por un tiempo.

Él se ríe.

—Te llamaré mamá mientras estés aquí.

Le muestro lo que he hecho con el papeleo y él me muestra cómo funciona la caja. Scott llega con panecillos y café. Me siento con los chicos afuera en las desvencijadas sillas de plástico alrededor de un par de mesas que necesitan desesperadamente una limpieza.

Antes de terminar su café, Greg se va de nuevo con la segunda clase del día. Continúo con la limpieza, recibo un par de llamadas y cito un folleto que he encontrado antes de reservarlas. Me divierto mucho; es divertido ver a los chicos ir y venir.

—¿Mamá, quieres almorzar? —escucho. Él está colgando los trajes de neopreno en orden de tamaño, pantalones cortos en un riel y largos en otro.

—Sí, por favor, déjame agarrar mi bolso.

—Yo pago. Vuelvo en un minuto.

Me rio entre dientes de eso de llamarme su madre.

Al final del día, todos los chicos me llaman mamá, algunos de los clientes me llaman mamá y yo estoy exhausta. Ayudo a Greg a cobrar y mientras cerramos él entrega algo de efectivo.

—Salarios —dice con una sonrisa.

—No quiero tu dinero, te estoy ayudando.

—Ah, pero ¿puedes ayudar mañana?

—Puedo, pero no quiero que me pagues. Me estoy divirtiendo.

Camino de regreso a la cabaña, pensando. Tengo la intención de tener unas vacaciones, no pasar todos los días haciendo las tareas del hogar, pero me doy cuenta de que estoy haciendo algo que realmente disfruto para las personas que lo aprecian. Pero me siento culpable. Debería estar de duelo y aunque estoy desesperadamente triste por perder a mi padre, estar en Cornwall parece haber bloqueado temporalmente eso.

Después de una ducha rápida, me siento a la mesa de la cocina con una ensalada y abro mi computadora portátil. He recibido varios correos electrónicos.

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 9 de septiembre de 2019
Asunto: ¡Muy bien, tú!

Así se hace, serás un chico de surf, o debería ser chica, antes de que te des cuenta. Lamento no haber respondido ayer, he

estado en reuniones durante dos días.
Estoy exhausto y necesito un descanso.
S xx

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 9 de septiembre de 2019
Asunto: ☹
No te disculpes por no responder, sé que estás ocupado.
Espero que las reuniones hayan sido productivas, pero tal vez debas pensar en tener uno o dos días libres. Saca esa moto para un viaje por carretera ��
J xx

El segundo correo electrónico que abro me arruina el día.

Para: Jayne
De: Michael
Fecha: 9 de septiembre de 2019
Asunto: Tarjeta de crédito
Me di cuenta de que pudiste tomarte unas vacaciones; confío en que harás los arreglos necesarios para pagar la tarjeta de crédito.
Saludos,
Michael

—Imbécil —le grito a la pantalla.

Puede permitirse más que los pocos cientos de libras que he gastado en el alquiler de la cabaña. No pensó en gastar el doble en una comida con sus amigos una vez al mes, jugando al gran Yo soy. Cierro el portátil de golpe sin responder. Lo pagaré, no le daré la satisfacción de pensar que me ha proporcionado unas vacaciones mientras él vive en Japón o Londres, o donde diablos sea que esté.

****

El resto de la semana pasa demasiado rápido. Paso otro día ayudando a los chicos, una tarde charlando con Nora e incluso sirviendo a un cliente mayor cuando Nora prepara más té y muchos paseos por la playa. Paso mi última noche cenando en Un pedacito de cielo con todos ellos.

De mala gana empaco y subo mis cosas al carro; Jim vuelve a bajarlo todo para asegurarse de que todo esté cargado de manera segura. Es con tristeza que me voy con la promesa de regresar y una lista de correos electrónico en mi bolso para que podamos

mantenernos en contacto. Nora se ha ofrecido a alojarme e insiste en que vuelva a visitarlos. Siento que he hecho algunos amigos firmes en solo esa semana. Los chicos regresarán a Australia a fin de mes, la temporada termina y yo estoy ansiosa por escuchar sus aventuras haciendo rafting en los rápidos en casa.

La casa se siente vacía y fría cuando finalmente llego a casa. Aunque todavía en septiembre, el clima en Kent ha empeorado dramáticamente. Una vez que desempaco el carro, abro el refrigerador y sonrío. Alguien lo ha llenado para mi regreso. Envío un mensaje de texto tanto a Ben como a Carla, informándoles que he llegado a casa sana y salva, luego decido enviarle un correo a Casey. Parece ser la forma más fácil de contactarla.

Para: Casey
De: mamá
Fecha: 13 de septiembre de 2019
Asunto: estoy en casa
Hola, cariño. Estoy en casa de regreso de Cornwall. Lo pasé muy bien y ¿adivina qué? ¡Aprendí a surfear, más o menos! La próxima vez que estés en casa, me encantaría que fueras conmigo. Es una cabaña maravillosa y pasé la mayor parte del tiempo con los instructores de surf y una pareja de ancianos que es dueña de la tienda local. Incluso manejé la escuela de surf durante un par de días. Déjame saber que estás bien; echo de menos hablar contigo.
Con amor, mamá xx

Me instalo con mi teléfono y decido llamar a mamá. Aunque hemos charlado un par de veces durante la semana, nuestras llamadas siempre han sido breves. Una vez que logro pasar al portero que es la tía Margie, tengo una larga conversación con mamá. Ella se ríe entre dientes cuando le explico que Margie parecía reacia a entregar el teléfono.

—Creo que probablemente esté aburrida de escucharme. Me imagino que disfrutó de un cambio de voz —dice.

—Realmente me encantaría que vinieras a Cornwall conmigo, la cabaña es increíble. Tengo algunas fotografías geniales para mostrarte.

—Ya veremos. No estoy segura de poder sin tu padre, pero déjame pensar en ello.

No pensé que a mamá le costaría volver a visitar el lugar que le guarda tantos recuerdos de papá. Me había sentido más cerca de él durante mi tiempo allí, tengo una sensación de —aprobación— de él. Él se estaría revolviendo en su tumba si pensara que habíamos dejado de vivir solo porque él lo había hecho.

Una vez que nuestra conversación termina, me dirijo a la cama. Es mientras me meto bajo las mantas cuando me golpea la soledad. Había escapado durante una semana, había estado viviendo una fantasía y ahora que estoy en casa, la realidad golpea. Necesito encontrar trabajo, necesito tomar algunas decisiones sobre mi futuro y es con el corazón apesadumbrado que me quedo dormida.

Capítulo Once

Septiembre se convierte en octubre y, con él, el clima se torna decididamente otoñal. Los vientos soplan sacudiendo los cristales de las ventanas y traen fuertes lluvias. Stefan y yo enviamos correos electrónicos, tal vez una vez a la semana, y yo extraño la frecuencia de los meses anteriores. Él me ha dicho que está lanzando para un proyecto realmente grande, que lo sacaría mucho de la oficina y que, si obtiene el contrato, estaría trabajando los siete días de la semana durante un mes más o menos. No quiero seguir interrumpiéndolo, pero extraño nuestras charlas.

Intento llamar y enviar un correo electrónico a Casey varias veces; nunca recibo respuesta. Al final, recurro a lo único que no quiero hacer. Le pido a Ben que intervenga. Él le envía un mensaje de texto, que resulta en una respuesta bastante estirada.

—Madre, estoy trabajando dieciocho horas al día en este momento. Lamento no poder seguir respondiendo tus mensajes. Papá y yo volveremos al Reino Unido a mediados de noviembre y me aseguraré de hacer algo de tiempo para visitarlos.

Mi corazón se rompe un poco con su mensaje. No estoy segura de qué he hecho para merecer esa respuesta, solo quiero mantenerme en contacto con mi hija. A medida que se acerca el invierno, mi estado de ánimo comienza a decaer. Ben es mi regalo del cielo.

—Hola, mamá. Pensé que pasaría a tomar un café —él grita una mañana mientras entra por la puerta principal.

—Hola, es genial verte. ¿Cómo está Kerry?

—Gimiendo de que está engordando —él responde con una carcajada.

No quiero depender de mi hijo y de Carla como compañía todo el tiempo, pero parece ser todo lo que tengo.

—Tenemos un problema. Nuestro arrendador quiere aumentar el alquiler y no podemos pagarlo.

—Eso no es justo, ¿puedes apelar?

—Lo intentamos, pero según el agente, lo que pide es valor de mercado. Necesitamos encontrar un lugar al que mudarnos y muy pronto.

—¿Por qué no te mudas de nuevo aquí? Tengo todo este espacio.

—Tenía la esperanza de que me lo sugirieras —él dice riendo.

—Bueno, ¿por qué no? Esta es tu casa y ahora lo necesitas.

—¿Qué crees que dirá papá?

—No me importa lo que diga, esta es mi casa tanto como la

suya. Si quiero que te quedes, lo harás.

—Eso es genial, gracias, mamá. Kerry ha estado destrozada por todo esto.

—Dile que no se preocupe. Podemos convertir la pequeña habitación en el cuarto del bebé; tú y Kerry pueden tomar la otra. Será emocionante —digo.

—Aquí está la otra cosa, tenemos que mudarnos la semana que viene.

—Está bien, entonces será mejor que nos pongamos manos a la obra. ¿Que necesitas que haga?

—Nada en realidad, tenemos algunos amigos que nos ayudarán a mudarnos.

Hacemos planes para guardar los muebles y limpiar los dormitorios listos para sus cosas. Una vez que Ben se va, decido enviarle un correo electrónico a Michael.

Para: Michael
De: Jayne
Fecha: 10 de octubre de 2019
Asunto: vacaciones y casa
Sólo para hacerte saber que vi tu correo electrónico, no respondí porque, francamente, no me importó hacerlo. Ben y Kerry se van a mudar a la casa, no es que necesite tu permiso, solo te aviso en caso de que realmente desees ponerte en contacto con él.
Jayne

Me muerdo las uñas después de presionar enviar. Él estará enojado con mi correo electrónico, pero él no ha hablado con Ben en meses, y nunca pregunta por Kerry o su inminente nieto.

Cuando estoy a punto de cerrar mi computadora portátil, recibo otro correo electrónico.

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 10 de octubre de 2019
Asunto: ¡Conseguí el contrato y unas vacaciones!
Hola, J. ¿Adivina qué? Conseguí el contrato, me llevó meses de negociaciones, pero es un gran negocio para mí. Y reservé unas vacaciones.
Terminaré este proyecto a fines de noviembre, o al menos en una posición en la que pueda tomarme una semana libre, así que reservé una semana en una maravillosa cabaña en la playa. Dime que puedes venir conmigo…
S xx

Releo, mi mandíbula se abre y agarro mi teléfono.

—¿Adivina qué? —Digo antes de que Carla termine su hola.

—¿Estas embarazada? ¿Michael murió en un trágico accidente de rafting?

—¡Embarazada! Y lamentablemente no. Stefan quiere verme, me invitó a pasar una semana con él.

—¿Qué? —ella grita tan fuerte que tengo que quitarme el teléfono de la oreja.

—Stefan quiere…

—Si escuché. ¿Cuándo? ¿Dónde? Dios mío, Jayne. ¿Qué dijiste?

—Cuándo, no lo sé. Dónde, tampoco lo sé, aunque sospecho que la casa de campo en Cornwall y no he respondido.

—¿No has respondido? Deja el maldito teléfono y respóndele.

—Me envió un correo electrónico, puedo hablar contigo mientras respondo. ¿Qué debería decir?

—Dices, no, lo siento, no puedo pasar tiempo con el hombre con el que he estado fantaseando durante casi un año.

—¿Eh?

—Dices, sí, cuándo y dónde, obviamente.

No respondo.

—¿Sigues ahí? —me pregunta.

—Sí. No sé qué hacer, Carla. Quiero decir, ¿y si no le agrado en la vida real? ¿Y si ha cambiado? Han pasado tantas cosas durante el año. ¿Y si no nos llevamos bien?

—¿Me estás tomando el pelo, verdad? Por supuesto que lo harás, pero si no lo haces, regresa a casa. ¿Qué tienes que perder? Por favor, Jayne, hazlo. Voy mañana y vamos a planificar.

—Está bien, te veré mañana.

—No voy a colgar, estoy pendiente de la línea hasta que respondas.

—Necesito pensar. Ben y Kerry se mudarán la semana que viene, ¿te lo dije?

—No cambies el tema, escribe.

—Por el amor de Dios. Espera.

Hablo mientras escribo una respuesta.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 10 de octubre de 2019
Asunto: ¡Vaya!
Felicitaciones por el contrato, sé que has trabajado tan duro para eso.
Estoy emocionada por ti. ¿Y una cabaña en la playa?
Me encantaría, gracias por invitarme. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿O

puedo adivinar?
¿Estás seguro?
J xx

—¿Te parece bien, no demasiado desesperado? —le pregunto a Carla.

—No, es perfecto. Asegúrate de dejarme saber lo que él dice. ¡Esto es muy emocionante!

—Es jodidamente aterrador. Por favor, no se lo digas a nadie. Ahora me siento mal al pensarlo. Dios, desearía que hubiera una forma de retractar correos electrónicos, necesito pensar en esto.

—No hay nada en qué pensar. Estaré ahí por la mañana.

Nos despedimos, me siento y miro el correo electrónico que había enviado. Mierda, él quiere verme. Después de casi un año, todavía quiere verme. Me quedo atónita. No, estoy asustada, aterrorizada.

Tamborileo con los dedos sobre la mesa, sin saber si quiero que me responda de inmediato o no.

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 10 de octubre de 2019
Asunto: Cornwall
Me enviaste los detalles; Me conecté y reservé.
La semana de diciembre todavía estaba disponible; ¿puedes ir en esa fecha?
S xx

No respondo de inmediato. Mi corazón martillea en mi pecho. Un centenar de preguntas pasan por mi mente. ¿Y si no le agrado? No tengo tanta confianza en la vida real como en nuestros correos electrónicos. Pienso en algunos y luego dejo que mi cabeza caiga en mis manos. ¡Oh, Dios! Envié algunos comentarios obscenos durante el año pasado. ¿Y si…? No, no voy a ir allí.

***

Carla está en la puerta principal antes de que yo termine de vestirme a la mañana siguiente. Camina hasta la cocina, gritando por las escaleras que ha traído el desayuno. Me uno a ella solo unos minutos después.

—¿Y bien? —dice mientras agarra la taza de té que ha puesto sobre la mesa.

—¿Bien qué?

—¿Que dijo el hombre?

—Ha reservado una semana en diciembre, tengo que comprobarlo porque no especificó una fecha, pero creo que es a mediados de mes.

—¿Y?

—Y quiere que vayamos juntos.

Su rostro se ilumina con una amplia sonrisa.

—Esto es muy emocionante.

—Esto es tan aterrador.

—Necesitamos que te mimen, que te arreglen el cabello. ¿Cuándo fue la última vez que te peinaste?

—Hace meses, no puedo permitirme esos lujos.

—Yo puedo. Reservaré las citas. Tenemos mucho que hacer, amiga mía —me informa entre risas.

—No sé si puedo hacer esto. —No puedo aumentar el nivel de emoción que siente Carla.

—¿Por qué?

—Y si…? ¿Y si quiere? No puedo hacer esto —me estoy molestando.

—¿Si quiere sexo? ¿Es eso lo que te preocupa?

Asiento con la cabeza.

—Primero, no sabes que él no solo está viendo esto como dos amigos de vacaciones y segundo, si lo hace, ¿por qué no? ¿No crees que mereces un poco de afecto?

—Carla, no he tenido relaciones sexuales durante años, y quiero decir, años. Dudo que algo funcione.

—Pero has…

—¡No! —La interrumpo antes de que pueda terminar su oración.

Puedo ver que está tratando de no reírse, hasta que se da cuenta de que hablo en serio. Se me llenan los ojos de lágrimas.

—He actuado como una puta en línea, ¿y si eso es lo que está esperando? —Susurro.

—No lo has hecho. Dios, Jayne. Fue un poco de coqueteo, si crees que lo que escribiste fue obsceno, realmente has llevado una vida protegida.

Ella toma mis manos.

—Síguele la corriente, no tengas nada en mente y, si sucede, debe ser así. Prepárate, eso es todo. ¿Y sabes qué? Tú haces todo esto 'Scarlet', lo hizo una mierda, pero esa eres tú. Quizás esa copa de vino es el refuerzo de la confianza que te permite ser tú misma.

—Sin embargo, he mentido.

—No, no lo has hecho. No le has dicho nada que no sea cierto. Así que fuiste más valiente en línea, tal vez él haya hecho lo mismo. No pienses demasiado en esto.

—Le conté mi fantasía. —Me encojo mientras hablo.

—Entonces esperemos que puedas jugar eso. A menos que fuera en el que te encierran en el sótano después de ser secuestrada y atada a un poste de la cama durante días. No le dijiste eso, ¿verdad?

—Oh, vete a la mierda. —Me rio, aunque estar atada al poste de la cama suena atractivo.

—En serio, no lo pienses demasiado. Lo que será, será.

Carla se va después de devorar los pasteles que había traído. Envidio el hecho de que pueda comer como un caballo y no engordar. Una bocanada de pastel y mis caderas se expanden. Hacemos planes para reunirnos la semana siguiente para ir de compras y mimarnos, como ella lo llama. Tal vez piensa que necesito más trabajo en mí de lo que me he dado cuenta, faltan dos meses para las vacaciones. No puedo pensar en eso, tengo que preocuparme primero por Ben y Kerry.

***

Paso el resto de la semana despejando y limpiando los dos dormitorios. Están llenos de recuerdos. El antiguo dormitorio de Casey tiene cajas de libros viejos, juguetes de cuando era niña y álbumes llenos de fotografías. Me siento en el suelo hojeando uno. Me encuentro con una fotografía de ella; que no estaba en el álbum y fue tomada hace unos pocos años. No reconozco la foto como una que yo había tomado. Ella está sentada en una pared, una muralla de defensa contra el mar, imagino, y mirando al mar. Es un perfil lateral de ella y parece no darse cuenta de que la foto había sido tomada. Ella luce muy triste. Toco la foto la imagen y me pregunto qué la había hecho lucir tan pensativa.

Le di la vuelta a la fotografía. Escrito en el reverso con tinta negra y con letra que no reconozco, está escrita una fecha y lugar.

Broadstairs, 2012: Piensa en mí a veces y ablanda tu corazón. Demasiado pronto tu vida terminará y te lo habrás perdido. No puedo amarte todo el tiempo mientras odias al mundo.

Broadstairs es una ciudad costera no muy lejos de donde vivimos y me destrozo la cabeza para recordar un momento en 2012 en que estuviéramos allí. El cielo estaba gris, el mar enfurecido, así que supongo que sería invierno. Vuelvo a leer la inscripción. ¿Quién escribió eso? ¿Fue una cita de un libro o un mensaje personal? Dejo la foto a un lado y sigo guardando sus cosas.

No estoy segura de qué hacer con las cosas de Michael. Él ha dejado algo de ropa que doblé en una maleta. Cuando me siento y pienso, aparte de la ropa de invierno, no hay nada de Michael en ninguna parte de la casa. Él se ha mudado mucho antes de que pensé.

Ben coloca las cajas en el desván y traslada los muebles que no

necesitan al garaje cuando se mudan.

Decido dar un paseo por el pueblo. Como de costumbre, Dini protesta por estar con la correa, pero con el tiempo el pueblo ha crecido, hay más carros que nunca atravesando los caminos rurales a toda velocidad. Paso junto a lo que solía ser un peluquero y noto un nuevo letrero, negro y plateado, que anuncia un salón de belleza. Una chica está parada afuera, me entrega un folleto. Quizás parece que necesito su ayuda ya que ella parece ignorar a otras personas que pasan.

Leo mientras camino. Depilación; masaje; pedicuras y manicuras; lecciones de maquillaje son solo algunos de los tratamientos que se ofrecen.

Escucho que me llaman por mi nombre desde el otro lado de la calle. Carla se acerca a mí con fuerza.

—¿Qué diablos estás haciendo? —le pregunto.

—Hacer ejercicio, obviamente. ¿Qué es eso? —ella dice mientras mira el folleto.

—Un nuevo salón de belleza, la chica me lo dio mientras yo pasaba.

Ella toma el folleto y lo revisa.

—Es posible que desees reservar algunos tratamientos antes de tus vacaciones —ella dice.

—Estaba pensando eso. ¿Qué sugieres?

—¿Qué tal un poco de depilación? ¿Cuándo fue la última vez que te hiciste una depilación?

—Me afeito las piernas y las axilas, por supuesto.

—Estoy hablando de abajo. Ellas pueden hacerte una depilación brasileña.

—¿Una qué?

—Un arreglo, eso es todo lo que necesitas saber. ¿Quieres reservar?

—¡No voy a dejar que me depilen a mi cochita!

Ella farfulla un poco, me pregunto si su marcha rápida ha afectado sus pulmones.

—Entra y reserva algunos tratamientos, y pidas lo que pidas, por favor no les digas que quieres una depilación de tu cochita.

—No voy a dejar que me depilen a mi cochita —digo, levantando la voz y luego enrojeciendo de vergüenza.

—¿Quieres que él te de sexo oral y le des un bocado de vello púbico?

Mi boca se abre. Giro sobre mis talones y camino rápido en la dirección opuesta tratando desesperadamente de evitar la mirada de la anciana señora Jones, la florista.

La risa de Carla me sigue y yo estoy casi trotando para

mantener cierta distancia. Ella ha cerrado la brecha con su tonta cosa de caminar.

—Estoy bromeando. Bueno, en realidad no lo estoy, pero sabes que solo estoy bromeando. ¿Qué tal un café?

—No puedo, dudo que dejen entrar a Dini.

—En el pub seguro que sí, vamos. —Me agarra del brazo y me acompaña al otro lado de la calle.

Hace mucho que no visitaba el pub; de hecho, la última vez había sido un sucio techo pintado de marrón, una sala de fumadores. Es una sorpresa entrar a un lugar luminoso, un extremo alberga mesas y sillas para los comensales y el otro, cómodos sofás de cuero.

Señalo a Dini cuando la señora del bar mira, asiente con la cabeza y nos dice que tomemos asiento, que vendrá enseguida.

—Entonces, necesito depilarme. Nunca me han depilado. ¿Por qué no puedo afeitarme o recortar con unas tijeras? —le pregunto.

—Puedes afeitarte, si quieres terminar luciendo como si tuvieras un sarpullido. ¿Y confías en ti misma ahí abajo con un par de tijeras?

—Dudo mucho que vayamos a tener sexo, y mucho menos… ¡Eso!

Ella me sonríe. Odio cuando me sonríe porque eso usualmente significa que está totalmente fuera del parque en mis pensamientos. La señora del bar trae algunas tazas y una jarra de café. No los habíamos pedido, pero me parece un buen toque. Deja un par de menús de almuerzo sobre la mesa.

—¿Por qué no empezamos con una pedicura al menos? Es posible que él quiera chuparte los dedos de los pies.

Echo un chorro de café que acabo de tomar al otro lado de la mesa. Carla chilla cuando el líquido caliente golpea su ropa de diseñador para caminar y Dini se pone de pie de un salto asumiendo que estoy siendo atacada.

La miro fijamente.

—No voy a ir.

—Lo harás, estoy bromeando —ella dice entre carcajadas.

—No lo haré. En serio, Carla, esto me aterroriza. Puede que me haya equivocado y sé que voy a hacer el ridículo por completo.

Ella se reclina en el sofá y toma un sorbo de café.

—¿Cómo te sientes por él? —me pregunta.

—Me gusta, probablemente más de lo que debería. Sé que lo uso como un escape, pero también hay una amistad allí.

—Entonces no desaproveches esta oportunidad. Puede que sea la única que tengas para verlo.

—¿Qué pensará la gente? —Susurro.

—¿Es eso lo que realmente te molesta? Estás separada, Jayne.

Tu marido infiel te dejo por un trabajo a miles de kilómetros de distancia.

—Lo sé, pero no ha pasado tanto tiempo.

—¿Entonces hay un límite de tiempo? No estamos hablando de estar en duelo aquí; eres soltera, no legalmente, pero sigues siendo soltera. Nadie necesita saberlo, Jayne. Lo mantendremos solo entre nosotras.

Terminamos nuestro café y decidimos saltarnos el almuerzo. Carla tiene otra milla de poder caminar, me dice y no me gusta la idea de comer al lado de Dini. Su baba con un sorbo de comida es suficiente para disuadir a cualquiera de una comida.

—¿Cuándo se van a mudar los muchachos? —pregunta Carla mientras salimos.

—Creo que los próximos días. Estoy deseando que llegue. Esta tarde pintaré el cuarto del bebé.

—Iré en un par de días y te echaré una mano.

Nos despedimos y veo cómo su trasero se balancea vigorosamente de un lado a otro mientras se aleja. Dini y yo caminamos casualmente de regreso a casa.

***

Una semana después se tiene listo el cuarto del bebé. Ben y yo pintamos las paredes de color crema y me sorprendo con mis habilidades artísticas. He tomado muchas fotos a lo largo de los años de animales mientras camino y creo un tema de bosque en una de las paredes.

—Se ve increíble —dice Kerry. Ella ha estado transportando artículos desde su casa en el carro para disgusto de Ben.

—Ojalá te sentaras —le dice.

—Estoy embarazada, Ben, no discapacitada —responde ella.

Después de arreglar algunos estantes, coloco una fotografía de mi papá en uno. Nos ponemos de pie y lo recordamos en silencio. Quiero tenerlo en la habitación; él cuidaría del bebé cuando llegara el momento de que él o ella estén en la habitación.

—Habría estado aquí regañándonos —digo.

—Lo sé, pero apuesto a que ahora está sonriendo —responde Kerry.

Un día después se amueblan las habitaciones. Ben y Kerry han guardado la mayoría de sus cosas en el garaje de un amigo, solo traen artículos para el dormitorio, las cosas del bebé y algunos pequeños electrodomésticos de cocina.

—Tengo una idea. ¿Qué tal si limpiamos el estudio, nadie lo usa, y puedes poner tu sofá, TV, todo eso allí? Te dará tu propio espacio, algo de privacidad —le digo.

Se organiza un segundo día de mudanza de muebles.

Ben ha conducido hasta la tienda de pescado y papas fritas, estamos todos exhaustos y yo me siento con Kerry a la mesa de la cocina.

—Voy a volver a Cornwall en diciembre, así que tendrán la casa para ustedes durante una semana —le digo.

—Oh, suena encantador. Siempre he preferido la playa en invierno.

Ella no insiste en con quién voy y me alegro; Odiaría haberle mentido.

—Ben te dijo que mañana recogería a la abuela en el aeropuerto, ¿no?

—Sí, se va temprano para evitar el tráfico.

—La he echado de menos, me alegrará verla en casa.

La estancia de mamá en Escocia se había prolongado mucho más allá de la semana que había planeado originalmente. Yo he ido a su bungalow en ocasiones para asegurarme de que todo está bien y me he organizado para que le entreguen algunas compras. También tuvimos la temida tarea de empacar la ropa de mi papá.

Mi madre ha mencionado en nuestra última llamada telefónica que quiero llevar sus cosas a la tienda benéfica. Le he dicho que no hay prisa, pero supongo que no hay el momento adecuado para hacerlo.

Capítulo Doce

Octubre da paso a noviembre y, a medida que pasan las semanas, mis nervios comienzan a desgastarse. Tanto Ben como Kerry preguntan constantemente qué pasa, mi madre me mira con el ceño fruncido y la sonrisa de Carla se ensancha.

—¿Hiciste la cita? —Carla pregunta mientras nos sentamos con una copa de vino.

—Sí, por la mañana. No puedo creer que vaya a hacer esto —respondo.

—Probablemente tendrás que volver a hacerlo antes de las vacaciones.

—Bueno, veamos primero cómo va esta.

—¿Puedo ir a ver?

—No, maldita sea, no puedes. Ahora vete a casa, aparentemente necesito un baño.

Carla se ríe mientras agarra su abrigo y su bolso y se dirige hacia la puerta principal. Ya me he mordido las uñas recién arregladas hasta el fondo en pánico.

Me doy un largo baño, me afeito las piernas y las axilas, me arranco un pelo suelto de la barbilla y luego entro en pánico de que crecerán más. Una vez hecho esto, salgo y me envuelvo en una toalla. Intento dar forma a mis cejas mientras espero que el agua del baño se escurra. Me rio mientras miro en el baño; parece un maratón de esquila de ovejas.

***

Entro al salón de belleza e inmediatamente quiero salir. La recepción se parece a la sala de espera de los médicos, excepto que la mayoría de los pacientes parecen más saludables que las tres mujeres que se giran para mirarme. Le sonrío a la recepcionista, le doy mi nombre y me siento junto a una pequeña mesa de café. Agarro una copia obsoleta de la revista Hola y la hojeo. La boda de Victoria y David Beckham se estaba cubriendo esa semana. Cierro la revista para comprobar la fecha. ¡1999!

Mientras miro alrededor del lugar reprimo una risa. Uno de los ocupantes habría estado mejor en la ferretería local con un cortador de pasto como el largo de sus piernas. Incluso en pleno invierno, cuando prefiero dejarme crecer un abrigo de piel, nunca había tenido el vello tan largo.

Quizás son los nervios, pero la risa se convierte en una risa

ahogada cuando veo el bigote de la dama número dos. Siento que los terapeutas tienen que lidiar con el yeti y su amigo. Pero luego por qué estoy aquí. Miro hacia la puerta, puedo pasar desapercibida si me arrastro, o puedo fingir que he dejado mi bolso en el carro en algún lugar y prometer regresar y luego correr. Antes de que pueda decidir qué estrategia de salida usar, me llaman por mi nombre.

—¿Señorita Adams? —Escucho.

Una joven está de pie junto a una puerta abierta a lo largo del pasillo. Se me ocurrió demasiado tarde. Me levanto y le sonrío.

—Mi nombre es Andi. ¿Nos has visitado antes? —me pregunta.

—No lo he hecho, asumí que acababas de abrir.

—Oh, llevamos aquí un par de meses —dice con una sonrisa—. Entonces, ¿qué puedo ofrecerte hoy?

Trago y siento que el color sube a mis mejillas.

—Me gustaría ordenar, eh, ya sabes, ahí abajo. —No puedo detener el susurro del escenario o mis dedos apuntando a la parte superior de mis muslos. Me encojo.

—¿Te has depilado antes el área del bikini?

—No, soy una virgen en cuanto a depilación —digo agregando una risa avergonzada.

—Si deseas quitarte la ropa, puedes dejarla allí —ella señala un armario.

—¿Todo?

—No, sólo los pantalones y las bragas —ella dice con una sonrisa.

¿Pantaleta? Parece una extraña elección de palabra, pero me desnudo y agarro una toalla para envolverme alrededor de la cintura.

—Ahora, vamos a arreglarlo, ¿de acuerdo? ¿Decidiste lo que quieres?

Me subo a la cama y luego tengo que levantar mi trasero en el aire para que Andi pueda quitar la toalla. Coloca otra sobre mi cintura manteniéndome parcialmente cubierta.

—No sé a qué te refieres, sólo quiero algo de limpieza —respondo mientras la veo ponerse los guantes de goma.

—Déjamelo a mí.

Ella me asusta. Constantemente sonríe e inspecciona mis partes. Me pregunto qué diablos pasa por su mente cada vez que hace una limpieza. Ella me recuerda al ginecólogo, él sonríe como si tuviera una broma secreta corriendo por su mente. O ambos encuentran algo divertido a mi cochita.

Veo como rompe la parte superior de un aplicador y coloca una mano en mi muslo moviéndolo suavemente. Quiero poner mi brazo sobre mis ojos al pensar en ella mirándome. Siento que un líquido tibio deja un rastro alrededor de un área de mi cuerpo que no ha sido

vista por un extraño durante muchos años. (No clasifico al ginecólogo como un extraño; parecemos tener un nombre de pila).

Andi coloca un poco de material sobre la cera tibia y usa su otra mano para estirar la piel. Ella me sonríe.

—¿Vives localmente? —me pregunta.

Abro la boca para hablar. En lugar de palabras, el sonido que sale se asemeja a un grito cuando teatralmente ella arranca el material de mi piel.

—¿Qué…?

Trato de sentarme, pero la perra es implacable. Tan rápido como un relámpago, coloca la tira en otro lugar y la arranca.

—¿Alguna mascota? —me pregunta.

¿Mascotas? ¿Está loca? pienso.

Aprieto la mandíbula, me muerdo el labio y me agarro a los lados del sofá mientras mis pobres vellos, vellos que no habían visto la luz del día, son arrancados sin piedad de su lugar seguro. Esos vellos no habían hecho daño al hombre ni a la bestia, puedo escuchar sus gritos, reflejan los míos.

—¿Tienes hijos?

¡Cállate, perra! Grito, en mi cabeza, por supuesto. Mi boca está cerrada con tanta fuerza que los únicos sonidos que puedo hacer son gruñidos.

Respiro por la nariz tratando de absorber el dolor. Dar a luz no había dolido tanto o tal vez lo había olvidado.

—Todo hecho, ahora no estuvo tan mal, ¿verdad?

¿Estás loca?

—No —gimo.

Andi pone una loción muy fría. El calor de ser desollada parcialmente no es empapado por el glaseado de Aloe Vera en lo más mínimo. Trato de no jadear mientras el escozor se intensifica.

—Puedes levantarte ahora, te dejaré vestirte mientras lavo estos tazones y luego estaré en la recepción.

¿Levantarme? Mi cuerpo está en shock, estoy temblando; o al menos mis piernas lo están. Las bajo de la cama sin atreverme a mirar y tropiezo con el armario. Me visto lo más rápido que puedo, haciendo una mueca de dolor cuando el elástico de mis bragas choca contra mi pobre y adolorido cochita. Me maldigo por usar jeans. Debería haberme puesto una falda, podría haber caminado a casa en modo comando y dejar que un poco de aire fresco me calme.

Con toda la dignidad que puedo reunir, camino hasta la recepción.

—Señorita Adams, una brasileña, serán £ 25, por favor —dice la recepcionista.

Mi cara se sonroja con el mismo calor que se apodera de mi

cochita. ¿Por qué tienen que hacer eso? No necesito a la burlona señora amazónica para saber lo que he hecho. ¡Y que se joda la suerte con las piernas depiladas!

Pago y me voy. Hago todo lo posible por no caminar como John Wayne después de un paseo a caballo de veinticuatro horas por las Montañas Rocosas, o dondequiera que él monte.

Tan pronto como llego a casa, y hago una llamada.

—Eres desagradable, horrible, perra, chupa vacas, desagradable… dame un minuto, se me ocurrirá más —le digo a Carla mientras contesta su teléfono.

—¿Chupa vacas?

—Sí, chupa vacas, cara de mierda.

Ella se ríe tan fuerte por teléfono que no tengo más remedio que unirme.

—¿Supongo que tienes dolor? —ella dice.

—Sí, tengo un jodido dolor, un dolor como nunca lo había sentido. Deberías haberme advertido.

—Toma un baño caliente —ella dice.

—¡Un baño caliente! Ya estoy en llamas allí —chillo, de hecho, chillo.

—Entonces, toma un baño frío.

—Tengo tanto calor, convertiría un baño frío en un jacuzzi.

—Oh, exageras, Jayne.

—Está bien, no tan caliente, pero ya sabes a qué me refiero.

—Se asentará en un par de horas. Pon un paquete de guisantes congelados en tu trasero.

—Te odio —le digo con una carcajada.

—Me amarás cuando él te haga oral y…

Corto la llamada antes de que pueda terminar su oración. No soy una mojigata, he tenido sexo; Está bien, sexo aburrido, y no por mucho tiempo, pero no voy a recibir una lección de educación sexual de mi mejor amiga.

Subo las escaleras y entro en mi habitación. Suavemente me quito los jeans y luego los pantalones me quedo mirando. ¡Oh por Dios! No es frecuente que le eche un buen vistazo a mi cochita, de hecho, no puedo recordar el momento en que lo hice, pero ahí está, todo rosa y prácticamente desnudo. Una pequeña línea de cabello negro es todo lo que queda. ¡Andi debería haber puesto una V al final para crear una flecha! Me veo ridícula. ¿Qué estaba pensando?

Rebusco en el cajón de mis bragas y encuentro unos pantalones viejos de época, como los llamaría Carla, unas bragas grandes que dejarán un poco de espacio para respirar. Luego me pongo la parte inferior de mi pijama.

—¿Estás bien? —Escucho mientras bajo las escaleras.

—Estoy bien —digo con los dientes parcialmente apretados.

—¿Estás segura? —pregunta Kerry.

—No, en realidad me siento como si me acabaran de agredir.

—¿Agredir?

—Me depilé el área del bikini. ¿Por qué? No tengo idea, bueno, Carla tuvo la idea.

La veo morderse el labio para reprimir la risa.

—Podría haber hecho eso por ti.

—Kerry, ya es bastante vergonzoso con un extraño, y mucho más con alguien de la familia.

—¿Que hicieron?

—Me enyesaron con cera caliente y me torturaron con tiras de tela.

—Oh, eso no suena bien. ¿Suavizaron los vellos primero?

—No tengo idea.

—La próxima vez, déjame hacerlo. No es diferente a tu médico mirándolo. Veo partes del cuerpo todo el tiempo.

—Cariño, no he visto esa parte del cuerpo en particular durante muchos años, no tengo intención de volver a mostrarla.

Ella se ríe mientras caminamos hacia la cocina.

—Te prepararé una taza de té —ella dice.

Mientras ella se sienta frente a la taza, sonríe.

—Me gusta tu nuevo tú. No es que no me agradara el viejo tú.

—No entiendo.

—Estás más feliz. Creo que nunca te había escuchado bromear o reír tanto.

—Supongo que estar soltera me viene bien.

—Ben dice que deberías haberlo dejado hace años. Él nuca me agradó; siempre me hace sentir inferior. Lo siento si estoy hablando fuera de momento.

—No pasa nada, también me hizo sentir como poquita cosa.

—Voy a tomar una siesta. Este bebé me está agotando —dice.

Le doy unas palmaditas en el vientre mientras paso y me acomodo para revisar mis correos electrónicos.

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 20 de noviembre de 2019
Asunto: ¡Brrrr!

Nevando aquí y mi apartamento se está congelando; necesito calentarme. Los vuelos están reservados y he alquilado un carro. Sé que te ofreciste a recogerme en el aeropuerto, pero no quiero molestarte. Voy a volar a Exeter, así que me reuniré contigo en la cabaña. Te enviaré un correo electrónico con los horarios más

tarde.
¿Ben y Kerry ya se han mudado? Apuesto a que estás emocionada.
Falta poco para que llegue el bebé.
S xx

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 20 de noviembre de 2019
Asunto: tengo ideas para calentarte.
Estoy emocionada, aunque sigo negando que estoy a punto de ser abuela.
¿Imprimiste las direcciones? Puedo enviarlas si quieres.
¿Sabes qué si alguna vez te quedas varado en una tormenta de nieve, la mejor manera de calentar es desnudándote?
Lo vi en un programa de supervivencia una vez. ¡Cuchareando desnudos!
J xx

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 20 de noviembre de 2019
Asunto: ¡Cucharear!
Suena bien, ahora tengo una bonita imagen mental.
¿Habrá nieve en Cornwall?
S xx

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 20 de noviembre de 2019
Asunto: ¡Nieve en Cornwall!
Tristemente no. No creo que en nuestras ciudades costeras nieve mucho.
Necesitarías las tierras altas para eso. Sin embargo, estamos programados para un invierno terrible. El viento y la lluvia probablemente serán la normalidad.
Acurrucados frente a la chimenea escuchando las tormentas, mi idea de felicidad.
J xx

Sonrío mientras leo. Me he preguntado muchas veces por qué enviamos correos electrónicos cuando podemos hablar por teléfono. Nuestros correos electrónicos siempre son más divertidos, más coquetos que nuestras llamadas y eso me preocupa un poco. ¿Habrá esa diversión y bromas cuando nos conozcamos? Así lo espero.

***

Con una semana antes de mis vacaciones estoy frenética. No tengo ropa de invierno más que jeans y algún que otro suéter. Carla me ha prestado un par de artículos, pero yo soy demasiado torpe para que me permita sus artículos de diseñador. Me mortifica que ella descubra que he goteado vino tinto por la parte delantera de su jersey de cachemira color crema. Me siento en mi cama mirando un montón de ropa. Hay poco que hacer en Cornwall excepto caminar, así que me aseguro de agregar algunos jeans, calcetines y mis botas de caminar. He telefoneado a Nora para preguntarle cómo está el tiempo. Nos hemos mantenido en contacto, tal vez hablando una vez al mes y le cuento lo que están haciendo los chicos. Tanto Greg como Scott envían correos electrónicos periódicamente, a menudo con historias de aventuras o pidiendo consejos de novia. Tengo la esperanza de que Ben y Kerry se unan a mí el próximo año en Cornwall para que todos puedan conocerse.

—Necesito ir al pueblo, ¿quieres que nos veamos para tomar un café? —le pregunto a Carla.

La había telefoneado con mi ropa, ¡ay!

—Claro, dame diez minutos.

—Nos vemos allí. Voy a caminar.

Me abrigo y salgo. El aire frío me pica la cara, pero se siente vigorizante. Me aprieto la bufanda alrededor del cuello y meto las manos enguantadas en el bolsillo de mi abrigo.

La cálida y húmeda atmósfera de la cafetería es bienvenida. Me siento junto a la ventana e inmediatamente me acuerdo de la vez que me senté allí y Carla había mencionado nuestras vacaciones. Falta casi un día para el año de eso. Han pasado tantas cosas en el año anterior. Observo a Carla mientras camina por el césped. Ella lleva un abrigo rojo estilo militar con botones de latón, un sombrero de piel negro, todo estilo ruso y guantes negros. Sé que esos guantes son de piel de cabrito y Burberry. A Carla le gustan los guantes de cuero; creo que debe tener al menos cinco pares. Todos son del mismo color y de la misma marca.

—Hola, amiga mía —dice mientras se acerca.

—Acabo de pedirte un café, buen momento.

—Entonces, cuéntame sobre el problema de la ropa, o como sea que lo llames.

—Tengo jeans, camisetas, un par de jerséis y lo que me prestaste. Necesito algo que ponerme si salimos a cenar.

—Sé que suena extraño, pero ese vestido negro que usaste en casa de tu papá… —Ella no ha querido decir la palabra.

—Oh sí. Buena idea. Tengo un pañuelo de seda rojo en alguna

parte, que lo animará.

—Entonces, lista de verificación. ¿Manicura? ¿Pedicura? ¿Depilación? ¿Condones?

—Hecho, hecho, sin hacer, ¿y qué?

—Condones, Jayne. Tienes que estar preparada.

—¿Para qué? No voy a tener sexo con él y estoy más allá de quedar embarazada, creo. De todos modos, estoy tomando la píldora.

—Podrías, y es para prevenir enfermedades —ella dice justo cuando Sally, la dueña de la cafetería, coloca nuestros cafés sobre la mesa.

—¿Pastel, queridas? Aquí no vendemos condones —pregunta Sally.

Tanto Carla como yo la miramos. Doy la vuelta impactada, Carla se echa a reír.

—Oh, en mi época, tuvimos que reutilizarlos. Los lavamos en el fregadero, eso hacíamos.

Quiero morir. Quiero tragarme la lengua y ahogarme, pero entonces mis oídos aún estarían activos. Necesito encontrar una manera de morir instantáneamente en esta mesa. Estoy mortificada.

—Oh, reciclar en su mejor momento, supongo —dice Carla.

—Ofrecemos café y nueces hoy.

—¿Qué? —pregunto, todavía sorprendida.

—Pastel, querida. Tenemos de café y nueces.

—Esto… sí, gracias —digo.

Sally se aleja; Me quedo mirando a Carla.

—Puedes quitarte esa sonrisa de la cara. Sabes lo que pasará ahora, ¿no es así? Todos en el pueblo pensarán que soy una puta en celo.

—Nadie piensa eso. Tal vez estés a punto de tener sexo desenfrenado con un chico danés caliente, pero eso es todo.

—No danés, sólo pastel —escucho.

—¿Sally, tienes tu audífono hoy? —pregunta Carla.

—Escucho perfectamente bien, ¿ahora quieres un danés?

—Oh, por el amor de Dios —susurro.

—Creo que Jayne quiere un danés, es una pena que no tengas uno aquí. El pastel servirá.

Sally coloca dos platos de pastel sobre la mesa y me guiña un ojo mientras se aleja.

—Creo que un poco de danés no te vendrá mal. Es mejor que ese idiota de tu marido —ella dice por encima del hombro.

—Eso es todo, me voy de aquí —digo.

Carla se sigue riendo; estoy intentando con todas mis fuerzas mantenerme mortificada. Sally es un pájaro viejo inteligente. Finge ser sorda, pero sabe todo lo que pasa en el pueblo. La cafetería está en el

centro; Supongo que ella escucha muchos chismes.

—Kerry dijo algo interesante hoy. Dijo que le gustaba mi nueva yo.

—No puedes ver cuánto has cambiado desde que Michael se fue. Estás casi de vuelta a la Jayne que conocí antes del idiota.

—¿Pre-idiota? ¿Y casi?

—Pre-Michael. Has florecido. ¿Cuándo fue la última vez que me llamaste y me invitaste a tomar un café? Hace mucho tiempo, Jayne. Siempre tuve que regañarte para que salieras de casa.

—¿De verdad?

—Sí. Ahora, ¿podemos volver a los condones? Esta es una discusión seria.

—Dudo que suceda algo, no estoy segura de querer que pase nada y ¿no debería ser él quien solucione ese tipo de cosas?

—Tal vez lo haga, tal vez tú lo hagas, y tal vez en los años cincuenta.

—De todos modos, no tengo tiempo para conducir hasta la ciudad —digo.

—Entonces es una suerte que tengamos una farmacia aquí — ella dice con una sonrisa.

—¡No voy a comprar condones a nuestra farmacia! Conozco al señor Harris desde que los niños eran pequeños.

—Termina tu café —me ordena.

—No voy a…

—Que sí, tomaré tu mano.

Terminamos nuestros cafés, comemos el pastel y dejamos nuestro pago sobre la mesa. Envuelvo mi bufanda alrededor de mi cuello mientras pasamos del calor de la cafetería al frío penetrante.

—No voy a hacer esto —digo, haciendo pucheros mientras lo digo.

—Piensa en ello como parte de tu liberación.

Atravesamos la puerta de la farmacia, el timbre tintinea para alertar al señor Harris de que tiene un cliente.

—¡Oh, Dios! Es ella —susurro.

Apoyada en el mostrador está la malhumorada ayudante que masca chicle. Afortunadamente, no se ha molestado en mirar hacia arriba, está demasiado absorta en su revista basura.

—Aún mejor, esa no se inmuta cuando compras condones.

—Deja de decir la palabra y baja la voz.

—Está bien, tranquilízate. Ahora, por ese pasillo.

Cuando comienzo a caminar, La chica amargada mira hacia arriba. Trago saliva; ella me ha visto. Me detengo a mirar la fila de champú y selecciono uno, no es que necesite champú; empiezo a leer la etiqueta. Miro, tan sutilmente como puedo, hacia ella. Ella me

devuelve la mirada. Me giro para hablar con Carla; ella no está allí. la perra me ha abandonado.

—Liberada —me susurro a mí misma. Doy dos pasos hacia los lados mientras todavía sostenía la botella de champú.

Tratando de parecer como si no estuviera mirando, escaneo el estante frente a mí. Jadeo. Escucho el sonido de las botas de tacón alto y sé que Carla está en algún lugar de la tienda. Tiene que agacharse para que yo no pueda verla. La maldigo en voz baja. Buscando en mi bolsillo mi teléfono le envío un mensaje de texto.

¡Hay tres jodidos tamaños! ¡Pequeño, mediano y grande!

Quiero exagerar los signos de exclamación para que sepa que estoy en un dilema serio.

Elige uno.

Estudio los estantes entrecerrando los ojos para leer el texto pequeño.

¿Cómo diablos sé qué talla elegir? Podría estar insultándolo, no es que vaya a usarlos.
Ja, ja, ja, ve por la segura, con mediana.

—Mediana —susurro. Jadeo de nuevo.

Mis dedos buscan a tientas mi teléfono mientras trato de enviar un mensaje de texto.

¡Tienen sabor! Esto no está bien.

Fresa mediana entonces.

¿Por qué tienen sabor?

Así sabe bien cuando lo mamas.

Dejo caer el champú, la botella explota y un líquido cremoso se acumula sobre el sucio suelo de baldosas.

Escucho un tut y miro a tiempo para ver a la chica amargada golpea su revista de chismes contra el mostrador.

—Lo siento, parece que se me ha caído esto —grito. Puedo escuchar risas desde el siguiente pasillo.

Agarro una caja del estante sin mirar y corro al mostrador. La chica amargada agarra la caja, la estudia durante demasiado tiempo antes de levantarme sus cejas claramente pintadas. Levanto la barbilla. Gracias a Dios, el mostrador es lo suficientemente alto para que ella

no vea mis piernas temblorosas. Ella escanea la caja, más lento de lo que imagino que haría normalmente y gruñe algo inaudible.

Abro mi bolso; mis manos tiemblan cuando extraigo un billete de cinco libras. Ella arquea aún más sus cejas pintadas. Miro el registro. Tratando de disimular el impacto, busco veinte. Me devuelve las cinco libras y un par de monedas como cambio.

—¿Quieres lubricante con eso? —me pregunta.

Parpadeo; probablemente lo más que he parpadeado de una vez en todo el día.

—No, no quiero lubricante.

La risa, que viene de atrás, resuena en la tienda, afortunadamente vacía. Chica amargada desliza la caja hacia mí. La miro fijamente; ella me mira fijamente.

—¿Tienes una bolsa?

Ella suspira, truena el chicle y luego saca una pequeña bolsa de plástico prácticamente transparente.

Coloco la caja en la bolsa, envuelvo el exceso de plástico a su alrededor como un disfraz y luego la meto en mi bolsillo. Camino, no, camino a máxima velocidad fuera de la tienda.

Me dejo caer contra la pared agotada por la experiencia cuando Carla me alcanza.

—No lo hagas. No hables— digo.

Desliza su brazo por el mío.

—Creo que necesitamos vino— ella dice.

Me dejo caer en el sofá del pub junto a una fogata crepitante mientras Carla está de pie en la barra. Vuelve con dos grandes copas de vino tinto.

—Yo… —ella comienza a hablar.

Niego con la cabeza y levanto la mano para detener su frase.

Tomo uno, y luego dos grandes tragos de vino antes de dejar que mi cabeza caiga hacia atrás contra el sofá y cierro los ojos.

—No vuelvas a obligarme a hacer eso nunca más —le digo.

—Puedes comprarlos en línea la próxima vez —responde Carla.

Mis ojos se abren de golpe, le gruño.

—¿Quieres decir que acabo de pasar por la experiencia más humillante para saber que no tenía que hacerlo?

—Ah, pero nos divertimos, ¿no?

Mi cabeza se sacude ligeramente hacia adelante y mis ojos se abren.

—Está bien, tal vez no fue divertido para ti. Pero los tienes, así que está hecho. Bebe tu vino y relájate. Eres una mujer moderna, Jayne. Asumimos la responsabilidad de nuestra salud sexual.

—Si dices la palabra S, la palabra P o cualquier otra maldita palabra relacionada con follar, este vino se esparcirá por todo ese

bonito abrigo de Prada, o lo que sea.

—Estás muy agresiva hoy.

Luego ella se ríe y yo me rio. Las lágrimas ruedan por mis mejillas y me duele el estómago. Pongo una mano sobre mi boca para acallar el sonido. Nos toma una eternidad calmarnos.

—Oh Dios, me duelen los costados —digo con un gemido.

—¿Cuándo fue la última vez que te reíste así?

Su declaración me tranquiliza un poco.

—No lo sé, hace años.

—Has cambiado tanto en los últimos meses que podría empezar a llamarte mariposa —ella dice riendo.

Quiero reírme, pero no lo hago. Su declaración me hace darme cuenta de cuánto me he perdido de mi vida, lo miserable que había sido y cómo había dejado que eso sucediera.

***

La casa está en silencio cuando vuelvo a casa; el carro de Ben no está estacionado, así que supongo que él y Kerry están fuera. Desenvuelvo la bufanda y me quito el abrigo.

—Hola, bebé —le digo al perro. Él levanta la vista de su cálido lugar junto a la chimenea.

Dejo la bolsa de la vergüenza, como la he llamado, sobre la encimera mientras espero a que hierva la tetera. Estoy tan absorta en mis pensamientos que no he oído a Kerry acercarse hasta que está a mi lado.

—Hola —me saluda.

Me sobresalto, mientras lo hago, me doy la vuelta y mi brazo tira la bolsa de la vergüenza al suelo. Dini se levanta de un salto, esperando que sea una comida extra y la agarra con los dientes. Tanto Kerry como yo nos inclinamos al mismo tiempo para recuperar la bolsa, que se parte en un tira y afloja, y los condones rebotan por el suelo.

Antes de que Dini pueda agarrar la caja, Kerry los tiene en la mano. Ella los mira, luego a mí. Mis mejillas arden.

Observo cómo los vuelve a poner lentamente sobre la encimera.

—¿Puedo hacer un poco de té? —me pregunta. Todo lo que puedo hacer es asentir.

Me dejo caer en una silla en la mesa y ella coloca dos tazas antes de tomar asiento enfrente.

—No es asunto mío, Jayne —ella dice mientras se sumerge en el barril de galletas.

—Oh, a la mierda. Me reuniré con alguien en Cornwall. Carla me hizo comprarlos, pero no va a pasar nada.

Respiro hondo, sin estar segura de su respuesta.

—Esas son buenas noticias. Sin embargo, evitaría la fresa si fuera tú, sabor asqueroso.

Me atraganto con el bocado de té que acabo de tomar.

—No compré de fresa.

Ella se reclina en su silla y alcanza la caja.

—Varios sabores.

—Tíralos a la basura, supongo que no los necesito.

—Te he avergonzado, lo siento.

—Oh, no tienes nada de qué disculparte. No estoy acostumbrada a toda esta broma de citas. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Realmente no debería ir. —Puedo sentir lágrimas en mis ojos.

—¿Quieres hablar acerca de ello?

Tomo una respiración profunda.

—Creo que después ya no te agradaré.

—Pruébame.

—Lo conocí a principios de año, en esas vacaciones con Carla y nos mantuvimos en contacto por correo electrónico, vive en Dinamarca. Hemos hablado varias veces por teléfono, pero me resulta más fácil enviar correos electrónicos. Yo solo…— Puedo sentir que me ahogo.

—Él me gusta mucho y sé que esto está mal, él me ayudó.

—Te ayudó, ¿cómo?

—Él no sabe que lo hizo, pero yo odiaba mi vida, Kerry. Me sentía tan miserable y cuando quise escapar, le envié un correo electrónico. Me siento culpable por eso. Lo usé, su matrimonio se rompió debido a esos correos electrónicos y lo mantuve en secreto durante mucho tiempo, pero no sé lo que soy para él.

—En primer lugar, su matrimonio no podría haber sido sólido si hubiera respondido por correo electrónico. Quizás ambos se usaron el uno al otro para una liberación; no creo que tengas nada de qué sentirte culpable. Sea lo que sea, obviamente es una amistad fuerte al menos.

—Pero yo estaba teniendo un amorío —digo en voz baja.

—No estoy segura de estar de acuerdo contigo en eso. Si tuvieras un gran matrimonio, ¿le habrías enviado un correo electrónico? Si Ben hiciera lo mismo, seguro que me enfadaría, pero vamos Jayne, todo el mundo sabe que Michael estaba follando por todos lados, entonces bien por ti.

—¿Todos lo sabían?

—Todos. ¿Por qué crees que a Ben no le importa una mierda? Discutimos sobre eso recientemente, él no lo quiere en el bautizo de este pequeño.

—Oh.

—Pensé que estaba siendo malo, este es el nieto de Michaels, pero veo totalmente de dónde viene. Ben y yo te hemos visto ponerte cada vez más triste en los últimos años. Entonces, si has conocido a alguien y te vas a encontrar con él, estoy feliz por ti. Y sé que Ben también lo estará.

Le sonrío.

—Somos amigos, no creo que suceda nada. Esto es solo que Carla está siendo tonta y, para ser honesta, Kerry, ni siquiera sabría cómo usar uno.

—Entonces es mejor que aprendas. —Ella abre la caja y saca un paquete.

—No uses los dientes, lo ves en las películas, pero romperás el condón —mientras habla, se señala el vientre y le guiña un ojo.

Entonces ella hace algo que creo que nunca olvidaré. Se acerca a la encimera de la cocina y agarra un calabacín del estante de verduras.

—Oh no, no, no, no. Lo entiendo. Si sucediera, lo resolveré. Y eso lo necesito para un sofrito más tarde.

—Estoy bromeando, de todos modos, el calabacín es demasiado pequeño. Has comprado a lo grande.

—¿Puedes guardarte todo esto para ti? Carla lo sabe, pero realmente no quiero que nadie más lo sepa. Puede que no sean más que unas vacaciones entre dos amigos.

—Mis labios están sellados.

***

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 5 de diciembre de 2019
Asunto: Empacando
Hola, J. Todo empacado y listo para mi vuelo de mañana. Calculo que estaré en la cabaña alrededor de las ocho de la noche. Espero con ansías verte de nuevo.
S xx

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 5 de diciembre de 2019
Asunto: ¡No he empacado!
Hola, tengo un montón de ropa apilada en la cama, solo necesito decidir cuántos abrigos, guantes y bufandas empacar. Hace frío aquí, aunque no tenemos nieve. Tendré la tetera encendida.
J xx

Mis nervios se disparan. Tantos escenarios han pasado por mi mente durante los últimos meses. ¿Y si no le agrado? ¿Y si no me agrada? Estaremos atrapados juntos durante una semana. Supongo que siempre podría irme, pero ¿qué tan mal se vería eso? He hecho un plan de respaldo con Kerry. Si le envío un mensaje de texto diciéndole que las cosas no van bien, me llama para decirme que piensa que está en un parto prematuro y que debo volver a casa. También mantengo los dedos cruzados, de que ese no sería el caso.

—¿Dejarás de entrar en pánico? —dice Carla.

Nos sentamos en la cocina con una botella de vino la noche antes de mi partida.

—Lo estoy intentando. Está bien para ti, tienes la confianza de la población en tu dedo meñique.

—¿La tengo o estoy fingiendo, como tú?

Yo la miro.

—Mi esposo también me traicionó. Tuvo un hijo, lo único que nunca podré darle a alguien. Créeme, Jayne, algunos días son difíciles incluso para levantarme de la cama.

—Oh lo siento. Pero tú…

—Lo sé, he seguido con mi vida. Estarás bien. Obviamente, tú le gustas, para que te hubiera organizado este viaje y después de esta semana sabrás si hay algún futuro con él.

—No creo que haya futuro, vivimos en dos países diferentes.

—Entonces diviértete esta semana, prométeme eso, al menos.

Después de darme un abrazo, Carla se va y yo cierro la casa. Ya he empacado el carro con mi maleta, algunas compras y las cosas de Dini.

***

Salgo temprano a la mañana siguiente. Kerry me despide y me hace prometer que enviaré un mensaje tan pronto como llegue. Sé que llegaré a la cabaña antes de la hora asignada para registrarme, pero planeo detenerme a tomar una taza de té con Nora y Jim. Tengo la llave de la cabaña y me dejarán entrar temprano si quiero.

El tráfico es ligero y pronto me encuentro en la Carretera Atlántica. Es una vista diferente que encuentro en ese viaje. El cielo está gris y el mar enfurecido. Me encanta. Me encanta estar junto al mar en verano y me encanta más en invierno. Hay algo hermoso en ver a la Madre Naturaleza en su momento más feroz.

—Entra, me da tanto gusto verte —dice Nora mientras abro la puerta del carro—. Y trae a ese hermoso perro tuyo.

Nora me da un abrazo; ella me aprieta fuerte.

—Entonces, cuéntamelo todo. ¿Qué has estado haciendo? ¿Algún bebé todavía? ¿Y quién es este amigo con el que te vas a

reunir?

—¡Cuántas preguntas! —Me rio mientras respondo. Le digo que Stefan es solo un amigo que quiere explorar Cornwall. No es una mentira, como tal; así es como he racionalizado las vacaciones en mi mente.

Tomamos una taza de té y me caliento frente a su pequeña estufa eléctrica. Tendré que arreglar la calefacción del carro cuando regrese. Había lanzado aire tibio a través de sus respiraderos durante todo el viaje.

Después de una hora, me entrega la llave y conduzco por el camino hasta la cabaña. Sonrío; es como visitarla por primera vez. Las rosas han muerto alrededor de la puerta principal y en su lugar hay una maraña de tallos leñosos.

Nada ha cambiado cuando entro por la puerta principal. Aunque la cabaña está un poco más cálida, imagino que Nora ha bajado por la mañana para encender la calefacción. Desempaco las compras, acomodo al perro y llevo mi maleta al piso de arriba. Dudo en la habitación doble sin saber si desempacar o no. ¿Y si Stefan quisiera esta habitación? ¿Sería más educado esperar y preguntar en qué habitación quiere dormir?

—Liberada —me susurro a mí misma.

Dejo la maleta sobre la cama y la abro. Encima está la caja de condones. Entonces me asusto mucho. ¿Qué hago con ellos? Podría haberlos puesto en una de las mesitas de noche, pero ¿y si mira? Por enésima vez he deseado no haberlos comprado. Los guardo en el estuche una vez que desempaco mi ropa y la escondo en el fondo del armario. No he salido por la puerta del dormitorio antes de volver corriendo y volver a empacar mis cosas. No quiero que Stefan piense que estoy siendo presuntuosa o codiciosa al querer la habitación doble.

Me siento pesadamente en la cama; no estoy hecha para este tipo de cosas. No tengo idea de lo que estoy haciendo. Llevo la maleta al pasillo y la dejo allí.

Decido abrir una botella de vino; necesito una gran copa de vino tinto para calmar mis nervios y la ansiedad que se está acumulando. Miro mi reloj y deseo no haberlo hecho. Stefan no llegará hasta dentro de cuatro horas. Son cuatro horas de pensar demasiado, de desarrollar los nervios y el pánico.

Trato de leer; miro el reloj. Camino por la casa; miro el reloj. Doy un paseo por la playa con Dini; miro mi reloj.

Se oscurece rápidamente y a medida que avanza la noche así que la temperatura baja. Enciendo la chimenea, que ya está llena de leños y conecto mi teléfono a una estación de carga. Encuentro una lista de reproducción y dejo que la música me calme mientras me

acurruco en el sofá.

Una luz brillante atraviesa la sala. Contengo la respiración cuando escucho el crujido de los neumáticos en la grava afuera y Dini corre hacia la puerta principal.

Lentamente me deslizo del sofá y camino de puntillas hacia el pasillo. La puerta de un carro se cierra de golpe, luego otra. Escucho pasos que se dirigen a la puerta principal y luego un golpe. Estoy congelada en el lugar, no puedo respirar y mi pecho se contrae. Se escucha un segundo golpe y fuerzo un pie delante del otro hasta que mi mano temblorosa alcanza el pestillo de la puerta. Respiro hondo antes de abrir la puerta principal.

Él se queda allí, todo el cabello revuelto y penetrantes ojos azules. El hombre al que no he visto en un año está de pie, sonriéndome en el escalón de la puerta principal.

—Hola —dice y esa voz suave derrite mis entrañas.

—Hola, tú.

—¿Me vas a dejar entrar? —La piel alrededor de sus ojos se arruga cuando su sonrisa se hace más amplia.

—Oh, sí, lo siento. —Me rio mientras abro la puerta de par en par y me hago a un lado.

No estoy segura de cómo actuar, cualquier decisión que deba haber tomado me fue tomada cuando él da un paso al frente y me rodea con sus brazos. Él besa mi mejilla, muy cerca de mi boca, y juro que lo escucho suspirar.

—Es tan bueno verte de nuevo —susurra en mi cabello. Mi corazón martillea en mi pecho—. Y este es Dini, me imagino.

Dini golpea su cabeza entre nosotros pidiendo atención. Stefan se ríe mientras se inclina para acariciarlo. Dini da su sello de aprobación lamiendo su rostro.

—Déjame traerte una copa de vino —digo, finalmente recomponiéndome.

Stefan agarra la bolsa que había dejado en la puerta principal y la mueve al pie de las escaleras para que pueda cerrar la puerta. Me estremezco ante el descenso de temperatura en el pasillo.

—¿Tuviste un buen vuelo? —le pregunto.

—Estuvo bien. Este es un lugar precioso, enséñame los alrededores.

Nos dirigimos a la cocina y echa un vistazo por la puerta trasera mientras le sirvo una copa de vino. Cuando le entrego el vino y nuestras manos se rozan, una chispa de estática pica mi piel.

Lo llevo a la sala. El fuego crepita en la chimenea y proyecta un resplandor anaranjado sobre la habitación. Stefan coloca su vino en la mesa de café junto a mi copa a medio beber. Desde allí nos dirigimos de regreso al pasillo, agarra su bolso antes de subir las escaleras.

—Hay dos dormitorios, uno doble y otro con dos camas individuales, y un baño con ducha. No es muy grande ni hace frío por la noche —digo riendo.

—Me gusta el frío por la noche —responde.

Me paro a un lado fuera de la habitación doble y él entra, mientras lo hace, agarra mi maleta y la lleva consigo. Deja tanto su bolsa de viaje como mi maleta sobre la cama.

—Podemos desempacar más tarde, ¿qué tal algo de comida? Me muero de hambre —dice.

Mis reservas anteriores, la inquietud y la ansiedad desaparecen al ver su descarada sonrisa torcida. Nos toma unos minutos más volver a caer directamente en esa forma fácil que habíamos experimentado un año antes.

—¿Supongo que esperas que cocine? —Bromeo.

—Cariño, no quieres experimentar mis habilidades culinarias, aunque lavar es algo en lo que soy bueno.

Mi piel se estremece con el cariño.

—Ven, entonces.

Bajamos las escaleras y yo estoy más que consciente de la proximidad de su cuerpo tan cerca del mío mientras desciende detrás de mí.

Mientras estoy en el mostrador para cortar algunas verduras para un sofrito, Stefan pregunta dónde están los platos. Miro hacia el armario sobre mi cabeza. Se para detrás de mí, más cerca de lo necesario, y con su mano en mi cadera se estira por encima de mi hombro para abrir la puerta.

Sostengo el cuchillo firmemente en mi mano mientras la estática me recorre. La risa en voz baja me hace pensar que él sabe exactamente lo que está haciendo. Niego con la cabeza y sonrío.

Nos sentamos a la mesa de la cocina y comemos. Todo el tiempo me habla de su nuevo contrato y cómo ha elevado a su empresa dentro del mundo del marketing. Hablamos sobre nuestros hijos, el inminente nacimiento de mi primer nieto y hacemos planes sobre qué hacer durante nuestra semana en Cornwall.

Me levanto para recoger los platos.

—Déjame hacerlo, ve y siéntate.

—Solo tenemos que apilar el lavavajillas.

—Así que apilaré el lavavajillas, tomaré ese vino y me iré a sentarme contigo.

Me gusta bastante la contundencia de su tono. Me rio, tomo el vino y me dirijo a la sala. El fuego sigue rugiendo y apago la luz principal optando por las sutiles luces de la pared.

Hago una mueca por los golpes y choques de platos y sonrío por la conversación que Stefan está teniendo con Dini, esos dos se

llevan bien.

Me acomodo en el sofá y no pasa mucho tiempo antes de que se una a mí. Se sienta a mi lado y coloca su brazo a lo largo del respaldo del sofá.

—Este es un lugar realmente hermoso. Extraño una chimenea abierta. Me gusta mi apartamento, pero no es un hogar. —Él se ha acercado más mientras habla.

—Lamento que hayas tenido que pasar por eso, me siento en parte responsable.

—Habría terminado de todos modos. Tuvo un amorío con mi mejor amigo. Me quedé ahí porque nuestros hijos eran pequeños. Por alguna razón, ella quería pasar los próximos años castigándome por eso, así que no te sientas culpable. Revisó mis correos electrónicos de trabajo una noche cuando yo no estaba allí, vio nuestras conversaciones y cambió. ¿Sabes qué? Me alegré de verdad. Me dio el empujón que necesitaba para finalmente irme.

—Lamento mucho oír eso.

—Y deja de pedir perdón —me dice riendo.

Caemos en un cómodo silencio mirando el fuego y bebiendo nuestro vino. Hace girar el tallo del mío en mis dedos hasta que lo veo colocar el suyo en la mesa de café y luego alcanzar la mía. Toma la copa de mi mano y la coloca junto a la suya.

Stefan se arrastra hasta quedar frente a mí; tengo las piernas dobladas debajo de él. Sus dedos retuercen un mechón de cabello.

—Estoy muy contento de estar aquí —susurra.

—Yo también.

—¿Estás nerviosa? Estás temblando y no puedes tener frío.

—Sí, lo estoy. —Sonrío.

Él se inclina más cerca.

—Yo también.

Sus suaves labios encuentran los míos, y su mano serpentea alrededor de mi cabeza acercándome a él. Separo los labios mientras su lengua se desliza. Cuando su beso se hace más profundo, pongo mi mano en la parte de atrás de su cabeza, mis dedos agarran su cabello. Si antes temblaba de nervios, entonces ahora tiemblo de deseo.

Mi estómago da un vuelco y siento un calor arrastrándose por mi cuerpo. Stefan se desliza por el sofá tirando de mí encima de él. Mientras descansa una mano en su pecho, puedo sentir los músculos bajo su camisa mientras se mueve.

Él sostiene mi cabeza, sus dedos se clavan en mi cuero cabelludo mientras su beso se vuelve más desesperado. Gime y el sonido reverbera a través de su pecho y en el mío. Lo siento retroceder mientras gimo de nuevo.

—Ay.

—¿Eh?

—Calambre —dice y luego se echa a reír.

—Oh, mierda, lo siento.

Me siento y, mientras lo hace, él se pone de pie para estirar las piernas, supongo.

—Gran comienzo, ¿eh?

Muerdo mi labio inferior para contener la risa. Extiende la mano para tomar mi mano y una vez que la toma, me ayuda a ponerme de pie. Silenciosamente me conduce desde la sala y sube las escaleras. Me paro en medio del dormitorio mientras él saca la maleta y su bolsa de la cama. Me tiemblan las piernas y se me pone la piel de gallina. Estoy al borde del pánico. Puedo sentir mi corazón acelerarse y mi respiración se hace superficial. Las lágrimas comienzan a acumularse en mis ojos.

Stefan camina hacia mí. Pasa sus dedos por mi mejilla.

—¿Hey, qué pasa? No tenemos que hacer esto. ¿He cometido un error aquí?

Niego con la cabeza y respiro hondo.

—No, no te has equivocado. Es solo que... no he hecho esto en un tiempo, mucho tiempo. —Balbuceo sobre las palabras.

—Iremos lento, tú tomas las decisiones, ¿de acuerdo? Si quieres detenerte, sólo dime que no.

Asiento. Pasa sus manos por mis costados hasta el dobladillo de mi camiseta antes de levantarla por encima de mi cabeza. Cruzo los brazos sobre mi costado. Me toma de las muñecas y coloca mis brazos a los lados.

—Te he visto con menos ropa —dice con un guiño.

Baja la cabeza, espero que me bese los labios en lugar de apuntar a mi hombro, empujando la tira del sujetador hacia un lado. Besa el costado de mi cuello mientras sus manos vagan alrededor de mi espalda hasta el broche. Lo deshace en segundos. Sus dedos suben y bajan por mi columna enviando escalofríos a través de mí. Agarro la parte delantera de su camisa más para sostenerme.

Stefan se aparta y me mira. Sus ojos vagan por mi cuerpo y sonríe. Extiende la mano hacia la cintura de mis jeans, abriendo lentamente el botón y luego bajando la cremallera. Su mano recorre mi cintura debajo de la tela y lentamente los desliza hasta mis muslos. Mientras se pone de rodillas, besa su camino por mi estómago. Le acaricio el cabello y los sentimientos más increíbles recorren mi cuerpo.

Me siento en llamas, mi cuerpo es una masa de corriente eléctrica y estática, las terminaciones nerviosas chispean donde sus labios tocan mi piel. Extiende la mano y agarra los costados de mis bragas mientras me quita los jeans. Con una lentitud dolorosa, los

desliza hasta mis tobillos y yo también me los quito. Entonces me asusto mucho. Cruzo las piernas y pongo las manos frente a mí.

—Oh Dios, no me he duchado —digo.

Me mira, con la cabeza en ese lugar.

—Bien, no me gusta el sabor del jabón.

No pensé que mi cara se podría poner más roja. Él se ríe de mi vergüenza, pero no de una manera cruel. Dejo que mis brazos se relajen a mi lado mientras sus labios besan mi ombligo.

Stefan se pone de pie y me sonríe.

—Relájate —susurra.

Empiezo a desabrochar los botones de su camisa. Extiendo la mano hacia adelante y suavemente aparto sus manos. Él me había desvestido; yo quiero hacerle lo mismo. Mis manos tiemblan un poco cuando abro los botones. Le quito la camisa de los hombros y la bajo por el brazo, distraída por un tatuaje en el costado. Palabras que no había notado cuando estuvimos en las Maldivas.

—Es nuevo —me dice, notando que lo estoy estudiando.

—Me gusta.

Sigo quitando la camisa por su cuerpo y luego encuentro un problema. Lleva gemelos, no había pensado en quitárselos; sus brazos están atrapados a su lado.

—Oh, por el amor de Dios —digo antes de dejar caer mi cabeza sobre su pecho y reír.

—¿Qué tal si nos damos por vencidos con el striptease sexy, pero vas a tener que deshacer esos gemelos? No puedo alcanzarlos ahora.

Desabrocho los gemelos mientras ambos reímos. Ciertamente rompe el hielo. Se quita la camisa y luego me rodea con sus brazos. Puedo sentir el calor de su piel sobre la mía y la dureza de su polla mientras se presiona contra mí.

Estoy decidida a hacerlo bien. Le desabrocho los jeans y le caen hasta los tobillos, se los quita y mientras lo hace, de alguna manera y solo usando sus pies, se quita los calcetines. Intento con todas mis fuerzas no mirar hacia abajo. No ha usado ropa interior; Siento su polla contra mi cuerpo mientras me tira de nuevo a sus brazos. Él nada más me abraza; sus brazos están tan apretados a mi alrededor que puedo sentir el latido de su corazón.

—He esperado mucho tiempo para hacer esto —susurra.

Yo podría haber llorado. Estoy envuelta en los brazos de un hombre que me desea.

Stefan se aparta, me levanta y grito de sorpresa. Suavemente me acuesto en la cama y se sube a mi lado. Al principio nos acostamos uno frente al otro, él no dice nada mientras pasa sus dedos por mi costado.

—Dime lo que te gusta —él dice en voz baja.

—No sé lo que me gusta. No soy muy buena en esto.

—Quiero darle un puñetazo a ese cabrón con el que te casaste. Eres tan hermosa que no puedo creer que él no quiera pasar cada minuto en la cama contigo.

Esas palabras son mi perdición, mi desencadenamiento, supongo. Agarro su cabeza tirando de él hacia mí. Lo deseo desesperadamente. Nuestro beso es doloroso; un crujir de dientes, un mordisco de labios. Ruedo sobre mi espalda, Stefan rueda encima de mí sin romper nuestro beso. Sus manos sostienen mi rostro y envuelvo mis brazos alrededor de su cuello.

Sus labios se apartan de los míos, besando mi mandíbula y un lado de mi cuello. Se desliza por mi cuerpo apoyándose en los codos. Mi cuerpo se convulsiona cuando su lengua rueda un pezón. Grito cuando sus dientes se cierran alrededor y succiona. Mi estómago se estremece de deseo, y en ese momento entiendo exactamente lo que Carla quiso decir con cosquilleo en el trasero. Un latido se intensifica entre mis muslos y puedo sentir la humedad. Se mueve más abajo de mi estómago y agarro las sábanas a mi lado. Mientras su lengua recorre mi cadera, gimo. Levanto las caderas deseándolo. Siento su risa contra mi piel, piel tan sensible que incluso el suave roce de su cabello mientras se mueve deja calor a su paso.

Su nariz recorre mi clítoris e inhala mi aroma antes de que su lengua se deslice por mi hendidura. Aprieto mi mandíbula cerrada por miedo a gritar. Sus manos sostienen mis muslos, separándolos suavemente. Estoy totalmente expuesta a él. Cuando empuja su lengua dentro de mí, cuando sus dedos se clavan en mi piel y gimo, me corro por primera vez en mi vida.

Mi estómago es una masa de temblores, me cuesta respirar y me retuerzo debajo de él. Ola tras ola de placer me invade. Gotas de sudor en mi labio superior y mi boca está seca. Es implacable, lamiendo, chupando y mordiendo. Empuja mis muslos hacia arriba hasta que mis talones estén cerca de mi trasero, exponiéndome aún más. Levanto mis caderas queriendo su lengua más profunda.

Siento una sensación de decepción cuando él levanta la cabeza. Su barbilla está manchada con mi excitación, y lo veo mientras se lame los labios.

—¿Tienes idea de lo bien que sabes? —dice.

Niego con la cabeza. Él se arrastra por mi cuerpo y cuando su rostro está cerca del mío, lo suficientemente cerca para que yo huela mi excitación en él, susurra.

—Chupa.

Cierro los ojos, en parte por la vergüenza, y dejo que mi lengua recorra su mandíbula. Me pruebo a mí misma, metálico, fuerte pero

extrañamente dulce. Lamo sus labios, se separan ligeramente y muerdo el inferior. Él gime.

—Tengo que follarte, *mucho* —él dice una vez que aparta la cabeza.

—Necesito que me folles —respondo, sorprendida de haber dicho esas palabras en voz alta.

Él gruñe contra mí, y rastrillo mis uñas por su espalda.

—Necesitamos tener una conversación primero —susurra.

No quiero una conversación; lo quiero dentro de mí. Mi cuerpo está gritando por su toque. Puedo sentir su polla presionada contra mi estómago, palpitando mientras se mueve.

—Estoy tomando la píldora —espeto.

Se queda quieto antes de levantar las caderas. Su mano se arrastra por mi costado y luego se acerca entre nosotros. Sus dedos juguetean con mi clítoris extendiendo mis jugos antes de guiar su polla dentro de mí.

Se apoya en los codos y se mueve tan lentamente que es agonizante. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura forzándolo más profundo. Luego me besa fuerte y me folla rápido.

El sudor gotea de su frente, me lo imagino chisporroteando cuando golpea el calor de mi piel. Nunca he sentido tanto deseo, tantas ganas, y clavo mis uñas en su espalda mientras besa y muerde su hombro.

Las mariposas se divierten en mi estómago y mi corazón martillea en mi pecho mientras otro orgasmo se apodera de mí. Mi cuerpo se pone rígido y aprieto mis piernas alrededor de su cintura. Grito su nombre cuando me corro.

Antes de que baje, Stefan se tensa, sus bíceps tiemblan y se corre. Grita palabras que no entiendo.

Se aparta de mí y se tumba de costado, frente a mí. Giro para mirarlo. A los dos nos toma uno o dos minutos controlar nuestra respiración. Sonríe y me guiña un ojo.

—Vaya —digo, sin estar completamente segura de cómo debo de reaccionar.

—Será mejor la próxima vez. Esperé demasiado para hacer eso.

Escucho a Dini lloriquear desde abajo.

—Creo que necesita salir —dice Stefan.

Me quedo helada. Puedo sentir humedad entre mis muslos, mucha humedad. El primer pensamiento que pasa por mi mente es la preocupación por el edredón en el que estamos acostados, el segundo pensamiento es cómo levantarme sin que corra por mis piernas. Cierro los ojos y comienzo a reír.

—¿Qué?

—Yo… necesito limpiarme —digo, cubriéndome los ojos con la

mano como si eso ocultara mi vergüenza.

Él se ríe antes de levantarse de la cama. Entre los dedos separados lo veo caminar desnudo hacia el baño, regresa con una caja de pañuelos que coloca en mi estómago. Cuando extrae uno, se lo arrebato.

—Creo que puedo arreglármelas —digo.

—Al final de esta semana, no te importará —él dice.

—¿Eso es una promesa?

—Oh, sí.

Me lavo, me deslizo de la cama y trato de tener confianza mientras camino, desnuda, hacia el baño para agarrar una toalla. No he desempacado ni tengo pijamas para ponerme. Nunca he dormido desnuda antes, tengo ese pensamiento tonto inculcado desde la infancia: nunca duermas desnuda en caso de que la casa se incendie. Tenía miedo de que el bombero tuviera que ayudarme a bajar una escalera mostrándole el culo al mundo.

Mientras yo estoy temblando en la cocina y Dini hace lo suyo en el jardín, escucho la ducha. La idea de un Stefan desnudo bajo los chorros de agua hace que mi estómago se revuelva. A pesar de lo tarde que es, agarro mi teléfono y le envío un mensaje de texto rápido a Carla.

Lo hicimos.

Apago mi teléfono, ella es el tipo de persona que llama queriendo todos los detalles, luego dejo que el perro vuelva a entrar y cierro la puerta. Compruebo que la fogata esté apagada antes de subir las escaleras.

Stefan está apoyado contra almohadas y debajo del edredón.

—Voy a darme una ducha rápida —digo.

—Lástima que acabo de darme una, me habría encantado acompañarte —él responde con otro guiño.

Me doy la ducha más rápida de la historia, asegurándome de no mojarme el cabello y regreso al dormitorio envuelta en una toalla. Antes de que tome la decisión de revisar mi maleta en busca de mi pijama, Stefan retira el edredón para que me meta.

Me acurruco en su costado mientras envuelve un brazo alrededor de mí. Mientras reprimo un bostezo, apaga la lámpara de la mesilla de noche. Hemos dejado la persiana abierta y la luna ilumina la habitación con su suave brillo.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta.

—¿Sinceramente? Extraña, pero en el buen sentido y con sueño.

Su brazo se aprieta alrededor de mis hombros y pongo una mano en su pecho. Él gira la cabeza para besarme suavemente en la frente.

Capítulo Trece

Me despierto, pero mantengo los ojos cerrados. Quiero sumergirme en el calor de estar envuelta en sus brazos. No puedo recordar un momento en el que me hubiera sentido tan cómoda. Cuando Michael y yo compartimos la misma cama, nos acostábamos espalda con espalda con el mayor espacio posible entre nosotros.

Siento a Stefan cambiar de posición; se gira de costado para mirarme. Siento sus dedos empujar un mechón de cabello detrás de mi oreja y siento su respiración mientras su rostro se acerca. Aún con los ojos cerrados, sonrío.

—Buenos días —susurra antes de besarme.

Soy consciente de que no me he lavado los dientes, trato de mantener la boca cerrada pero su lengua es persistente. Me entrega un sensual beso que me hace un nudo en el estómago.

Mientras se aleja, finalmente abro los ojos. Los penetrantes azules me devuelven la mirada.

—¿Dormiste bien? —le pregunto.

—Creo que fue la mejor noche de sueño que he tenido en mucho tiempo.

Suspiro mientras sus dedos se deslizan hacia arriba y hacia abajo por mi costado.

—¿Qué te gustaría desayunar? —le pregunto, e inmediatamente me doy cuenta de que probablemente no es el momento más apropiado para hacer esa pregunta.

Él sonríe con suficiencia.

—A ti.

Mis mejillas se enrojecen, puedo sentir el calor mientras arden.

—Me encanta cuando te sonrojas —dice mientras pasa sus dedos por mi mejilla.

Me sonrojo aún más.

Se incorpora apoyándose en un codo y su mano empuja suavemente mi cadera para que me tumbe de espaldas. Sus dedos suben y bajan por mi muslo.

—¿Te gusta esto? —susurra.

Asiento en respuesta.

—¿Qué tal esto? —Sus dedos rodean mi clítoris.

Jadeo y separo mis piernas ligeramente. Engancha su tobillo sobre el mío deslizando mi pierna hacia él y separándolos más. Me estremezco y no de frío cuando tira el edredón al suelo.

—Quiero ver todo de ti —él dice.

Empuja uno y luego dos dedos dentro de mí, y su pulgar

acaricia mi clítoris. Gimo cuando el placer se intensifica. Puedo sentir su polla presionada contra mi cadera y la alcanzo. Cuando sus dedos me llevan al orgasmo, deslizo mi mano hacia arriba y hacia abajo por su polla dura, sintiendo la sedosidad de su piel en mi palma. Observo con absoluta fascinación cuando se quita los dedos y se los mete en la boca. Chupa antes de rodar sobre su espalda y permitirme darle placer.

Suavemente raspo mis uñas contra sus bolas. Aprieto mi agarre sobre su polla mientras mi mano se mueve, ajustando la presión y la velocidad de acuerdo con sus gemidos.

—Móntame —dice entre dientes.

Me arrodillo y paso una pierna sobre la suya. Nunca he hecho eso antes, pero instintivamente lo bajo, guiándola hacia adentro, y él sostiene mis caderas mientras lo hace. Lo siento en mi interior. Pongo mis manos sobre su pecho, los músculos se tensan bajo mi toque antes de moverme, lentamente al principio hasta que encuentro mi ritmo. Mientras bajo, él levanta sus caderas encontrándose conmigo a mitad de camino. Curvo mis dedos y mis uñas se clavan en su piel cada vez que lo hace.

Me encanta mirarlo, mantengo los ojos abiertos mirándome, pero puedo ver la emoción inundar su rostro. Cuando separa los labios, cuando su lengua pasa suavemente sobre el inferior, quiero tomar ese labio entre mis dientes. Su pecho se expande bajo mi toque mientras respira profundamente. Se acerca y ahueca mis pechos en sus manos, sus palmas rozan ásperamente mis pezones. Me inclino para besarlo y su gemido llena mi boca. Siento sus brazos serpentear a mi alrededor y chillo cuando me hace rodar sobre mi espalda.

Engancho mis pies dentro de sus muslos cuando se hace cargo. Agarra una muñeca, luego la otra y levanta mis manos por encima de mi cabeza. Mantengo su mirada en mí mientras me folla, duro y rápido. Su rostro está cerca; puedo sentir su respiración mientras jadea y gimo. Lo reflejo. Mis gritos parecen resonar por la habitación, la sangre me corre por los oídos, el sonido se parece al de las olas rompiendo en la orilla y mi cuerpo se estremece. Un calor se desliza desde mi centro hasta mi cuello mientras mi orgasmo se acumula.

—Córrete para mí, nena —susurra.

Es como si mi cuerpo obedeciera a una orden. Me disuelvo a su alrededor, las lágrimas corren por mis mejillas mientras olas de estática, calor y frío me recorren. Su estómago se tensa, se estremece y echa la cabeza hacia atrás mientras se corre. Su cuerpo convulsiona antes de que finalmente baje la cabeza, el cuerpo y descanse sobre mí.

—Joder —susurra en mi cuello un minuto después.

—Joder, es la palabra perfecta —respondo antes de reír.

Suelta mis muñecas de su agarre, tal es la firmeza que estoy

segura de que tendré moretones. Envuelvo mis brazos alrededor de él.

El sudor que se le ha formado en la espalda se ha enfriado y cuando paso los dedos por su columna él se estremece. Ninguno de los dos quiere moverse. He sentido su polla ablandarse dentro de mí, pero no quiero que se mueva. Sin embargo, Dini tiene otras ideas.

—Supongo que tenemos que levantarnos —digo después de que el persistente lloriqueo resuene en las escaleras.

—Deberíamos tener suerte de que no haya encontrado la manera de tirar la puerta abajo.

Me rio mientras rueda hacia un lado. No me importa que se corra por mi muslo mientras camino hacia el baño. Es parte de él, de nosotros, de esa hora mágica que hemos compartido.

Mientras estoy en la ducha, sonrío. No tengo idea de qué significa todo *esto*, qué pasará al final de nuestra semana, pero por primera vez en la eternidad, no me importa el futuro. Solo quiero el *ahora*.

Con una toalla a mi alrededor, regreso al dormitorio. Stefan ha hecho la cama y ha dejado mi maletín y su bolsa de viaje sobre la cama. Ha comenzado a desempacar para mí. Cubro mis ojos con mis manos, permitiendo que la toalla caiga al suelo mientras él se gira y sostiene esa maldita caja de condones.

—¿Mediano? Y con sabor —él bromea.

Alargo la mano para agarrarle la caja, pero él levanta la mano en alto.

—No, no, estoy intrigado.

Abre la caja mientras la sostiene demasiado alto para que yo la agarre. Los paquetes se derraman por el suelo, pero ha agarrado uno. Veo como usa sus dientes para abrir uno. Ese —cosquilleo en el trasero— vuelve al verlo. Hay algo muy crudo y sexual en la forma en que me mira mientras lo hace. Tomo una respiración profunda.

—Entonces —dice mientras desenrolla el condón entre dos dedos—. Mediano.

—¿Cómo diablos se supone que voy a saber qué tamaño y en cuanto a sabor…? Yo estaba mortificada, mi amiga me hizo comprar esos. Agarré la primera caja que tuve a mano.

—Me siento halagado de que hayas pensado en hacerlo, pero… —Se acerca a mí, se quita el condón de los dedos y lo deja caer al suelo.

Retrocedo hasta que la parte de atrás de mis piernas golpea la cama. Se adelanta y pone ambas manos en mis caderas. Me aparta de él.

—¿Crees que soy talla mediana? —él susurra en mi espalda.

—No —chillo, maldiciéndome interiormente por chillar.

—¿Vamos a ver?

Pone su mano entre mis omóplatos y empuja la mitad superior de mi cuerpo hacia la cama. No tengo idea de lo que está haciendo, pero mi cuerpo me dice que me va a gustar. Siento un latido entre mis muslos; mi clítoris palpita solo con sus palabras.

Usando su pie, patea mis piernas separándolas. Me he apoyado en mis antebrazos y mis manos agarran la ropa de cama. Antes de que pueda respirar, se estrella contra mí. Grito su nombre. Él se queda quieto.

—¿Cuánto tiempo puede esperar Dini? —susurra. La barba rubia de su barbilla me raspa la espalda.

—No me importa —respondo.

—Respuesta correcta.

Nunca me han follado de esa manera. De hecho, nunca me han follado, punto. Fuera lo que fuera lo que Michael había hecho, no se parece en nada a lo que ha sucedido anoche y lo que está sucediendo esta mañana.

Es breve, agudo y deliciosamente erótico, especialmente cuando grita palabras en su propio idioma cuando se corre.

Me derrumbo en la cama, aterrizando en el borde de su bolsa de viaje y me rio.

—Oh, Dios mío —digo.

—Él no te salvará de mí —dice Stefan mientras se aleja un paso.

Me paro y lo enfrento; riendo de la sonrisa malvada que me da.

—Podría follarte todo el día —dice.

—Creo que mi cuerpo puede protestar por eso. Pasé de la nada a… Bueno, esto.

—Debes haber estado muy frustrada. Tendrás que mostrarme qué…

Lo interrumpo levantando la mano y salgo de la habitación, de regreso al baño.

—No iré allí —grito por encima del hombro.

—Oh, lo harás. Quiero verte hacer que te corras.

Me rio mientras me limpio. Me estoy lavando los dientes cuando él entra al baño; me da un breve beso en el hombro antes de meterse en la ducha. Tiene tanta confianza en su propia piel, tan descarado con sus palabras, tal vez es una cosa danesa. Quizás existe esa reserva británica, ese labio superior rígido del que habla el mundo.

Me miro en el espejo, en parte para mirarlo, pero me veo a mí misma. Mis ojos brillan, mi cabello está enredado, esa apariencia de recién follada por el que las mujeres pagan una fortuna en la peluquería. ¿Quién es la mujer que me mira de regreso? Esa mujer tiene una sonrisa de oreja a oreja, mejillas rosadas y ojos brillantes.

Me visto con jeans y un jersey, me pongo unos calcetines y bajo corriendo las escaleras, preocupada por el perro. Él está de pie junto a la puerta trasera y si un perro pudiera cruzar las piernas, él lo habría hecho. No he abierto completamente la manija antes de que él irrumpa.

Pongo la tetera a hervir y levanto mi teléfono. Lo enciendo para ver cinco mensajes de Carla, cada uno de los cuales exige más información.

Me río mientras respondo.

Digamos que a este ritmo no voy a poder caminar derecha.

Apago el teléfono de nuevo y me dispongo a freír tocino. Puedo escuchar a Stefan moviéndose en la habitación de arriba y sonrío mientras pienso en la noche anterior y esta mañana. Me ha sorprendido a mí misma con lo mucho que deseo su toque. Me rio cuando un pensamiento cruza por mi mente, por más asqueroso que suene, la presa ha sido abierta.

—¿Estás feliz? —escucho que me habla. Stefan entra a la habitación en jeans y una camiseta.

—Sí. Estoy friendo tocino.

Él se para detrás de mí, envolviendo sus brazos alrededor de mi cintura mientras vuelve a hervir la tetera.

—Sí, huele bien. También el tocino. —Me muerde el cuello antes de dirigirse al patio.

Me rio entre dientes por su respuesta y sonrío aún más cuando lo veo lanzar una pelota para Dini. Llevo una taza de café a la puerta trasera.

—Te vas a congelar —lo reprendo.

Sonríe mientras se acerca a mí y me quita la taza de las manos. Dini entra de un salto y se revuelve alrededor de su cuenco. Le doy de comer, preparo sándwiches de tocino, té y luego me uno a Stefan en la mesa de la cocina.

—¿Qué quieres hacer hoy? —le pregunto.

Él arquea las cejas y sonríe.

—Podemos dar un paseo por la playa —digo.

—Claro, suena bien. Deberíamos reservar en ese restaurante, del que me hablaste.

Desayunamos y dejo que él limpie los platos mientras yo busco mis botas y mi abrigo.

De la mano caminamos por la playa. Pasamos junto a otros paseadores de perros y les damos los buenos días. Stefan toma fotografías con su teléfono; echa su brazo alrededor de mi hombro para una selfie. Yo protesto; no llevo ni una gota de maquillaje.

—Quiero enviarles eso a mis hijos —dice mientras juguetea con

su teléfono.

No puedo imaginar que se hubiera dado cuenta de lo profunda que es esa declaración. No soy un secreto en su vida y me siento un poco culpable de que solo Carla y Kerry sepan de él.

Me muestra la foto, mi cabello está ondeando detrás de mí, en un lío enredado y nos reímos. Es una hermosa fotografía y me sorprende la calidad teniendo en cuenta que ha usado su teléfono.

—Tendrás que enviarme esa también —le digo.

Stefan toma un palo que lanza para entretener a Dini mientras caminamos. Hablamos a lo largo de la playa y hasta el restaurante. Espero afuera mientras él entra a reservar una mesa para la noche siguiente.

Sale con dos cafés y nos sentamos en un banco calentándonos las manos con las tazas.

—Me encanta estar aquí, no puedo creer que nunca lo haya visitado antes —dice.

—Yo solía venir aquí todo el tiempo cuando era niña. ¿Ves esas cabañas de allí? —Señalo a lo largo del camino.

—Solíamos quedarnos en casas similares, ahora se han ido, pero todo lo que hacíamos era pasar todos los días en la playa.

Después de haber bebido nuestro café, hacemos el camino de regreso. El aire frío me pica la cara y pone color a mis mejillas. El mar golpea los acantilados centenarios y trepamos por los fragmentos de roca negra que serpentean hacia el mar. Debemos haber caminado un par de horas.

La cocina está caliente cuando entramos; es acogedor. Dejamos nuestras botas justo en la puerta trasera y Stefan toma mi abrigo para colgarlo en el pasillo.

Saca su computadora portátil de su bolsa de viaje mientras yo preparo más té. Se sienta a la mesa de la cocina para encargarse de algunos correos electrónicos que me ha dicho que necesita responder. Me siento y miro. Su ceño se frunce en concentración y veo sus dedos volar sobre el teclado, dedos que, solo unas horas antes, me habían traído tanto placer. Me sonrojo.

—¿Qué estás pensando? —él pregunta sin levantar la vista. Supongo que me ha visto mirando por el rabillo del ojo.

—Nada, voy a leer un rato mientras tú trabajas.

No voy a decirle lo que estaba pensando. Camino hasta la sala y conecto mi teléfono a la estación de conexión. El viento se ha levantado, los marcos de las ventanas vibran y la habitación se enfría. Decido encender la fogata. Una vez que está encendida, me acurruco en el sofá y leo.

Han pasado una hora o tal vez dos antes de que Stefan se una a mí. Gentilmente me empuja a un lado para poder sentarse en la

esquina del sofá con las piernas extendidas y luego me atrae entre ellas. Descanso de espaldas a su pecho y sus brazos a mi alrededor. Me acaricia el cuello con la nariz.

—¿Recuerdas que me preguntaste cuál era mi fantasía? —dice.

—Oh, Dios, qué pena. Lo siento, fue bastante vergonzoso.

Él se ríe antes de responder.

—Esto es en parte. Una fogata rugiendo en un día de invierno y tú en mis brazos. Ha sido un año complicado y tus correos electrónicos me ayudaron a salir a flote.

—¿Quieres hablar acerca de ello?

Él suspira.

—Conocí a Tasha en la universidad. Ella estaba muy motivada, muy educada. Salimos, nos graduamos y luego nos casamos, y a ella le otorgaron un puesto en un centro de investigación médica para completar su doctorado. Trabajaba muchas horas y no nos veíamos mucho. Comencé mi negocio y supongo que ella despreciaba el marketing. Ella pensó que podría haberlo hecho mucho mejor por mí mismo. De todos modos, se quedó embarazada y estaba furiosa por eso. Ella quería un aborto y yo no lo permití, tuviera razón o no. Hubiera dejado el trabajo y me hubiera ocupado de nuestro hijo yo mismo.

Stefan hace una pausa, cambia de posición y me pregunto si se siente incómodo al contarme su historia.

—No tienes que decírmelo —digo en voz baja.

—Quiero hacerlo. Ella pasó por el embarazo, me culpó por todos los malestares, la ropa que no le quedaba, pero siguió trabajando, justo la semana antes de su fecha de parto. Alec nació y ella regresó al trabajo en dos semanas. Teníamos una niñera y yo trabajaba desde casa la mayor parte del tiempo. Ella nunca ha sido muy cercana a él e incluso hoy, le resulta difícil a él pasar tiempo con ella. Pasaron un par de años, volvió a quedar embarazada, pero en ese momento ella parecía más feliz por eso. Fue mientras estaba embarazada que descubrí que se había acostado con mi mejor amigo. Por el bebé, por Alec, la perdoné y seguimos intentándolo.

—¿Es él…? —No termino mi oración dándome cuenta demasiado tarde de que es intrusivo.

—¿Mi hijo? Biológicamente, no sé, ni quiero saberlo. No sé por qué nos quedamos juntos tanto tiempo. No hubo amor entre nosotros. Podría perdonar el amorío, pero nunca podría perdonar que ella favoreciera a Eric. Alec vive conmigo ahora.

—Lamento mucho escuchar eso. ¿Hablas ahora?

—No a menos que tengamos que hacerlo. Sabes, eres la única persona a la que le he dicho esto. Tasha sabe que he cuestionado la paternidad de Eric, pero nunca hemos hablado realmente de eso.

—Me alegra que puedas hablar conmigo.

—A mí también.

Nos instalamos en un cómodo silencio. El fuego crepita en la chimenea y el sol comienza a ponerse. Hemos dormido de vez en cuando, charlamos un poco más sobre nuestros amigos, nuestra vida y nuestros hijos. Mi estómago gruñe recordándome que nos hemos perdido el almuerzo.

—¿Qué tal si preparo la cena? —Digo reacia a dejar la calidez de su abrazo.

Deslizo mis piernas del sofá y me paro, estirando mis brazos sobre mi cabeza. Mientras camino alrededor del sofá y hacia la puerta, Stefan extiende la mano y sus dedos se deslizan por mi brazo.

Él se para y me sigue.

—¿Qué quieres que haga? —pregunta.

—Puedes dejar salir a Dini y luego poner la mesa.

—Sé lo que me gustaría poner sobre la mesa —agrega con una sonrisa.

—¿Es normal que los daneses piensen en sexo todo el tiempo? —bromeo.

—No puedo evitarlo si te encuentro deseable.

—Me parece extraño que alguien me desee —digo, mi voz se reduce a un susurro.

Él se detiene en seco, su mano se cierne sobre la manija de la puerta y gira la cabeza para mirarme. Lo miro fijamente, a la tristeza que estoy convencida de haber visto en sus ojos.

Él abre la puerta y Dini sale, una vez que la cierra, él camina hacia mí.

—Te deseé desde el momento en que te tropezaste en la lancha. No sé de qué se trata, pero te necesito. Nunca me he conectado con alguien de la forma en que me conecto contigo. Me jalas todo el tiempo. Me asusté por eso y todavía me pateo por enviar esa maldita carta.

Él está cerca; sus manos están a ambos lados de mí en la encimera. Lo miro.

—Sé que sientes lo mismo —susurra.

Levanto la mano y tomo su rostro entre mis manos, él baja la cabeza para que su boca esté solo unos milímetros de la mía. Su cuerpo me presiona contra los armarios y puedo sentir su erección contra mi estómago.

—No sé cómo va a funcionar esto —digo.

—Lo resolveremos, tenemos que hacerlo.

Su beso es suave al principio, profundizándose a medida que crece su deseo por mí. Gimo y le jalo el cabello de la nuca. Su barba incipiente raspa mi cara mientras devora mi boca. Mis piernas se

debilitan, nunca jamás me habían besado con tanta pasión. El momento es interrumpido por el perro que se queja para que lo dejemos entrar.

Él se ríe entre dientes y apoya la frente contra la mía.

—No sé de qué se trata, Jayne, sólo sé que no quiero dejarte ir.

Se aparta y camina hacia la puerta trasera. Frunzo el ceño a Dini mientras se sienta, mueve la cola y mira entre nosotros.

—Yo le daré de comer al perro, tú me alimentas a mí —dice Stefan.

Me rio mientras asalto el refrigerador. Dejo algunos quesos, carnes frías y panes sobre la mesa. Stefan abre una botella de vino tinto.

—¿Qué tal si llevamos esto a la sala? —me dice.

Llevamos los platos y el vino, los colocamos en la mesa de café y hacemos un picnic frente al a fogata mientras cae la noche.

Una vez que hemos comido, me siento en el suelo entre las piernas de Stefan mientras él descansa su espalda contra el sofá. Sus manos están en mis muslos, acariciando suavemente hasta que las mueve hasta mi cintura. Mientras besa mi cuello, desabrocha mis jeans. Agarro sus muslos mientras desliza su mano dentro.

—Esta es la segunda parte de mi fantasía —susurra.

Sus dedos juguetean con mi clítoris. Con la caricia más suave, me hace gemir. Deslizo mis jeans por mis muslos. Me los termino de quitar a patadas. Me inclino un poco hacia adelante y me saco el jersey por la cabeza, desabrocho el sujetador y tiro la ropa a un lado.

Me levanto del suelo y me giro para sentarme a horcajadas sobre su regazo, agarrando el dobladillo de su camiseta, se la levanto por la cabeza. Con una sonrisa, paso mis dedos por la cintura de sus jeans. Abro el botón, bajo la cremallera y, mientras él levanta las caderas, las desliza por sus muslos.

Con solo las llamas parpadeantes por luz, exploro su cuerpo. Beso su cuello, dejando que mi lengua recorra su clavícula sobre su garganta y su barbilla. Sostengo su cabeza entre mis manos y luego beso su boca.

Levanto mi cuerpo para que pueda quitarse los jeans y su ropa interior, todo sin romper ese beso. Hay algo que quiero hacer por él, algo que nunca he hecho antes. Bajo la cabeza, lamiendo suavemente y luego pellizcando su pezón. Me arrastro un poco hacia atrás mientras bajo más. Mi corazón martillea en mi pecho cuando mi lengua toca suavemente la punta de su dura polla. Escucho su fuerte inhalación cuando mis labios se cierran alrededor de él.

Puedo sentir mi cuerpo temblando por los nervios. Sostengo sus caderas mientras bajo la cabeza, llevándolo más a mi boca y chupando mientras me suelta. Sus manos se cierran en puños en mi cabello

agarrándome y tirando. Cuando lo escucho gemir sonrío, quizás no estoy haciendo un mal trabajo después de todo.

Animada por sus gemidos, por el apretón de sus manos en mi cabello, lo tomo más lejos. Chupo más fuerte y dejo que mi lengua gire alrededor de la punta antes de bajar de nuevo.

—Joder —dice mientras lo lleva a la parte posterior de mi garganta.

Me estiro debajo de él para ahuecar sus bolas con una de mis manos. Las rodeo suavemente en mi palma.

—Jayne, mierda, vas a tener que parar —gruñe.

No quiero detenerme; quiero llevarlo a su liberación. Sin embargo, no es algo para lo que esté preparada. Él trata de advertirme, tira de mi cabello para animarme a soltarlo. Siento el pulso de su polla, un líquido caliente se dispara hacia la parte posterior de mi garganta, trato de tragar, pero su corrida llena mi boca más rápido de lo que puedo. Levanto la cabeza sosteniéndolo en mi boca. Mis ojos están muy abiertos con, bueno, supongo, conmoción.

Él se ríe cuando me ve. Trato de no sonreír y me tapo la boca con una mano. Miro alrededor de la habitación, sin saber qué estoy buscando. Stefan me entrega su camiseta y deposito el contenido de mi boca en ella.

—Oh Dios mío, lo siento mucho —le digo.

—¿Primera vez, eh?

—¿Puedes adivinar? —mi cara arde.

—Siento reírme, pero tu cara —continúa riéndose.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Oye, ven aquí —me pide.

Arrastro mis rodillas y él sostiene mi cabeza entre sus manos.

—Fue una mamada increíble. Lamento reírme.

—Soy una mierda con todo esto —digo.

—Eso no es cierto. Jayne, si fueras una mierda no me habría corrido.

Me rio. Creo que nunca he tenido una conversación con tantos términos sexuales.

Él me besa tiernamente. Me preocupa que se pruebe a sí mismo en mi lengua. Él sostiene la parte de atrás de mi cabeza y tuerce su cuerpo; suavemente me acuesta en la alfombra y se acuesta a mi lado.

—Quiero hacerte el amor —susurra.

Hay algo en la forma en que dice esas palabras que hace que las lágrimas rueden por mis mejillas. Él besa mis párpados; sus labios siguen el camino que han dejado las lágrimas. Besa cada parte de mi cuerpo.

Es gentil, se toma su tiempo y hace lo que dijo: me hace el

amor como ningún hombre lo había hecho antes.

Capítulo Catorce

Stefan y yo pasamos el día siguiente conduciendo por la costa, deteniéndonos para tomar fotografías y caminar por las muchas playas que encontramos. Descubrimos un pequeño pub y nos sentamos frente a la chimenea para almorzar. Sobre todo, no hemos dejado de hablar y reírnos.

—Vamos a tener que prepararnos —le aviso.

Llevamos un par de horas de regreso en la cabaña y me he echado una siesta en el sofá. El aire del mar y el caminar me habían agotado.

—Ve a ducharte primero, me levantaré en un minuto —dice.

Stefan ha estado sentado a mi lado con su computadora portátil apoyada en sus muslos. Cierra la tapa y toma su teléfono.

—Voy a llamar a Alec —me dice con una sonrisa.

Subo las escaleras y me desnudo antes de ponerme bajo los cálidos chorros de la ducha. Lo único que le falta a la cabaña es una ducha de alta presión, pero la suave caída de agua es suficiente para lavarme el cabello y limpiar mi cuerpo.

Estoy parcialmente vestida y secándome el cabello con la secadora cuando Stefan entra en la habitación con una toalla alrededor de la cintura, después de haberse duchado. Besa mi hombro al pasar para tomar una camisa limpia del armario.

—Alec te manda saludos —me dice.

—¿Como está?

—Bien, probablemente de fiesta toda la semana. —Stefan se ríe entre dientes ante el pensamiento.

Me encanta que les haya hablado de mí a sus hijos. Hago un plan que haré lo mismo. No estoy segura de cómo va a funcionar nuestra relación pero quiero estar abierta a todo.

Lo veo vestirse. Los músculos de su estómago se flexionan mientras se encoge de hombros en la camisa, sus bíceps se hinchan mientras dobla los brazos para abrochar los botones. Los pantalones ajustados que viste muestran su glorioso trasero.

—¿Observándome? —pregunta, sorprendiéndome, mirándolo.

—Siempre.

Viene a pararse detrás de mí mientras yo me siento en el tocador. Extiende la mano por encima de mi hombro y desliza su mano dentro de la copa de mi sostén. Mi pezón se endurece instantáneamente.

—Sí, eso pensé —dice con un guiño.

—Eres tan engreído. —Me rio mientras él retrae su mano.

—Ah, pero así me amas.

Me quedo inmóvil ante sus palabras; él se queda inmóvil ante sus palabras. Lo veo mirándome en el espejo. Él se inclina para besar mi cuello.

—*Jeg Elsker Dig* —él susurra y luego se aleja.

No he entendido lo que ha dicho. Lo había escuchado decirlo la noche anterior cuando hicimos el amor frente a la chimenea y se me había olvidado pedir una traducción.

Termino mi cabello, aplico mi maquillaje mientras pienso. Lo amo, de eso no hay duda; lo he amado desde hace meses. Necesito entender lo que está pasando entre nosotros y necesito hacer pública nuestra relación.

Elijo un vestido negro y deslizo el pañuelo de seda roja alrededor de mi cuello para ocultar mi escote. La última vez que me puse esta ropa, lo había combinado con una chaqueta. Agarro mis zapatos de debajo de la cómoda y bajo las escaleras.

Escucho a Stefan silbar como un lobo mientras camino hacia la cocina. Él ha alimentado a Dini y está de pie junto a la puerta trasera esperando a que regrese.

—Oh, basta —le digo.

—Te ves preciosa.

Me rio. Agarro mi bolso y las llaves del carro. Cerramos la cabaña y nos dirigimos al restaurante. He optado por conducir ya que Stefan ha estado conduciendo todo el día.

Nos sentamos inmediatamente. El restaurante está medio lleno y, a juzgar por los acentos, supongo que la mayoría son locales. La iluminación es tenue y una vela arde en el centro de la mesa de madera. Un pedacito de cielo es irreconocible por su trabajo diurno como café en la playa por las tardes.

Los menús se colocan frente a nosotros y noto que la mesera enfoca su atención en Stefan. Él es un hombre guapísimo. Esos penetrantes ojos azules podrían hipnotizar a cualquiera, su desordenado cabello rubio parece que acaba de levantarse de la cama y su cuerpo atlético atrae a las mujeres. Creo que me enamoro un poco más de él cuando toma mi mano entre las suyas al otro lado de la mesa.

—¿Nena, qué quieres comer? —él dice con una voz seductora.

Yo hago mi pedido. Sin mirar a la mesera él hace su pedido y ella se va.

Él no menciona a la mesera que salivaba por él, tal vez no se había dado cuenta. Su atención se centra en mí. Pasa su pulgar por mis nudillos mientras me mira. Veo como lentamente se pasa la lengua por el labio inferior.

—Tengo un plan para esa bufanda más tarde —murmura.

Frunzo el ceño, mi mano instintivamente juega con el material de seda. Su mirada es intensa, quiero apartar mis ojos de los suyos, pero me resulta imposible. La charla de los clientes, los olores de la cocina, todo parece desaparecer. En su lugar está solo él. Una tos nos interrumpe; él se reclina en su silla y mira lentamente a la mesera que sostiene el vino.

—¿Quiere probarlo? —me pregunta.

—Por supuesto. —Stefan desliza su copa hacia ella.

Sus manos tiemblan un poco mientras lo vierte. Quiero consolarla, decirle que él tiene el mismo efecto en mí y reprimo una risita ante el pensamiento.

Observo mientras él hace girar el vino, bebe lentamente antes, de nuevo, pasando su lengua por su labio. Es una muestra de pura provocación sexual. Él asiente con la cabeza y ella sirve dos copas.

Cuando ella se va, me levanta la copa.

—Por nosotros —brinda.

Tintineo mi copa de nuevo antes de tomar un sorbo del rico vino tinto.

Nuestras comidas se colocan en la mesa y nuestra charla regresa a terreno seguro. Hasta que lo veo usar sus dedos para pelar una gamba. Me lo tiende.

—Prueba —me ordena.

Extiendo mi tenedor hacia adelante. Él sacude la cabeza. Me inclino ligeramente sobre la mesa y abro los labios; él coloca la gamba en mi boca dejando sus dedos descansando sobre mi lengua un poco demasiado tiempo. Mientras cierro mis labios, lentamente los saca.

—Delicioso —digo. Puedo seguir su juego.

Nunca llegamos al postre. Stefan pide la cuenta y sin apartar los ojos de los míos, deja su tarjeta de crédito en la pequeña carpeta de cuero cuando llega. Me toma de la mano y me saca del restaurante. Cuando llegamos al carro, afortunadamente estacionado en el rincón más oscuro del estacionamiento, me empuja contra la puerta.

—Siente lo que me haces —dice mientras toma mi mano y la coloca sobre su polla.

Aprieto suavemente el bulto que se tensa contra la parte delantera de sus jeans. Presiona su cuerpo contra el mío, atrapando mi mano. Con dos manos a cada lado de mi cara, me besa. Es un beso lleno de desesperación, de nostalgia y que me deja sin aliento.

Un rayo de luz a través del estacionamiento me sobresalta. Se acerca un carro. Me rio mientras Stefan da un paso atrás. Lo veo tomar un profundo respiro antes de rodearme para abrir la puerta.

Mientras conduzco, pasa su mano por mi muslo, me levanto un poco del asiento para que mi vestido se levante con su toque. Cuando sus dedos se deslizan sobre mis bragas, presiona con más fuerza el pie

sobre el acelerador.

—Voy a conducir hacia ese arbusto si sigues haciendo eso —digo, mi voz se eleva con cada palabra.

—Voy a meter mis dedos en ese…

—Oh no, no me digas eso, ahora no.

Su risa tiene un tono perverso. De alguna manera logro regresar. Busco a tientas mi cinturón de seguridad para salir del carro, luego busco un poco más tratando de encontrar las llaves de la cabaña en mi bolso. Él me las quita y abre la puerta. No he dado más de un par de pasos hacia el pasillo antes de que me agarre por la cintura y me empuje con rudeza contra la pared.

Su boca se estrella contra la mía, sus manos recorren mis muslos arrastrando mi vestido hasta mi cintura y escucho el desgarro de la tela de encaje mientras me arranca las bragas del cuerpo.

Agarro la parte superior de sus jeans, desesperada por desabrocharlos y mientras caen libero su polla de sus pantalones. Gime mientras levanta primero un muslo y luego el otro. Su cuerpo me sostiene contra la pared mientras envuelvo mis piernas alrededor de su cintura. Sin una palabra, me empuja. Pone mis brazos alrededor de su cuello y lo sostengo.

Mi espalda raspa contra la pared de piedra mientras me folla. Su cabeza está en el hueco de mi cuello y dice esas palabras, una y otra vez.

—*Jeg Elsker Dig*.

Grito cuando mi estómago se convulsiona, mi cuerpo se convierte en una masa de estática y el calor recorre mi piel. Mi orgasmo me golpea fuerte y rápido. Jadeo por respirar y mis dedos se clavan en su espalda.

Lo veo echar la cabeza hacia atrás, su mandíbula está apretada y con los dientes apretados grita mientras se corre.

—Joder —dice.

Mis piernas han comenzado a temblar. Dejo que mi frente caiga sobre su hombro y siento el escozor en mis omóplatos por el ladrillo desnudo contra el que se han estado frotando.

Poco a poco suelta mis piernas, pero mantiene mi cintura. Estoy agradecida; no pienso que me fueran a sostener. Cuando finalmente me mira, sonríe mientras se muerde el labio inferior.

—Joder —susurra.

Antes de que pueda responder, se quita los jeans, vuelve a ajustar su pene en sus pantalones y me levanta. Me rio mientras me carga escaleras arriba.

—¿Recuerdas tu fantasía? —murmura.

El dormitorio está oscuro, pero el cielo está despejado. La luna ilumina la habitación mientras me coloca frente al espejo de cuerpo

entero que está en una esquina.

Mientras está de pie detrás de mí, baja la cremallera de mi vestido y se amontona alrededor de mis pies. Alarga la mano y desata suavemente la bufanda, deslizándola lentamente de mi cuello. Me quedo de pie con solo mi sostén mirando mientras levanta la bufanda y me la coloca sobre los ojos. Me la ata en la nuca.

—Confía en mí —me pide.

Siento que desabrocha mi sostén y desliza los tirantes de mis hombros. Siento su aliento caliente y sus labios suaves mientras bajan por mi espalda. Jadeo cuando pasa la lengua por mi trasero.

—Arrodíllate —me ordena. Yo cumplo; mis piernas luchan por sostenerme.

—Separa las piernas —susurra.

Lo siento arrodillarse detrás de mí; siento su ya dura polla descansar contra mí.

—Tócate.

Dudo un poco.

—No lo pienses, sólo imagina lo que te hago.

Mi mano tiembla mientras coloco mis dedos tentativamente justo encima de mi clítoris. Me apoyo en él. Sus brazos se deslizan alrededor de mi pecho, cada mano ahuecando un pecho y puedo sentir su aliento en mi cuello mientras mira por encima de mi hombro.

Mi corazón martillea mientras lo toco lentamente. La humedad me sorprende.

—Ese soy yo, es parte de mí lo que tienes ahí. Empápate de mí —él dice. Su voz es tan tranquila que me esfuerzo por escuchar.

La pegajosidad cubre mis dedos mientras me exploro. Mi carne se quema con mi toque. Cuando paso la punta de mis dedos sobre mi clítoris, es como si una corriente eléctrica me hubiera atravesado. Gimo.

—Fóllate con los dedos.

Meto dos dedos dentro de mí. Estoy mojada, muy mojada y caliente.

—Quiero mi lengua en ti, quiero probarte y beber tu corrida. ¿Puedes sentir mi lengua? —En mi mente puedo verlo. Asiento.

—Y luego voy a golpear mi polla dentro de ti con tanta fuerza que lo sentirás aquí. —Pone su mano en la parte baja de mi estómago.

—Sentirás que te follo duro porque no puedo profundizar lo suficiente, no puedo hacerlo lo suficientemente rápido. No puedo tener suficiente de ti.

Su voz es ronca, su respiración se acelera.

—*Nunca* podría tener suficiente de ti —susurra.

Gimo. Lucho por respirar mientras mis dedos se mueven más rápido ante sus palabras y ante las imágenes que tengo en mi cabeza.

—Ahora mira —él dice. Me quita la bufanda de la cara y mi mandíbula se abre por la sorpresa.

No reconozco a la persona frente a mí, el reflejo en el espejo no es mío. Mis ojos están entrecerrados; el verde normalmente brillante es oscuro a medida que mis pupilas se dilatan. Mi cabello es un desastre, un desastre sexy. Mis pezones están tan duros que la piel a su alrededor se ha arrugado, pero son mis dedos los que miro. Se acarician, se burlan, se cubren de jugos, pegajosos de color blanco. Me corro por mi mano.

Stefan se mueve ligeramente hacia un lado. Veo como agarra su polla con una mano y la otra envuelta en mi cabello. Lo miro con total fascinación mientras se complace a sí mismo. Su mano se desliza sin esfuerzo por su pene, su pulgar recorre la punta antes de bajar. Inconscientemente, igualo su velocidad. Cuanto más rápido me acaricio, más rápido me folla. Nunca he visto a un hombre masturbarse antes, nunca había visto las emociones que cruzan por su rostro, o la vena que abulta en sus bíceps y frente mientras aprieta los dientes.

—Necesito estar dentro de ti —gruñe.

Él se mueve detrás de mí empujando mis omóplatos para que caiga hacia adelante sobre mis palmas. Antes de que tenga la oportunidad de tomar un respiro, me empuja con tanta fuerza que me sobresalto y mis rodillas se deslizan sobre la alfombra. Él agarra mi cabello y levanta mi cabeza.

—Míranos —gruñe, su voz es áspera.

Observo. Lo veo arrodillarse detrás de mí, lo veo entrar y salir mientras yo estoy a cuatro patas. Lo veo tirar de mi cabello para mantener mi cabeza erguida, y él me mira.

El sudor rueda por su frente y gotea sobre mi trasero. Clavo mis dedos en la alfombra mientras el puro deseo carnal se apodera de mí. Me obligo a retroceder en cada estocada que me da, necesitándolo más profundamente. Grito su nombre mientras lo veo correrse.

Mi visión se vuelve borrosa, un ruido llena mi cabeza, sólo ruido blanco. Un pulso late en mi cuello mientras la sangre bombea con fuerza alrededor de mi cuerpo. Quiero rasgar su piel, quiero morder, besar y saborear. Bajo los codos mientras mis brazos tiemblan amando los tirones más apretados de mi cabello y luego me corro. Un tren de carga me golpea en el corazón. No puedo controlar las contracciones musculares y no tengo ganas de hacerlo. Stefan se derrumba encima de mí; sus brazos temblorosos aterrizan a ambos lados de mi cabeza. Él apoya la frente en mi espalda y cuando mis piernas ceden y me deslizo hasta el suelo, él se tumba encima de mí.

No puedo hablar, no puedo recuperar el aliento, pero lloro. Los sollozos sacuden mi cuerpo. Stefan rueda hacia un lado y me acuna

contra su pecho. Somos un lío de sudor que ha comenzado a enfriar nuestros cuerpos, de semen que ha comenzado a secarse en nuestra piel.

—Dime, por favor, dímelo —me ruega. Cuando lo miro, se le han formado lágrimas en los ojos.

—Jeg Elsker Dig —susurro.

Sé lo que eso significa sin la necesidad de buscar en Google. Te amo.

Cierra los ojos, apoya la espalda contra la cama y me lleva a su regazo, las lágrimas ruedan por su rostro.

***

Mi cuerpo está rígido y frío cuando abro los ojos. No puede haber pasado más de una hora.

—No puedo dejarte ir —él responde y luego se ríe.

—Nunca me sueltes —le susurro.

Tengo que moverme, me duelen las piernas. Lentamente me paro y extiendo mis manos para ayudarlo. Me acerca a su pecho y besa la parte superior de mi cabeza.

—Necesito una ducha —digo.

—¿Qué tan repugnante pensarías que soy si te dijera que me encanta el olor de nosotros en tu piel?

—Oh… podría tener que pensar en eso.

Él se ríe mientras toma mi mano y caminamos hacia el baño. Abre la ducha y me hace entrar. Me pongo de pie mientras vierte gel sobre la esponja y me la pasa por el cuerpo. Él me lava y, a cambio, yo lo lavo a él.

Envueltos en toallas, regresamos al dormitorio. Seco mi cuerpo y mi cabello lo mejor que puedo antes de meterme debajo del edredón.

—Dejaré salir a Dini y luego volveré a subir —dice. Sale de la habitación con la toalla alrededor de la cintura.

Me quedo pensando en lo que ha sucedido. Siempre ha existido una conexión, pero algo ha cambiado. Nuestras almas se han fusionado, nos convertimos en uno. Trato de luchar contra la pesadez de mis párpados; trato de permanecer despierta. Siento que la cama se hunde cuando él se sube y me rodea con sus brazos. Le oigo susurrar que me ama. Creo que lo digo de nuevo, sé que pasa por mi mente una y otra vez.

***

Me despierto sobresaltada, la habitación está a oscuras y me quedo quieta, escuchando. Unos segundos después lo escucho de nuevo; un

golpe en madera.

—Stefan, despierta —le digo.

Me levanto de la cama y agarro mi bata. La envuelvo a mi alrededor mientras camino desde el dormitorio.

—Espera, no bajes, quédate aquí —escucho, pero ya estoy a la mitad de las escaleras.

Lo escucho maldecir y tropezar por el piso encima de mí. Llaman rápidamente y con urgencia desde la puerta principal. Extiendo la mano para abrirla mientras Stefan baja las escaleras. Abro la puerta cuando llega al último escalón.

Carla se para bajo la luz del porche y cuando la miro, lo sé.

No sé cuándo, pero sé que he dado un paso atrás; sé que me he caído de rodillas, pero lo que no puedo entender es de dónde viene el ruido. El sonido es como el de un animal torturado, mutilado. Resuena por la habitación y busco frenéticamente sus orígenes. Siento unos brazos a mi alrededor, pero lucho. Necesito salvar al animal; tal vez es Dini. Es solo cuando no me queda aliento que me doy cuenta de que el sonido ha venido de mi interior.

Me quedo quieta, confundida. Mis ojos no se enfocan. Sé que Stefan se ha arrodillado frente a mí, puedo sentir su pecho bajo mis dedos. También puedo sentir pegajosidad. Me acerco los dedos a los ojos y veo sangre. ¿Quién tiene sangre en mis dedos?

Miro hacia arriba y cuando mi visión se enfoca veo a Carla. Se cubre la boca con las manos y solloza. ¿Por qué está ella aquí? ¿Por qué está llorando?

Y luego recuerdo sus palabras. Abro la boca y vuelvo a gritar.

Mi mundo se disuelve, implosiona. El dolor me desgarra como un cuchillo a través de la mantequilla blanda. Me duele como nunca lo había hecho antes. Envuelvo mis brazos alrededor de mí y me balanceo tratando de aliviar el dolor y tratando de detener las palabras que he escuchado corriendo por mi cerebro. Quiero cantar, en voz alta, para ahogar esas palabras. Pero no importa cuán fuerte grite, y creo que eso está en mi cabeza, esas palabras siguen ahí.

Mi hijo está muerto.

Capítulo Quince

Estoy sentada en el sofá; No recuerdo haber llegado allí. Stefan está arrodillado frente a mí y está levantando un pie para colocarlo en la pierna de mis jeans.

—¿Por qué me estás vistiendo? —le pregunto; mi voz está ronca.

—Tenemos que irnos —escucho.

Carla se ha sentado a mi lado. Ella toma una de mis manos entre las suyas.

—¿Ir a dónde?

—Tenemos que irnos a casa —dice.

La veo mirar hacia Stefan y cuando sigo su mirada veo los cortes en su pecho. Les acerco los dedos. Yo había hecho eso.

—Nena, mírame. ¿Puedes escucharme? —me ruega.

Lo miro a los ojos.

—Sí —digo.

—Carla te llevará a casa, empacaré aquí y te llevaré tu carro, ¿de acuerdo?

—Empaca —digo con un asentimiento.

Me toma de las manos y me ayuda a ponerme de pie. Lo siento levantar mis jeans hasta mi cintura y luego me colocan un suéter sobre mi cabeza. Me vuelvo a sentar en el sofá y Stefan y Carla hablan, hacen planes, pero no estoy interesada.

No me importan mis cosas. Solo quiero ir a buscar a mi perro. Quiero ver que fue un terrible error. No es mi hijo, es de otra persona. Me reiré y luego me sentiré terriblemente culpable cuando les diga que se han equivocado.

Ben llegaría corriendo a casa y yo lo sostendría en mis brazos y tal vez lloraría de alivio.

Me paro y camino hacia la puerta principal. Escucho que me llaman por mi nombre. Stefan me envuelve en sus brazos.

—Estaré allí lo más rápido que pueda, ¿de acuerdo? —anuncia. No puedo responder: sólo asiento.

Me subo al asiento del pasajero del carro de Carla y ella sale del camino. Guardo silencio hasta que llegamos a la autopista.

—Dime de nuevo —susurro.

—Oh, Jayne. No puedo.

—Por favor dímelo de nuevo.

No la he mirado. Sé que está llorando, puedo escucharlo en su voz.

—Ben conducía a casa, creen que su carro patinó sobre hielo.

No conozco todos los detalles. Se golpeó la cabeza.

—¿Y crees que está muerto?

—Él lo está… Él no lo logró. Lo llevaron al hospital, pero no lo logró.

—¿Quién estaba con él?

Ella no me responde. Me hundo en mi asiento y acuno mis piernas contra mi pecho. La realidad comienza a infiltrarse en mis pensamientos. Mi hijo está muerto. Lloro, lloro tan fuerte que me duele el estómago.

—¿Murió solo? —Digo entre sollozos.

Una vez más, ella no responde y lo sé entonces. Mientras estaba pasando el momento más asombroso de mi vida, mientras estaba en los brazos de un hombre al que solo dos personas conocen, mientras yo había tenido un orgasmo tras otro, mi hijo había muerto solo. La culpa me consume. Suspiro.

Carla se detiene con un chirrido en el arcén de la autopista justo a tiempo para que yo abra la puerta y vomite sobre el asfalto. Agotada, me dejo caer en el asiento del automóvil y continuamos el viaje en silencio.

Mis nervios están tintineando cuando nos detenemos en mi camino. Todas las luces de la casa están encendidas. La puerta principal se abre cuando salgo del carro. Mi madre está en el umbral de la puerta con lágrimas corriendo por su rostro. Corro hacia ella y me rodea con sus brazos. Ella me conduce a la sala. Kerry está sentada en el sofá con su mamá. Ella se pone de pie. Camino hacia ella y ella solloza en mi pecho. La siento y toma el asiento que ha dejado su madre.

—¿Qué pasó? —le pregunto.

—No sé. Un policía llamó a la puerta. Entré en pánico y llamé a Carla. —Ella está inconsolable.

Mientras estamos sentadas, una mujer policía sale de la cocina con una bandeja de tazas. Me irrita que se haya estado ayudando a sí misma en mi casa. Deja la bandeja en la mesa de café y luego se presenta como Oficial de Enlace Familiar. Asiento con la cabeza hacia ella.

—Quiero ver a mi hijo —le digo.

—Haré algunas llamadas —ella responde.

No tengo ni idea de qué hacer. Mantengo mi brazo alrededor del hombro de Kerry y observo a la gente hacer llamadas, moverse como si supieran qué hacer.

—¿Alguien se ha puesto en contacto con Michael? —le pregunto.

—Está en camino —responde Carla.

—¿De Japón?

—No, estaba con sus padres.

—¡Casey!

—Ella está con Michael —responde mi mamá.

—¿Por qué? ¿Por qué no está aquí?

Nadie me responde. Estoy entumecida; tengo frío, tanto frío que no puedo dejar de temblar. No lo creeré hasta que vea a mi hijo.

La mujer policía habla con Carla y me dicen que puedo ver a Ben.

—¿Quieres venir? —le pregunto a Kerry.

Ella asiente con la cabeza y le pido a Carla que se lo haga saber a Michael. Necesito irme, necesito verlo por mí misma, me niego a permitirme creer lo que me han dicho y me niego a llorar más.

Kerry y yo somos llevadas en un carro de policía al hospital. Cuando llegamos veo a Michael paseando. Caminamos hacia él.

—¿Dónde diablos has estado? —grita.

Su tono vicioso me detiene en seco.

—Mi hijo murió solo, ¿dónde has estado? —él pregunta de nuevo.

La mujer policía se interpone entre nosotros.

—¿Por qué no averiguamos dónde está Ben? Puedes discutir esto más tarde —ella dice. Entonces ella me empieza a agradar.

Nos llevan a una habitación y nos piden que esperemos. Michael continúa caminando sin hacernos caso, y mi sangre comienza a hervir. Pueden haber sido solo unos minutos, pero estar sentada en los confines de este lugar con la ira que irradia Michael y asfixiarme me hace perder la noción del tiempo.

—Estamos listos ahora —escucho. Un médico ha entrado en la habitación.

Nosotros seguimos. No estoy lista, mi cabeza palpita, mis palmas sudan y me duele el pecho. La puerta se abre y vacilo. Puedo verlo. Puedo ver a mi hijo acostado en una cama con una sábana cubriéndolo, dejando solo su cabeza expuesta.

Le han afeitado el cabello. ¿Por qué le han afeitado el cabello?

Sollozo mientras camino hacia adelante. No estoy al tanto de nadie más en el lugar; sólo somos Ben y yo. Cierro los ojos mientras alargo la mano para tocar su mejilla.

—Él tiene frío, necesita una manta —susurro.

Puedo escuchar a alguien hablando; se está dando una descripción clínica de lo que le ha sucedido a mi hijo. No quiero escuchar; no quiero saberlo. Mi hijo está muerto.

Salgo corriendo de la habitación y paso por el camino a Kerry que solloza. No puedo detenerme; No puedo ayudarla. Necesito aire; siento como si me estuviera asfixiando, no puedo llevar suficiente oxígeno a mis pulmones. En mi cabeza, o tal vez es real, grito hasta

que llego a la puerta principal y salgo corriendo a la madrugada. Me deslizo por una pared sobre el pavimento sucio y dejo que mi cabeza caiga sobre mis rodillas.

***

—¿Te llevo a casa?

Miro hacia arriba y a los ojos de la oficial de enlace. Kerry se para a su lado y me obligo a ponerme de pie. Tiro de Kerry en mis brazos, pero no tengo palabras de consuelo.

Michael pasa a grandes zancadas y se sube a su carro, se aleja rugiendo sin decirnos una palabra. Sin embargo, cuando llegamos a casa, noto que su carro está estacionado afuera de mi casa. También veo mi propio carro estacionado en el camino.

Mientras camino hacia la sala, siento la hostilidad. Mis suegros están con Casey entre ellos. Carla se para junto a Stefan. Michael se queda de pie con los brazos cruzados sobre el pecho y se apoya contra la ventana.

—¿Dónde estabas y quién es este? —pregunta Michael.

—No creo que sea de tu incumbencia —responde Carla.

Camino hacia Casey con los brazos extendidos. Espero que ella corra hacia mí; en lugar de eso, la veo dar un paso atrás, protegiéndose detrás de su abuelo.

—Entonces, mientras mi hermano murió, solo, ¿estabas de vacaciones follándote a este hombre? —Me escupe las palabras.

Me quedo en silencio.

—¡Casey! —Kerry ha hablado por primera vez.

—No me hables en ese tono. Mi hermano murió y ella debería haber estado allí.

—¿Qué hay de ti o de él? Cualquiera de los dos podría haber llegado allí. Tú sabías, Michael, te lo dijeron, pero nadie me avisó. Estoy embarazada de tu hijo y no pensaste en decírmelo. Enviaste a un policía—le reclama Kerry.

—¿Es eso cierto? —le pregunto. La habitación se queda en silencio.

—¿Lo sabías y no fuiste a ver a nuestro hijo? Maldito cobarde.

Me le tiro encima. Años de frustración, de verlo descuidar a su único hijo rompen el dique. Antes de que pueda hacerle daño, siento dos brazos rodeándome. Grito y pateo.

—Nena, cállate. Cálmate —dice Stefan.

Escucho una risa amarga. Casey y los suegros caminan hacia mí, todavía estoy atrapada en los brazos de Stefan.

—Eres una puta —dice mi hija antes de abofetearme.

Yo la miro.

—Salgan de mi casa —les grito a todos.

Mientras se alejan, me derrumbo en el suelo, un desastre de sollozos. El único ruido en la habitación son las lágrimas y la angustia.

—Debería haber estado allí —susurro.

Stefan se arrodilla a mi lado; me apresuro hacia atrás. Me siento sucia; Me siento como la puta que me había llamado mi hija. Me estaba follando a un hombre en secreto mientras mi hijo agonizaba. Sé que no podría haberlo salvado, pero debería haber tomado su mano, debería haberle susurrado palabras de consuelo mientras tomaba su último aliento. Debería haber sido yo quien se lo dijera a Kerry y no un extraño.

—Tienes que irte —le digo. No puedo mirarlo.

—No hagas esto —él susurra.

—Por favor, déjame en paz, al menos por un tiempo. Yo debería haber estado aquí, Casey tiene razón.

—Casey está mal, Jayne —dice Carla.

Me paro y salgo de la sala. Necesito estar sola, estar sola y dirigirme a mi habitación. Cierro la puerta y me tiro sobre la cama. Mientras entierro mi cabeza en mi almohada, lloro. Cada fibra de mi ser herida. Maldigo y suplico a Dios en igual medida. Quiero gritar, quiero despertar y que todo ha sido un sueño.

***

No sé cuánto tiempo he estado en mi cama, pero la habitación se ha oscurecido. Me duele la garganta, mis ojos están tan hinchados que apenas se abren y la piel de mi cara está adolorida por mis lágrimas saladas. Escucho un suave golpe en la puerta.

—Por favor, déjame entrar —dice mi mamá.

Deslizo mi cuerpo dolorido de la cama y cruzo la habitación. Cuando abro la puerta, caen nuevas lágrimas.

—Oh, mamá —digo.

Ella me lleva de regreso a la cama y se sienta a mi lado, acunándome en sus brazos. Me acuna como lo había hecho cuando era niña.

—No sé qué hacer —susurro.

—Lo sé, querida.

Realmente no hay palabras, ¿qué dice uno?

—¿Quieres bajar las escaleras? ¿Quizás tomar algo?

Me paro. Cada descenso de las escaleras hace que mis músculos palpitan y mi cabeza dé vueltas. El agotamiento se ha apoderado de todos los huesos.

Kerry está acurrucada en el sofá, su madre está sentada a su lado con la mano apoyada en el muslo. Carla corre hacia mí.

—Ven y siéntate —dice.

Miro alrededor del lugar.

—Él se ha ido a mi casa —ella dice.

Hay una pequeña parte de mí decepcionada, pero asiento de todos modos.

Capítulo Dieciséis

Es la culpa lo que me consume. Me carcome como un cáncer. Mi estómago es un caldero de ácido que arde, pero agradezco el dolor. Es mi castigo por lo que hice.

A medida que pasan los días, me hundo cada vez más en un mundo propio. Dejo de hablar, no me he duchado y no puedo comer. Duermo mucho, totalmente exhausto todo el tiempo. Incluso me cuesta caminar, cada paso es tan arduo como correr entre melaza.

Carla, mi madre e incluso Kerry al final me acosan para que hable con Stefan. Él llama, envía un mensaje de texto, incluso ha aparecido en la casa, pero no puedo verlo. Por inexplicable que sea, no quiero que me vea en el estado en el que estoy. Sin embargo, no hago ningún esfuerzo por cambiar eso. Nada tiene sentido. Miro a las personas en la habitación y sé que están hablando, pero no las escucho. Todo lo que escucho son cuatro palabras nadando alrededor de mi cabeza.

Cállense la boca.

Comida tras comida congelada en platos que han colocado frente a mí. No tengo ganas de comer. Basta beber un sorbo del vaso de agua que se refresca constantemente.

Miro las expresiones de preocupación en los rostros de Carla y mi madre y se agrega otra capa de culpa. Pesa tanto en mi corazón que deseo que deje de latir. No quiero vivir. Me despierto cada mañana y lloro porque no he muerto durante la noche. No quiero vivir en un mundo en el que me consideran una puta, donde tanta hostilidad se dirige hacia mí y donde mi precioso hijo está muerto.

***

—Él se va a ir hoy, por favor acepta verlo antes de que se vaya —escucho decir a Carla.

Frunzo el ceño. ¿Quién se va?

—¿Ben se va? —pregunto.

La veo mirar hacia mi madre. Las lágrimas ruedan por sus mejillas y me callo antes de que responda.

—Necesitas ducharte. Quiero que te levantes, jovencita.

Miro a mi mamá. La persona que veo es la madre que tuve hace treinta años. Ella se para con las manos en las caderas. Me pongo de pie, aunque el esfuerzo me hace estremecer. No he dejado el sofá en días.

La sigo escaleras arriba y al baño; ella me despoja de mi ropa,

mis brazos están demasiado débiles para ayudar. Me meto bajo la ducha y espero a que gire la llave. Ni siquiera el impacto del frío antes de que el agua se caliente me despierta. Me quedo de pie con los brazos colgando a los lados y dejo que el agua corra sobre mí. A través de la bruma, la visión borrosa, veo un cepillo de uñas. Lo alcanzo. En mi cerebro neblinoso tengo la idea de que me limpiará lo puta.

Froto mi piel hasta que está roja en carne viva, hasta que sangro en algunos lugares. Sigo frotando hasta que me lo arrebatan de la mano. Lloro; lo quiero de vuelta. Si sangro, me limpiará. Necesito sangrar.

Mamá cierra la ducha y envuelvo mi cuerpo con una toalla. Me quedo mirando los brazos, la piel en carne viva y los pequeños puntos de sangre que rezuman suavemente hacia la superficie.

—¿Qué has hecho? —susurra. Siento la angustia en su voz y se agrega otra capa de culpa.

Hay un par de pijamas limpios sobre la cama; me ayuda a ponérmelas antes de colapsar debajo de un edredón limpio. Necesito dormir. Es solo durante el sueño que mi cerebro se calma lo suficiente como para recordar a mi hijo y quiero recordarlo, cada minuto del día.

***

Me despiertan al día siguiente, o podría haber sido días después, no tengo idea, por Carla y mi mamá. Una mujer los acompaña. Se sienta en el borde de mi cama y tiene ojos amables; recuerdo claramente sus amables ojos.

—Jayne, soy la doctora Hogan. ¿Crees que podamos charlar?

Yo la miro.

—El clima es un poco templado en este momento, ¿no crees?

Ella sonríe. No quiero que sonría. Me siento mal por haber sido tan grosera, y se agrega otra capa de culpa.

Cierro mis ojos. —Mi hijo murió, yo no estaba allí tomándolo de la mano como debería haber estado una madre. En cambio, ¿quieres saber dónde estaba? —Mi voz es desafiante.

—Estaba teniendo el mejor sexo que he tenido en mi vida. He tenido un amorío; yo causé la ruptura de su matrimonio. Mi familia me odia, mi hija piensa que soy una puta y probablemente tenga razón si supiera lo que realmente hice.

Las palabras salen de mi boca y no puedo detenerlas.

—He sido egoísta, ensimismada y ahora mismo, doctora Hogan, sólo quiero morir. Quiero cerrar los ojos y no despertar nunca. Me enojo cada vez que lo hago. ¿Qué te parece para empezar?

—Creo que es un gran comienzo. ¿Cómo progresamos desde aquí? —me pregunta.

—¿Cómo progresamos? No tengo ni puta idea.

—Necesitas ayuda para procesar esto.

—Necesito cerrar los ojos y que todo sea un sueño. Necesito retroceder el reloj. Necesito que mi hijo entre por esa puerta y todo sea una broma terrible.

Me apago, la conversación ha terminado. Me giro de costado y cierro los ojos.

Siento que la cama se mueve cuando ella se pone de pie, la puerta del dormitorio se cierra y escucho susurros de más allá. No tengo ganas de saber de qué se trata la conversación.

Aproximadamente una hora después, la puerta del dormitorio se abre de nuevo. Suspiro, irritada por la perturbación.

—Jayne, te he traído té —escucho. Me incorporo al oír la voz de Kerry.

—Oh, niña. Ven aquí —digo.

Ella corre a través de la cama para sentarse a mi lado. Es impactante ver que ha perdido mucho peso. Debería haber estado cuidando de ella.

—Michael está organizando el funeral, Jayne. Necesitamos detener eso. Ben no quería ser enterrado. Por favor, ayúdame, legalmente no tengo nada que decir.

—Necesito mi teléfono.

Se levanta de la cama y noto lo grande que se ha vuelto su barriguilla. El bebé debe nacer en poco más de un mes y cierro los ojos para evitar más lágrimas.

No es Kerry quien regresa al dormitorio, sino Carla. Se sienta a mi lado y toma mi mano entre las suyas.

—He hablado con Michael. No puedes llamarlo, Jayne.

—¿Por qué?

Ella respira hondo.

—Quiere denunciarte por agresión. Tengo a mi abogado involucrado porque las cosas se van a poner feas. Él solicitará el divorcio por adulterio.

Estoy demasiado aturdida para hablar al principio.

—Él es el que tuvo un amorío, estamos separados —digo.

—Es una de esas peculiaridades, pero no importa quién presenta qué. Voy a luchar con uñas y dientes por ti.

—¿Qué debo hacer?

—Necesitas levantarte, necesitas ayudarme a luchar.

—No tengo la energía. Creo que tengo gripe.

—Perdiste a tu hijo, estás cayendo en una espiral de depresión y nadie puede culparte por eso. Pero necesito que nos ayudes. Stefan llama todos los días, ¿quieres hablar con él?

—No puedo. Simplemente… no puedo.

—¿Pero por qué?

¿Cómo podría explicar cómo me siento? Yo misma no me conozco. Solo sé que hay oscuridad en mi mente y es reconfortante. Los gritos, el llanto, el pensamiento se han detenido. Estoy en un agujero negro y quiero quedarme allí. La oscuridad me rodea; no tengo que sentir. No tengo que recordar ni responsabilizarme de nada. Si hablo con Stefan, todo volverá y estoy asustada. Estoy aterrorizada de hacer lo único que realmente quiero hacer: suicidarme.

He pensado en morir en los últimos días. Me acuesto por la noche completamente despierta y sé que, si tuviera la energía, podría bajar las escaleras y tragar suficientes pastillas para detener el dolor, para siempre. Algo siempre me inmoviliza contra la cama. Solo necesito unos días más.

—Por favor, ayuda a Kerry —le susurro.

—Lo haré, créeme, lo haré. Tengo un medicamento para ti, algo para la *gripe*.

Tengo en la mano una pequeña pastilla blanca. La miro con sospecha.

—No necesito nada para la gripe.

—Es un antidepresivo, solo para ayudarte durante los próximos días.

—¿De quién fue la idea?

—La doctora Hogan piensa que necesitas algo solo para ayudar con el dolor.

—Solo necesito ayuda con el funeral. Estaré bien, puedo lidiar con mi dolor y seguramente se me permite llorar.

Suspira y dejo la pastilla en la mesilla de noche.

—No sé qué hacer para ayudar. —Su voz suena pequeña.

—Estar aquí ayuda, gracias. Sólo necesito que alguien detenga este funeral. Ben no puede ser enterrado. —Estoy desesperada.

—Lo intentaré.

Carla se pone de pie y antes de salir de la habitación se inclina y besa mi frente. Ella es otra que ha perdido peso y su inmaculado atuendo normal está arrugado.

Cuando estoy sola, tomo mi teléfono y lo enciendo. Elimino los mensajes de texto sin respuesta de Stefan, paso las llamadas perdidas y busco en mis contactos el número de Casey. Me llevo el teléfono a la oreja con una mano temblorosa y lo escucho sonar. Suena y suena. Su buzón de voz habitual no se activa y, después de un par de minutos, la llamada se corta. Envía un mensaje de texto.

—¿Cariño, puedes llamarme?

Deslizo mis piernas a un lado de la cama y me siento. Kerry necesita mi ayuda; tengo que mover mi cuerpo sin importar el dolor. Agarro la pequeña pastilla blanca y la hago rodar entre mis dedos.

Cierro los ojos mientras me lo meto en la boca y bebo un sorbo de agua.

***

—Eres un bastardo desagradable. Créeme cuando digo que pelearemos contigo por esto —escucho decir a Carla en su teléfono.

Dudo junto a la puerta de la sala con la esperanza de que no me noten.

—Él también es su hijo —le dice.

¿Con quién está hablando? Carla se gira y me ve. Ella me da una sonrisa triste.

—Lo digo en serio, Michael, estaremos allí y serás cortés o se desatará el infierno. —Corta su llamada.

—¿Qué fue eso? —le pregunto. Noto el cambio de tono en mi voz.

—Ven y siéntate, déjame traerte un poco de sopa.

Me siento en el sofá mientras ella corre a la cocina. Un minuto después, mamá regresa con una bandeja.

—¿Dónde está Kerry? —le pregunto.

—Ella está durmiendo. El médico también la vio, le hizo un chequeo. Necesita descansar mucho, como tú, y comer.

Carla regresa a la habitación con otra bandeja para ella. Ella se sienta a mi lado y me anima a comer. No tengo hambre, pero tomo un par de bocados más para complacer y dejar de fastidiar.

Cuando termino, coloco la bandeja en la mesa de café.

—¿De qué se trató esa llamada? —le pregunto.

Veo la mirada que pasa entre mi mamá y Carla.

—Michael no cambiará ninguno de los detalles del funeral y te pide que no asistas. No cree que estés lo suficientemente *bien*.

—¿Él cree que no estoy lo suficientemente bien? ¿Qué diablos significa eso y cómo sabe algo de mí?

—Está siendo un idiota y no lo toleraré —dice mamá—. De hecho, voy a ir.

Ella sale apresuradamente de la habitación y agarra su abrigo.

—Mamá, no lo hagas. Yo voy; no puede detenerme. ¿Cuándo y dónde es?

No pensé que me queden lágrimas, pero unas nuevas ruedan por mis mejillas. ¿Cómo puede tratar de mantenerme alejado del funeral de mi hijo? ¿Qué clase de hombre hace eso?

—¿Por qué tendría que hacer eso? —susurro.

Mamá regresa a la habitación, se sienta a mi lado y me pasa el brazo por los hombros.

—Porque es un idiota desagradable atormentado por la culpa.

Si la situación no fuera tan grave, habría encontrado divertido

el uso de la palabra idiota saliendo de la boca de mi madre. Ella nunca maldice normalmente.

—Cariño, necesitamos ponerte lo suficientemente en forma. Tienes que caminar en esa iglesia con la cabeza en alto y tomar tu lugar al frente. ¿Nos ayudarás a hacer eso por ti?

Asiento. Yo necesito encontrar la fuerza suficiente para pasar ese día. Podría colapsar de nuevo en mi mundo después.

***

No hay ningún carro fúnebre negro para nosotros el día del funeral. No hay visitantes en nuestra casa, no hay flores en nuestra puerta. Pero nos vestimos, cuatro mujeres de luto, y salimos hacia un carro que espera. Carla ha hecho arreglos para que un carro negro con conductor nos recoja. Llegamos a la iglesia al mismo tiempo que el carro fúnebre y la limusina negra. Carla le indica a nuestro conductor que se detenga detrás de ellos. Salimos del carro al mismo tiempo y mantengo la cabeza en alto. Casey no mira hacia arriba; Michael mantiene la cabeza gacha, pero su madre, Francis, se acerca.

Ella pone su mano enguantada sobre mi brazo.

—Lo siento mucho. Discutí con él sobre esto —dice.

También se ve como si le hubieran caído los años encima.

—No es tu culpa, Francis. Mantenerme alejado del funeral de mi propio hijo es lo más bajo que ha hecho tu hijo y ha hecho algunas cosas bastante horribles.

¿Está su furcia aquí con él? ¿La mujer con la que ha tenido una aventura durante años?

Su rostro palidece.

—Oh, ¿no sabías sobre ella? Lo siento —agrego.

Le doy unas palmaditas en la mano y comienzo a caminar hacia la iglesia. Muchos de los amigos de Ben me detienen y me complace ver que nadie habla con Michael.

Agarro el brazo de mi madre y entramos en fila en la iglesia. Me siento en el banco delantero con Kerry, mi mamá y Carla; Michael se sienta al otro lado del pasillo. Me niego a mirar por encima. Me niego a reconocerlo.

Uno de los amigos de Ben se pone de pie y dice unas palabras. Es un discurso conmovedor de alguien que lo conocía desde la infancia. Habla de la diversión que tuvieron, me menciona muchas veces y habla con cariño de Kerry y el bebé. Una vez más, Michael no es mencionado. ¿Cómo pudo pensar que puede organizar un funeral para alguien que ni siquiera conoce?

Cuanto más dura el servicio, más me enfurezco. Me siento rígida y descubro que estoy luchando por respirar. Mamá pone su mano en mi brazo y miro hacia abajo. No me había dado cuenta de

que había estado sosteniendo su mano y apretaba con más fuerza cuanto más aumentaba mi ansiedad.

—Sólo respira —ella susurra.

La habitación nada, el eco alrededor del interior de piedra hiere mis oídos y mi visión se vuelve borrosa. Puedo sentir mi corazón acelerado, late tan fuerte en mi pecho que siento dolor físico. Mis piernas tiemblan y en ese momento quiero correr. Quiero salir de la iglesia y seguir corriendo. Me concentro en la madera oscura, ataúd grotesco con la ridícula variedad de rosas en la parte superior. Ben odia las rosas. ¿Por qué Michael no sabe eso?

Afortunadamente, antes de llegar al punto de desmayarme, el servicio ha terminado. Carla se pone de pie; mi madre se pone de pie y me tiende la mano. No estoy segura de si mis piernas me sostendrán mientras me pongo de pie con cautela.

Los portadores del féretro llevan el ataúd de Ben por el pasillo y Carla bloquea la salida de Michael para que podamos seguir primero. Me arrastro detrás de mi hijo.

Se colocan cuatro sillas junto a un agujero en el suelo; Carla me lleva a una. Me siento y le doy unas palmaditas en el asiento a mi lado para Kerry. Miro hacia arriba cuando aparece Casey.

—Siéntate con nosotros —digo en voz baja. Ella me ignora y eso duele.

Su negativa a reconocerme debe haber sido presenciada por todos. Inclino la cabeza sin querer ver si sus cejas se fruncen en cuestión. No escucho al sacerdote, no veo bajar a mi hijo al suelo, mantengo la mirada en mis pies. Es un tirón en mi brazo lo que me alerta del hecho de que ha terminado.

—¿Quieres quedarte? —pregunta mi madre. Niego con la cabeza.

Michael está hablando con el sacerdote, no muestra ninguna emoción y dudo que haya llorado siquiera. Me llevan a nuestro carro y nos dirigimos a casa. No hay ninguna invitación para que vaya a la cena, ni siquiera estoy segura de si ha organizado una.

Llegamos a casa y subo las escaleras, me rasgo las medias mientras lo hago. Quiero deshacerme de la ropa sombría. Quiero meterme en la cama en pijama y cerrar el mundo.

***

Me despierto sin darme cuenta de que me he quedado dormida y miro el reloj de la mesita de noche. Son las primeras horas de la mañana. No estoy segura del día. ¿He estado en el funeral de Ben o había sido un sueño? Lucho por entender qué es real y qué no.

Necesito aire fresco. Bajo las escaleras tambaleándome mientras las lágrimas me ciegan. Llego a la cocina más por instinto que por

cualquier otra cosa. Mientras me dirijo al fregadero, noto una botella. En algún lugar de mi cerebro agotada surge la idea de que el alcohol mitigará el dolor. Bebo directamente de la botella. Se derrama por mi barbilla, se forma en el suelo a mis pies. Necesito estar adormecida; necesito que los ruidos en mi cabeza se detengan. Necesito dormir el sueño de los muertos.

Sacudo la botella sin entender por qué de repente está vacía. Era pesada cuando la llevé por primera vez a mis labios. Y luego las veo. Hay una caja blanca sobre la encimera. La levanto con la intención de leer, pero, como si tuvieran voluntad propia, mis manos abren el paquete. Los miro. Una sensación de tranquilidad me envuelve. Sé lo que tengo que hacer.

Una pastilla, dos pastillas, tres pastillas, ¿cuántas necesito?

Cuatro píldoras, cinco píldoras, seis píldoras, pierdo la cuenta después de eso.

Sé que las pongo en mi lengua; la tiza me seca la boca mientras trato de tragar. Ahueco una mano debajo del grifo y bebo. Lavando la solución a mi pesadilla por mi garganta.

Más pastillas, más agua.

***

Escucho un quejido, algo húmedo golpea mi cara. No puedo abrir los ojos y no puedo mover mi cuerpo. No estoy segura de dónde estoy, aparte de que estoy tranquila; es pacífico. No hay gritos en mi cabeza. Floto, me siento ligera y sin dolor. Un cuerpo cálido yace a mi lado, bloqueo el sonido de los gemidos que se hacen más fuertes.

***

Hay tanto ruido y tanta luz que estoy enojada. No quiero despertar, estoy feliz en mi agujero negro; la oscuridad me consuela. No siento; no duele. Las manos tiran, tiran y pinchan. Luces brillan en mis ojos. Las voces entran y salen. Todo lo que quiero hacer es dormir.

Capítulo Diecisiete

Despierto en una habitación extraña. Las paredes de color crema suave no tienen ningún cuadro, pero un televisor estaba montado en lo alto. Un armario de madera está junto a un tocador a juego. A un lado hay una gran ventana de guillotina con cortinas de tapiz y me parece extraño que no tengan ataduras. Echa a perder el aspecto de las cortinas obviamente caras. Me acuesto en una cama desconocida, envuelta en un edredón cubierto de flores, el patrón hace juego con las cortinas.

Mi cabeza es como un tambor que no para de sonar, me duele la garganta y mi cuerpo se siente pesado. Un joven entra a la habitación, viste un uniforme de pantalón azul y un polo blanco. Sonríe y habla; no escucho sus palabras. Me vuelvo a dormir.

Me despierta periódicamente, el hombre, o tal vez es otro, estará allí. El tiempo entre despertar parece disminuir.

—¿Dónde estoy? —le pregunto.

Los recuerdos entran y salen de mi cabeza. Dini tirado en el suelo a mi lado; un grito de alguien; ser despertada por tomar medicamentos; llanto.

—Buenos días, Jayne. ¿Cómo te sientes hoy?

El hombre se sienta junto a mi cama. Él me sonríe.

—¿Quién eres tú?

—Mi nombre es Glenn y soy tu enfermero. ¿Qué tal si te sentamos un poco y tal vez te apetezca un trago?

—¿Dónde estoy? —repito.

—Estás en el hospital.

Se pone a arreglar las almohadas detrás de mi espalda. No puedo pensar con claridad. Siento como si me hubiera despertado del sueño más largo, me duele el cuerpo y mi mente está confusa.

—¿Por qué?

—Vamos a ponerte cómoda primero.

No tengo la energía para hacer más preguntas. Me quedo dormida durante todo el día. Glenn se va y regresa regularmente. Cuando despierto, puedo ver el pasillo. La gente camina arriba y abajo, algunos se detienen y me dan una sonrisa; uno grita hola. Me pregunto en qué tipo de hospital estaré. Nadie viste ropa de dormir ni bata.

Necesito orinar y tengo hambre. Saco las piernas de la cama y me sorprende sentir lo débiles que se sienten. Me siento para permitir que mi cabeza deje de nadar. No me gusta la sensación, no me gusta que no pueda concentrarme.

—¿Te ayudo? —Escucho. Miro hacia arriba para ver a Glenn entrar en la habitación.

—Necesito el baño.

—Está bien, ¿qué tal si me tomas del brazo? Has dormido, de vez en cuando, durante un tiempo, es posible que te sientas un poco débil.

—¿Cuánto tiempo he estado aquí?

—Una semana.

—¿Una semana? —Me detengo a mitad de camino.

—Louise vendrá a verte en un minuto, podrá explicarte todo.

Finalmente me pongo de pie y me ayuda a ir al baño. Me detengo en la puerta. ¿Seguramente no me va a acompañar adentro?

—Me quedaré aquí, no te preocupes —dice con una sonrisa, tal vez notando mi vacilación.

Cierro la puerta del baño detrás de mí y me doy cuenta de que no hay cerradura. Llevo pijamas desconocidos. Me bajo los pantalones de franela gris y me siento. El baño tiene una bañera, un lavabo y una ducha separada. Se colocan toallas blancas y esponjosas en un riel sobre un pequeño radiador y noto artículos de tocador en un estante. Son los mismos que los artículos de tocador que he usado en casa.

—¿Una semana? —Me susurro a mí misma.

Me asusta darme cuenta de que no recuerdo haber estado en este lugar durante una semana. Los flashbacks llenan mi mente. Estaba en casa; estuve en el funeral de mi hijo. Me habían excluido de su velatorio y mi familia me odia. Las lágrimas ruedan por mis mejillas.

Me paro y me lavo las manos, no hay espejo en el baño y sé que me parece extraño.

Quiero ducharme, quiero lavarme el cabello grasiento, pero no tengo la energía para hacerlo. Sin molestarme en secarme las lágrimas, salgo del baño.

—Hola, Jayne. Mi nombre es Louise White. ¿Tienes hambre? —Una mujer se sienta en el borde de mi cama.

Hago una pausa antes de responder—: Sí.

—Glenn, tal vez puedas organizar una cena para Jayne. ¿Te gustaría volver a la cama o sentarte junto a la ventana un rato?

Miro hacia las grandes ventanas de guillotina. En la bahía se colocan dos sillones parcialmente uno frente al otro y una pequeña mesa.

—Cama. ¿Quién eres tú?

Puedo sentir el pánico aumentando en mi pecho. Siento que mi respiración comienza a acelerarse y mis piernas tiemblan. Louise se pone de pie y me tiende la mano, la ignoro y me dirijo a la cama. Por alguna extraña razón, me siento segura debajo del edredón.

—Soy tu terapeuta, Jayne. ¿Recuerdas haber venido aquí?

Niego con la cabeza.

—Estuve en el funeral de mi hijo. —Me atraganto un poco con las palabras.

—Lo sabemos. Intentaste acabar con tu vida. Te llevaron a tu hospital local y luego te transfirieron aquí. ¿Puedes recordar algo de eso?

La miro mientras continúan los flashbacks. Aunque sonríe y parece una persona amable, sus palabras son contundentes, al grano y cortan como un cuchillo.

—¿Por qué no puedo recordarlo todo? —susurro.

—Te han medicado mucho. Creemos que es necesario dormir después de tal trauma, por lo que te ayudamos durante la primera semana de tu estadía. Ahora es el momento de comenzar tu recuperación.

—¿Me mantuviste dormida?

—Sí, de vez en cuando. Te has despertado muchas veces, hemos conversado, pero dudo que lo recuerdes.

—Quiero a mi mamá.

—Podrás tener visitantes en unos días.

Sus palabras son firmes pero su voz suave. Mientras sigo llorando, ella toma unos pañuelos de papel que coloca en mi regazo.

—¿Dónde estoy?

— Este es un hospital privado de salud mental en Sevenoaks, Jayne. Tu familia hizo los arreglos necesarios para que estuvieras aquí.

—¿Mi familia?

Tengo tantos pensamientos corriendo por mi mente, pero nada parece tener sentido.

—Mañana por la mañana me gustaría repasar nuestro horario contigo. Dejaré esto aquí si te apetece leer. Sé que estás ansiosa en este momento y probablemente muy confundida. Estamos aquí para ayudarte, Jayne.

Glenn llega con una bandeja de comida y Louise se levanta para irse.

—Te dejaré comer y si necesitas algo, todo lo que tienes que hacer es pulsar el botón de llamada. —Ella sonríe al irse.

Louise había dicho una cosa que me resuena. Estoy confundida, muy confundida. Sé lo que había hecho; recuerdo esa parte. No estoy segura de que fuera una decisión consciente tomar esas píldoras o algo espontáneo. Solo quería que el dolor terminara y sentir el entumecimiento. Quería quedarme en mi agujero negro y no estoy convencida de querer —recuperarme—. Parte de mí necesita el dolor; parte de mí lo odia. Una parte de mí quiere recordar; parte de mí necesita olvidar.

Como la comida y, aunque nunca he pasado tiempo en un hospital, me sorprende la calidad. Me dan sopa para empezar, con un panecillo y luego pollo asado y verduras. Glenn entra con una taza de té, un vaso de plástico con agua y unas pastillas.

No pregunto para qué son las pastillas; Las trago con un sorbo de agua y luego tomo el té.

***

No duermo bien esa noche. La luz del pasillo, la gente que camina por muy silenciosamente que lo intenten, sigue molestándome. Pido que cierren la puerta para que me digan que no está permitido.

Veo salir el sol en una mañana fría. Los árboles fuera de la ventana están desnudos de hojas y sus ramas cubiertas de escarcha. Intento recordar qué día de la semana es.

—Buenos días. ¿Te gustaría acompañarme a desayunar? — Glenn pregunta mientras entra a la habitación.

Me arrastro de la cama.

—¿Qué día de la semana es?

—Jueves, todo el día —dice con una sonrisa.

—Me muero de hambre y creo que es hora de que visites nuestro galardonado restaurante —él agrega.

—¿Restaurante?

—Los pacientes tienen que comer, Jayne. Así que te levantas.

Él se acerca al armario.

—Tienes la opción de pantalones de yoga, ¿así es como se llaman ahora? Oh, me gustan estos, ¿qué hay de estos?

Levanta unos pantalones de yoga desconocidos.

—No son míos —le digo.

Mi corazón se acelera un poco. Quizás me confunden con otra persona. Quizás no debería estar aquí.

—Son nuevos, mira, hay una etiqueta.

Los pone a los pies de la cama con una camiseta negra.

—¿Qué tal una ducha?

Lo miro con sospecha. La gente alegre por la mañana siempre me hace sospechar. Salgo de debajo del edredón y me dirijo al baño.

Hago una mueca cuando veo el agua gris arremolinándose alrededor del desagüe. Mi cabello debe haber estado sucio. Froto mi piel hasta que está roja; quiero lavar la suciedad, la mugre y la culpa.

—Hora de desayunar— grita Glenn desde la habitación.

Apago la ducha y me envuelvo en una toalla. Me siento en el borde de la bañera tragándome el pánico. No estoy segura de ser capaz de salir de la habitación.

—Tienes que salir de la habitación para que pueda vestirme — contesto.

—Está bien, estaré justo afuera de la puerta.

Me asomo y noto que el dormitorio está vacío. Me visto lo más rápido que puedo, luego paso un cepillo por mi cabello enredado y lo ato.

—¿Estamos listos? —Glenn dice mientras regresa a la habitación.

—No.

—Has desayunado en tu habitación durante más de una semana, será bueno conocer a algunas personas y ver las instalaciones.

Nos hemos alejado la mitad del pasillo cuando me detengo.

—No quiero conocer gente.

Todos lo sabrán. Sabrán lo puta que había sido; follando con un hombre mientras mi hijo agonizaba. Las palabras de Casey nadan alrededor de mi cabeza.

—Nos sentaremos solos —agrega con una sonrisa.

Quiero sacar la maldita sonrisa de su rostro. Mis niveles de ansiedad aumentan mientras descendemos por una amplia escalera, algo que se vería mejor en una casa señorial. Una recepcionista mira desde detrás de su escritorio y sonríe. Continuamos por un pasillo, puedo sentir que mis palmas comienzan a sudar y mis piernas tiemblan cuanto más nos acercamos a las puertas dobles al final. Debería haber dejado de caminar, podría haberme dado la vuelta y alejarme. Nadie puede obligarme a comer o a sentarme en una habitación llena de locos.

El restaurante es grande, luminoso, con ventanas del piso al techo a un lado. Las mesas con los ocupantes están esparcidas. Me siento en la mesa desocupada más cercana y me aseguro de no hacer contacto visual.

Puedo sentir mi corazón acelerado y respiro profundamente por la nariz para controlarlo.

—Buenos dias. ¿Té o café? —Escucho. Miro a una mesera sonriente que sostiene una jarra.

—Té —me las arreglo con la mandíbula apretada.

—Perfecto, volveré enseguida con una olla para ti. Mientras tanto, aquí está el menú —dice, todavía sonriendo.

Examino el lugar tan sutilmente como puedo. Hay una mezcla de personas, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos. Una mesa alberga a un grupo de adolescentes y a un hombre negro corpulento que no se ve fuera de lugar en la puerta de un club nocturno.

—¿Has decidido qué comer? —Glenn dice, haciendo que vuelva mi atención al menú.

—No tengo hambre.

—¿Qué tal unos panes tostados o hay pasteles en el mostrador?

La mesera regresa con dos teteras y se queda esperando para

recibir un pedido. Glenn coloca el suyo y yo solo pido un pan tostado.

—¿No es tan malo, verdad? —Él dice mientras me veo mirando a su alrededor.

—La mayoría de la gente se ve, bueno, normal —digo.

Él se ríe entre dientes.

—Lo primero en la agenda de hoy es reunirse con tu médico, ella revisará el programa contigo.

—¿No la conocí ayer?

—Esa era Louise, es tu terapeuta durante las sesiones individuales, pero también verás a un médico.

Llega el desayuno y comemos en silencio. No estoy de humor para conversar. Estoy asustada, ansiosa y me siento muy sola.

***

Me llevan a una habitación y me presentan a la doctora Tanner. Ella es mi psiquiatra, realmente tengo que estar loca para justificarla. Pero la mujer me ha caído bien. No me gustan los formularios y las preguntas tontas que tengo que responder. En una escala del uno al diez, quería suicidarme, o palabras al respecto. ¿Cómo diablos se responde a eso? No sé si tengo la intención de suicidarme o adormecer el dolor. A medida que aumenta mi ansiedad, me pica la piel. Siento como si un millón de hormigas se arrastran sobre mí. Me rasco el brazo, sin darme cuenta de que lo estoy haciendo hasta que ella me lo señala. He dejado huellas de huellas; grandes líneas rojas corren por mi antebrazo.

Sin saber de qué hablamos, nuestro encuentro ha terminado.

Glenn aparece de la nada y nos dirigimos de regreso a mi habitación. Louise está esperando para revisar mi programa. Me siento exhausta y todo lo que quiero hacer es volver a meterme en la cama. Me dan un horario, como si estuviera de regreso en la escuela. Se me explica un horario diario de terapia para asistir.

—¿Cuándo puedo ver a mi familia? —le pregunto.

—¿Tiene visitas esta noche, tal vez les gustaría unirse a ti para cenar?

—No, quiero quedarme aquí.

No tengo ninguna intención de sentarme con quien planea visitarme en el restaurante.

No asisto a ninguna sesión de terapia hasta bien entrada la tarde. Me niego a ir hasta que mi cabeza esté un poco más clara. Lucho por reconstruir las últimas dos semanas, todo es solo un lío de flashbacks y recuerdos borrosos. Glenn logra coaccionarme, o tal vez sea pura manipulación para asistir a una sesión de grupo.

Lo sigo al sótano y a una habitación. Se coloca un semicírculo de sillas y Stephen, el terapeuta, me saluda. Me siento en el más

cercano a la puerta y mantengo la cabeza gacha mientras las sillas comienzan a llenarse de gente. Me niego a hablar, no miro hacia arriba, pero escucho.

Algunas personas hablan de lo que las trajo al hospital, otras lloran. Me encojo al escuchar el gemido de uno y derramo una lágrima al presenciar el dolor de otro. Me invitan a hablar; niego con la cabeza.

No tengo nada que decir frente a esa gente. Tendría que confesar mis secretos y no estoy preparada para eso.

Cuando termina la sesión, regreso a mi habitación y me derrumbo en la cama. No quiero estar rodeado por la miseria de otras personas y me siento terriblemente culpable por eso. Solo quiero revolcarme en la mía.

***

—Jayne, tienes visitantes —escucho a alguien decir.

Estoy acostada de costado frente a la ventana. Me han traído una comida y la he picado sin apetito. Me siento e inmediatamente las lágrimas comienzan a caer.

Carla y mi mamá están en la puerta. Miro la angustia y la tristeza en sus rostros y sé que yo había hecho eso.

—Oh, mi bebé —dice mamá mientras se sienta a mi lado. Envuelve su brazo alrededor de mis hombros.

—Lo siento mucho —digo.

—Silencio ahora, no hay nada de qué lamentar.

—¿Como llegué aquí?

Veo a Carla mirar hacia la puerta abierta.

—No nos preocupemos por eso ahora. ¿Cómo estás? —dice.

—Me siento rara. Mi cerebro está confuso, no puedo pensar con claridad. No quiero estar aquí. Por favor, mamá, ¿me llevas a casa?

La escucho sollozar.

—Necesitas estar aquí, te pondrás bien aquí.

—Me pondré bien en casa. Por favor, te lo ruego, llévame a casa.

Mi voz se eleva, me rasco la piel hasta sangrar y veo llorar a las dos mujeres más importantes de mi vida. Joder, me odio a mí misma. Clavo mis uñas en mi piel arrastrándolas por mi brazo, castigando, lastimando, sangrando.

—¿Qué tal una taza de té? —Glenn dice mientras entra a la habitación con una bandeja.

—No quiero una taza de té, quiero irme a casa —estoy a punto de gritar.

Carla solloza mientras me veo disolverme. Me acurruco en la cama y lloro.

—Por favor llévame a casa. No me dejes aquí —susurro una y otra vez.

Mi madre me aparta el cabello empapado de la frente.

—Fue un error, no quería suicidarme, no lo volveré a hacer —le ruego.

—Tienes que quedarte aquí —ella dice con voz suave y gentil.

—¿Por qué no tomamos un poco de té? Sé que tengo sed —dice Carla con una alegría forzada en su voz.

¿La había avergonzado? Yo había llorado delante de ella antes. ¿Por qué está más interesada en una jodida taza de té?

Es cuando le entrega una taza a mamá y el platillo traquetea cuando me doy cuenta de lo molesta que está.

Nos sentamos un rato en silencio, sin saber qué decirnos. ¿Cómo les explico? No tengo idea de lo que está pasando por mi cabeza.

—¿Cómo está Kerry? —Pregunto, recordando finalmente que ella todavía está en casa.

—Ella está bien, cada vez más grande. El bebé nacerá pronto —dice mamá.

—Y Casey, ¿has tenido noticias de Casey?

Mi madre mira a Carla.

—Ella regresó a Japón con Michael.

—¿Ellos lo saben?

Carla asiente con la cabeza.

—Sí, Jayne, necesito que firmes este formulario. Necesito poder ocuparme de las cosas.

Glenn aparece en la habitación en ese momento y me pregunto si habría estado escuchando. Se sienta a los pies de la cama y lo miro.

—¿Qué formulario?

—Es para que pueda ocuparme de las cosas en tu nombre.

—Puedo ocuparme de las cosas yo misma. ¿Qué está sucediendo?

—Por favor, cariño, sólo firma el formulario y luego concéntrate en mejorarte. Te quiero en casa lo antes posible —dice mamá.

Una hoja de papel y un bolígrafo se colocan en la cama a mi lado.

La sostengo en mis manos, pero las lágrimas en mis ojos nublan las palabras. No entiendo lo que estoy firmando, pero lo hago de todos modos. Creo escuchar un suspiro de alivio de Carla.

—Es hora de que se vayan, el horario de visitas ha terminado —dice Glenn.

Me vuelvo bruscamente para enfrentarlo.

—¿Qué? Acaban de llegar aquí.

—Tenemos que ser estrictos, Jayne, por los otros pacientes. Estoy seguro de que volverán pronto, ¿no es así? —Él mira a mi mamá.

—Por supuesto que lo haremos, cariño. —Ella palmea mi mano.

—Voy a caminar con ustedes —le digo.

—Me temo que eso no es posible —dice Glenn. No importa lo que diga, tiene una sonrisa en su rostro y eso me irrita.

—Puedo caminar a donde quiera.

Empiezo a agitarme.

—Por favor, Jayne, quédate aquí. No quiero que bajes con nosotras. Quiero que te mejores y vuelvas a casa. —La voz de mi madre ha adquirido un tono suplicante.

—Podrías haber muerto si Dini no hubiera ladrado. Sí, él ladró. No puedo volver a vivir eso. Tienes que quedarte aquí y mejorar —agrega.

Veo las lágrimas rodar por su rostro, pero sus palabras me paralizan. Asiento con la cabeza y miro mientras se alejan. Carla tiene su brazo alrededor de ella y veo que sus hombros tiemblan mientras solloza.

—¿Qué he hecho? —susurro.

—Estás enferma, Jayne. La depresión es una enfermedad real que la mayoría no comprende. La gente no puede verlo, no es una pierna rota y solo tú puedes sentirlo. Es único para cada paciente. Sin embargo, puedo asegurarte una cosa: estás en el mejor lugar para solucionarlo.

Me recuesto en la cama mientras una ola de cansancio se apodera de mí. Cada hueso duele, cada músculo se siente fatigado. Quiero dormir, quiero que mi cerebro no esté tan nublado, pero tampoco quiero pensar. Supongo que no tengo ni idea de lo que quiero.

Tomo mi medicación y me pongo mi pijama. No pasa mucho tiempo antes de que sienta que mis párpados se vuelven pesados y me hundo en un sueño oscuro.

Capítulo Dieciocho

Cada día es igual. Me levanto, me ducho y bajo a desayunar. Durante los primeros días, Glenn me acompaña, pero pronto llega el momento de hacerlo sola. Al principio me siento abandonada, pero cuando comienza la sesión de terapia, algunos de los internos se me unen a la hora de comer. Lilian es una dama a la que me acerco. Ella comparte parte de su historia conmigo, nos animan a hablar sobre lo que nos ha traído a este lugar, pero aparta de decir que he perdido a mi hijo, no comparto mucho.

Lilian ha sido referida porque finalmente ha escapado de un matrimonio abusivo. Pero al hacerlo, se encontró sola e incapaz de arreglárselas sin el nivel de control que se había ejercido sobre ella durante tantos años.

Nuestras habitaciones están una al lado de la otra y, en ocasiones, nos sentamos en la sala de televisión y charlamos. Caminamos juntas a la terapia y ella me abraza cuando las cosas se ponen difíciles después de mis sesiones individuales o de mi cita semanal con la doctora Tanner. Ella es una mujer amable que no se merece la vida que había tenido.

Sigo el programa, tomo mis pastillas y hablo. Veo a Louise durante una hora todos los días y hablamos de todo. Al final de la semana comprendo mejor lo que me pasaba.

No tengo ningún deseo de participar en la arteterapia. La sesión la da un estudiante, pero la supervisa un terapeuta capacitado. Recuerdo el día en que nos sentamos en una fila a lo largo de una pared y nos pidieron que actuáramos de un color. Miro al terapeuta con total desconcierto. No me agrada, me da la impresión de que es un artífice que hace el bien y que en realidad no es muy tolerante con sus pacientes.

—Jayne, me gustaría que actuaras con un color, un color que te represente mejor en este momento —dijo. No hay preguntas, no hay dulzura en su voz.

—Preferiría no hacerlo, gracias.

—El resto del grupo está participando —ella dijo.

—Bien por ellos.

—Creo que sería bueno si te unieras.

Me encojo de hombros. ¿Cómo diablos uno actúa de un color? Veo al resto de la clase luchar y, en general, me cabrea. Ninguna persona en esta habitación se lo está tomando en serio, pero ella no parece darse cuenta de eso.

—¿Jayne?

—Lo estoy haciendo. ¿No puedes adivinar de qué color soy?

Ella toma notas. Eso es algo que me irrita; cada vez que habla, toma notas.

—Creo, clase, a Jayne le gustaría que adiviná ramos de qué color es.

Clase. Quiero recordarle que no es escuela primaria. Está en una habitación de gente clínicamente deprimida, loca, chiflada, fuera de lugar, muy medicada, jodida. Su manera condescendiente nos molesta a la mayoría de nosotros.

—Soy fluorescente —le dije a la clase frente a mí.

Lilian soltó una risita, había estado haciendo cabriolas y agitando los brazos gritando que daría una pista y pensaría narciso.

—¿Fluorescente?

—Sí, es perfecto. Ambos somos inducidos químicamente.

Con eso, me paro y salgo de la habitación. Más allá del restaurante había otra sala de arte, esa era para pintar, que conducía a un invernadero y luego al jardín. Me dirigí en esa dirección y saqué un paquete de cigarrillos de mi bolsillo. Lilian, Dios la bendiga, hizo que su hijo me trajera un poco.

—Fluorescente. Eso fue gracioso, no es que deba decirlo — escucho.

Me giro para ver a Louise caminando hacia mí.

—¿Como supiste? No llevo más de un par de minutos fuera de esa habitación. ¿Hay micrófonos en las habitaciones?

—Por supuesto que no. Stephen me acaba de decir que pasaba por allí para tomar un café. También tengo uno para ti.

Deja dos vasos de plástico sobre la mesa de jardín de metal.

—Hace frío aquí —añade mientras se pone la chaqueta de punto.

—Sí.

—¿Qué tal si terminas tu cigarrillo y encontramos un lugar cálido para hablar?

—No necesito hablar, aunque gracias. Realmente no me gusta la terapia de arte. No puedo dibujar; ¡No me interesa jugar con figuras en una caja de arena y actuar con un color! Eso es tan loco como todos nosotros.

Por primera vez en semanas, me rio. Apago el cigarrillo y agarro el café. Hace demasiado frío para sentarse durante mucho tiempo.

—Es navidad la semana que viene, ¿no? ¿Qué debo hacer?

—Estarás aquí, escuché que el almuerzo de navidad es algo que no debes perderte. Tu familia puede venir.

—¿Pero no puedo ir a casa?

Ella sacude la cabeza lentamente.

—¿Por qué?

—Hay demasiados factores desencadenantes en casa. Necesitamos asegurarnos de que estés en condiciones de lidiar con ellos. Que eres lo suficientemente estable para funcionar en un entorno que te va a molestar inicialmente.

La tristeza se apodera de mí. Me encanta la navidad; dudo que alguna vez lo volvería a hacer.

Mi madre y Carla me visitan con frecuencia; se reúnen conmigo para las comidas y se reúnen con Louise para terapia familiar. Mi mamá además ha puesto un pequeño árbol de navidad en mi habitación como una sorpresa, dejó un par de regalos debajo y se molestó cuando les dije que no vinieran el día de navidad. El hospital no es el lugar donde quiero que pasen ese día. Quiero que tengan una comida familiar adecuada en casa con Kerry y su pancita. Quiero que caminen a la iglesia para la misa de medianoche y digan una oración por Ben. Me toma un poco de convicción explicarlo, estaré bien. Me siento segura en ese hospital. Me siento tranquila.

***

La navidad viene y se va. Me quedo en mi habitación la mayor parte del tiempo a pesar de las constantes interrupciones de Lillian. Leo, duermo, miro programas en la televisión que había visto veinte años antes y lloro. La navidad había sido la época favorita del año tanto para mí como para Ben. Nos sentábamos frente a la chimenea durante horas envolviendo regalos, decorando el árbol y riéndonos. Era una tradición; una tradición que se habría roto con el nacimiento del bebé, pero que me fue arrebatada antes de que estuviera lista.

Sé que la *tranquilidad* que siento es inducida médicamente y tomo las pastillas de buena gana. También sé que en algún momento tendré que dejarlas. No las quiero a largo plazo, pero a través de las sesiones de terapia a las que voy me doy cuenta de que había sufrido depresión durante muchos años. Me tomaría tiempo llegar a un acuerdo con eso y cambiar el comportamiento de toda una vida para no hundirme tan bajo en el futuro.

—Tienes visitas —dice Glenn cuando entra en la habitación.

Miro hacia arriba para ver a Kerry, Carla y mi mamá, pero es el bulto escondido debajo de una manta que Kerry sostiene en sus brazos lo que me hace llorar.

—Sorpresa —ella dice mientras se acerca y me entrega a su bebé.

—Ay Dios mío. ¿Cuándo? Oh, Kerry —lucho por pronunciar las palabras.

—Hace unos días, saluda a tu nieto, Benjamin.

Retiro la manta para poder verlo bien. Los ojos azules me

devuelven la mirada. Tiene el cabello rubio y definitivamente es el hijo de su padre. Una lágrima gotea de mi mejilla y aterriza en su frente. Uso mi pulgar para limpiarlo.

—Debería haber estado en casa —susurro.

—No, deberías estar aquí porque, Jayne, te necesito. Benjamin te necesita y queremos que te recuperes por completo.

—Estaré en casa pronto, te lo prometo.

Benjamin hace una mueca. Sé que no es una sonrisa y no estoy segura de que mi estómago vacío esté listo para lidiar con la alternativa. Me rio mientras se lo devuelvo.

Mi madre me sonríe.

—Te ves bien —dice.

—Me siento mejor. Tengo sesiones individuales todos los días y veo a la doctora Tanner todas las semanas. Por supuesto, Glenn me vigila como un halcón.

—Escuché eso —él dice desde el pasillo.

Él ya no está afuera y yo he aprendido por qué. Si mis visitantes me estresan, él está inmediatamente disponible para calmar la situación, pero ese día está de paso. No lo necesito tanto.

—Háblame de este lugar —pregunta Kerry mientras cambia al bebé.

Le hablo de las sesiones de terapia, de cómo asisto cada día a cuatro. Le explico sobre la terapia de arte y nos reímos de mi negativa a participar en ella. Les muestro el cuaderno que ya he llenado después de aprender sobre la mecánica de la depresión, cómo funciona el cerebro y por qué estoy deprimida. También les muestro mi diario.

—Estoy llevando un diario. Escribo todos los días y he vuelto y he escrito cosas del pasado. A veces es para que no me olvide, mi cerebro ya no es tan bueno, pero también como una forma de descargar los recuerdos.

—Solías escribir todo el tiempo cuando eras niña. Tengo un montón de pequeñas historias que tú y tu papá inventaron —dice mi mamá.

Charlamos sobre su navidad y año nuevo y les pregunto si alguien ha tenido noticias de Casey. Le he escrito una carta, había vertido mi corazón en un papel y se la entrego a Carla para que la envíe. Es mi último intento de contactarla.

—Stefan llama todas las semanas. Él quiere venir a verte —dice Carla.

No respondo de inmediato. Lentamente, niego con la cabeza.

—Él está mejor sin mí y sin mis problemas. Ya no soy esa persona, Carla. Ya no sé lo que tengo que ofrecerle. No quiero ser una carga para él.

—No estoy segura de que él lo vea de esa manera. Tal vez lo hablemos cuando estés en casa —responde.

He pensado mucho en Stefan. Su rostro es algo que conjuro en mi mente con frecuencia cuando necesito consuelo. Pero quise decir lo que dije. No soy la misma persona que la Jayne de hace dos meses. Una parte de mí todavía está entumecida y una parte de mí está aterrorizada de volver a verlo, de desearlo y luego no poder hacerlo.

No sé lo que me queda para ofrecerle. Mi corazón todavía está muy magullado.

Charlamos durante media hora, pero noto que Carla se pone nerviosa. Saca algunos papeles de su bolso y los pone en su regazo. Yo la miro.

—Dime —digo en voz baja.

—Tengo algunos papeles para que los firmes. Michael puso la casa en venta, lo siento, Jayne. Luché duro con él, pero es su nombre en la hipoteca. Su abogado ha logrado asegurar la mitad de las ganancias y deberíamos poder sacar algo en el acuerdo en el divorcio, pero lo ha ocultado todo.

—¿Alguien quiere té? —Glenn entra en la habitación con una bandeja.

—¿Ustedes programan el momento exacto en que voy a recibir noticias de mierda?

—Sí —él dice, y luego sonríe.

Agarro los papeles.

—¿Dónde firmo?

Garabateo mi firma donde se indica y luego se los devuelvo a Carla.

—Gracias por todo lo que has hecho. Creo que necesito algo de tiempo para mí ahora mismo.

Kerry me devuelve a Benjamin para que lo abrace por última vez. Beso su frente mientras sus dedos se enroscan alrededor de uno de los míos.

—Tú abuelita te verá pronto —le digo.

Me paro y abrazo a cada una de las mujeres y las hago salir de la habitación antes de que vean mis lágrimas. Me han visto bastante descompuesta en el pasado; Quiero que finalmente salgan de este hospital con el recuerdo de mi sonrisa.

—¿Te apetece el té? —Escucho. Lilian siempre sabe cuándo aparecer.

—Se olvidaron de mí —ella agrega mientras se sirve una taza.

Se sienta al final de la cama sosteniendo su taza.

—¿Entonces?

Le cuento lo que había hecho Michael.

—Sabes que probablemente podríamos matarlo y salirnos con

la nuestra. Juega la tarjeta de la locura.

A través de mis lágrimas, me rio.

—Karma, amiga mía. Él se convertirá en un anciano muy solitario —digo.

—¿Cómo está tu perro? —me pregunta.

—Kerry todavía está en la casa hasta que se venda, supongo. Ella está cuidando de él, pero tengo que llegar a casa y arreglar eso.

Ese día me hago una promesa. Asistiré a las clases de tonto arte y trabajaré duro para vencer esta enfermedad. Me necesitan en casa y Michael vendiéndola me ha estimulado.

Lilian y yo caminamos juntas a la clase de relajación. Nunca he llegado a entender la clase, excepto que es una excusa para acostarme en una dura esterilla de yoga en un piso igualmente duro y escuchar los sonidos del mar. Lou, que se hace llamar Loopy, nos saluda cuando entramos. Es una chica dulce pero tan llena de dolor. Jenn, la terapeuta y la única que realmente me cae bien, sonríe mientras nos acomodamos. La clase de relajación es una excusa para una hora de siesta. O lo habría sido si Lou dejara de hablar.

***

Carla viene con frecuencia; trae más papeles y finalmente me dice que la casa ha sido vendida. Mis pertenencias han sido empaquetadas y almacenadas y Dini se está quedando con mi mamá. El divorcio es rápido. No refuto el cargo de adulterio, no me importa la razón que se dé siempre y cuando se haga y termine. El abogado lo ha hecho bien, mi matrimonio termina con la mitad del capital de la venta de la propiedad y una suma global de dinero. No hará mella en lo que Michael ha escondido, pero no me importa.

—Necesito encontrar un lugar en dónde vivir y rápido. Tengo que pensar en Kerry —digo mientras completamos el último papeleo.

—Bueno, también tengo noticias sobre eso. Francis, y no te lo vas a creer, ha entregado el fideicomiso que se creó para Ben. Kerry tiene suficiente para comprar una casa pequeña.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No, en serio. Ella vino a verme. No puedo decirte lo sorprendida que estaba al ver a la vieja murciélago en mi puerta. De todos modos, el coronel había querido que el dinero se dejara en fideicomiso para Benjamín, pero ella lo ignoró. ¿Puedes creerlo? —Carla se ríe al pensarlo.

—Estoy muy complacida. ¿Entonces, qué está haciendo Kerry?

—Quiere quedarse en esa pequeña propiedad en la que vivían antes. Ha hecho amigos y sus grupos de madres y bebés están allí. Iré con ella mañana a ver un par y ella no lo sabe, pero si ella no tiene lo suficiente, yo compensaré la diferencia. Mis inversiones están

funcionando bastante bien y no necesito todo ese dinero.

—Sólo necesito mejorarme —digo con un suspiro.

—Cuando te vayas de aquí, vuelves conmigo por un tiempo. Tómate un tiempo para pensar en las cosas. Y ya sabes, él sigue llamando.

No tengo que preguntar quién es él.

—No puedo, todavía no. Estoy demasiado avergonzada. ¿Por qué querría enredarse en mi lío?

—¿Quizás sólo un correo? Él llama o envía correos electrónicos todos los días, Jayne. Si no quisiera estar enredado en tu lío, no haría eso, ¿verdad?

—Es que no sé qué puedo ofrecerle en este momento. Necesito tiempo.

Lo que ella no entiende es que, aunque acepté mi depresión, está bajo control porque estoy medicada y resolviendo mis problemas, es un trabajo duro. Estoy exhausta todo el tiempo con las batallas internas que se libran. No tengo la energía para dársela a otro.

Capítulo Diecinueve

Llevo tres meses en el hospital y es hora de irme a casa. Por mucho que hubiera rogado por eso, cuando llega el día estoy aterrorizada. Paso años empacando mi habitación, doblando la ropa nueva que Carla me ha comprado. Abrazo a Glenn y Lilian; hacemos promesas de mantenernos en contacto, promesas que sabemos que nunca cumpliremos.

Nos desnudaron en esa instalación, desnudos y expuestos a la vista de todos. En el fondo sabemos que nunca nos mantendremos en contacto porque eso sería un recordatorio del peor momento de nuestras vidas. Pero es agradable salir por la puerta principal del brazo de mi mejor amiga y mi madre y saber que he hecho una amiga de toda la vida en Lilian, ella se quedaría solo en mi corazón.

Se había decidido que yo volvería a casa de Carla, pero quiero recoger a Dini en el camino. Él me había salvado la vida, lo supiera o no, y lo extraño. Carla había aceptado que Dini se quedara con nosotros; sabe que lo mantendré bajo control y lejos de su gran colección de bolsos.

Cuando mamá abre la puerta principal, él corre hacia mí. Salta, casi haciéndome caer. No creo que jamás hubiera lamido o lloriqueado tanto. Si alguna vez hubo una forma de comunicarse con él, me gustaría agradecerle.

***

Ir a casa, donde sea que sea, no es tan fácil como esperaba. Durante semanas, Carla camina sobre cáscaras de huevo a mi alrededor. Hay una alegría forzada y una incomodidad que me entristece. Trato de volver a encajar en algún tipo de vida, pero saber que estoy viviendo a poca distancia de la casa de mis sueños me hace no querer estar en el pueblo. Pasamos un día mientras un camión de mudanzas descarga los muebles de sus nuevos ocupantes. Eso ha dolido.

Kerry y yo decidimos visitar la bodega que es el hogar temporal de todos mis muebles. Ella necesita algunas piezas para su nuevo hogar.

—¿Podemos ir en tu carro? El mío necesita un servicio —dice por teléfono.

Desde que salí del hospital, Kerry siempre conduce. No parece cómoda conmigo conduciendo y con Benjamin en la parte de atrás. Son esas pequeñas cosas las que noto, esa falta de confianza en mí y

en mi estado mental. Tengo muchas reparaciones que hacer, pero pedirme que conduzca es un paso en la dirección correcta.

La recojo en su casita y salimos del pueblo. Será la primera vez que visito mis pertenencias. Nos dan una llave y una caja de almacenamiento. Por caja me refiero a algo del tamaño de un contenedor de envío en un almacén que podría haber albergado un jumbo jet.

Cada caja está etiquetada y cuidadosamente apilada. Mis muebles están envueltos en material protector. Tomamos nota de lo que ella necesita; la empresa de mudanza se lo llevará.

Me detengo junto a una pila de cajas con el nombre de Ben. De hecho, me entristece ver que Casey tiene mucho más en su nombre. Obviamente, no se ha llevado nada cuando empacaron la casa.

—Tienes que enviarle esas a Francis —dice Kerry mientras palmea una.

—Podría tener que hacerlo. No puedo mantener el costo de esto todos los meses. No le he dicho a Carla, pero necesito encontrar un lugar donde vivir pronto. No puedo quedarme con ella indefinidamente y sé que todos están preocupados por mí, pero ya no puedo ser yo misma con ella.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Kerry mientras nos sentamos en el sofá y acercamos una caja con el nombre de Ben.

—Ella no es normal a mi alrededor, nadie lo es. Siento que todos están muy contentos, nadie quiere compartir malas noticias o tener un mal día, incluso cuando estoy cerca.

Ella me mira.

—Supongo que todos estamos asustados de que te haga… ya sabes.

—Lo entiendo, pero ese no es el caso. Solo necesito que todos sean normales. Nunca volveré a ser la persona que era antes, pero esto es un trabajo duro para mí.

—Supongo que nos llevará un poco de tiempo —agrega con suavidad.

Veo sus manos temblar mientras abre la caja y saca una camisa. Se la acerca a la cara y cierro los ojos.

—Lo extraño mucho —susurra.

Pongo mi brazo alrededor de su hombro mientras ella llora. Ella fue la primera en soltarse frente a mí. Me pregunto qué tan difícil será para todos contener su dolor.

—Vayamos mañana al cementerio, lleva a Benjamin —le digo

Será la primera vez que lo visito desde su entierro. No me siento culpable por eso; Ben no querría que nos lamentáramos junto a su tumba.

Revuelvo la caja y encuentro una más pequeña. Dentro del

cartón blanco hay una caja de terciopelo azul. Lo sostengo en mi mano para examinar el intrincado cierre.

—¿Sabes lo que es esto? —le pregunto.

—No, no creo que haya visto eso antes.

—¿Lo abro?

—Sí.

Abro lentamente la tapa y lo que veo hace que se me llenen los ojos de lágrimas. Una fina alianza de oro descansa sobre el cojín de terciopelo. Lo agarro suavemente. En el interior está grabado.

KG y BA.

—Creo que esto es para ti —le digo.

Todos creíamos que Kerry y Ben se casarían en algún momento, quizás Ben tenía planes para eso antes de lo que pensábamos. Las manos de Kerry tiemblan mientras desliza lentamente el anillo en su dedo.

Agarra a su bebé del asiento del carro y lo acuna contra su pecho. Ella apoya la mejilla en la parte superior de su cabeza y llora.

Nos sentamos un rato antes de que Kerry se limpie las lágrimas en la manga de su jersey. Ella me sonríe con tristeza antes de volver a poner a Benjamin dormido en su asiento de seguridad.

—¿Nos vamos? —le pregunto. Ella asiente.

Cerramos el contenedor con llave y hacemos arreglos para que se entreguen los muebles antes de devolver las llaves, luego regresamos a casa de Carla. Kerry se va a quedar a cenar y Carla se ha decidido por una comida china para llevar.

—Voy a empezar a buscar un lugar en donde vivir mañana —digo mientras nos sentamos alrededor de la mesa.

—¿Estás segura de qué estás lista? No tienes que hacerlo, lo sabes —responde Carla.

—Estoy segura que sí, tengo que empezar a seguir adelante con mi vida. Mañana iremos al cementerio si quieres venir con nosotras. Necesito despedirme y luego no volveré a visitar ese lugar.

Carla me mira; supongo que no está segura de lo que quiero decir.

—No necesito estar junto a una tumba, Carla, para recordar a mi hijo y él odiaría que hiciéramos eso —agrego.

Comemos, incluso tomo una copa de vino, la primera en meses y fingimos ser felices y que la vida es maravillosa.

Creo que eso fue lo más difícil de las semanas anteriores: fingir.

Puede que no esté enojada, puede que me medican para equilibrar mi estado de ánimo, pero eso no significa que no esté triste. Pero la más leve caída de las comisuras de mis labios hace que Carla y mi madre se miren maliciosamente, moviendo los ojos y retorciéndose las manos. No me voy a desmoronar y es agotador tener que ocultar

cómo me siento todo el tiempo. Necesito mi propio lugar; necesito un lugar donde pueda llorar si quiero sin que todos asuman que estoy a punto de cortarme las muñecas.

***

Es una brillante mañana de primavera cuando partimos hacia el cementerio. Apilados en el carro de Carla, salimos del pueblo con forzada alegría y nos dirigimos a la pequeña iglesia. Se me hace un nudo en el estómago cuando estacionamos el carro y cruzamos la hierba cubierta de rocío hasta la tumba de Ben. Nada me parece familiar y me doy cuenta de que estoy viendo su lugar de descanso final a través de ojos frescos y una mente tranquila.

Ben gorjea en su asiento de carro, ajeno a la creciente emoción mientras yo coloco una manta en el suelo y nos sentamos.

—Al menos este es un lugar hermoso —dice Kerry. Ella deja una sola rosa blanca debajo de su lápida.

No contengo la lágrima que se me escapa de un ojo. No me molesto en limpiarla antes de que alguien lo vea. Extiendo la mano y rastreo su nombre, grabado en el granito. Mi hijo, mi primogénito, yace para siempre bajo tierra y en el último lugar en el que querría estar.

Nos sentamos durante una hora más o menos recordando y encontramos mucho de qué reír. Recordar algunas de las escapadas de la infancia de Ben no es tan doloroso como pensé que podrían haber sido. Cuando el reloj del campanario de la iglesia suene al mediodía, empacamos para irnos. Cuando nos vamos, un carro se detiene junto al nuestro.

Me detengo cuando Francis se envuelve los hombros con un chal de lana y cierra el carro. Ella tropieza un poco, supongo que en estado de shock al vernos.

—Jayne, no sabía que estarías aquí hoy —me dice.

Ella ha envejecido, dramáticamente. Atrás quedó el cabello perfecto, peinado y lleno de fijador. Atrás quedaron los perfectos ojos maquillados, en su lugar veo arrugas y tristeza.

—Preferiría no estarlo, Francis. Preferiría que Ben estuviera donde quería estar y no estar a dos metros bajo tierra, pero, como sabes, no tuve elección en eso.

Intento con todas mis fuerzas ocultar la amargura de mi voz.

Ella tiene la gracia de bajar los ojos.

—Lo siento, de verdad lo siento. ¿Podemos hablar por un momento?

Miro a Carla y Kerry. Francis sonríe cuando ve a Ben; se agacha y le tiende la mano. Él agarra su dedo.

—Se parece mucho a Ben y, por supuesto, a ti, Kerry —le dice.

—Si Jayne está contenta con esto, ¿por qué no vienes a almorzar en mi casa? No creo que lo hayas visitado nunca, ¿verdad? —la invita Carla.

A Francis no le gustan los nuevos ricos como ella los llama, y a menudo me pregunto si así ve a Carla a veces.

—Lo haré encantada, gracias.

Asiento con mi consentimiento y nos dirigimos hacia nuestros respectivos carros. Francis nos sigue la corta distancia de regreso a casa de Carla.

No abro la boca mientras regresamos, me limito a mirar el pueblo a través de la ventana, pensando. Nunca he tenido una buena relación con Francis, de hecho, recuerdo nuestro primer encuentro.

Fue justo después de que me enterara de que estaba embarazada de Ben cuando Michael decidió presentarme a su familia. Habíamos ido hasta una casa enorme y llena de lujos, estaba segura de haberla visto en una revista. Noté la falta de cariño de sus padres; un apretón de manos de su padre y un beso al aire de su madre fue todo lo que Michael recibió cuando la puerta principal se abrió para nosotros. Me concedieron una mirada superficial. Me senté en el borde de un duro sofá floral en un —salón— reservado para el té de la tarde con las damas y me interrogaron.

—¿Entonces, a qué universidad asististe, Jayne? —preguntó Francis.

—No lo hice, dejé la escuela y me fui directamente al trabajo.

—¿Y tus padres, de dónde vienen?

Su nariz se arrugó delicadamente cuando dije sudeste de Londres.

Yo no era lo suficientemente buena para su hijo, no era del grupo del condado; mis padres no jugaban al golf ni tenían un salón para el té de la tarde. A lo largo de los años habíamos sido educados el uno con el otro, formales y distantes.

—Tierra a Jayne —escucho.

Salgo de mis pensamientos y me doy cuenta de que hemos llegado; el carro está parado en la entrada de la casa de Carla.

—¿Qué tal una taza de té? —Carla dice mientras atravesamos la puerta principal.

—Gracias —responde Francis.

Nos dirigimos a la gran cocina y nos sentamos a la mesa. Por metro cuadrado, imagino que la casa de Carla es más grande que la de Francis y la veo mientras escanea el lugar y sus electrodomésticos de alta tecnología.

Contengo la sonrisa cuando se colocan cuatro tazas en el centro de la mesa con una botella de leche, una cucharita y una bolsa de azúcar. Yo sé que ella tiene una jarra, un cuenco, pero supongo que

ella está mostrando un punto.

—Me siento terrible. Debería haber dado un paso al frente, Jayne. He querido hablar contigo durante semanas, pero no sabía cómo hacerlo. Nunca hemos sido las mejores amigas y lo lamento.

La confesión de Francis me sorprende. La veo sacar un pañuelo de algodón y cuidadosamente planchado de su bolso para secarse el ojo.

—Me alegro por ti, me alegro de que hayas encontrado el coraje para perseguir la felicidad. Si soy honesta, estoy celosa.

No se escucha ningún sonido, aparte del clic de mi mandíbula cuando se abre.

—No me imagino que estés envidiosa de mi situación en este momento —le dije y agregué una risita para asegurarme de que ella se diera cuenta de que no hablaba en serio.

—Estás libre de Michael, por muy difícil que haya sido para ti. Ojalá hubiera tenido tu coraje cuando estaba joven.

—Oh, ha sido difícil. Perdí a mi hijo, perdí mi casa, a mi hija y perdí a mi amigo. Si me lo merezco o no, no estoy segura, pero Michael nunca me ha sido fiel durante todo nuestro matrimonio. Me parece increíble lo despiadado que es. Enterró a nuestro hijo sabiendo que no eran sus deseos. Trató de mantenerme a mí, a su madre, apartada de su funeral.

Tengo que controlarme a mí misma; mi voz está empezando a elevarse con ira. No es culpa suya per se, pero seguro que no ha hecho mucho esfuerzo para defenderme, o los deseos de Ben en mi mente.

—Discutimos, Jayne. Y me creas o no, Albert también luchó por una cremación. ¿Quieres la verdad? No me agrada mi hijo en este momento y eso es algo difícil no sólo de admitir, sino de lidiar con eso.

Extiendo la mano y tomo una de sus manos entre las mías. Se siente frágil bajo mi toque, nunca la había visto tan vulnerable.

—Entonces te damos la bienvenida a nuestro club —le digo; luego se ríe.

Ella me sonríe.

—¿Cómo está tu amigo, Stefan no es así?

Ignoro la ceja levantada de Carla.

—No he hablado con él desde… Bueno, desde ese día. Estoy demasiado rota, Francis.

La veo terminar su té. Me da unas palmaditas en la mano y luego se pone de pie.

—No pierdas esa oportunidad en el amor, Jayne. Un día, te despertarás tan vieja como yo y te arrepentirás amargamente de tu vida. Sé que yo lo hago. Yo amé una vez, hace mucho tiempo y lo dejé ir. Fue lo peor que hice en mi vida.

Con eso, le da a Carla una sonrisa, pasa la mano por la cabeza de Benjamin y se encoge de hombros en su abrigo.

—¿Podemos mantenernos en contacto? —me pregunta.

—Por supuesto que me gustaría.

—Y a usted, jovencito, lo veré pronto —le dice a Benjamin.

—Gracias por el té, traeré una taza y un platito la próxima vez. ¿Kerry, puedo visitarte pronto?

Ella le ha hecho un guiño a Carla cuando había hablado y es una risa lo que nos sigue cuando la acompaño a la puerta principal.

Cuando abre la puerta de su carro, se gira hacia mí. Pone su mano en mi brazo, el primer acto de afecto que he recibido de ella.

—Llámalo. Vi la forma en que te miró esa noche. No pierdas eso. Nunca es demasiado tarde.

Francis se sube a su inmaculado Jaguar y se aleja por la calle.

—Bueno, al diablo con eso —dice Carla cuando regreso a la cocina.

—Lo sé. Eso es lo más sorprendida que nunca me he sentido —digo.

—¡Qué pájaro tan astuto es!

—¿Crees que podríamos tener la jarra de leche y el azucarero ahora que se ha ido? —dice Kerry.

Por primera vez en mucho tiempo nos reímos, nos reímos de verdad, y no me siento culpable por eso. Ben también lo habría encontrado gracioso.

***

La búsqueda de casa comienza en serio y pronto se convierte en realidad. No hay forma de que pueda permitirme quedarme en la zona y no me gusta la idea de las cajas disfrazadas de casas en la nueva propiedad. La primavera se abre paso hacia el verano y me siento inquieta. La vida de Carla ha estado en suspenso durante demasiado tiempo y las persistentes referencias a Stefan me están molestando.

Sé que él todavía la llama, aunque no con tanta frecuencia y su último correo electrónico ha sido meses atrás. Una parte de mí lamenta mi decisión de luchar sola contra mi depresión, y otra sabe que hubiera sido imposible, para Stefan y para mí, si hubiéramos permanecido en contacto. Se preocuparía mientras está en casa, lo extrañaría y terminaría teniendo que elegir entre su vida en Dinamarca o su vida conmigo. Esa fue una decisión que nunca quisiera que él tomara.

Es un correo electrónico de Tom, haciéndome saber que los chicos han regresado y están acosando a la abuela Nora, como la habían apodado, para que aprenda a surfear, algo que me pasa por la cabeza.

Echo de menos a Nora y Jim, echo de menos a los chicos y seguro que echo de menos la cabaña. Me pregunto…

Mientras tengo la computadora portátil abierta, busco el sitio web. Podría haber revisado mis correos electrónicos, pero eso significaría ver el nombre de Stefan. Aunque nunca los había abierto, tampoco los he eliminado. Es reconfortante saber que están allí y egoístamente los echo de menos cuando se han secado.

Envío un correo electrónico sin decirle a Carla lo que he hecho. Quiero comprobar la disponibilidad antes de decirle que me dirijo a la cabaña, sola.

Ese lugar es el último obstáculo en mi mente. Es donde había tenido las mejores y las peores experiencias de mi vida. Quiero entrar por la puerta principal y recordar tanto a Stefan como a Ben.

Capítulo Veinte

Empaco el carro después de que lo reparan con algunas compras y el perro una semana después de decidir que necesito visitar Cornwall. Carla se había enfadado. Los recuerdos de que ella tuvo que hacer ese viaje para recogerme y luego, milagrosamente, llevarnos a casa en circunstancias tan terribles deben haber estado dando vueltas en su mente. Mamá piensa que es una buena idea, dejar descansar al último de mis fantasmas, como ella había dicho.

—Estaré bien, Carla. Necesitamos algo de espacio. Sé que suena terrible, pero tu vida está en suspenso conmigo aquí y no estoy a punto de derrumbarme. Lo que hice no fue planeado; no creo que alguna vez quise morir. No volverá a suceder.

—Llamarás tan pronto como llegues y deja el número de Nora en caso de… Bueno, ya sabes, emergencias.

—En caso de que quieras ver cómo estoy, ¿quieres decir?

—No puedo evitarlo, Jayne. Me asustaste y eso no es algo que pueda superar pronto.

—Lo sé, y siempre lo lamentaré. Pero necesito hacer esto. No tendré dinero extra una vez que haya encontrado un lugar donde vivir, así que esta es mi última oportunidad.

Nos abrazamos y me subo al carro. Me entristece darme cuenta de que hay una grieta en nuestra amistad, una que podría o no ser reparada alguna vez, y creo que pasar un tiempo separadas nos hará mucho bien. Tengo que demostrarle que soy capaz de estar sola; tengo mucho que demostrarle a mucha gente.

Hago el viaje de memoria, paso Stonehenge en la carretera y, finalmente, cuando el sol se está poniendo, me encuentro en la autopista. Hago lo que había hecho todas las otras veces que conduje por aquí. Abro la ventana y respiro el aire del mar. Inmediatamente siento que mis hombros se relajan y una sonrisa se forma en mis labios. Sí; mientras conduzco las últimas millas, sé que he hecho lo correcto. Siento que voy a casa.

—Hola —escucho un eco por el carril.

Una linterna zigzaguea de un lado a otro.

—¿Nora, eres tú? —Yo grito.

—Por supuesto que soy yo, ¿quién más está lo suficientemente loca como para caminar aquí por la noche sólo para ver a mi chica favorita?

Me abraza acariciando a Dini al mismo tiempo. No he atravesado la puerta principal de la cabaña.

—Oh, es tan bueno verte. Ahora voy a desempacar, haré té y tú

puedes contarme todo lo que ha pasado.

Asiento y giro la cabeza; no quiero que ella vea las lágrimas que se han formado en mis ojos. Me doy cuenta de cuánto la he llegado a querer como amiga y la he extrañado.

Para cuando llevo mi maleta al piso de arriba, dejo cómodo al perro, ella tiene el té en la mesa y mis compras desempacadas.

—Bueno, qué carajo ha estado pasando. Nos has tenido a todos tan preocupados aquí. Jim tenía en la mente de conducir hasta Kent para verte, ¿sabes?

—Oh, Nora. No sé por dónde empezar.

—El comienzo sería bueno y tengo toda la noche.

Hago lo que me pide; empiezo por el principio, justo por el principio. Me descargo totalmente sobre ella; desde que conocí a Michael hasta esa mañana.

Estoy agotada, he llorado y ella ha tomado mi mano, pero no ha dicho una palabra durante las dos o tres horas que había hablado. Aparte de refrescarnos el té y hacernos un bocadillo a las dos; ella se ha quedado conmigo. Se siente catártico, me siento limpia y más ligera en mi cuerpo. No me había dado cuenta de cuánto necesitaba dejar salir eso. Le he dicho cosas que no le he contado a mi terapeuta.

Me rio entre dientes.

—Carla estaría enojada con la cantidad de dinero que pagó por mi terapia y todo lo que tenía que hacer era venir a ti.

—Ah, hay un lugar para psiquiatras y hay un lugar para amigos. Ahora, Stefan. Me imagino que todo el mundo te ha dicho lo tonta que has sido, pero ¿sabes qué? Creo que tomaste la decisión correcta para ti, no es que esté de acuerdo con ella, por supuesto —dice con una sonrisa.

—No puedo enviarle un mensaje ahora, Nora. Ha pasado demasiado tiempo y no sé qué decir. Siento que lo arrojé a los lobos ese día. Él me amaba y yo lo aparté. Para ser honesta, tengo miedo, miedo de que si me hubiera mantenido en contacto en algún momento él hubiera tenido que tomar una decisión. Estar conmigo o con su familia porque creo que lo habría necesitado demasiado.

—¿Y ahora?

—Y ahora, todavía no lo sé. Nunca dejaré de amarlo, pero necesito recuperarme por completo y aún no lo he hecho.

—Sin embargo, no hay nada que te impida contactarlo, recuperar esa amistad. Lo perdonaste por huir, estoy segura de que él hará lo mismo.

No lo había visto desde esa óptica. Todavía tengo que reparar algunos puentes y primero tengo que empezar con mi hija.

Nora se va con la promesa de que nos pondremos al día al día siguiente. Me preocupa que vuelva subir por el carril en la oscuridad,

pero ella ha rechazado mi preocupación. Lo ha estado haciendo durante años, pero ella llamará para decir que está a salvo en casa.

Un minuto más o menos después de que se va, llama; sólo se dicen un par de palabras para decirme que está en casa. Abro la puerta trasera y me siento en el jardín con un cigarrillo. El olor y el sonido del mar me tranquilizan. Dini camina por el jardín reclamándolo, ladeando la pierna en cada planta mientras yo me siento y siento que el mundo que ha sido cargado sobre mis hombros se aleja lentamente.

Ya le he enviado un mensaje de texto a Carla, Kerry y mi mamá para decir que he llegado sana y salvo, así que apago el teléfono, llamo al perro y me voy a la cama.

Subo las escaleras y vacilo en la puerta del dormitorio. Aunque había tomado mi bolso antes, lo había dejado fuera de la habitación. Me paro y miro a la cama. Stefan me había dicho que me amaba en la cama. Los recuerdos inundan mi mente. Quizás si la ropa de cama hubiera sido diferente no me hubiera molestado tanto, pero lloro mientras me quito la ropa y lloro aún más mientras me meto debajo del edredón.

Abrazo la almohada sobre la que he apoyado la cabeza y le susurro.

—*Jeg Elsker Dig*.

¿Me siento terrible porque estoy llorando por él y no por Ben? Sí y no.

El luto por mi hijo va más allá de las lágrimas. Inicialmente he llorado durante días y todavía derramo lágrimas por él, pero estoy vacía por dentro. Falta una parte de mí y eso nunca cambiará, nunca volverá a crecer y nunca se curará. Viviré, obviamente, pero nunca tendré el hijo que tuve, al que le había dado la vida, le había dado mi propia sangre, y había llegado a aceptar eso. Si no lo hubiera hecho, estaría muerta.

***

Duermo hasta tarde a la mañana siguiente. Es el sonido de Dini lloriqueando y un golpe en la puerta trasera lo que me despierta. Me levanto con dificultad de la cama y me pongo algo de ropa antes de mirar por la ventana del dormitorio.

Los chicos se quedan en el jardín. Tom agita una bolsa con algo.

Abro la puerta y recibo abrazos y una bolsa de pasteles.

—Entonces, antes de que entremos, ¿todavía estás enojada? —dice Greg.

Me rio de su franqueza.

—No y gracias por escribirme. Quiero escuchar todas sus

aventuras.

Los chicos se sientan a la mesa y preparo té para acompañar los pasteles. Me informan sobre el tiempo que han pasado en Australia. Me encanta hablar con ellos, escuchar sus payasadas y, en ningún momento, siento que me estén juzgando por mi depresión. Es refrescante escuchar tantas bromas al respecto.

—¿Entonces cuáles son tus planes? —pregunta Tom.

—Sólo voy a quedarme esta semana, leer, relajarme en la playa y dormir mucho.

—¿Navegar?

—Tal vez, ya veremos.

Los chicos se van poco después para abrir la tienda de surf y meterse en el agua. Me quedo con una sonrisa en mi rostro. No he sonreído de verdad en mucho tiempo.

Durante la mayor parte de la mañana me siento en el jardín con mi cuaderno y escribo. Veo a los veraneantes instalarse, tomar el sol y remar en el mar. Observo a la gente reír, jugar a la pelota y a los niños meciéndose en piscina. Escribo a esas personas en mi cuaderno, creando historias cortas a su alrededor. Tengo una caja llena de cuadernos y he decidido, como parte de mi semana fuera, que los transferiría a la computadora portátil, haría algún tipo de historia con todos ellos. Será un proyecto del que podría estar orgullosa. También decido que voy a escribir otra carta a Casey. Ahora que Francis parece estar de mi lado, espero que pueda dársela.

***

Me siento en el jardín todas las mañanas y escribo mis historias en una. Es mi vida en la ficción. Hay partes que me traen lágrimas frescas a los ojos y partes que me hacen reír en voz alta. En esa semana he escrito más de cuarenta mil palabras. Algo me pasa en el proceso. Me enamoro de mí de nuevo. Leo sobre mí y mi vida de una manera totalmente objetiva y me vuelvo adicta a la escritura. Me despierto por la noche con una idea y la escribo en mi bloc de notas. Camino por la playa y dicto pensamientos en mi teléfono, me pregunto qué piensa la gente de mí mientras camino, emocionada por mis tramas.

A medida que avanza la semana, y después de pasar las tardes poniéndome al día con los chicos o con Nora y Jim, tomo una decisión. Llamo al agente de viajes y le pregunto si puedo extender mis vacaciones. Por mucho que no quiera salir de la cabaña, si no estuviera disponible, tomaría otra. Afortunadamente está disponible, de hecho, será la última semana que los agentes sean responsables de la cabaña. Sale de sus libros y eso me entristece un poco.

—¿Sabías que la cabaña está saliendo de los libros de las agencias de viajes? —le digo a Nora mientras toma una taza de té.

—No, me pregunto por qué. Sé que los dueños nunca están aquí. Tengo su número de teléfono. Podría llamarlos y ver si lo colocan en otro lugar.

—Eso sería genial. Llamé a Carla; Creo que está un poco preocupada de por qué voy a extender mi estadía. ¿Ella te llamó?

—Sí, le dije que estás feliz, no te mataste y te bronceaste.

Me rio.

—¿Ella te creyó?

—Dijo que podría venir para una visita *sorpresa*. Lo tomé como código para venir a ver cómo estás. Tal vez deberías tomar una foto y enviársela, mostrarle que realmente estás viva y coleando.

Me rio un poco más.

—No quiero irme de aquí. No sé por qué, pero me siento como en casa, siento que pertenezco y puedo ser yo misma. Sé que suena terrible teniendo en cuenta lo que ella, mi madre y Kerry han hecho por mí, pero…

—Yo sé lo que quieres decir. Hay algo en este lugar que captura tu corazón y te mantiene. Cuando Jim y yo vinimos, esa primera vez solo para unas vacaciones, sentí lo mismo. Se necesitó mucha persuasión para convencerlo de que hiciera las maletas y se mudara, pero nunca miramos atrás ni lamentamos nuestra mudanza.

Nora se va para regresar a su tienda y yo sigo escribiendo. Escribo hasta que me duelen las manos, hasta que mis hombros y espalda me gritan que cambie de postura. Y me encanta cada segundo. Me vierto en las páginas y me siento limpia. Por supuesto, no tengo idea de lo que estoy haciendo, ni siquiera me he molestado en buscar la estructura o la puntuación de Google, y hojear el diccionario varias veces.

Es al día siguiente cuando mi vida da un cambio dramático de ruta.

***

—¿Adivina qué? —Nora dice mientras resopla y se hincha por el sendero del jardín.

—¿Por qué no viniste por la puerta de entrada? —le pregunto.

—No lo sé realmente, pero estoy aquí ahora, ¿y adivina qué?

Niego un poco con la cabeza y sonrío. Nora tiene llave, normalmente entra por la puerta principal, pero ese día ha caminado un poco más por el camino hasta la entrada de la playa, subiendo y subiendo los pequeños escalones que conducen al jardín trasero. Estoy sentada, como de costumbre, escribiendo en la mesa de metal del jardín con Dini acostado a mis pies tomando el sol de la mañana.

—¿Qué? —Pregunto, sabiendo que nunca lo adivinaré.

—La cabaña está a la venta.

La miro fijamente mientras se sienta frente a mí.

—¡Oh!

Mi corazón se hunde un poco.

—¿Crees que el nuevo propietario lo mantendrá como casa de vacaciones?

—No lo sé, nadie la ha comprado todavía, quieren que Jim y yo todavía estemos al cuidado de ella.

Me dirijo a la cocina y pongo la tetera a fuego lento para tomar una taza de té. Mientras espero a que hierva, miro a mi alrededor. Las paredes encaladas necesitan una capa de pintura, algunas de las ventanas necesitan ser reemplazadas y, por supuesto; el sistema de calefacción no existe. Afuera, está golpeado por el clima. La costa oeste puede ser brutal en invierno; los árboles a lo largo del camino crecen en ángulo debido a la fuerza del viento. Los muebles son anticuados y, aunque me encanta la cabaña, tiene una sensación de desamor. Me pregunto cuánto valdrá.

—¿Con quién lo están vendiendo? —pregunto mientras saco el té afuera.

—No pregunté. Pero podría preguntar —me dice, veo el brillo en sus ojos cuando capta mi línea de pensamiento.

—E imagino que harían un trato si no hubiera agentes inmobiliarios involucrados —agrega.

Tomamos nuestro té, charlamos sobre la tienda y mi escritura. Nora está emocionada de leer lo que he escrito. No se me había pasado por la cabeza mostrárselo a nadie, es solo mi manera de sacarme toda la mierda de la cabeza. Le dejo echar un vistazo a un par de párrafos mientras estamos sentadas. Ella se ríe entre dientes y se ríe de un par de escenas.

—Me encanta. Deberías escribirlo correctamente. Y debes corregir algo de esa puntuación. Podría ayudar con eso.

—Oh, no lo sé. No irá a ninguna parte una vez que esté terminado —respondo con una carcajada.

—¿Por qué no? Quién sabe, podrías ser el próximo libro de la semana con Richard y Judy.

Richard y Judy son presentadores de programa de televisión durante el día y recientemente han fundado un club de lectura, descubro que en realidad también viven a menos de un millón de millas de distancia.

—Ahora eso lo dudo, pero gracias por el voto de confianza, lo tendré en cuenta.

—Bueno, mejor me voy y quiero leer un poco más. Intérnamelo.

Me toma un momento comprender lo que quiere decir. Cuando cierro la puerta detrás de ella y comienza a bajar los escalones, la

llamo.

—¿Te refieres a enviarlo por correo electrónico?

—Esa es la palabra.

—No tengo tu dirección de correo electrónico.

—¿Necesito uno?

Ella se ríe mientras se aleja tambaleándose. No pensé que Nora tuviera una computadora; ella se había unido recientemente a las masas con un teléfono móvil. E incluso entonces, constantemente le recuerdo que lo encienda.

***

Cierro el archivo con mi manuscrito y comienzo otro, una carta para Casey. He dejado de enviarle correos electrónicos; parecen rebotar constantemente. Al principio comienzo con una página en blanco, pensando en qué escribir. ¿Cómo poner mi vida en una forma que ella pueda entender? Estoy más allá de suplicar su perdón y si he aprendido una cosa en los últimos meses es que no había hecho nada malo. Solo quiero que ella lo entienda.

Escribo las primeras palabras que me vienen a la cabeza y, antes de darme cuenta, ha pasado una hora y he escrito diez páginas, la mayoría de las cuales son balbuceos.

No tengo forma de imprimir la carta y tal vez nunca la enviaré. No dice nada más de lo que ya he intentado decir en varios correos electrónicos y cartas anteriores, pero en mi mente me estoy comunicando con ella.

—Jayne, adivina qué —escucho.

—¿Nora, por qué no me llamas por teléfono en lugar de correr arriba y abajo por ese carril?

Ella se ríe entre dientes.

—Me saca de la tienda. Ahora, ¿quieres esta noticia o no?

—Sigue.

—Los Turner quieren hablar contigo.

—¿Quiénes son los Turner?

—Los dueños de esto —ella dice mientras agita la mano hacia la cabaña.

—Oh, ¿sobre qué?

—No lo sé, bueno, creo que sí, pero llámalos.

Me acerca un trozo de papel. Escrito a lápiz hay un número de teléfono.

Sostengo la hoja de papel en mi mano durante lo que parece una eternidad antes de levantar mi móvil.

—No sé si necesito pensar en esto.

—Solo estás haciendo preguntas, nada más. No puedes tomar ninguna decisión sin conocer el precio de venta.

Yo marco. El tono de marcado sugiere que está llamando al extranjero y me encojo al pensar en, uno, si hay una diferencia horaria, y dos, el costo.

—¿Hola?

—¿Oh, señora Turner? Me llamo Jayne, me estoy quedando en la cabaña de Bude. Nora me dio tu número de teléfono. Me preguntaba si tiene tiempo para charlar.

—Oh sí. Gracias por llamar, Jayne. Nora dijo que podrías estar interesada en comprar la cabaña.

—Podría estarlo. No quiero perder su tiempo si la cabaña está fuera de mi rango de precio y aún no he hablado con mi familia sobre esto.

—Entiendo. Seré honesta contigo. Mi marido tiene una enfermedad terminal, vivimos la mayor parte del tiempo en Portugal, le encanta el golf y, para ser honesta, prefiero arreglar las cosas antes…

Ella no puede terminar su oración. Puedo escuchar cómo sus palabras la han ahogado y trago el nudo que se ha formado en mi garganta.

—Lamento escuchar eso, perdí a mi hijo recientemente, así que sé lo difícil que debe ser para usted.

—Nora me lo dijo, espero que no sientas que ella estaba chismorreando. Nos enamoramos de esa cabaña cuando la visitamos por primera vez y sé que sonará extraño, pero queremos que alguien viva en ella, alguien a quien le encante tanto como a nosotros. Bob ha estado enfermo durante tanto tiempo y es una pena que no hayamos podido visitarla en tanto tiempo. Todavía no lo hemos puesto con un agente, así que, si estás interesada, ¿qué tal si haces una oferta?

—No tengo idea de lo que vale, señora Turner, para ser honesta. No tengo mucho dinero y no quiero insultarla con una oferta baja.

No tengo ni idea de cómo hacer para comprar una casa. Michael se había ocupado de la compra de la de Kent y ya era dueño del apartamento en Londres en el que habíamos vivido por primera vez.

—Piensa, tal vez no debería decir esto, pero el valor no es importante en este momento. Sólo quiero arreglar todo.

Digo que volveré a llamar en unos días una vez que revise mis finanzas.

—¿Y bien?

—Ella me pidió que hiciera una oferta. No tengo ni idea de qué hacer.

—¿Es este un lugar donde puedes vivir? Deberás pensar en tu familia.

Y ahí radica el problema. Estaré a cinco horas de Benjamin, de mi mamá y Carla, Kerry. Tal vez si pueda encontrar un trabajo podría alquilar un pequeño lugar en Kent y viajar, pero entonces no estoy seguro de cuán práctico sería eso, y no quiero comprar la cabaña y tenerla vacía por semanas enteras.

Nora se va y yo me siento en el jardín contemplando el mar en calma. La luz del sol rebota en el agua haciendo difícil ver a los surfistas. Puedo escuchar el tintineo de la risa de los niños haciendo castillos de arena y remando, puedo sentir el sol en mis hombros y la brisa ligeramente salada revolviendo mi cabello. Es la cabaña de mis sueños, la cabaña que dibujé cuando era niña. Es el único lugar en el que me he sentido más relajado y al que parezco correr, aunque solo la he visitado tres veces. ¿Pero podría vivir allí?

Doy un paseo por la playa. Pienso en Ben y le habría encantado la zona. Me lo imagino sobre las olas sentado en una tabla de surf y esperando que llegue la próxima ola. Me siento frente al mar y en mi mente lo veo. Se ríe, disfruta de su vida.

Recuerdo a Stefan y yo sentados exactamente en el mismo lugar, de espaldas al acantilado y tomándonos selfies. No he mirado esas fotos durante mucho tiempo. Saco mi teléfono de mi bolsillo y reviso mis contactos. Pienso por un tiempo, antes de enviar un mensaje de texto.

Hola, no estoy segura de qué decir más que, lo siento.
Te echo de menos. J xx

Mi dedo se cierne sobre el botón de enviar. Sería un mensaje de texto de la nada y me pregunto cómo se sentiría Stefan cuando lo vea. Cierro los ojos contra las lágrimas y presiono enviar. Mis manos tiemblan cuando apago el teléfono y lo guardo en mi bolsillo. Es hora de hacer algunos cambios, hora de comenzar una nueva vida. Nunca podré volver al viejo yo; no puedo regresar a Kent, tengo que empezar de nuevo.

Prácticamente corro de regreso a la cabaña. Siento un burbujeo de excitación en mi estómago. Agarro mi computadora portátil y voy a mi banco en línea. ¿Podría permitirme la cabaña y quedarme algo para las reparaciones? ¿Podría vivir después de haber gastado el dinero? Me siento con una libreta y un bolígrafo y calculo mis finanzas. Luego busco en Google cabañas en venta en el área. No me sorprende casi ninguna aparece, pero no ayuda a determinar un valor razonable. Todo lo que puedo hacer es ofrecer lo que puedo pagar y ver qué pasa.

Primero llamo a mi mamá.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás?

—Hola, cariño. Quería hablar contigo hoy, qué extraño que

debas llamar primero. De hecho, he tenido un buen día. Mabel y Eric me llevaron de compras y nos vamos a jugar scrabble en el salón comunitario en un minuto. He decidido unirme a algunos de los clubes locales.

—Suena como una gran idea. Tengo una idea para comentarte, la cabaña en la que estoy está a la venta y tengo la oportunidad de hacer una oferta. No sé qué hacer.

—¿Estas feliz allí?

—Sí, seré honesta, no sé si quiero quedarme en el pueblo. Hay demasiados recuerdos horribles y no puedo pasar por mi casa sin que me afecte. Pero tampoco quiero estar tan lejos de ti.

—Jayne, lo único que no quiero que hagas es que te quedes por mí. Si tienes la oportunidad, hazlo. Imagínate si no lo hicieras, imagínate si te quedas aquí y yo me muero. Estarías atorada.

—No digas eso…

—Es cierto. No voy a estar aquí para siempre. ¿Cuánto cuesta?

—Bueno, esa es la cosa, no lo sé. Me pidieron que hiciera una oferta. La propietaria, la señora Turner, dijo que su esposo se está muriendo y que ella quiere arreglar todo antes que él muera. Siento que la estoy engañando con un valor razonable si no investigo un poco, pero no hay nada a la venta con lo que compararlo.

—Voy a decir algo que podrías pensar que es cruel. No conoces a esta gente; ella te está dando la oportunidad de hacer una oferta, si quisiera un precio justo, iría a un agente inmobiliario que tendrá el mismo problema que tú para encontrar un valor. Ofrece lo que puedas pagar. Y si no es suficiente, tengo ahorros.

—No quiero tu dinero, mamá.

—Será tuyo de todos modos, menos lo que quiera el recaudador de impuestos, así que por qué no tenerlo ahora.

—¿Qué crees que dirá Carla?

—Carla es tu mejor amiga, si no está feliz por ti, entonces le patearé el trasero. Llámala, luego llámame y déjame saber lo que dicen.

—Quiero hablar con Kerry primero. No podré ver a mi nieto con tanta frecuencia y eso va a ser difícil.

—Piensa en todos esos veranos en los que él podría disfrutar en la playa. ¿Qué niño no querría eso?

No había pensado en eso. Mientras nos despedimos, ya estoy planeando las vacaciones de verano y la navidad alrededor de la chimenea. Doy un paseo por la cabaña para decidirme. Tiene dos dormitorios; suficiente espacio para mí y es sólo un viaje de cinco horas de regreso a Kent. No es el fin del mundo.

El ping de mi teléfono alertándome de un mensaje de texto hace que mi corazón se detenga. ¿Podría ser Stefan? ¿Él ha

respondido? Regreso a la cocina y lo agarro, conteniendo la respiración mientras lo hago. Desplazo mi dedo por la pantalla y exhalo bruscamente. No lo es, de hecho, es una empresa de pizzas que me ofrece un descuento en mi próxima compra. Siento una sensación de decepción y luego me reprendo. No voy a seguir ese camino. No voy a colgar el teléfono o la computadora portátil esperando una respuesta y no tengo derecho a esperar una.

Decido llamar a Kerry a continuación. Ella está emocionada y me insta a hacer lo mismo que mi madre, a llamar y hacer una oferta. Me asegura que tiene una red de apoyo a su alrededor a la que puede recurrir si es necesario. Francis ha ido a verla un par de veces, tiene a mi madre, a la suya y a Carla. Me echará de menos, por supuesto, pero espera con ansias pasar tiempo en la cabaña. Y como había dicho mamá, ella está encantada de que Benjamin tenga un lugar para crecer y jugar en los meses de verano.

Llamar a Carla es lo más difícil. Siento que la estoy decepcionando. Ella se ha preocupado por mí, ella había pagado mi tratamiento en el hospital, aunque yo le había ofrecido devolverle el dinero, ella se había negado. Siento que me había llevado su generosidad y me estoy alejando.

Los nervios se apoderan de mí y decido que lo pensaré durante una hora más o menos antes de decidir qué hacer.

***

La señora Turner me llama antes de que tenga la oportunidad de hablar con ella.

—Jayne, sé que dijimos que lo dejaríamos unos días, pero he estado hablando con Nora. Ella explicó tu situación, todo y sé que pedir una oferta podría ser incómodo. Hablé con mi esposo y estaríamos más que felices de aceptar doscientas mil libras. Sabemos que la cabaña necesita algo de trabajo, no le debemos nada al banco y, para ser honesta, nadie a quien dejarle el dinero. Si tú estás de acuerdo con eso claro, y no espero una respuesta hoy, podemos empezar con la venta.

—Vaya, creo que eso está muy por debajo del valor. ¿Están seguros?

Con ese dinero jamás podría comprar una casa en Kent, ni tampoco una casa de campo de dos dormitorios en uno de los lugares más populares de Cornwall. Sé que la cabaña cuesta el doble, incluso en su estado actual. La vista y la ubicación valen otras cien mil.

—Puede que lo sea, pero quiero poder disfrutar un rato con Bob y no preocuparme.

—Entonces sí, me encantaría comprar la cabaña.

¿Estoy siendo impulsiva? Tal vez, pero podría pagar doscientas

mil libras y eso me dejaría mucho para renovar y vivir por un tiempo. No tendré suficiente para siempre, pero ciertamente no tendré que preocuparme durante un par de años.

—Esas son buenas noticias. ¿Qué tal si hago que nuestro abogado se ponga en contacto contigo?

—Gracias, sí, eso sería bueno.

Terminamos nuestra llamada y me siento, sorprendida de que acabo de comprar una casa, no solo una casa, sino una a una fracción de su valor. Agarro mi libreta y mi bolígrafo y hago algunas listas. Nuevo sistema de calefacción; nuevas ventanas; una mano de pintura; actualizar el baño y piso nuevo. Necesito hablar con el abogado sobre los muebles. Imagino que la señora Turner no se preocuparía por recogerlos, lo que significa que yo tendré que deshacerme de ellos o conservarlos y vender los míos.

Otro pensamiento pasa por mi mente. Llamo a Carla.

—Hola tú, estaba pensando en ti —ella dice después de responder.

—Tengo algunas noticias, aunque no estoy segura de cómo te van a caer.

—Creo que no me gusta cómo suena eso.

—Podría haber invertido en propiedades.

—¿Encontraste una casa? Eso es genial, ¿en el pueblo?

Hago una pausa.

—No, aquí en Cornwall. La cabaña en la que estoy está a la venta y a un precio ridículamente bajo.

—¿De verdad? —ella no parece demasiado molesta.

—Sí, acabo de hablar con la dueña. Quieren doscientos mil y está justo en la playa. Te mostré las fotos de la última vez, ¿no?

—Vaya, eso es realmente barato. ¿Estás segura de que los escuchaste bien?

—Sí, su abogado me va a contactar. Puedo permitirme comprar esto directamente, tener algo de dinero para las reparaciones y aún me queda algo para vivir.

—¿Entonces no buscarás aquí?

Temo esa parte de la conversación.

—No, aparte de ti, mamá, Kerry y Benjamin, no hay nada para mí. Me siento terrible al dejarte, especialmente después de lo que has hecho por mí, pero me encanta estar aquí. ¿Y cuándo volverá a aparecer la oportunidad de comprar una cabaña frente a la playa a ese precio?

—¿Entonces, no vas a volver? —El tono de su voz ha cambiado; detecto tristeza.

—Por supuesto que sí, en un par de días. Hasta que se resuelva la venta, supongo.

—Oh, eso es bueno entonces. Al menos podemos despedirnos como es debido.

—Sin embargo, no es un adiós, estaré a cinco horas. Piensa en las vacaciones de verano en el patio con un Pimms y viendo a los surfistas —le digo.

—Bueno, continúa, me entusiasma la idea.

—Hundir los dedos de los pies en la arena tibia y caminar por la playa. Hay algunos restaurantes increíbles a nivel local y, como dije, surfistas para comerse con los ojos.

Carla se ríe.

—Tu mamá me lo dijo. Estoy emocionada por ti, Jayne, realmente lo estoy. Te voy a extrañar como una loca, por supuesto y sin duda estaremos poniendo algunos kilómetros en el carro, pero adelante.

—Maldita bromista, estaba aterrorizada de decírtelo.

—¿Por qué?

—Debido a todo lo que has hecho, siento que me estoy alejando.

—¿Sabes algo? Eso es lo mejor que podrías haber dicho. Me encantó tenerte aquí, pero si puedes marcharte, empezar de nuevo por tu cuenta, entonces mi trabajo está hecho. Y me alegrará deshacerme de ese perro apestoso.

Ambas nos reímos, más fuerte cuando le explico que Dini ha aguzado sus oídos como si hubiera escuchado su comentario.

—En serio, Jayne, por ese precio; no puedes perderla. Eso duplicará su valor de la noche a la mañana.

—Regresaré en un par de días, ¿me ayudarás con los abogados?

—Por supuesto que sí, ahora, bebe ese Pimms y saluda a esos surfistas sexys. Te veré en un par de días.

Nos despedimos y bailo por la cocina. Me siento totalmente estúpida y no me importa. Estoy a punto de comprar mi propia casa, sola.

***

Recojo la cabaña con una ligera resaca después de pasar la noche anterior bebiendo vino con los chicos. Les había preparado la cena, la primera comida adecuada que habían comido en mucho tiempo, me mintieron. Sé que comen en Un pedacito de cielo una vez que todos los comensales se han ido, pero es agradable tener su compañía. Les hablo de la compra de la cabaña y que espero volver en un par de semanas. Tengo la esperanza de poder pagar el alquiler hasta que se concrete la venta.

Dini y yo hacemos el viaje a casa y si es inconsciente o no, pero siento que la tensión regresa cuanto más me acerco a la autopista.

Paso junto a mis suegros y veo el carro de Michael en el camino de entrada. Pienso en esa carta que he escrito y decido que la imprimiré y se la dejaré a Francis para que se la dé a Casey.

Me recibe con un gran abrazo de Carla, quien inmediatamente quiere mostrarme su investigación. Ha estado buscando en Google a Bude y está emocionada de que, de hecho, esté consiguiendo un trato con mi casa de campo. Un apartamento de un dormitorio con vistas al mar cuesta más de lo que pagaré.

Esta noche cuido a Ben; Kerry tiene un par de amigas que quieren invitarla a comer. Es la primera vez que deja a Benjamin y la primera vez que sale desde la muerte de Ben. Carla está encantada de interpretar el papel de tía abuela, aunque no está tan interesada en el título que le han otorgado.

—No tengo la edad suficiente para ser una tía, y mucho menos una tía abuela —ella se queja.

Benjamín es un encanto; duerme la mayor parte de la noche despierta sólo para abrazar, sonreír y alimentarse. Kerry llama constantemente hasta que le recuerdo que he criado con bastante éxito a mis dos hijos.

—Sabes, te he estado mirando. Te ves tan diferente, dos semanas bajo el sol te han hecho maravillas —dice Carla.

—Me siento bien. No genial, pero bien. No sé de qué se trata el lugar, me encanta. Y estoy segura de que los victorianos tenían razón cuando dijeron que el aire marino está curando.

—¿Has tenido noticias de Casey?

—Ni una palabra, tengo una carta para imprimir y se la daré a Francis, pero aparte de eso, no sé qué más hacer. He llamado, he enviado un correo electrónico y si esto es correcto o incorrecto, pero no sé por cuánto tiempo más puedo hacerlo. Me mata cada vez que ella me ignora.

—Estoy sorprendida por ella para ser honesta. Sé que estaba enojada, no tenía derecho a estarlo, pero esto va más allá de lo razonable.

Nos quedamos en silencio por un rato, bebiendo nuestro vino. No quiero insistir en ella.

—¿Has tenido noticias suyas? —le pregunto, sin querer usar su nombre.

—No por un tiempo. Puedo enviarle un correo electrónico, si quieres. Tú…

Ella hace una pausa, mirando fijamente su copa de vino.

—¿Yo que? Vamos, necesito escucharlo.

—Le rompiste el corazón. Creo que necesita cortar todos los lazos para poder seguir adelante.

Suspiro.

—Sé que lo hice, y lo lamento.

No le digo a Carla que le había enviado un mensaje de texto o que él no había respondido. No estoy del todo segura de por qué, habría pensado que ella estaría encantada, pero necesito que él tome la decisión de volver a contactarme. Si ella lo supiera, yo creo, que le enviaría un correo electrónico o lo llamaría y querría saber el motivo del silencio.

Me entristece que él se halla rendido y realmente no debería haber esperado que no lo hiciera. Lo había tratado pésimamente y es algo de lo que me arrepiento. Deseo poder retroceder el reloj, deseo haber hecho las cosas de manera diferente, pero no puedo detenerme en eso. Yo también tengo que seguir adelante.

***

Recibo una llamada del abogado de los Turner con detalles de la cabaña, le envío los detalles de un abogado que Carla me ha recomendado y espero ansiosamente a que hagan lo que sea que hagan. Mientras tanto, Carla y yo revisamos las cajas en la bodega. Hay mucha basura de la que deshacerse; cajas para depositar con Francis para Michael y Casey, y las cosas de Ben son para Kerry. Hago una lista de los muebles que quiero conservar y enviamos el resto a una subasta.

No valen mucho, lo suficiente para comprar unos neumáticos nuevos para el carro y un corte de cabello para mí. Mi cabello ha crecido tanto que me llega a la cintura y, a pesar de la medicación y el abuso que ha recibido en los últimos meses, se ve saludable.

Llevo un par de cajas a casa de Carla, nos sentamos en el salón y las revisamos. Contienen mis cosas personales, algunas cartas viejas que iban a la papelera, tarjetas de cumpleaños de mis padres de cuando yo era niña y hacia el fondo de una, encuentro un pequeño objeto envuelto en un pañuelo de papel. Lo saco y solo con sentirlo sé lo que es. Suspiro mientras lo desenvuelvo.

Sostengo al ángel plateado en mis manos; mi dedo traza la delicada filigrana antes de cerrar mi mano alrededor de ella y acercarla a mi corazón.

—¿Lo extrañas, no? —Carla dice en voz baja.

No respondo. Hemos tenido la misma conversación muchas veces. Sí, lo extraño mucho. Lo amo. Pero él ha seguido adelante, se ha rendido y no lo culpo. Lo último que quiero es tenerlo colgando de un hilo esperándome. No estoy lista para una relación.

—¿Me haría un favor? —le pregunto.

—Seguro.

—Dale esta carta a Francis, pregúntale si se la entregará a Casey la próxima vez que la vea.

Carla tomó el sobre de mi parte. Lo sostiene en sus manos sin hablar durante un rato.

—¿Estás segura de que no quieres dársela a Francis tú misma?

—No, creo que esa es otra área de mi vida que tengo que dejar ir. Por mucho que aprecio que viniera a hablar conmigo, siempre será un recordatorio de Michael y quiero olvidarlo.

—Nunca olvidarás tu matrimonio, por mucho que yo deseo que lo hagas.

—Olvidar es la palabra equivocada. Solo quiero seguir adelante ahora. Quiero volver a Cornwall y empezar a vivir la vida que siempre he soñado. ¿Puedes entender eso?

Ella me abraza.

—Sí, yo lo entiendo.

Capítulo Veintiuno

Pasa un mes y finalmente regreso a Cornwall. Aunque yo no soy dueña de la propiedad, los Turner han acordado que puedo alquilarles la cabaña directamente hasta que se complete la venta.

Me detengo en la tienda de Nora de camino, para abastecerme de algunos artículos esenciales antes de que pueda ir al supermercado al día siguiente. Abro la puerta de la cabaña y Dini entra corriendo antes que yo. Él también lo ha convertido en su hogar.

Decido tomar algunas notas del trabajo que se requiere antes de que llegue el invierno. Ya es septiembre y ciertamente quiero que se reemplacen algunas de las ventanas antes de que lleguen los vientos fuertes.

Jim ha decidido que él será el que negocie con los contratistas en mi nombre. Yo podría haberlo hecho, soy más que capaz de negociar, pero me informaron que, como novata, es probable que se aprovechen de mí. Sonreí y le di rienda suelta a Jim. Lo llamaré a la mañana siguiente con las dimensiones y podrá ponerse a trabajar.

La semana siguiente es un torbellino. Los chicos quieren ayudarme a pintar el exterior. Empezamos por la parte de atrás y después de recorrer las ferreterías locales; encuentro una pintura para mampostería que espero resista el rocío del mar y los duros inviernos. Una empresa de ventanas viene a medir para dar un presupuesto y llegan mis muebles.

A Nora le preocupa que esté siendo un poco prematura. Si la venta fracasa, tendré que empacarlo todo de nuevo. No tengo ninguna duda de que la venta se realizará como se espera y, después de algunas quejas, me ayuda a cargar la mayor parte del contenido y llevarlo a la tienda benéfica local. La señora Turner me había dicho que la cabaña había sido amueblada con compras de caridad, así que no me siento mal devolviéndolas.

Greg toma algunos de los muebles; se ha hecho cargo completamente como gerente del restaurante y se quedará una vez que los demás se vayan a pasar el invierno. Hay un pequeño apartamento adjunto al restaurante, así que me alegro de entregarle algunas de las cosas, la cama y los muebles del dormitorio.

Una semana después, la cabaña comienza a sentirse como mi hogar.

He instalado una pequeña oficina en casa en la esquina de la sala. Encuentro un escritorio antiguo y adornado bastante bonito en la tienda de caridad, lo suficientemente pequeño como para albergar mi computadora portátil y una impresora sin ocupar demasiado espacio.

Combina bien con mi sofá de cuero que está puesto frente a la chimenea.

***

Septiembre termina y con él el último mes de los turistas. Han sido un par de meses ajetreados; el carril exterior a menudo estaba congestionado con carros que se dirigen al pequeño estacionamiento de la playa.

—Me alegro de que la temporada haya terminado —dice Nora mientras se sienta a la mesa de mi cocina.

—¿Cómo va el negocio durante el invierno? —le pregunto.

—Lento, principalmente locales, pero ganamos lo suficiente durante el verano para mantenernos a flote.

—Conseguí los contratos de la casa, creo que los completaremos en un par de días. Quiero que la empresa de ventanas entre tan pronto como sea posible.

—Esas son buenas noticias y ¿cuándo vendrá tu familia a visitarte?

—En navidad, primero quiero hacer el trabajo.

—Si necesitas un dormitorio, sabes que tenemos de sobra.

Nora me visita con frecuencia y disfruto de la amistad que hemos desarrollado. Quizás lo que más disfruto es que ella no me había visto en mi peor momento. Tengo una sensación de vergüenza hacia aquellos que saben lo que había hecho y los chicos, Nora y Jim, toman a la ligera mi depresión, no es un problema para ellos y lo aprecio.

Una vez que Nora se ha ido, llevo a Dini a dar un paseo. No ha sido él mismo durante las últimas dos semanas y lo he llevado al veterinario local. No se encontró nada malo en él, pero hago la cita solicitada para llevarlo de regreso en caso de que no mejore. Él no sale corriendo a saludar a Tom como de costumbre, sino que se queda a mi lado.

—Oye, mamá. ¿Como está él? —pregunta Tom mientras se inclina para acariciar a Dini.

Le sonrío por decirme mamá.

—No lo sé, creo que debería insistir en un análisis de sangre.

—¿Sabes que tiene un bulto aquí? Es posible que se le haya atascado algo en la garganta.

Dini siempre está masticando palos u otros objetos que ha traído a casa de la playa. Me inclino para sentir su cuello. Tiene un nudo en un lado de la garganta que no se había notado el día anterior.

—Llamaré a los veterinarios hoy. Apuesto a que mordió un palo y parte de él está atascado.

Puede eso explicar por qué no ha querido comer tanto.

—Yo lo haría.

Tom se pone de pie y abre las persianas de la escuela de surf. Tiene un par de semanas antes de regresar a Australia para el invierno. Extrañaré a los chicos cuando se vayan.

Dini y yo comenzamos a caminar de regreso a la cabaña. Normalmente caminamos a lo largo de la playa, pero él no está dispuesto a hacerlo. Tan pronto como estoy dentro del rango de señal, llamo al veterinario y concreto una cita para llevarlo de regreso esa tarde.

Cuando llega el momento de irnos a nuestra cita, Dini está tan entusiasmado como yo estoy visitando al dentista. No salta al carro, salta sobre el asiento y presiona su nariz contra la ventana esperando que se baje. Empiezo a preocuparme.

No le importa el gato en la caja que está sentado en el piso junto a él en la sala de espera. Normalmente, mantengo a Dini afuera hasta que le toca a él ser visto, tal es su disgusto por los gatos. El veterinario quiere hacer algunas pruebas; no puedo dejar de notar la frente arrugada.

—¿Qué piensas que es? —Lo presiono por una respuesta.

—Ese bulto es una glándula linfática. Ambos lados están agrandados. Creo que podemos descartar que tenga algo atascado en la garganta y me gustaría hacerle un análisis de sangre antes de hacer suposiciones.

Dejo a Dini con el veterinario y me dirijo a casa. Me siento en el jardín y recuerdo. Él ha sido parte de mi familia durante siete años, lo que es bastante bueno para un perro de su raza. Él ha sido mi compañero constante, con él que descargo mis pensamientos y cuando me enojo; el que me anima cuando la tristeza amenaza con abrumarme.

Esa tarde esa noche cuando el veterinario me llama y me pide que vaya a verlo. Conduzco con una sensación de hundimiento en el estómago ante el tono de su voz.

—Lo siento, Jayne, pero Houdini tiene cáncer. Se encuentra en los ganglios linfáticos y su nombre oficial es linfoma multicéntrico. Hemos realizado una exploración y hay signos de agrandamiento del hígado y el bazo.

—¿Qué significa todo eso?

—Podemos ofrecer quimioterapia, pero en este caso, no creo que vaya a ayudar.

—¿Cuánto tiempo tiene?

—Cuatro, tal vez cinco semanas. Es difícil ser preciso. Lo siento, Jayne, ojalá pudiera haberte dado mejores noticias.

—¿Cuál es tu recomendación?

Él suspira.

—Si fuera mi perro, lo llevaría a casa hasta que se ponga mal y luego lo traería de vuelta.

No necesita explicar qué significa traerlo de vuelta. Asiento, sujeto la correa al cuello de Dini y lo llevo de regreso al carro.

Las lágrimas nublan mis ojos y parpadeo repetidamente para aclarar mi visión mientras conduzco a casa. Me duele el corazón, más aún cuando él se inclina sobre el asiento y lame las lágrimas saladas de mi mejilla.

Dos semanas después, estoy haciendo ese fatídico viaje de regreso a la veterinaria. Le había hecho una promesa a Dini de que no sufriría, recuerdo haber visto a mi padre y la agonía que había soportado. Los chicos, Nora y Jim me esperan en la cabaña. Lo enterramos en el jardín cerca de la puerta y lloro cuando Tom se presenta con una placa. Un trozo de madera con el nombre de Houdini tallado. Jim ancla la placa en el suelo y me despido de uno de mis amigos más fieles.

Capítulo Veintidós

Se acerca el final de octubre. Camino de regreso del almuerzo con Greg cuando veo una figura de pie en mi jardín. Me protejo los ojos del sol bajo para tener una mejor vista. No puedo distinguir la cara, pero lo sé. Instantáneamente, o instintivamente, sé que mi hija está parada en mi jardín. Corro, mis pies se atascan en la arena húmeda y me duelen las pantorrillas por el esfuerzo. La veo tropezar por los escalones y correr hacia mí. Duda cuando se acerca, sin saber qué hacer, supongo. La envuelvo en mis brazos mientras solloza en mi pecho.

—Lo siento, lo siento —ella dice una y otra vez.

—Tranquila, está bien —susurro en su cabello.

Casey me mira y me doy cuenta de lo demacrada que se ha vuelto. Los círculos oscuros enmarcan sus ojos azules apagados. Tomo su rostro con mis manos y beso su frente antes de colocar mi brazo alrededor de sus hombros y acompañarla de regreso a la cabaña. Ella solloza todo el camino.

—¿Cuándo llegaste aquí? —pregunto mientras la conduzco a la cocina.

—Creo que hace media hora. La abuela me dio tu carta. Agarre el tren. No sé qué decir. Lo siento mucho, mamá, no puedo creer lo perra que he sido. —Sus palabras caen de sus labios mientras las lágrimas continúan cayendo.

—Siéntate, déjame hacer una taza de té. Estás aquí ahora, así que no más disculpas. —Le sonrío.

Veo como se abraza a sí misma y también noto su mueca de dolor. Coloco el té frente a ella y veo sus manos temblar mientras las ahueca alrededor de la taza.

—Dime, cariño. Dime qué te pasa.

Ella me mira y mi corazón se rompe al ver su rostro manchado de lágrimas y la mirada angustiada en sus ojos. Abre la boca como para hablar, pero luego la cierra rápidamente.

—No hay nada que no puedas decirme. Soy tu mamá, te amo, siempre lo he hecho y siempre lo haré.

—Acabo de tener un aborto —ella espeta.

No me lo espero y trato de no mostrar ninguna emoción.

—Está bien, ¿dónde?

—En Japón…

—¿En una clínica? —pregunto interrumpiéndola.

—Oh sí. Estoy un poco incómoda en este momento.

—¿Cuándo pasó esto?

—Hace un par de días y por favor, mamá, no quiero que pienses que vine aquí por lástima. Yo… —Ella suspira.

—Quería venir hace meses, quería venir el día después de Ben… Pero Michael no me dejó.

Noto el uso de su nombre en lugar del habitual papá.

—Empieza por el principio y cuéntamelo todo —le digo.

Por dentro estoy echando humo. La ira burbujea en mi estómago y trato con todas mis fuerzas de no dejar que eso se note.

—No puedo excusar mi comportamiento al principio. No sabía nada de la otra mujer de mi padre hasta que Ben me lo contó. Yo… sólo voy a decir esto. Yo estaba enojada porque no hiciste nada al respecto. Pero eso fue antes, antes de que hiciera lo que hice.

Ella se está ahogando con sus palabras, puedo ver lo difícil que es para ella ser honesta conmigo y me quedo callada.

—Conocí a alguien, él está casado y lo supe desde el principio. Tuvimos un amorío y me quedé embarazada. No era mi intención, estaba tomando la píldora. Se asustó, mi papá también se asustó y me dejaron fuera de la clínica. Tuve que agarrar un taxi a casa al día siguiente.

Mi cuerpo se estremece de rabia, de tristeza, de una desesperada necesidad de consolarla. Me levanto de mi silla y me siento a su lado. Quiero llevarla a mi regazo y abrazarla fuerte, quitarle el dolor. Pongo mi brazo alrededor de su hombro y ella llora.

Casey está exhausta. La llevo arriba y la ayudo a bañarse. Me siento en el borde y la cubro con agua tibia con una esponja, como lo había hecho cuando ella era niña. Cierro los ojos al cuerpo esquelético que está roto frente a mí. Cuando está limpia, la seco, la ayudo a ponerse un pijama y luego la acuesto en la habitación de invitados. Me acuesto a su lado sosteniéndola en mis brazos hasta que se duerme.

Es solo cuando regreso a la cocina que lloro. Mi pequeña está sufriendo y nada de lo que ha sucedido en el pasado significa nada en ese momento. Enciendo mi computadora portátil.

Para: Michael
De: Jayne
Fecha: 10 de octubre de 2021
Asunto: mi hija

Eres un gilipollas, pedazo de mierda. ¿Como pudiste? ¿Cómo pudiste mantener a mi hija lejos de mí, cómo pudiste dejarla afuera de una clínica de abortos y dejar que tomara un taxi a casa? Eres despreciable.

Ella es carne de tu carne, la creamos, la trajimos al mundo y no importa lo que ella haya hecho, no la abandonas.

Ella te tuvo en un pedestal y la has destruido. Eres el peor padre que he visto en mi vida. Ella está aquí conmigo en caso de que estés interesado y una parte de mí quiere decirte que te mantengas alejado, que no la vuelvas a contactar nunca, pero a diferencia de ti, yo no puedo hacerlo.

Puedes ser el idiota todo lo que quieras para mí, pero déjame decirte esto, tratas a mi hija de esta manera y yo iré por ti.

Tú, Michael, terminarás siendo un anciano muy solitario y un día todo lo que puedo esperar es que mires atrás a tu vida y te des cuenta de que fuiste afortunado, pero lo echaste todo por la borda con tu egoísmo.

Presiono enviar mucho antes de pensar en las palabras que he escrito. No me importa ninguna repercusión, dudo que él siquiera responda, pero necesitaba decir algo. Es la primera vez que me enfrenté a él. Cada palabra ha sido como una bala, él puede hacer y decir lo que quera conmigo, pero no con mi hija. Lo haré pedazos.

Abro la puerta trasera y me envuelvo con mi chaqueta de punto mientras me siento. Hay un frío en el aire, pero aún es un día brillante. Llamo a Carla y le cuento los acontecimientos de la mañana. Quiere subirse a su carro y conducir hacia acá. Le pido que espere un día o dos, que me dé algo de tiempo con Casey para averiguar todos los detalles.

Pasa una hora más o menos que Casey sale a la superficie. La escucho moverse arriba, las tablas del piso crujen mientras se dirige al baño. Pongo la tetera y luego me rio entre dientes, eso es lo que mi papá siempre había hecho cuando había una crisis.

Tengo una taza de té preparada en la mesa para ella cuando entra en la cocina.

—He extrañado esto —dice.

—¿Qué, ser atendida de pies y manos? —respondo, lamento mis palabras tan pronto como veo la angustia en su rostro.

—Estoy bromeando, cariño.

—Pero esa es la cosa, todos te dimos por sentada. De acuerdo, tal vez no Ben, pero ciertamente yo y…

—Vamos a llamarlo hijo de puta por ahora, ¿de acuerdo?

Casey escupe el bocado de té que acaba de tomar al otro lado de la mesa antes de que ambas nos disolvamos en un ataque de risa.

—¿Idiota? ¿Qué tal imbécil? Esa es mi palabra favorita para él —digo.

—¿Lo odias? —me pregunta en voz baja.

No importa lo que haya pasado, sigue siendo su padre.

—No, aunque me desagrada inmensamente. No odio a nadie, Casey. No lo tengo en mí para hacer eso. Odio las situaciones que no

puedo controlar; odio lo que le hice a mi familia, pero ¿en cuanto a la gente? No.

—¿Me contarás sobre eso?

—Absolutamente. Puedo hacerlo mejor que eso. ¿Qué tal te gustaría leer sobre mi vida? Y te advierto; algo de esto será incómodo. Cuando estaba en el manicomio…

—¡Mamá! No puedes llamarlo así.

—Puedo, y lo hago —digo con una carcajada—. De todos modos, cuando estaba en el *hospital* me animaron a escribir un diario. Ese diario se ha transformado en un libro. No es muy bueno, nunca verá la luz del día y lo escribí solo por dos razones. Necesitaba hacerlo y quería que tú fueras la única que lo leyera.

—¿Escribiste un libro?

—Escribí muchas palabras, no tengo ni idea de si eso se puede clasificar como un libro.

—¿Puedo empezar ahora?

—Sólo si te sientes con ganas, pero antes de hacerlo. ¿Me responderás una cosa?

—Sí.

—¿Quién era el padre? ¿Y su esposa lo sabía?

—Técnicamente son dos preguntas, pero él era un colega de papá. No estoy segura de querer compartir su nombre en este momento. No merece ninguna protección, pero no sé si tampoco merece tu ira. Entré en esa relación con los ojos abiertos, sabiendo muy bien lo que estaba haciendo. No, su esposa no lo sabe.

—Está bien, y ciertamente se merece mi ira. Alguien de la edad de tu padre debería saberlo mejor. Asegúrate de que su esposa nunca lo sepa.

—Creo que estaba tan sola. He mentido sobre mi vida durante años. Nunca fue tan divertido como la hice creer y creo que él se aprovechó de eso. Ciertamente me enamoré de su mierda y ese lado egoísta de mí, el lado que odio atrapó toda la atención. ¿Sabes qué más? Me estaba castigando a mí misma y a papá al hacer lo que hice.

No estoy segura de cómo responder, así que no digo nada en absoluto.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—Stefan. ¿Todavía están juntos?

—No lo he visto ni hablado con él desde ese día. Lo aparté porque en ese momento creí que era lo correcto. Creí lo que dijiste, lo que dijo tu padre, y me culpé por no estar presente, cuando Ben murió. Sentí que les había fallado a todos. Me arrepiento de eso. Todos los días me siento aquí, o camino por la playa y hago cosas que Stefan y yo hicimos y mi corazón se rompe un poco más. Lo amo,

Casey, como nunca había amado, mis hijos excluidos, a otro ser humano antes.

Ella se sienta mirándome por un rato. La veo limpiarse la lágrima de su ojo con el dorso de su mano antes de mirar por la ventana al mar.

—¿A Dini le encantaba estar aquí? Vi su tumba.

—Sí, le encantaba, y todos lo amaban. Lo extraño.

—¿Desearía tanto que Dios hiciera retroceder el tiempo? Rezo, mamá, y ni siquiera estoy segura si me está escuchando, pero le pido perdón y que vuelva atrás el tiempo.

—Solía hacerlo, pero aprendí que eso no es posible, no es probable y tampoco es práctico. Pasamos por mucha mierda y aprendemos de ella. Lo que cuenta es quiénes somos. No soy la misma persona que conocías antes de mi crisis nerviosa y cuando leas mi historia te sentirás herida. He sido brutalmente honesta con mis palabras, pero sé una cosa. Te amo, siempre lo he hecho y siempre lo haré.

Empujo el portátil hacia ella después de haber localizado el archivo y abrirlo. Tiene más de cien mil palabras y en ese punto al menos en capítulos y con cierta estructura. Se pone de pie y se lleva la computadora portátil a la silla de cuero en la esquina de la habitación. Se acurruca, se envuelve los hombros con un edredón para protegerse del frío de los cristales de detrás y empieza leer.

Casey lee todo ese día y el siguiente y el siguiente. Se detiene sólo para comer, secarse las lágrimas o dormir. Incluso entonces escucho el crujido de las tablas del piso mientras baja las escaleras en la madrugada y la encuentro, con la cabeza hacia abajo en la mesa de la cocina con el portátil abierto cuando me levanto.

Me siento y espero ansiosamente su veredicto. El cuarto día cierra la computadora portátil y se reúne conmigo en el jardín. Agarra mi paquete de cigarrillos y lo abre.

—¿Puedo? —pregunta.

—Apenas puedo decir que no, pero prefiero que no sea un gran hábito.

Fumo unos cinco al día, pero ese será el primer cigarrillo que la he visto fumar. Por la forma en que inhala expertamente, exhala un anillo de humo, sé que no es el primero.

—Encontré una fotografía cuando estaba limpiando uno de los dormitorios de la casa. Es de ti en Broadstairs, dos mil doce, creo. Es una hermosa fotografía, la tengo aquí.

Casey no me mira a los ojos, pero la escucho suspirar.

—Me había olvidado de eso.

—¿Quién era él?

Veo las lágrimas que se han formado en sus ojos.

—Alguien de quien me enamoré, un amor prohibido, un profesor. Por eso sé que no tengo derecho a juzgarte.

—¿Estaba casado?

—No, pero yo era esa cosa de profesor estudiante. Él quería a amarme, pero yo estaba llena de rabia en ese entonces.

—¿De qué?

—Sabes, en realidad no lo sé. Él quería dejar su trabajo para que pudiéramos estar juntos y yo no quería eso. Supuse, y me odiarás por esto, me gustó la parte prohibida de nuestra relación. Cuando quiso que fuera real, cuando renunció, me fui. He hecho muchas cosas malas, he arruinado muchas vidas.

Nos sentamos en silencio y miramos al mar. El sol está bajo en el horizonte y la silueta de los surfistas se perfila mientras esperan la última de las olas de ese día.

—Necesita edición —me dice en voz baja, refiriéndose al libro.

—Estoy segura de eso.

—Necesita ser publicado.

—Ahí no estamos de acuerdo —me rio entre dientes.

—¿Lo has leído?

—Lo escribí, por supuesto que lo leí.

—No me refiero a eso. No como la autora si no leerlo de verdad.

—No, creo que no.

—Es desgarrador, divertido y emocionante, con algunos ajustes para convertirlo en ficción, debería estar disponible para que mucha gente lo lea. Alguien podría encontrar consuelo con ese libro, podría impedir que una sola persona haga lo que tú hiciste.

—Lo dices porque eres mi hija.

—No, lo digo porque es verdad. Fue difícil leer cómo te sentías por mí y, sin embargo, me siento... ¿suena limpio, verdad? No puedo explicarlo. Sé cómo me comporté y supongo que no había pensado para nada cómo te sentías. Te conozco ahora, y nunca lo hice antes.

—Entonces ha cumplido su propósito. Solo quería que supieras el por qué.

—Por favor, pongámoslo en la imprenta, sólo para nosotros. Debemos poder hacer eso.

—No lo sé, no lo he investigado.

—Sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero ¿me harías un favor?

—Depende de lo que sea —digo con una sonrisa.

—Ponte en contacto con Stefan.

Mi sonrisa se desvanece.

—No quiere saber de mí, Casey. Le rompí el corazón y él siguió adelante. Le envié un mensaje de texto, él nunca respondió.

—Inténtalo otra vez.

Pongo mi mano a un lado de su cara; se inclina y cubre mi mano con la suya.

—¿Qué tal si editas mi libro y luego descubriremos cómo hacer una portada o lo que sea que tengamos que hacer?

No tengo ningún deseo de imprimir mi libro, pero sí tengo el deseo de darle un proyecto, uno para distraerla de su situación por un tiempo y distraerla de más charlas sobre Stefan.

—La tía Carla llega hoy, no dejes que te pille fumando —le digo mientras me levanto y me dirijo hacia el interior.

***

Carla pasa un fin de semana largo con nosotras y es genial ponerse al día. Le encanta mi casita y la zona. También se encariña con Nora y Jim. Se siente genial charlar durante horas con una copa de vino y reír de nuevo.

Casey le ha hablado de mi libro y ambas me regañan para que haga algo con él. Casey pasa horas al día corrigiendo mi mala ortografía y gramática, reestructurando y, en todo caso, solo el cambio en ella es suficiente para satisfacerme. En los pocos días que ha estado en la cabaña, como yo, ha comenzado a sanar. Quiero que visite al médico local, pero ella no quiere. La voy a estar vigilando de cerca, observando cualquier mueca de dolor e incluso revisando su ropa cuando la recoja para lavarla en busca de signos de sangrado.

—¿Entonces, cómo estás? —pregunta Carla.

Nos sentamos en el jardín envueltas y disfrutando de una copa de vino antes de que ella regrese a la mañana siguiente.

—Bien. Me siento bien. Le envié un correo electrónico a Michael, lo arranqué de una tira. Él nunca respondió, por supuesto.

—¿Esperabas que lo hiciera?

—No, en realidad no. Pero estoy bien, no tienes que preocuparte por mí. Me encanta estar aquí, me siento triste porque, bueno, ya sabes… pero tomé la decisión correcta al comprar este lugar.

En poco más de un mes será el primer aniversario de la muerte de Ben y un tema sobre el que hemos estado patinando. He tomado la decisión de no volver a Kent, aunque Casey quiere hacerlo. Quiere dejar algunas flores en su tumba y le digo que puede llevarse mi carro.

—Puedo ver eso. Sólo desearía que hubieras estado aquí con Stefan, eso habría sido tu felicidad para siempre.

—Le envié un mensaje de texto, hace un par de meses. Él nunca respondió.

Ella me mira fijamente.

—Nunca me lo dijiste.

—Quería ver si lo haría antes de decir algo. Y no quería que lo acosaras para que respondiera —le sonrío.

—No puedo creer que no respondiera. El último correo electrónico que me envió fue que siempre te amaría.

—Lo lastimé, Carla. Lo despedí y básicamente lo humillé frente a mi familia.

—Y él nunca mencionó eso de vez en cuando estaba hablando con él. Si se sintiera humillado, estoy seguro de que lo habría dicho.

—Bueno, ya está hecho. Tengo buenos recuerdos de él, siempre atesoraré nuestro tiempo juntos, pero necesito dejarlo ir.

—Una parte de mí quiere sacudirte, Jayne. ¿Qué daño puede hacer contactarlo por última vez?

—Su rechazo, Carla, no es algo que pueda soportar dos veces. Sé que lo desaire, ignoré todos sus mensajes, sus llamadas, pero entonces no estaba en un lugar, mentalmente, para lidiar con eso. Cuando lo estuve, y con razón, ya fue demasiado tarde.

Nos quedamos en silencio aparte de nuestro suspiro simultáneo.

Casey y yo nos tomamos del brazo mientras despedimos a Carla a la mañana siguiente. Regresará para año nuevo y se dirige a Francia después de pasar la navidad con sus padres.

***

Casey quiere ir a Bude para ir de compras, le presto el carro y le digo que se vaya. Con la cabaña para mí sola, me siento en el escritorio y hojeo el libro que Casey ha impreso y en el que está trabajando. Noto todos sus garabatos con lápiz; también noto las lágrimas. Hojeo las páginas y me detengo en una página que tiene un pequeño Post-It adjunto. Es la parte en la que describo mis sentimientos por mi hija después de esa fatídica noche. Cuánto la amo y me desagrada a partes iguales. Levanto la página; a la luz puedo ver palabras borradas.

Lo siento.

Vuelvo a colocar la página y ordeno el escritorio. No hemos hablado sobre el contenido real del libro y me pregunto si alguna vez lo haremos.

Estoy dando vueltas por la cabaña, cambiando la ropa de cama y ordenando en general. Tengo una caja de ropa almacenada en el fondo del armario que aún tengo que desempacar por falta de espacio. Decido pasar por eso. Me siento en el suelo de espaldas a la cama y abro la tapa. La ropa ha sido cuidadosamente doblada y, de memoria, recuerdo que la usé por última vez en el viaje a la cabaña con Stefan. Saco el vestido negro que todavía tiene marcas blancas de la pared del pasillo en la parte de atrás. Cierro los ojos cuando la imagen de él sosteniéndome contra esa pared inunda mi mente. Lo dejo a un lado.

Luego saco el pañuelo de seda rojo y una camiseta blanca. Me acerco la camiseta a la cara e inhalo el aroma de su loción para después del afeitado. Después de todo ese tiempo, todavía hay un rastro de Stefan en su camiseta.

Tal vez fue la conversación con Carla, tal vez la realidad de saber que había escrito sobre él en un libro que Casey quiere que se imprima, tal vez es la comprensión de que he perdido lo mejor que me ha pasado, sea lo que sea, y me derrumbo.

Intento con todas mis fuerzas no llorar por él, pero en ese momento con esos recuerdos a mi alrededor, cedo a la tristeza.

—¿Mamá?

Miro hacia arriba y veo a Casey en la puerta. Ella corre y se agacha a mi lado.

—Lo siento, acabo de encontrar estos y…

No estoy a punto de explicar su significado, pero estoy sosteniendo su camiseta en mis manos.

—Oh, mamá.

Es su turno de consolarme. Ella se sienta a mi lado con sus brazos alrededor de mi hombro.

—Está bien, durante meses me fue bien —digo.

—Está bien tener un tirón de vez en cuando. Algo te recordó a él y ahora estás triste.

Me limpio los ojos con el dorso de la mano.

—¿Qué tienes ahí? —le pregunto.

Casey tiene una bolsa de plástico en la mano.

—Oh, no es nada. Algo que recogí hoy.

No me convence su falsa sonrisa, pero es asunto suyo, así que no digo nada.

—Oh, a la mierda. Si vamos a llorar, lo mejor es hacerlo todo de una vez.

Me entrega la bolsa. Lo abro y saco un marco de fotos. Cuando le doy la vuelta, se me llenan los ojos de lágrimas frescas.

—Lo siento, iba a dártelo de regalo de navidad, pero luego pensé que estarías llorando todo el día.

Mirándome fijamente es la fotografía más maravillosa de Stefan y yo. Una de las muchas selfies que nos habíamos tomado mientras caminábamos por la playa.

—¿Dónde la obtuviste?

—Estaba en la computadora. Lo siento, estaba fisgoneando. Quería saber cómo es él, no lo recuerdo.

Lo miro, mis dedos trazan su rostro. Sus penetrantes ojos azules me miran fijamente y esa sonrisa malvada ladeada me hace sonreír.

—Mírate, mamá. Mira esa sonrisa. No te había visto sonreír así en años.

—Él me hizo feliz.

Me paro antes de que podamos continuar la conversación. Doblo el vestido y la bufanda y los vuelvo a colocar en la caja. La camiseta la pongo en la cama.

—Vamos, ayúdame a preparar la cena —le digo.

Bajo la fotografía y la coloco en la repisa de la chimenea sobre el fuego. Está junto a una de Ben y Kerry, otra de Kerry y Benjamin y una de Casey en su graduación.

Comemos juntas y charlamos sobre sus planes. Ella no puede regresar a Japón y duda que tenga una referencia teniendo en cuenta que había estado en una pasantía y se había marchado. Tengo suficiente para mantenernos a las dos, pero no durará para siempre.

Después de la cena, Casey se acomoda en el escritorio para continuar con su edición. Hablamos sobre puntuación, o la falta de ella, y ofrece alternativas para algunas de las extrañas palabras que han encontrado su camino en mi escritura. Ella está animada cuando trabaja.

***

Dos semanas después tenemos un manuscrito. Sólo necesitamos un título y luego la mitad de una idea de qué hacer después. Casey pasa todo su tiempo en Facebook, Google y otros sitios de Internet hasta que finalmente anuncia que podemos publicarlo nosotras mismas en Amazon.

—Vaya, no. No puedo dejar eso para que todos lo lean. ¿Y si él lo ve? Él podría no estar de acuerdo. ¿Y si la abuela lo ve?

—Está escrito como si fuera ficción, mamá, solo niega que sea real si alguien te pregunta.

—Aquellos que me conocen saben que es real.

—Y es poco probable que lo lean. Se nos ocurrirá un seudónimo.

Nos sentamos durante una hora bebiendo vino y riéndonos de algunos de los seudónimos más ridículos que se le han ocurrido. Finalmente nos decidimos por uno. *Charley Williams*. El primer y segundo nombre de mi padre.

—Necesitamos una portada —anuncia Casey.

No tengo idea de cómo hacerla. Pero, como la hija diligente que es, ya la tiene en la mano. Había encontrado una diseñadora en Canadá, Margareet, que había aceptado ayudar. Unos cuantos correos electrónicos más tarde tenemos una idea.

Dentro de esa semana nace ***Un amorío virtual.***

Es un momento emocionante y un proyecto que nos acerca a Casey y a mí. Nos sentamos una al lado de la otra hora tras hora mirando marketing, creando una cuenta de Facebook y haciendo artes

para promoverlo. Me sorprende lo rápido que ella ha captado el concepto de autoedición. Ahora todo lo que tenemos que hacer es publicarlo.

La noche que presionamos el botón de publicar la celebramos con una copa de champán. No tengo idea de lo que va a suceder y no me hago ilusiones de que el libro realmente se venda. No es la intención, es solo un proyecto que nos curó a las dos.

A la mañana siguiente ella me despierta con un chillido.

—Mamá, vendimos tres libros —dice Casey con entusiasmo.

—¿De verdad? Déjame ver.

Hay una pequeña línea roja en un gráfico que muestra tres ventas. Bailamos alrededor de la sala pensando que tres personas leerán nuestra historia. Lo clasifico como nuestra historia porque ella había hecho todo el trabajo duro. Poco sabía yo que el arduo trabajo estaba a punto de comenzar.

Margareet es increíble, nos guía a través del mundo de la publicación independiente, organiza que algunos blogueros hablen sobre nuestro libro y al final de la primera semana hemos vendido diez.

Hemos encargado algunos libros de bolsillo, lo suficiente para nuestra familia y algunos amigos. Nora quiere uno, al igual que mamá, Carla, y para mi asombro, Francis. Francis es la que más me preocupa. Esa gente sabe que lo que he escrito no es ficción. Pero de alguna manera llegarán a ver mi verdadero yo, la persona que les había ocultado durante años.

***

Noviembre parece haberse acercado sigilosamente y con él la lluvia y los vientos. Estoy agradecida por las nuevas ventanas, que mantienen la mayor parte a raya. El nuevo sistema de calefacción no parece funcionar y pasamos muchas horas hablando por teléfono con fontaneros e ingenieros discutiendo por una nueva visita. Una vez más, Casey entra en su fuerte. Ella es la máxima profesional, hasta que llega al punto de salpicar su mal servicio y robo en toda la prensa local. No hace falta decir que llegan dos ingenieros y la calefacción está en funcionamiento.

Llegan nuestros libros y el día en que abrimos la caja de cartón y tenemos uno en nuestras manos es uno de los más orgullosos de mi vida. Aparte de tener dos hijos maravillosos, no había hecho nada más. Mis sueños de construir casas para los pobres para poder dejar un legado palidecen hasta convertirse en insignificantes cuando Casey señala que no importa lo que haga con el libro, lo saque o no, está ahí fuera, para siempre.

Pasamos un tiempo envolviendo y enviándolos a la familia. De

mala gana personalizo un mensaje dentro de la portada. Eso es por dos razones; primero, no quiero estropearlo, y segundo, se siente un poco vanidoso. Cada semana vemos un aumento en las ventas, no es suficiente para vivir, por supuesto, pero sí para cubrir nuestros costos. Casey se convierte en una adicta a las redes sociales y publica regularmente sobre el libro, el tweet o como se llame. Me informa con entusiasmo en su voz cuando llega una reseña o cuando alguien habla de ella. Y, por supuesto, sollozamos y tramamos la muerte de la señora que deja una crítica mordaz. Nada es realista para ella y está en la punta de mis dedos darle mi número de teléfono y le diré lo realista que es el libro.

Esa semana suceden tres cosas. Nora me informa que tengo clientes que quieren comprar el libro y la prensa local recoge la historia. Pero lo más sorprendente es que Francis ha llamado. Un club de lectura quiere tenerlo como libro del mes. Estoy bastante segura de que están aterrorizadas por ella, así que sin duda no lo han hecho porque sientan que el libro vale la pena, pero no me importa. Se encargan más libros y Casey crea una página web para mí. Decido compartir las ganancias con ella. Después de todo, ella es la que hace todo el trabajo.

Karen y Alison son dos chicas que conversan regularmente con Casey en línea; se han convertido en fanáticas del libro y quieren ayudar. Paso muchas horas enviando mensajes con ellas y pronto nos hacemos buenas amigas. Forman un equipo, Elaine, Kerry-Ann, Ann, Laurie y Fran. Mis Ángeles, como las llamé, pasan todo el tiempo promocionando el libro. Me desconcierta por completo, pero de alguna manera, sea lo que sea lo que hacen, parece estar funcionando.

Un amorío virtual se convierte en un éxito de ventas en Amazon y creo que la noche que vemos esa banderita naranja junto a su nombre es la noche en que casi me muero de miedo. La mierda se vuelve real, como Casey suele decir.

Me hago amiga de algunas autoras; Rebecca, Ava y KL (un seudónimo, estoy segura) y pasamos tiempo hablando de libros y escribiendo. Estoy completamente fuera de mi alcance entre esas damas, pero me toman bajo su protección.

—Mamá, mira —dice Casey mientras atraviesa la puerta principal una mañana.

Ella abre el periódico local con un artículo sobre mí. Nos sentamos a la mesa de la cocina y leemos, chillamos, hacemos una mueca, lanzamos algunos, santa mierda y luego vuelvo a leerlo. Me están marcando como una nueva autora local más vendida en Bude. No es que nada de eso sea una mentira, pero ciertamente no soy tan grandiosa como ellos me hacen parecer. Tienen una fotografía mía, sentada a la mesa del jardín y mirando con nostalgia al mar. El viento

ha atrapado mi cabello y se extiende en abanico detrás de mí. A pesar de ser muy crítica conmigo misma, incluso yo estoy de acuerdo en que la foto es genial. Casey pide una copia; podría ser mi foto de perfil, ella dice. Por supuesto, no tengo idea de qué está ella hablando. Marina, la reportera, ha hecho un trabajo maravilloso al detallar el libro, manteniendo mi vida bastante privada e incluso lo leyó y dejó una crítica entusiasta.

Capítulo Veintitrés

Cuando noviembre llega a su fin, nuestro entusiasmo por el libro y su progreso se atenúa con el inminente aniversario de la muerte de Ben.

—Él habría estado muy orgulloso de ti —dice Kerry durante una de nuestras conversaciones semanales.

—Sé que lo habría hecho. Le dediqué el libro, pero desearía que estuviera aquí con nosotros. Dejaría todo por una conversación más con él, un agarre de su mano y no puedo evitar que vuelva esa sensación de decepcionarlo.

No importa cuánto lo intento, la ansiedad comienza a crecer. Ese sentimiento de culpa y arrepentimiento se apodera de mí hasta que se apodera de mí. Cuando llego al punto en que no quiero levantarme de la cama un par de días antes del aniversario real, hago una llamada.

—Louise, soy Jayne. Creo que necesito hablar hoy.

Tengo su número en marcación rápida y con permiso para llamar si necesito charlar. Le he informado al hospital que me había mudado y, aunque no tengo la necesidad de ir a terapia, es bueno saber que alguien está al otro lado del teléfono si necesito hablar. Ese día la necesito.

Charlamos sobre cómo me siento, ella me asegura que es de esperar y me recuerda algunas técnicas de afrontamiento. Aunque no del todo feliz, al final de nuestra llamada he aceptado que lo que siento es normal. Jenn me llama una hora más tarde. Supongo que Louise le ha informado que necesito una charla y me habla sobre un poco de relajación.

Han pasado varios meses desde mi estadía en el hospital y había olvidado muchas cosas. De hecho, mi memoria de todo ese período en el tiempo es confusa, así que es bueno tener algunos recordatorios.

***

Me despierto la mañana del aniversario de Ben y me acuesto en la cama escuchando la lluvia azotar la parte trasera de la casa. La puerta del dormitorio se abre y Casey entra silenciosamente. Sus ojos están enrojecidos. Levanto el edredón y ella se sienta a mi lado. Ella se acurruca a mi lado como lo había hecho cuando era niña y nos quedamos en silencio por un momento simplemente recordando.

Inicialmente ella había querido viajar de regreso a Kent, pero,

aunque no lo había dicho, imagino que quería quedarse conmigo. Ya sea por comodidad o para asegurarse de que yo estaría bien. No me importa de ninguna manera, estoy feliz de tenerla aquí.

—Me gustaría dar un paseo —digo.

Salimos de la cama y nos vestimos con ropa para el clima húmedo, botas adecuadas, chaquetas con capuchas y guantes. Se siente estimulante caminar por la playa; tenemos todo el lugar para nosotras. La lluvia azota, hace frío y nos arden las mejillas, pero, Dios mío, nos sentimos bien cuando regresamos. Nos hemos parado al pie de los escalones cubiertos de hierba y observamos cómo el mar se enfurece contra la orilla y las rocas. Una espuma blanca y furiosa ruge por la playa trayendo consigo madera y algas. Refleja completamente mi estado de ánimo. Es como si la Madre Naturaleza estuviera de acuerdo conmigo y se quejara de la injusticia de la vida.

Como siempre hago, toco mis labios y coloco ese beso en la placa de Dini cuando pasamos. Nos despojamos de la ropa mojada y preparamos té.

—No quiero tristeza hoy, quiero recordarlo y reírme. Déjame contarte algunos recuerdos divertidos.

Nos sentamos durante un par de horas mientras recuerdo recuerdos de su infancia. Casey recuerda algunos y otros no. Nos reímos, derramamos algunas lágrimas y recibimos llamadas. Cada vez que suena el teléfono, Casey pregunta si es Michael. Y cada vez lo niego con la cabeza.

No me llamaría para hablar conmigo, lo sé, pero esperaba que al menos hubiera llamado a su hija. Veo como el día llega a su fin y la decepción se muestra en su rostro.

Esa noche nos acurrucamos en el sofá frente al fuego y le ofrecemos una copa de vino a Ben. Me alegro de no estar sola este día, también me alegro cuando nos dirigimos a la cama y todo termina. He temido este día durante un año.

***

Es la semana antes de navidad y todavía con el corazón apesadumbrado, Casey y yo vamos en busca de un árbol de navidad. Encuentro la caja de adornos guardada en el armario debajo de las escaleras y juntas la decoramos. Había sido algo que Ben y yo habíamos hecho cada año y, aunque no fue intencional el excluir a Casey, me siento un poco triste porque ella no había estado involucrada. Disfruto nuestro día, charlamos, reorganizamos las chucherías y nos reímos. Envolvemos los regalos y los colocamos debajo del árbol y, una vez hechos, nos sentamos a mirar las pequeñas luces blancas que se reflejan en el cristal de la ventana. Kerry debe llegar con Benjamin y mi mamá el día antes de la víspera de navidad.

Me las arreglo para comprar una cuna de viaje en la tienda benéfica local y un colchón nuevo en una tienda de la ciudad.

Tengo un poco de pánico sobre dónde van a dormir todos hasta que Nora derriba una cama inflable. Y por cama inflable, me refiero a algo que no es mucho menos que el tamaño de una cama individual. Cuando era niña, una cama inflable no era más que un lilo. Casey se ofrece a llevar la cama plegable y la guardamos detrás del sofá. Mamá se queda con mi habitación y yo me ofrezco a compartir con Kerry la habitación doble. No quiero que molesten a mi mamá si Benjamin se despierta por la noche. Tampoco quiero molestar a Kerry con sus muchos viajes al baño. Arreglaremos todo para ver donde dormirá Carla una vez que ella llegue.

***

Nora y Jim se unen a nosotros para el almuerzo de navidad, y es la navidad más estridente y maravillosa que he tenido desde la infancia. Reímos sin parar, abrimos regalos y bebemos vino. El pobre Jim está fuera de su zona de confort al estar rodeado de mujeres, mujeres borrachas para colmo. Esa noche nos acomodamos en la sala con el estómago lleno y charlamos.

—Ni siquiera me envió una tarjeta —escucho susurrar a Casey.

La había visto durante el día revisar su teléfono repetidamente.

—Tal vez deja una en casa de la abuela —le ofrezco, sabiendo muy bien que no lo ha hecho.

Ella se encoge de hombros y luego levanta su copa.

—Vamos a matarlo en el próximo libro —ella dice con un brillo en los ojos.

—No sé si habrá otro libro.

—Tiene que haberlo, no puedes dejarlo en uno —dice Kerry.

—Bueno, tuve una idea hace un par de días.

—Dinos entonces —dice mamá.

Me recuesto en el sofá y las miro. Luego niego con la cabeza—: No.

Me rio. Tengo una buena trama, seguro. Pero no tengo ni idea de cómo tomaría mi familia el romance que quiero escribir con las apasionantes escenas de sexo que he imaginado.

Son las primeras horas de la mañana cuando me despierto con suaves sollozos. Me deslizo de mi cama, acuno a Kerry en mis brazos y la arrullo.

—Lo extraño mucho —susurra mientras se vuelve a dormir.

—Lo sé, cariño, lo sé.

Hacemos lo mismo al día siguiente. Comemos, damos un paseo por la playa y nos sentamos frente a la fogata revisando nuestros regalos. Carla me ha traído un *Kindle* y lo ha cargado con dinero, o lo

que fuera que se hace con un *Kindle*. Puedo comprar libros y me encanta navegar y descargarlos. Kerry había hecho algunas fotografías profesionales de Benjamin y ella, estarán enmarcadas y tan pronto como Jim pueda, las colgará en la pared para mí. Casey me da el regalo más preciado. Hace algún tiempo, nos tomamos una selfie en la computadora; la enmarcó con una portada del libro. Ha duplicado esa pequeña insignia naranja de bestseller en el borde de la tarjeta blanca y ha agregado el poema que aparece en la portada del libro. Es un poema que había aprendido en el hospital y al que recuerdo cuando necesito encontrar algo de fuerza: es una adaptación de La oración de la serenidad.

Susurro las palabras; es algo que Jenn susurraba en la clase de relajación y al principio las palabras no significaban nada para mí. Con el paso del tiempo, se volvió importante y lo entendí.

Al día siguiente, Kerry y Casey se van a la ciudad por un par de horas, yo cuido a Benjamin y mi madre va caminando a ver a Nora. Siendo de la misma edad y de la misma zona cuando eran niños, tienen mucho en común y me alegro de que parezcan haberse hecho amigas. Me siento con Benjamin y le muestro un álbum de fotos que he encontrado en una de las cajas de almacenamiento. No es que Benjamin entienda, pero le muestro fotos de su papá. Sus pequeños dedos agarran la página, tiran de la cubierta de plástico transparente como si quisiera sostener las fotografías él mismo. Prometo que, cuando sea mayor, él será dueño de esos álbumes.

Cuando lo miro y él me devuelve la mirada con los mismos ojos que tenía su padre, me siento más cerca de Ben. No soy religiosa, no soy supersticiosa, pero podría haber jurado que escucho la voz de Ben.

Las lágrimas ruedan por mi rostro y estoy segura de que fue sólo un producto de mi imaginación, cuando escucho—: Está bien, mamá.

Benjamin se acerca, su mano toca mi mejilla y le sonrío. Es la misma imagen de su padre a esa edad. El mismo cabello rubio, ojos azules, la misma nariz, pero con el hoyuelo de Kerry en una mejilla. Va a ser una pesadilla en lo que respecta a las chicas cuando crezca. Me rio entre dientes ante el pensamiento.

Capítulo Veinticuatro

Llega la nochevieja y con ella, Carla. Ella ha conducido desde Francia después de visitar a sus padres y llega con otro montón de regalos. Benjamin tiene todo y algo más. Ella trae quesos, vino, aceitunas, paté y los más delicados y deliciosos macarrones parisinos. Devoramos todo y cuando llega la noche nos dirigimos hacia la playa. La gente se ha reunido, se encienden hogueras y se celebran fiestas. Escogemos un lugar fuera de la puerta, colocamos una manta en la arena húmeda y arrastramos las sillas y la mesa del jardín para montar un campamento. Abrimos el champán y cuando llega la medianoche, los barcos amarrados en el mar hacen sonar sus sirenas de niebla. Los fuegos artificiales se pueden ver desde todas las direcciones, su brillante exhibición reflejada en el mar. Cuando las pantallas se calman, encendemos las linternas chinas que he comprado. Le susurro palabras a Ben y luego dejo que las mías floten.

Somos cinco mujeres que la hemos pasado fatal con la pérdida, el divorcio y el cambio. Es catártico ver cinco linternas alejarse flotando, como si dejáramos atrás el pasado, nuestro malestar y tristeza.

Nos dirigimos hacia adentro y mientras mamá, Kerry y Casey se van a la cama, Carla y yo nos sentamos mientras yo fumo un cigarrillo.

—Tengo algo que decirte —dice Carla. Nos ha servido otra copa de vino.

—Oh, dímelo.

—He conocido a alguien, alguien a quien creo que realmente puede llegar a gustarme.

—¿Y mantuviste esto en secreto?

—Bueno, no pensé que el momento fuera el apropiado.

—Al diablo con el tiempo, dime —digo con una carcajada.

Me habla de Mason, un hombre de negocios que había conocido inicialmente en una cafetería en el centro comercial Bluewater, apenas puedo creerlo. Él retrocedió hacia ella, haciendo que ella derramara su café. Le había reemplazado el café; se pusieron a charlar y finalmente terminaron saliendo a cenar. Estoy un poco molesta porque ella no me lo había dicho al principio, pero entiendo su vacilación en compartir buenas noticias en un momento en que todo se trata de Ben.

Charlamos un rato, me muestra una foto que tiene en su teléfono y me alegro por ella. Le había tomado mucho tiempo superar lo de Charles y realmente espero que Mason sea alguien con quien

pueda empezar una relación.

***

Casey y yo despedimos a Kerry, Benjamin, mi madre y Carla al día siguiente. Ha sido maravilloso que se quedaran y hacemos un plan que Casey y yo los visitaremos en un par de semanas. Espero con ansias eso y me doy cuenta de que no siento el pavor que tenía al regresar al pueblo.

Nos sentamos en la sala para redactar el nuevo libro; estoy emocionada de empezar a escribir de nuevo. Casey abre la computadora portátil.

—Mamá, tienes un correo electrónico —me dice.

Se había convertido en un lugar común recibir mensajes y correos electrónicos de lectores que han amado mi libro y me tomo el tiempo para responder a todos. Le quito el portátil y sin mirarla abro la página. Mis dedos se congelan sobre el teclado y mi respiración se atasca en mi garganta. Escucho un sollozo ahogado y tardo un momento en darme cuenta de que es mío.

—¿Mamá?

—Es de él —susurro.

—¿De quién?

—Stefan.

Frente a mí hay un correo electrónico con dos palabras en la línea de asunto. Casey se sienta a mi lado.

—Por favor, léelo, mamá, te lo ruego.

Cierro los ojos mientras mi dedo se posa sobre el correo electrónico y luego hago clic. Tarda una eternidad en cargarse.

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 28 de diciembre de 2021
Asunto: ¡Por favor!
Sé que llego un poco tarde y lo siento mucho, pero quería que supieras que estoy pensando en ti. De hecho, no he dejado de pensar en ti.
Me he mantenido en contacto con Carla, me habló de Cornwall y me alegro de que estés allí. Me encantó esa cabaña y sé que a ti también.
No sé si leerás esto, no sé si leerás alguno de mis correos.
La verdad, estoy luchando por encontrar qué decir excepto…
Te echo de menos.

S xx

Las palabras se vuelven borrosas, empujo la computadora portátil y Casey la atrapa antes de que se estrelle contra el suelo. Acurruco mis piernas debajo de mí en el sofá y lloro. Mi corazón duele mucho.

—Contéstale.

—No puedo.

—Sí que puedes. No dejes pasar esta oportunidad, mamá. Por favor, ¿qué tengo que hacer? ¿Mendigar? Le envié tu libro; lo sabe todo. Este es él acercándose a ti. Por favor. —Su voz se atasca en su garganta y las lágrimas se acumulan en sus ojos.

—¿Qué le digo?

—Lo primero que se te venga a la mente. —Ella me devuelve la computadora.

Para: Stefan
De: Jayne
Fecha: 1 de enero de 2021

Stefan, lo siento mucho, mucho. El año pasado ha sido un infierno y te he echado mucho de menos. Estoy en la cabaña y me estoy recuperando. Pienso mucho en ti y en el tiempo que pasamos aquí. A veces creo que todavía puedo olerte en la cama, eso quiero imaginar. Tengo tu camiseta y duermo con ella todas las noches, me hace sentir más cerca de ti. Todavía nos imagino en la playa y tengo recuerdos maravillosos; me ayuda a lidiar con el dolor de lo que ha sucedido.

Extraño muchísimo a Ben, pero a medida que pasan los días, no me duele tanto.

No sé si todavía quieres saber de mí, sé que te he tratado mal y no puedo pedir perdón por eso. Pero por favor comprende; Tenía que pasar por esto sola. Realmente pensé que lo que estaba haciendo era lo mejor, pero ahora…

Ojalá hubieras estado aquí conmigo. ¿Puedes perdonarme?

Te quiero en mi vida; sólo espero que no sea demasiado tarde. Si es así, por favor, no respondas, no respondas, lo entenderé.

***Jeg Elsker Dig*, por siempre.**

J xx

Cierro la tapa y me pongo de pie.

—Cariño, necesito estar sola.

Agarro mi abrigo y salgo de la casa. Camino por el sendero del jardín hasta la puerta al final, la puerta que todavía necesita una bisagra y luego bajo los escalones cubiertos de hierba hasta la playa. Me quito los Converse y camino descalza por la arena fría y húmeda hasta el borde del agua. Respiro profundo. Cierro los ojos y dejo que las lágrimas caigan por última vez. Cualquiera que sea el resultado de

ese correo electrónico, necesito seguir adelante con mi vida. Espero que sea con Stefan, pero si no es así, si es demasiado tarde, entonces me ocuparé de eso.

Camino, perdida en mis pensamientos y recuerdos. Lloro, me rio entre dientes; dejo que el viento sople mi cabello hasta que se vuelve salvaje. Tengo los pies fríos, pero sigo andando, dejando que la arena se deslice entre mis dedos. Vuelvo a la cabaña y veo a Casey de pie en el jardín; me saluda con la mano, llamándome.

Respiro hondo, el olor del aire salado y las algas, y tiene esperanzas.

—Te contestó —dice mientras yo cierro la puerta detrás de mí.

No hablo; no estoy segura de qué decir mientras la sigo a la cocina. El portátil está sobre la mesa, abierto.

Para: Jayne
De: Stefan
Fecha: 1 de enero de 2021
Asunto: *Jeg Elsker Dig*
Voy en camino.

Fin

Una nota de Tracie

Quiero contarles un poco sobre cómo se creó este libro. Para aquellos que no me conocen personalmente, hace algún tiempo tuve un colapso, un colapso que me llevó a pasar algún tiempo en una casa de reposo. Todas las escenas en las que Jayne pasa tiempo ahí son reales. Son mis experiencias. ¡La arteterapia fue algo que nunca entendí del todo! Esta no es la versión original de este libro que escribí en ese entonces, esa versión es demasiado personal. Sin embargo, hay muchas verdades y muchas cosas inventadas. Dejaré que decidas qué es real y qué no. Estoy publicando algo que es doloroso de recordar, pero es algo que ahora me siento lo suficientemente valiente como para hacerlo. Comencé a escribir un diario como parte de mi terapia, ese diario terminó con una historia de más de cien mil palabras. Escribí todo el día, todos los días cuando volvía a casa del hospital. Me perdí en las palabras, olvidé mis problemas y me enamoré de la escritura.

****

Así que hablemos de la depresión: es real, amigos. Es una enfermedad terrible que muchos no comprenden. No es una pierna rota; no puedes verla. A menos que sea algo que hayas sufrido, nunca comprenderás el dolor, la frustración y el dolor de quienes rodean a alguien con depresión. Nunca creí en la depresión hasta que me golpeó como un tren de carga. Había sufrido durante años antes de comprender lo que me pasaba. Insto a cualquier persona que se encuentre en la misma situación a que busque ayuda. Hable, inicialmente, con su médico y sea abierto y honesto con sus seres más cercanos y queridos. Busque asesoramiento y si está en el Reino Unido, luche por ello. Hay organizaciones benéficas que pueden ayudar, no las enumeraré porque dependerá de su país de residencia, pero use Google y haga esa llamada. Admitir que tiene un problema es el primer paso en su camino hacia la recuperación. Siempre seré una depresiva; pero no la estoy dejando controlar mi vida. Está ahí, de fondo y, a veces, me caigo un poco, pero puedo levantarme y seguir adelante. Es difícil para mi familia; a menudo estoy bajo vigilancia constante porque los tiempos no son fáciles para mi esposo y para mí en este momento. Pero puedo arreglármelas mucho mejor que nunca y eso se debe en parte a que también estoy rodeada de algunos amigos maravillosos.

Puedes vivir, puedes sobrevivir a la depresión
y te volverás más fuerte.

Agradecimientos

Nunca podría haber escrito *Un amorío virtual* sin el apoyo de mi familia. Mi esposo ha sido mi roca, sin él, no estaría aquí.

Mi más sincero agradecimiento a las mejores lectoras beta que una chica podría desear, Karen Shenton. Alison Parkins y Lilian Flesher: su aporte es invaluable. Gracias a Margreet Asslebergs de Rebel Edit & Design por otra portada maravillosa. También me gustaría agradecer enormemente a mi editora, Megan Gunter de Indie Solutions de Murphy Rae. Por favor, visita su sitio web: www.murphyrae.net Un gran abrazo para las damas de mi equipo. Estas mujeres renuncian a su tiempo para apoyar y promover mis libros. Alison Parkins, Karen Shenton, Karen Atkinson-Lingham, Marina Marinova, Lilian Flesher, Ann Batty, Fran Brisland, Jennifer Teasley, Elaine Turner, Kerry-Ann Bell y Louise White, también conocidas como los Ángeles retorcidos. A todas las maravillosas blogueras que han participado en la promoción de mis libros y se han unido a los eventos, gracias. Aprecio su apoyo. Hay demasiadas para nombrarlas individualmente, ya saben quién son. La cabaña de este libro es real; no está en Bude. Usé una pequeña licencia artística para moverla de su ubicación real en Woolacombe. Life's a Beach es un auténtico restaurante cafetería y se encuentra en Summerleaze Beach, Bude. Si alguna vez estás en la zona, visítalo, es uno de mis lugares favoritos. The Blue Cow es real, se encuentra en Meopham, Kent y es propiedad de mi amigo, Jo Emery. No es una vieja loca, sino una maravillosa defensora de mis libros.

Si deseas mantenerte al día con la información sobre esta serie y próximos lanzamientos, y tienes la oportunidad de participar en concursos mensuales, no dudes en suscribirse a mi boletín. Puedes encontrar los detalles en mi sitio web:

www.TraciePodger.com

La vida no se trata del destino sino del viaje.

Sobre la autora

Tracie Podger vive actualmente en Kent, Reino Unido con su esposo y un gato bastante desagradable llamado George. Ella es una instructora de buceo con una pasión por la escritura. Tracie ha tenido la suerte de haber buceado en algunos de los maravillosos océanos del mundo donde puede disfrutar de otro pasatiempo, la fotografía submarina. Le gusta conocer de cerca a los tiburones.